

Vincent HAUUY

EL TRICICLO ROJO



Grijalbo

VINCENT HAUUY

El triciclo rojo

Traducción de
Núria Petit

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Triciclo rojo

Jeremy Harrington sonríe ante el rosal; tiene motivos de sobra para sentirse feliz. Dentro de dos días cumplir  cincuenta años. Iris saldrá por fin de su casa de Pittsburgh y vendrá a presentarle al pequeño Lucas.

Hace más de tres años que espera este momento. Y la guinda es que ni siquiera tendr  que soportar al imbécil de su yerno, que ha tenido la buena idea de irse de viaje de negocios a Miami. Así que todo es perfecto en este día de verano: desde el olor del césped recién segado hasta el aroma de los dulces que se escapa por la ventana de la cocina. Ya no piensa en la artritis que lo va devorando poco a poco ni en las cartas de impago que acaba de pasar por la trituradora de su despacho. Cruza una mirada con su mujer, que tiende la ropa en el jardín. Intercambian una sonrisa cómplice. S , el día más bonito del verano, sin duda alguna. Jeremy relaja la mano y la sacude para devolverle la vida; luego coge las tijeras de podar que est n plantadas en la tierra removida. Y mientras corta una rosa y la imagen de la cabecita rizada de su nieto lo llena de felicidad, no advierte el pequeño triciclo rojo que baja por Howard Drive.

Timothy Carter se dispone a meter la llave en la cerradura de su flamante Toyota MR cuando la puerta de su casa se abre y golpea contra la fachada.

Lucy Carter asoma la cabeza, lo llama y tira delante de la entrada dos grandes bolsas negras; de una de ellas, reventada, sobresale la tapa de una caja de raviolis. Él hace una mueca y apoya la frente en la portezuela. Otra vez se le ha olvidado sacar la basura. Y la arpía de su mujer ya le está soltando la tercera bronca del día. La primera fue por haber dejado que la leche hirviera al fuego, la segunda por haber cambiado el orden de los zapatos en el vestidor y la última, en ese mismo instante, por haberse dejado las bolsas. Tanto da. ¡Que se vaya al diablo, esa engreída! En cuanto haya entrado en casa, él ya estará camino de la felicidad. Y cuando esté apalancada en el sofá vaciando botes de helado, con la cabeza llena de rulos pegada al televisor, él estará en el séptimo cielo. Un paraíso en forma de habitación de hotel en el Days Inn & Suites. Y todas las broncas se habrán esfumado cuando él se la esté metiendo hasta el fondo a la joven becaria a la que no se quita de la cabeza desde hace una semana.

Por eso se puede permitir una sonrisa forzada y unas excusas tontas masculladas de prisa y corriendo, y ya puestos, ¿por qué no?, hasta un beso en la frente de su mujer. Y mientras se inclina, recoge las bolsas negras y avisa a Lucy de que volverá tarde del trabajo, piensa en el culo y la minifalda ceñida de piel sintética y en los labios carnosos que lo esperan en Plattsburgh. Cuando vuelve al coche, el triciclo rojo ya ha pasado por delante de la puerta del garaje.

Antonio Da Silva apura su sexta Budweiser de la mañana y tira la botella vacía al cubo metálico que tiene al lado de la mecedora. Le importan un comino el sol y la temperatura, que ya es muy alta para una mañana de agosto. Su hermano se debate entre la vida y la muerte, y es culpa suya. Si no hubiese bromeado con Jackie y contado por enésima vez aquel día su

estúpido chiste de árabes y judíos, habría podido avisar a Frank cuando la carretilla elevadora volcó, y quizá habría evitado que una caja de una tonelada le aplastase el abdomen.

Antonio coge el segundo pack de Bud, se lo coloca encima de las rodillas, saca una botella y la abre con los dientes.

Piensa en las tardes de barbacoa con su hermano mientras la vacía de un trago. «¡A tu salud, Frank!», dice antes de arrojar el casco de la botella al cubo metálico y fallar.

De no haber roto a llorar escondiendo la cabeza entre las manos, habría visto pasar el triciclo rojo por la esquina de Howard Drive con Haynes Terrace.

Rebecca Law sí que ha visto el triciclo rojo. Lo ha visto volar por encima del parabrisas al levantar la cabeza, después de inclinarse sobre el asiento del copiloto para buscar con el dedo el pendiente perdido entre los apuntes de clase. Había alcanzado a tocarlo con el índice justo en el momento en que el choque y un ruido sordo le hicieron pensar que su Buick Grand National había atropellado un animal o había topado con una rama en la calzada.

Pero no. No es un animal ni una rama.

Para el coche en medio de la calzada, deja el motor en marcha y abre la portezuela. Luego chilla como nunca había chillado, ni siquiera el día en que Jenny le puso una tarántula de verdad en el brazo para darle un susto.

Con las uñas clavadas en las mejillas y los ojos desmesuradamente abiertos contempla la escena del drama.

Jeremy Harrington suelta las tijeras de podar y se precipita hacia la calle.

Timothy Carter retira la llave de contacto y sale del coche.

Antonio Da Silva levanta la cabeza, se seca los ojos con la manga y corre hacia el lugar del que proceden los gritos.

Y mientras los vecinos salen de uno en uno de las casas y Rebecca sigue chillando, los tres ven el triciclo rojo, el charco de sangre que fluye... y el niño desnudo tendido sobre el asfalto.

Jeremy Harrington deja entonces de sonreír y ya no piensa en el pequeño Lucas que vendrá dentro de dos días.

Timothy Carter ya no está excitado con la idea de agarrar con firmeza ese culo ceñido por una minifalda de piel sintética.

Y Antonio Da Silva ha olvidado que Frank respira gracias a una máquina.

No. En ese momento preciso, en Peru, estado de Nueva York, ellos saben que su vida acaba de dar un giro y que ya nunca volverá a ser la misma.

Calipigia

Noah tiene los ojos fijos en la pantalla, pero su mirada sobrepasa el rectángulo luminoso. El monitor muestra desde hace unos diez minutos la póliza del seguro del señor Alvarez, pero no la lee. No ve las palabras, ni siquiera los caracteres, solo unas manchas negras sobre fondo blanco. Mira mucho más allá, tras un velo invisible en el que su mente está aprisionada.

Noah inspira, bloquea el diafragma, cierra los ojos y se concentra en su entorno para emerger de las brumas que los pensamientos parásitos han tejido en su mente. Lo primero que percibe es el *staccato* frenético que su vecino del compartimento de enfrente emite al aporrear las teclas de su ordenador, luego el ronroneo tranquilo de los ventiladores de la torre que descansa a sus pies y finalmente el olor a café que sale de la taza de Starbucks de la mesa de al lado y forma grandes volutas. Noah suelta el aire para disipar la neblina y abre los ojos. La magia ha surtido efecto. Las manchas negras han adoptado la forma de letras y ahora, por fin, distingue las frases en la pantalla.

Echa una ojeada al reloj y hace una mueca. La Gorgona exige la entrega del expediente antes del mediodía.

Sacude el teclado y sopla sobre las teclas hasta que las últimas migas de cruasán que han caído en él salgan.

Con un poco de suerte, terminará a tiempo ese tostón, siempre que no vuelva a distraerse.

Pero Noah está esperanzado: las crisis son cada vez menos frecuentes y la rehabilitación empieza a dar sus frutos. Salvo por las migrañas, los temblores y las noches en blanco, todo va divinamente.

Toma el cuaderno del escritorio y garabatea «alacridad» al final de una lista de palabras que ya ocupa varias páginas.

Después coloca los dos índices sobre las teclas y comienza a teclear.

Apellido: Alvarez

Nombre: Eduardo

Está a punto de introducir el número de la seguridad social del cliente cuando ve a Rachel con el rabillo del ojo; acaba de salir del despacho de la Gorgona. La monumental pelirroja vestida con traje de chaqueta también lo mira, le sonrío y se dirige hacia su compartimento.

Noah baja la mirada, clicca con el ratón y da un golpe con el pie. El corazón se le acelera; es el efecto que esa mujer opera en él... uno entre muchos.

Ella se sienta a su lado y Noah traga saliva.

—Hola, Rachel —dice al tiempo que le dedica una sonrisa desvaída.

La pelirroja también le sonrío, apoya una mano en su hombro y mira la pantalla.

—Deberías ponerte las pilas, Noah. La Gorgona te tiene en su punto de mira.

Noah no le contesta todavía. A Rachel el pelo le huele a champú de manzana; le gustaría tocárselo, hundir la mano en su melena.

—¿Tú también llamas así a mamá Wood?

—Sí, tú has puesto de moda el nombre, y lo encuentro muy acertado.

Noah deja escapar una risa nerviosa.

—Ya, claro. Pero a esa mujer no le caigo bien, y si corre la voz y se entera de que el apodo se lo he puesto yo me odiará.

Rachel niega con la cabeza.

—No te detesta a ti, detesta tu lentitud; hay que reconocer que en lo que tú tardas en hacer un informe, los demás escriben diez.

La voz ronca de Carl ruge desde el compartimento contiguo:

—¡Eh, Noah, aquí tengo otra palabra para ti! «Pusilánime.»

Noah toma de nuevo el cuaderno y anota: «Pusilánime».

¿Acaso Carl ha elegido esa palabra de mala fe? Es cierto que Noah no se atreve a sincerarse con Rachel. ¡Es tan guapa...!

—¿Sigues con eso de anotar palabras rebuscadas? —le pregunta Rachel.

—Sí. Rebuscadas o poco usuales. Forma parte de mi terapia. Mi psiquiatra, la doctora Hall, insiste en que lo haga. Y reconozco que me ayuda.

—¿Y cómo va el dolor en las piernas?

Noah coge la caja de Vicodin que tiene junto al monitor y la agita.

—Tengo la impresión de ser el doctor House.

Señala el bastón que está apoyado en la torre del ordenador.

—Como ves, tengo el disfraz completo, ¡y eso que aún no es Halloween!

Se echa a reír, a pesar de que no se ha hecho gracia.

Rachel, en cambio, le sonrío. Noah ve auténtica ternura en ese gesto. No la acostumbrada compasión fingida o la expresión de incomodidad que suelen dedicarle.

Pero ya no la oye; ha desconectado y mira fijamente un punto invisible más allá de su mente. De pronto sale de su burbuja, baja la mirada y se pregunta cómo serán las areolas de sus pechos.

—¿Noah? ¿Estás escuchándome?

—Perdona... He perdido el hilo —dice, si bien piensa: «Te miraba los pechos». Vuelve a agitar la caja de Vicodin—. Son los efectos secundarios.

—No pasa nada, lo entiendo. Pero debo dejarte, tengo trabajo... y tú también. Nos vemos luego.

Rachel se aleja. Sin embargo, la mirada de Noah se mantiene fija en su espalda.

Espera hasta que la pelirroja ha desaparecido de su campo visual, y entonces coge el cuaderno y garabatea con mano temblorosa: «Calipigia».

Suspira. El Noah de antes no se habría mostrado inseguro; se habría reído a carcajadas con ella, habría hecho gala de su sentido del humor, de la vivacidad de su inteligencia, de su agilidad mental. Habrían tomado una copa en un bar antes de ir a un restaurante, y allí la habría hecho reír otra vez. Luego la velada habría culminado en una noche tórrida en un bonito apartamento.

Pero nada de todo eso le espera al Noah de después. Solo algunas miradas robadas y unos cuantos sueños que se estrellan contra el muro de su nueva realidad.

Sin embargo, una parte de él todavía tiene la esperanza de que todo vuelva a ser como antes del accidente. Como antes de perder a Maggie.

La puerta del despacho de la Gorgona acaba de cerrarse de golpe. Noah levanta la cabeza. La mujer avanza hacia él con paso decidido.

Su cara redonda recubierta con una espesa capa de maquillaje y pintarrajeada con carmín tiembla al ritmo de sus pasos. Pisa con tanto entusiasmo que Noah se pregunta si no agujereará la moqueta con sus tacones de aguja.

Su intenso perfume la precede. Ha debido de vaciarse encima la botella entera de Nº 5, piensa Noah.

—Señor Wallace. Estamos en 2016... ¿y usted no tiene móvil?

—Pronto, señora Wood. Pero ¿por qué me lo pregunta?

Los gruesos labios de la Gorgona se fruncen en una mueca de asco. Solo le faltan las serpientes asomando entre los largos rizos rubios, y Noah se convertirá en una estatua de piedra.

Sonríe para sí mismo, sin querer.

—Un tal Steve Raymond quiere hablar con usted, lo espera abajo, delante de la entrada. ¡Y que sea la última vez! ¡No soy su mensajera personal!

¿Steve?

O sea, que su intuición era buena. Si Raymond ha ido a buscarlo significa que podrá reincorporarse.

Noah se inclina para coger el bastón y acto seguido se guarda el cuaderno y la caja de Vicodin en el bolsillo interior de la americana.

—¿Se puede saber qué está haciendo, señor Wallace?

—Abandono a la Gorgona a su suerte. Tengo que atrapar a otro monstruo.

¿O es al revés? Cuando Noah sale de IFG Companies tiene la extraña sensación de que una mano invisible le retuerce el estómago.

Canoso

Los limpiaparabrisas luchan contra la cortina de lluvia que impacta sin tregua en el cristal del SUV.

Steve Raymond se acaricia con el índice y el pulgar el largo bigote grisáceo y sube el volumen.

Es Sinatra; la excusa perfecta para llenar el ambiente. *New York, New York* invade el habitáculo y la voz del *crooner* ahuyenta el pesado silencio.

El vehículo enfila el puente que cruza el río Saint-Laurent. Noah pega la cara a la ventanilla, que nota helada, y se pierde un instante por los meandros grises azotados por las gotas.

Steve coge el bocadillo de salchicha frío que está junto al cambio de marchas y, con la boca ladeada, le arranca un bocado que traga sin masticar.

—Qué asco de tiempo. Este país está al lado del nuestro, y la temperatura debe de ser quince grados más baja aquí. Menuda estupidez llamarlo «vecino»... ¿Es la primera vez que vienes a Quebec?

Noah niega con la cabeza. No ha hablado mucho desde que su excompañero fue a buscarlo a la oficina. Lo que ha hecho sobre todo es escuchar a Steve, que le ha contado su vida desde el accidente. No se ha dejado nada. Desde la vasectomía que le obligó a hacerse su mujer —quien, por cierto, se largó dos meses después de la operación— hasta la última Navidad que pasó con su padre, obstinado en fumar por la abertura de la

traqueotomía. Es posible que le haya contado algo más, pero Noah solo le prestaba atención a medias.

Estaba en otra parte, con Rachel. Sueña con esa melena cobriza en la que le gustaría hundir la mano. Le encantaría ser algo más que un amigo para ella.

El SUV se aproxima a la orilla de la isla y Noah mira a su amigo mientras este, con la cabeza pegada al parabrisas, desempaña el cristal con una manga. Repara en sus uñas sucias, sus dedos amarillentos a causa del tabaco, las manchas que tiene en el cuello de la camisa arrugada.

Ve a un hombre solo, roto. Se ve a sí mismo.

Se pregunta cuánto tiempo de vida le queda: la cara hinchada, mofletuda, la piel con manchas de cuperosis, el sudor en la frente y las ojeras que le ensombrecen los ojos. ¿El corazón? ¿Los riñones? Noah no lo tiene claro. Tal vez ambas cosas. El consumo excesivo de sal, el estrés y el colesterol... «Tus arterias no resistirán, Steve», piensa mientras mira el resto del bocadillo de salchicha que su excompañero ha vuelto a dejar.

«¿Y cómo has podido abandonarte así? El Steve de antes estaba en forma, era todo un deportista.»

El vehículo acaba de cruzar el puente. Ahora van por las carreteras de la isla de Orleans. Y Sinatra le canta a la Navidad.

Steve se seca la frente con un pañuelo.

—La gente dice que los canadienses son simpáticos, ¿a que sí? Pues en mi opinión ese Bernard Tremblay es la excepción. No le gusta que los demás se metan en sus asuntos, y menos va a gustarle que me presente con un civil. Más vale que me dejes hablar a mí, ¿de acuerdo?

Noah asiente. Le parece bien; no tiene intención de intervenir. Lo único que le preocupa es conseguir que los temblores de su mano derecha cesen, y teme que el cerebro le falle en el momento más crítico. Hace cinco años que no ha puesto los pies en el escenario de un crimen.

—Joder, tío, me da vergüenza reconocerlo, pero estoy excitado. ¡Tú y yo, como en los viejos tiempos!

Noah es más moderado en sus sentimientos. Una parte de él siente avivarse la llama; a la otra la corroen las dudas.

—Acabamos de pasar por el desvío de Saint-Pierre. Según el GPS, estamos llegando. Me pregunto qué nos espera. La verdad es que han ido rápido. Creo que la Policía Montada de Canadá ha intervenido junto a la Policía Provincial de Quebec.

A Noah le preocupa otra cosa.

—Qué extraño que nuestros nombres hayan aparecido en el escenario del crimen —dice.

Steve se mofa.

—¡Será que el último caso nos convirtió en estrellas!

«A mí me convirtió en un vegetal, más que nada... y en un viudo», piensa Noah.

Dejan atrás el letrero de Saint-Pierre y continúan por la QC-368 hasta la granja Roberge.

«Han llegado a su destino», informa la voz femenina del GPS, acallando a Frank en mitad de su *White Christmas*.

Steve señala con el índice los cuatro Dodge Charger de la Policía Provincial de Quebec, que ya están allí. Se sirve de la luz de los faros giratorios para orientarse bajo el diluvio y aparca sobre la hierba alicaída.

Una silueta alargada bajo un paraguas corre hacia ellos.

Steve apaga el motor y abre la ventanilla. La cabeza de la silueta asoma por ella.

—Son Steve Raymond y Noah Wallace, ¿verdad?

Steve le muestra su placa de la Policía Estatal de Vermont.

—¡Los mismos! Yo soy el teniente Raymond. ¡Ha sido un viaje largo!

—Inspector Bernard Tremblay. ¡Dense prisa, coño! ¡Sígueme! —grita.

Steve resopla y sale del SUV mientras Noah agarra el bastón con una mueca de disgusto.

Una tierra húmeda y esponjosa acoge sus pasos. La lluvia ha abierto en ella grandes surcos por los que corre un agua de color tostado.

El policía los conmina con un gesto de la mano para que lo sigan y se adentra en el camino embarrado. Steve salva a zancadas los charcos con la vana esperanza de no mancharse el traje. Noah, que no tiene la agilidad de su amigo, se contenta con caminar en línea recta. El bastón se hunde en el fango, resbala. Noah procura que su rostro no muestre los esfuerzos sobrehumanos que tiene que hacer para seguir a los policías. Un viejo ya, y eso que aún no tiene cuarenta años.

Bernard Tremblay se detiene delante del acceso a un laberinto de maíz y saca una caja de caramelos Tic Tac. Se la ofrece a Steve, quien toma un puñado, y luego a Noah, que declina el ofrecimiento con un gesto educado.

—No sé ustedes, pero yo no había visto algo así ¡en la vida! —chilla el inspector Tremblay—. Joder, si hasta uno de nuestros muchachos ha vomitado...

Noah mira una gota de lluvia que pende de la punta de la nariz aguileña del policía. Le molesta, le gustaría quitársela con el dedo.

—¿Dónde está el cadáver? —pregunta Steve dando saltitos para combatir el frío.

—No tenemos un cadáver sino dos. Y no es un espectáculo agradable. El asesino los ha cubierto con una lona. Supongo que no quería que la lluvia desvirtuara su obra. ¡Y ha colocado todo eso en una atracción para niños, el muy cabrón!

Noah observa al inspector Tremblay.

Tiene la cara ligeramente amarillenta. ¿Problemas hepáticos? Le calcula

unos cincuenta años, no más. Pero está canoso como un anciano.

Saca el cuaderno del bolsillo, lo protege del aguacero con una mano y con la otra garabatea: «Canoso».

—¿Qué está haciendo su colega? —pregunta el inspector.

Steve se encoge de hombros.

—Verá, es que tiene algunas manías. Pero en lo suyo es un hacha, el mejor perfilador criminal que conozco.

El rostro de Bernard Tremblay no refleja nada. Hace una mueca y aplasta un Tic Tac entre las muelas con un chasquido.

—¿Ah, sí? Ahora lo comprobaremos. Síganme.

Pero mientras el inspector se adentra en el laberinto de maíz, un violento ataque de migraña se ceba en Noah.

Se aprieta la cabeza con ambas manos, se tambalea y se encorva hacia delante.

«No... Tened piedad, no lo hagáis... Ella no, os lo suplico...» Una voz masculina resuena en su mente como un eco lejano.

Luego lo invade un olor a gasolina, a plástico quemado y a cerdo chamuscado.

Noah solloza. La bilis le sube por el esófago y se le queda atascada en la garganta.

Reprime una náusea y se endereza. La voz y los olores han desaparecido.

—¡Joder! ¿Su colega está enfermo?

—No exactamente... Son los efectos secundarios de los medicamentos que toma —contesta Steve.

Atraviesan el laberinto y llegan a un claro estrecho. Una lona de plástico protege de la lluvia el escenario del crimen. Un puñado de policías forma un cerco alrededor de los técnicos, que ya están recogiendo sus equipos.

Steve avanza unos pasos hacia los cadáveres y se cubre los labios con los

dedos.

—¡Dios mío...!

Noah vomita.

Afrenta

Steve se lleva la mano a la boca abierta y abre desmesuradamente los ojos, pero Noah no se da cuenta.

A su alrededor, los sonidos se retuercen y se estiran como haría una grabación en una vieja cinta de casete que se hubiese atascado. Oye un zumbido pulsátil que se amplifica hasta convertirse en un pitido que silba en sus oídos como una tetera puesta al fuego. Relaja la mandíbula y mueve el maxilar para que desaparezcan esos ruidos que invaden su cabeza. En vano.

Se saca un pañuelo del bolsillo de la americana y se limpia con él la bilis que le perla la comisura de los labios. Levanta la cabeza y, apoyándose en el bastón, se endereza. El inspector Tremblay está delante de él; sus ojos, de un gris azulado, parecen faros en su cara amarillenta. La nariz aguileña y los cabellos blancos le dan un aire de rapaz nocturna. Sus labios se mueven, pero Noah solo percibe un galimatías entrecortado de sílabas:

—*Stausté bié, senió wawlawas?*

La cinta de casete se desatasca un poco, el zumbido se aleja, la cabeza se vacía.

—¿Está usted bien, señor Wallace? —repite el inspector Tremblay.

El pitido ha desaparecido. Noah respira hondo. Acaba de emerger de los abismos.

—Lo estaré pronto. Gracias, inspector.

La expresión facial del policía es dura, acusadora.

—Bueno... Eso habrá que verlo.

Desde donde se encuentra, Noah todavía no distingue del todo el escenario del crimen. Pero se ha formado una idea de lo que lo aguarda. El diluvio no ha hecho desaparecer el olor a gasolina, a plástico y a carne chamuscada.

Steve ya ha cruzado la línea de cinta amarilla que delimita el perímetro de la investigación. Está hablando con un hombre, un civil que lleva traje y se protege con un paraguas negro. Cerca de la lona, dos agentes con parka caqui que lucen en la espalda la sigla del Departamento de Identificaciones de la Policía Judicial están tomando fotos.

Nota que una mano se posa con firmeza en su hombro. Es Bernard Tremblay.

—Antes de que vaya a inspeccionar el escenario del crimen le recuerdo que es una investigación de la policía de Quebec. Nuestros técnicos ya han revisado la zona en busca de pruebas, el investigador forense ha redactado su informe preliminar y solo resta poner los cuerpos en bolsas y trasladarlos para proceder a un análisis pormenorizado. Le doy diez minutos, ni uno más. Ah, y aquí está la postal que hemos encontrado con el nombre de ustedes dos y el de las presuntas víctimas. Devuélvamela cuando termine la inspección.

Noah coge la postal. Está guardada en una bolsa de plástico transparente, sellada. Retira las gotas de lluvia con la manga.

Es un recuerdo del Château Frontenac, en Quebec.

En el reverso pone:

Un regalo para Noah Wallace y Steve Raymond. Jean-François Duval y su hija Élise.

A pesar de estar en la bolsa, de la postal se desprende un olor fragante que le resulta familiar.

Se la acerca a la nariz.

Mirra.

Noah se estremece. El asesino siempre dejaba mirra junto a sus víctimas. Pero... murió hace cinco años. Noah presenció su muerte.

¿Se tratará de un imitador? Imposible; ese detalle no se hizo público.

«¡Piensa, Noah!»

Se guarda la postal en el bolsillo de la cazadora, saca el cuaderno de notas y avanza hacia la lona. Cuando detiene la mirada en los dos cadáveres no ve una imagen real sino un cuadro.

Una de las víctimas —sin duda Jean-François— está cabeza abajo, atado con un alambre a unos maderos que forman una cruz invertida. Una vez más, a Noah le impresiona la similitud que guarda con el viejo caso. Es una ofensa, una profanación. Garabatea «afrenta» en su cuaderno. Frente al cadáver del hombre hay una figura arrodillada, parodiando una plegaria. Pero por cabeza solo tiene un trozo de carbón que recubre lo que debe de ser el cráneo, y un neumático de coche medio derretido le rodea el cuello.

Noah se aproxima un poco, necesita ver más. La verdad está en los detalles. Esa era una máxima del Otro, del hombre que él fue en otro tiempo. Pasa al lado de Steve, que sigue conversando con el investigador forense. Noah se fija en que su amigo tiene la punta de cuatro dedos de la mano derecha pegadas al bigote; ese gesto evidencia que ya no soporta lo que el médico está contándole. A Steve no le van los escenarios de un crimen. Es un poli del mundo de los vivos; eficaz para descubrir los fallos de un hombre, rápido para detectar las incoherencias y las mentiras, pero incapaz de mirar a la muerte a los ojos. Noah fija su atención en el hombre crucificado y se encierra en una burbuja de reflexión en la que únicamente las palabras del médico logran penetrar.

—... Seccionó la esclerótica con un objeto afilado. El corte fue preciso, la

herida es recta, pero se encarnizó en la carúncula lagrimal. En cuanto al arma, diría que usó un escalpelo o una hoja de afeitar...

«Concéntrate, Noah. El Otro ya lo habría descubierto. Eres lento.»

«¿Por qué le cortó solo un ojo? Para que pudiera seguir viendo, para que fuera testigo de lo que vendría después. Su hija, Élise, cuya cabeza quemó.»

—... Los técnicos han encontrado jeringuillas y cápsulas de mepivacaína, y el cadáver presenta diversas marcas de agujas en el cuerpo, lo que corrobora la idea de que se sometió a la víctima a varias anestésicos locorregionales...

«No es dolor lo que el asesino quiso infligirle», piensa Noah.

—... Le seccionó el pene...

«Y se lo mostró a continuación a la víctima —concluye Noah mentalmente—. No quiso causarle dolor, sino un terror inducido por la mutilación. El mismo *modus operandi* que el antiguo asesino.»

—... Le cortó los huesos, los cúbitos y los radios, seguramente con una sierra... Le arrancó el tejido muscular al nivel de los flexores pronadores; las manos se mantienen unidas al antebrazo únicamente por el extensor común...

«¿Por qué le daría la vuelta a las manos si luego se las sujetó a los brazos con alambre?»

—... Le retiró la piel al nivel de las caderas —continúa el médico.

«Y se la fijó a las tablas mediante grapas industriales —constata Noah—. ¿Por qué...? ¿Qué quieres expresar?»

Noah aprieta los dientes. El Otro ya lo habría descubierto, habría extrapolado cada detalle, construido un guion. Habría visto al asesino, lo habría oído pensar, ¡lo habría comprendido!

«¡Concéntrate, Noah!»

Mientras coge el cuaderno, las manos le tiemblan de nuevo y se le acelera el pulso.

Su mente es un remanso de agua turbia, y cada pensamiento es una gota que cae y agita la superficie. Demasiadas preguntas, demasiados pensamientos, demasiados círculos en el agua.

Ya no oye hablar al médico, tampoco se da cuenta de que las manchas rojizas han desaparecido de la cara de Steve, que ahora está pálida. Ni percibe la mirada persistente de Bernard Tremblay, que no ha dejado de observarlo como si se tratase de un bicho raro.

Su mente se llena de bruma y surgen las voces.

«No... Tened piedad, no lo hagáis... Ella no, os lo suplico.»

«¡Papá!»

(Chillidos.)

«¡Élise!»

El olor a carne chamuscada, y la sensación de calor en la piel.

Luego oye una voz infantil, casi un cuchicheo en su oído:

«Es un secreto. Es nuestro secreto».

Y una forma nítida, luminosa, surge de pronto en los meandros caliginosos de su mente.

Noah abre los ojos, la burbuja estalla. Steve avanza hacia él y lo interroga con la mirada.

Advierte la esperanza en el semblante de su amigo. Noah sabe que Steve espera las revelaciones del Otro.

—Y bien, Noah, ¿qué piensas? ¿Has visto algo?

Niega con la cabeza.

—Solo un triciclo rojo.

Un simple email...

Grumpy tiene hambre. Y, como cada mañana, el gato maúlla y se sube a la cama de un salto.

Sophie lo mira con los ojos entornados mientras se acerca a su cabeza ronroneando. Espera que le pegue el morro húmedo a la oreja y le lama el lóbulo.

No se mueve; le gustaría quedarse un rato más acurrucada entre las sábanas calientes y prolongar su noche. Solo un ratito más, y disfrutar de esos lametazos ásperos. Pero en su cabeza una voz autoritaria le ordena que despegue la boca húmeda de la almohada y mueva el culo. Casi puede ver la cara de desaprobación de su padre y sus gruesas cejas frunciéndose. Y si su gato no obtiene satisfacción, sabe que su próxima treta será mordisquearle el lóbulo o, lo que es peor, afilarse las garras en su póster de *Top Gun*.

Y no está dispuesta a que Grumpy maltrate aún más a Tom Cruise, sobre todo porque es un póster original.

Sophie se pone de costado, se estira y bosteza, se calza las zapatillas de piel, se levanta, pone en funcionamiento la tetera que hay en su escritorio y la *playlist* de su iPod. El azar hace que suene *It's raining again* de Supertramp. Una canción muy adecuada para ese final de mañana otoñal neoyorquina.

Sophie arrastra luego su languidez hasta el cuarto de baño. Un lugar en el que no se demorará; nunca lo hace desde que regresó de California. El agua

es demasiado preciosa y no debe malgastarse. Sale de la ducha dos minutos más tarde y se pone su camiseta favorita, esa en la que está escrito *No Meat, No Dairy, No Kidding*. No es una vegetariana radical, aunque algunos de sus amigos la consideran una pelma, pero le gusta afirmar sus convicciones. «Expresa en voz bien alta tus opiniones, huye de los hipócritas y no hagas caso de lo que opinen los demás», le decía su padre. Y eso es lo que siempre ha hecho.

Dos tostadas con mantequilla de cacahuete más tarde se sienta ante el escritorio con una taza de té matcha humeante junto a la foto de familia que los Lavallée al completo se hicieron en la casa de campo de Mont-Tremblant; incluso aparece David. Sophie se ajusta la cola de caballo con una mueca. Son las once y tiene muchísimo trabajo por hacer.

Abre el MacBook —no es muy de Apple, pero Charlie la ha convencido de que es más ecológico, por las baterías— y se sienta bien derecha en la silla. Ahí pasará el día y parte de la noche. Es imposible no trabajar cuando se ha decidido vivir en Manhattan. Con un alquiler mensual de dos mil seiscientos dólares por un pequeño apartamento al sur de Harlem, Sophie debe contar las líneas por kilómetros, y los artículos no son siempre apasionantes.

Pero primero ha de seleccionar los emails, y luego revisar su blog y contestar a los comentarios.

El email que espera con más impaciencia es el de Charlie. Está colada por él. Su estancia en el Farm Sanctuary de Orlando ya era mágica antes de conocerlo; allí pudo compartir su amor por los animales con un nutrido grupo de voluntarios. Pero la magia se multiplicó desde que ese adonis con un aire de Brad Pitt se unió a ellos y le sonrió. Y no es que sea guapo simplemente, es además un chico brillante, reflexivo y concienciado ante los problemas del

planeta. ¡Por Dios, qué ganas tiene de que la visite en Nueva York! Aunque solo sea para demostrar a los vecinos que no son los únicos en chillar y gemir cuando se acuestan.

Sophie echa un vistazo a sus numerosos emails buscando a Charlie Travis. El corazón le da un vuelco cuando da con él. Hay una veintena más delante del suyo, pero es el primero que abre. Está un poco nerviosa. Han pasado dos meses desde que se conocieron, y teme que el dicho «la distancia es el olvido» se cobre en ella su próxima víctima.

«Uf.» Sophie respira. No hay ruptura anunciada desde la distancia, sino un lacónico «Te amo, ángel mío» y una foto adjunta.

Clica sobre el fichero *GoodMorningHoney.png*.

Es un selfie de su hombre con el torso desnudo. Bueno, esa sonrisa con boquita de piñón forzada desinfla la pasión, pero se compensa con el corazón dibujado en la arena que se ve en segundo plano.

Divertido y romántico a la vez. Y eso la lleva a preguntarse cómo ha podido estar dos años con su ex. Solo de pensar en ese intelectual cínico y egoísta se estremece de asco.

Pero eso es agua pasada. Y no hay nada como sentirse amada para empezar el día... aunque el origen de ese amor esté a cuatro mil quinientos kilómetros de distancia.

Sophie revisa el resto de los correos. Es su momento favorito de la jornada. Son sobre todo mensajes de lectores de su blog. Empieza a ser popular con sus historias de casos archivados y sus teorías conspiranoicas. Lo que empezó siendo un trabajo de estudiante para unas prácticas de periodismo en la Universidad de Columbia se ha convertido en un blog bastante visitado. Y ahí está ella, al cabo de dos años, teniendo que responder a una legión de fans — y de trolls— que comentan todos y cada uno de sus artículos.

El primer correo es de un tal Charles Wilkins:

Me encanta lo que haces, eres la mejor, soy un fan incondicional. Vivo en Brooklyn. Si quieres que nos veamos para charlar... o cualquier otra cosa, déjame un mensaje. Besos,

Charles

Sophie archiva el email en la carpeta «Psicópata potencial». La expresión «soy un fan incondicional» le hace pensar en la loca de *Misery* de Stephen King, novela que por desgracia leyó cuando tenía doce años.

El segundo es de WhitePenis97:

Zorra, estoy seguro de que te chiflan los *gangbangs* con negros.

«¡Qué elegante y refinado, menuda clase!» Duda si clasificarlo como «Racista» o como «Acosador sexual».

«Venga, un tipo así merece su propia categoría.» Crea una nueva carpeta: «Acosador sexual racista polla pequeña», y archiva en ella el mensaje.

Toma un sorbo de matcha y sonrío.

Blake, que es su mejor amigo, ya se ha mofado de ella y de su manía de conservarlo todo. Cree que es una prolongación digital de su preocupación por el planeta. Nada de desechos inútiles. Hay que reciclar lo que sea.

En el correo siguiente hay un archivo adjunto. Un fichero. Onion.

Remitente: anónimo.

Mensaje:

Si quieres saber más sobre Edgard Trout, sigue mis instrucciones en el fichero adjunto. Pero antes debes descargarte un navegador Tor.

¡Edgard Trout!

Un periodista que desapareció en los setenta. Un caso archivado que Sophie está investigando. Trout no era tan célebre como Seymour Hersh, por supuesto, pero destacó como reportero de guerra en Vietnam por su militancia contra los lanzamientos de agente naranja sobre los vietnamitas. El remitente anónimo ha debido de seguir las investigaciones de Sophie en su blog.

Por el momento no avanzan. Trout no ha dado señales de vida desde 1977, y a nadie parece preocuparle su desaparición.

Sophie duda, conoce Darknet por su reputación. Pero es periodista, y la curiosidad puede más que el miedo.

Así pues, instala el navegador Tor y clicas sobre el documento adjunto.

... puede cambiar una vida

Sophie está inquieta. Se mordisquea el labio inferior y reconoce ese retortijón que siente cada vez que tiene al alcance de la mano una pista importante. Sus «paquetitos regalo», los llama.

Y además para ella es nuevo eso de aventurarse en Darknet, ese lugar misterioso, la guarida de los piratas de la era digital y de los rebeldes antiglobalización: «ciberpunks» y «criptoanarquistas».

«Pero también hay vendedores de armas, traficantes de droga, grupos de extrema derecha, redes pedófilas. Deberías ser más prudente y menos ingenua, querida Sophie.» Su conciencia ha vuelto a hablarle con la voz de su padre.

De pronto la asalta la duda. ¿Y si solo fuera una trampa para robarle los datos bancarios? ¿O para secuestrarle el disco duro y exigirle el pago de un rescate? Como de costumbre, se ha precipitado sin reflexionar.

Ahora ya es demasiado tarde para echarse atrás.

Por si fuera poco, el paquetito regalo tarda una barbaridad en abrirse, observa para sí Sophie al ver que el cursor del ratón lleva al menos diez segundos mostrando un reloj de arena.

La página aparece y Sophie deja escapar un suspiro de alivio. Está totalmente en blanco excepto por un viejo despertador en el centro. Debajo, un contador que va restando.

«5,39... 5,38...»

«Vale. Está claro que no me queda otra que esperar si quiero mi regalo», se dice Sophie.

Toma un sorbo de té y...

¡Ring!

Da un brinco al oír el timbre. Grumpy salta de la cama y se mete en la cocina. Sophie cierra de inmediato el MacBook, como si el simple hecho de mirar esa página la comprometiera.

«¿Quién puede estar llamando? Son casi las doce.» Mira el ordenador con recelo. «¿Y si...?»

«No, es ridículo. ¿Qué relación puede haber entre un clic y... ¡Stop! Sophie, tu imaginación se desboca. Ves demasiadas películas de terror.»

Retira la silla hacia atrás, se levanta, se dirige hacia la puerta con pasitos silenciosos y echa un vistazo a través de la mirilla.

Nadie.

Un escalofrío le recorre la espalda. «Qué raro...»

«Piensa con lógica, Sophie; no puede haber ninguna relación entre el fichero y el timbrado.»

De pronto ve un ojo al otro lado de la mirilla.

El corazón deja de latirle y suelta un grito de terror.

—¡Hey hey! Sophie, tranquila... Somos nosotros —dice una voz conocida.

¡Blake!

Sophie golpea la puerta con la frente.

«Serás imbécil...»

Descorre los tres cerrojos, retira la cadenita y abre.

—¡Sorpresa! —gritan dos voces al unísono.

Bethany y Blake están delante de ella, sonrientes. Su mejor amigo lleva

una bolsa de plástico de la que se desprende un aroma que le hace torcer el gesto. Buey, bacon... «Puaj», piensa Sophie.

Luego Bethany le tiende una cesta de mimbre llena de infusiones y píldoras.

—¡Feliz aniversario, Sophie!

Retrocede un paso, sorprendida.

—¡Pero si mi cumpleaños es en abril! —protesta.

—Lo que celebramos es que hace exactamente un año que te emancipaste de nosotros y nuestro apartamento compartido. Bueno, no hemos sido muy originales, pero te hemos escrito unas líneas.

En una tarjeta blanca lee: «Para Sophie, a la que echamos de menos». En la firma: «B & B».

Sophie sonrío. Beth y Blake.

—Gracias, pero esa firma conjunta vuestra suena a marca de whisky —bromea.

—*No way* —protesta su amigo antes de cruzar el umbral y entrar en la casa sin esperar a que lo invite—. Suena a bufete de abogados. B & B, ¿a que impresiona?

—Claro, claro... ¿Por qué no? Aunque no estoy segura de que un informático y una actriz formen la mejor defensa.

—Sophie, prejuicios como ese hacen que me resulte difícil relacionarme con los periodistas —se queja Blake—. Ah, por cierto, recuerdos de la señora Lim. Te echa mucho de menos.

—¿En serio? A esa vieja bruja nunca le caí bien...

—Ya, y estoy seguro de que eso no tiene nada que ver con que espieras a los vecinos o trataras de abrir sus buzones...

Bethany, que se ha quedado en el umbral, mira el reloj.

—Uy... Os adoro, pero tengo que irme ya si no quiero llegar tarde a mi

audición. Sed buenos, chicos. ¿Nos vemos en el teatro?

Por el rabillo del ojo, Sophie ve que Blake se mete dos dedos en la boca y finge vomitar.

—¡Descuida, cielo! Suerte en la audición y gracias por todo.

Sophie cierra la puerta y vuelve a correr los cerrojos.

—¡No eres muy simpático con Beth!

Blake no contesta, saca la hamburguesa de la bolsa y la mueve delante de su nariz.

—Mira qué maravilla, es lo más de los filetes de carne picada, recién salida de Five Guys... ¡Ñam! Y huele este beicon a la parrilla.... ¡Y además lleva cantidad de hormonas de crecimiento para darle sabor!

Blake clava sus dientes blancos en la hamburguesa y se ensaña con ella poniendo cara de tiburón en pleno frenesí.

—Oye, yo no te doy el coñazo con mis albóndigas de guisantes, así que no me des el coñazo con tu... carne. ¡Asesino de animales!

En respuesta, Blake mastica con la boca abierta.

—Y dicen que los gays sois finos...

—Oh, es un bulo... Quizá deberías escribirte un email a ti misma y añadir el mensaje a una de tus carpetas, ya sabes, esa titulada «Racista y homófoba».

Sophie le hace una peineta a modo de respuesta, pero una sonrisa le ilumina toda la cara.

—Yo también te quiero, preciosa —dice Blake, y la besa en la frente.

Sophie deja la cesta en la cama y de inmediato Grumpy curiosear a su alrededor.

—Por cierto, has llegado en buen momento... Tengo que enseñarte algo en el ordenador.

Sophie se sienta y abre el Mac. ¿El contador se ha transformado en la tecla «Continuar»?

—Eh, espera... ¿Estoy soñando o es un navegador Tor?

—Sí, es una larga historia.

—Pues estás de suerte, cariño: tengo mucho tiempo. ¿Me la cuentas?

Blake permanece callado durante el relato de Sophie, y después toma otra vez la palabra.

—Si lo he entendido bien, un tipo anónimo te manda un archivo .onion a raíz de un artículo aparecido en tu blog sobre la desaparición de un tal Edgard Trout.

—Así es. Yo ya había hecho algunas averiguaciones acerca de él; sé que se instaló en el estado de Nueva York, cerca de Plattsburgh, y que al poco desapareció.

—Vaya. Entonces hay dos posibilidades. O bien ese enlace es una broma de mal gusto y lo que te espera si pulsas esa tecla puede escandalizarte, tipo un asesinato ultragore o zoofilia en plan asqueroso, o bien has dado con algo muy gordo.

—Eso creo. Si no, ¿por qué ha elegido la Deep Web?

Blake frunce el ceño.

—No confundas Darknet con Deep Web, por favor, Sophie. La Deep Web la conforma todo aquello que no es posible encontrar en internet mediante un buscador clásico, mientras que Darknet es una red virtual privada que puede crear cualquier persona, y no precisamente de esas con las que te gustaría toparte en la calle, ¿entiendes?

—Okey. Entonces ¿clico o no?

Blake le sonrío mostrando todos los dientes.

—¡Tranquila, estoy aquí!

Sophie se lo toma como un sí. Pone el cursor sobre la tecla roja, se mordisquea el labio inferior y clica.

En el centro de la pantalla aparece una vieja foto. Arriba a la izquierda, un

contador empieza a restar.

—Pero ¿qué coño es esto? —suelta Blake.

En la foto se ve a un hombre afroamericano con una chaqueta de cuero beis que lleva un micro en una mano y una grabadora de casete en la otra. Está en el jardín de una imponente mansión victoriana que se adivina en segundo plano.

—¡Es él! ¡Es Trout! —exclama Sophie—. Se diría que está haciendo un reportaje, está grabándose con un modelo antiguo. No se ve bien... Parece un Four Star, pero la foto no es muy buena.

—¡Tía, cuánto sabes!

—Sí, los *seventies* y los *eighties* son lo mío.

—No está solo. ¿Y si el tipo que te ha enviado el enlace es el que ha tomado la foto? Joder, casi habría preferido que se tratara de una broma de mal gusto —dice Blake.

La foto desaparece en el momento en que el contador llega a cero.

Una tecla de «Descargar» la reemplaza, y aparece también una pregunta: «¿Está dispuesta a ayudarme a descubrir la verdad?».

Sophie está pletórica. Ha dado con algo gordo, lo intuye.

«¿Lo ves, papá? —piensa—. Al final estarás orgulloso de tu hija, después de todos estos años criticando mis decisiones.»

Y clica, sin saber hasta qué punto ese gesto cambiará su vida.

Hedor

Noah se queda quieto un momento delante de la puerta de su apartamento. Le da miedo entrar, lo asusta la noche en blanco que lo espera al otro lado, el timbre del día siguiente que volverá a ponerlo en los raíles de su vida de simple auxiliar administrativo.

Ha fracasado. Cualquier principiante habría sido capaz de deducir que el asesino gozaba con el terror de la víctima frente a su mutilación. Por Dios, ¡había cápsulas de anestésico y jeringuillas en el suelo! Esa era la única información concreta que había podido sacar del escenario del crimen. No había deducido nada más, solo sensaciones difusas, y nada tangible salvo aquel maldito triciclo rojo. Por otra parte, tendría que habérselo callado. Aún ve la expresión de Steve, pasando de la incomprensión a la incomodidad y de la incomodidad a la compasión. Ahora su colega lo tiene por loco. No, peor que eso, lo tiene por enfermo, y está en lo cierto. En cuanto a ese buitre del inspector Tremblay, lo había mirado como si fuese el mayor de los imbéciles.

«Bueno... Eso habrá que verlo», le oyó decir con un Tic Tac en la boca.

No había más que hablar. Después de eso, ¿quién iba a querer a un tullido chiflado en el escenario de un crimen?

Realidad: 1, Esperanza: 0. No hay partido de vuelta.

Mala suerte. Al menos está Rachel, una lucecita en la oscuridad, un faro en su mundo de brumas.

—*Home sweet home* —murmura Noah colgando el bastón en el perchero.

Encuentra el apartamento tal como lo había dejado. La comida del día anterior sigue en la mesa, la mitad de un filete de carne y restos de puré en un plato desportillado. Un vaso de vino californiano medio lleno junto a una botella casi vacía.

El frigorífico sigue haciendo el mismo ruido que un avión al despegar. Las habitaciones vacías de muebles y las cajas repartidas por la casa siguen apestando a soledad.

«Así pues, ¿eso es todo? ¿Abandonas? ¿Crees que el Otro habría dejado escapar esta ocasión?»

«¡Que se joda el Otro! Ya no existe.»

Noah ríe en la oscuridad.

¿Será el estrés? ¿Y si no se esforzó suficiente?

Su mente se mostró incapaz de analizar todos los detalles del escenario, pero eso no significaba que las pistas no estuvieran allí, delante de sus narices. El otro asesino siempre había jugado con él: le dejaba mensajes, le hablaba a través de sus «obras». Y por inverosímil que pareciera, el actual asesino mostraba exactamente el mismo *modus operandi*. Por lógica, también habría debido dirigirse a él. Algo no ha visto, pero ¿qué?

«Quizá sea el momento de revisar los viejos informes, ¿no te parece, Noah?»

Echa una ojeada al reloj con marco de metal que hay en el suelo. Las once de la noche.

El momento perfecto para sacar partido a sus insomnios.

Sí, los viejos informes, las notas antiguas, las fotos. Volverá a revisarlo todo desde el principio.

Y encontrará lo que busca.

Porque él y el Otro son la misma persona.

Noah se lleva las cajas al dormitorio y las pone sobre la cama.

Abre la primera y coge el dossier que corona la pila. En el lomo pone: «Timothy Carter».

La única víctima que encontraron sola en el escenario del crimen. Noah relee las notas. A Timothy lo castraron, le cortaron todas las falanges una por una. Según el médico forense, el asesino lo obligó incluso a ingerir todo lo que le había quitado del cuerpo. No hubo alusiones a la religión. No hubo profanación ni mirra. Pero sí una nota, escrita a máquina, junto al cadáver.

Ojalá tu alma se pudra en el infierno.

El dossier contiene poca información. La víctima era el propietario de un concesionario de coches al que no se le conocían enemigos declarados, como no fuera su mujer, que había pedido y obtenido el divorcio diez años antes. En cuanto a antecedentes penales, a Carter lo habían detenido por posesión de cocaína en la habitación de un motel donde había pasado la noche con dos prostitutas.

En su día Noah no pudo analizar el escenario del crimen; nada hacía suponer que el asesino fuese a actuar de nuevo. La policía de Vermont lo trató como un caso típico de asesinato, la historia de una venganza especialmente violenta.

El sargento encargado del caso dictaminó que había sido un crimen pasional.

No hubo mensaje.

A partir de la segunda víctima, es decir, justo cuando Noah entró en escena, el asesino empezó a dirigirse directamente a él.

Noah guarda el informe. Sin duda es más oportuno interesarse por el

momento en que se entabló el diálogo.

Examina en la caja, coge el dossier que buscaba y lo abre: «Iris y Lucas Levrault».

Al cogerlo la cabeza le da vueltas.

Hay algo que no cuadra. ¿Por qué ese repentino olor a mirra?

«¡Jodidos medicamentos, jodido cerebro enfermo! ¿No podéis dejarme en paz?» Aparta el dossier abierto y se queda inmóvil.

Hay un sobre dentro, pegado al cartón. Aunque tiene problemas de concentración, pérdidas de conciencia y hasta dificultad para hablar, está seguro de que es la primera vez que ve ese sobre. Lo despega de un tirón y le da la vuelta. La sorpresa lo deja con la boca abierta. También abre los ojos, y con la mano que no está sosteniendo el sobre se los frota para que lo que acaba de ver desaparezca.

Pero no, no ha sido una alucinación. Su nombre está escrito ahí, en efecto, con la fecha del día anterior, y una única palabra: «Hedor». Se acerca el sobre a la nariz. Desprende un olor a mirra. Y de pronto lo entiende todo.

El asesino estuvo ahí, en su apartamento. Metió ese sobre en el dossier. ¿Cómo podía saber que Noah lo abriría? Y sobre todo, ¿cómo entró en su casa?

¿Está ahí, observándolo?

El corazón se le acelera.

Noah coge la carta, sale del dormitorio cojeando y se dirige hacia la ventana de la cocina. Abre las cortinas. Todas las luces del edificio de enfrente están apagadas. Echa un vistazo a la calle, pero lo único que ve es un perro vagabundo que pasa bajo la mortecina luz de una farola.

No. No está ahí. Ha debido de irse.

La mente de Noah empieza a nublarse, siente que unos remolinos agitan sus pensamientos. Los círculos que forman enturbian la superficie.

No es momento de tener una crisis.

Rasga el sobre y saca la nota.

Primera constatación: está escrita a máquina. No con un procesador de texto, sino con una vieja máquina de escribir.

Noah tiene la presencia de ánimo de coger su segundo cuaderno, el que le sirve de recordatorio. Escribe: «Importante: analizar la tinta, el tipo de papel, el tipo de máquina». *A priori*, se decanta por una cinta de carbón.

Luego deja los dos cuadernos en la mesa de la cocina, se sienta en una silla y lee la carta.

Achacoso

Noah se estremece en cuanto posa la mirada en las primeras líneas de la carta.

Buenas noches, Noah:

Confieso que no sé por dónde empezar. Es posible que no lo entiendas, pero basta equivocarse una palabra para que todos los esfuerzos que he puesto en esta carta sean en vano.

Conozco la importancia de las palabras en tu vida. Y sé hasta qué punto te sientes roto y perdido. Pero ahora estoy aquí para ayudarte.

Tu pasado y el mío se pudren en la misma tumba.

Pero si tratas de abrirla, que no te asombre el hedor que emanará de ella.

¿Te he hablado ya de mi familia de acogida?

No, claro, ¿cómo iba a hacerlo? Y además, no hace tanto que puedo expresarme con lucidez.

Sí, igual que tú.

Por otra parte, espero que la pequeña historia de mi vida que ahora voy a contarte despierte en ti alguna reminiscencia.

Noah deja la carta encima de sus rodillas, coge el vaso lleno de vino de la mesa y se lo bebe de un trago antes de proseguir.

La mujer (llamémosla Sarah) de la casa en la que decidieron colocarme era una persona débil.

Si bien, desde fuera, nada parecía afectarla, yo sabía que no era así: la Sarah a la que

todos consideraban fuerte como una roca se limitaba a camuflar su tristeza tras una apariencia de seguridad y a disimular su desesperación para que pareciese alegría. Bajo ese caparazón, bajo esa costra frágil de maquillaje y rímel, todo estaba resquebrajado y a punto de derrumbarse.

Bastó un hombre para romperla: Ted.

El encuentro tuvo lugar en una *garden party* que organizó la mujer del alcalde, una beata que no podía pasar ni un día sin rodearse de sus acólitas.

Sarah ya andaba perdida entre los vapores del alcohol, pegada a las mesas donde estaban las ensaladeras llenas de ponche.

El dandi con su encantador acento británico la abordó en el cenador.

Pretextando una sed repentina, enseguida la embriagó con su palabrería de ligón de pista de baile.

Ese joven de un rubio veneciano tenía el discurso bien aprendido, y no le costó seducirla.

Por mi parte, sentí una repulsión visceral.

Su atuendo beis y blanco de perfecto deportista dominguero, esa sonrisa que le marcaba unos hoyuelos adorables, su aspecto cándido de empollón, nada de todo eso lograba disimular su tenebrosidad. Para mí, Ted era una planta carnívora y Sarah la mosquita.

Los primeros días en compañía de ese escocés risueño fueron alegres, pues Ted sabía comportarse como un caballero. Sin embargo, al cabo de un mes la negrura que yo había percibido en él nos envolvió.

Desaparecía cada tarde y regresaba por la noche, con la cara desencajada y el aliento cargado. Se compadecía continuamente y se quejaba de la falta de dinero, aduciendo que nuestra familia merecía algo más. Tenía un plan para sacarnos de nuestra «miserable condición». Por supuesto, era preciso que Sarah volviera a trabajar, a fin de que él dispusiera de dinero para invertirlo en su proyecto.

Teddy era un parásito al que la desgracia atraía como a una polilla la luz de una farola. Pero lejos de estrellarse como el insecto, él se había instalado cómodamente en ella y le había clavado sus colmillos.

Su proyecto era sencillo: bastaba ganar en el juego. Póquer, blackjack y no sé qué más.

Como en un tiovivo, la vida de Sarah transcurría según fuera el ánimo de ese alcohólico despiadado. Eufórico cuando ganaba, violento y ofensivo cuando tenía una mala racha.

Y encima no paraban de chillar y copular como animales en celo. Tanto era así que yo

no distinguía ya entre los gritos de dolor y los gemidos de placer. Pero Sarah estaba enganchada a él. Lo alimentaba como una cabeza saturada de sangre alimenta a un piojo. Se mataba a trabajar para que él pudiera satisfacer sus sueños descabellados y darle la dosis de maltrato que ella necesitaba. ¿Y qué pintaba yo en todo eso? Era un fantasma incorpóreo para Sarah, una sombra insignificante para Ted. Tenía cinco años cuando ella acabó haciéndose estallar el cerebro delante del tocador. No lloré. Ni cuando murió ni cuando los de los «servicios sociales» vinieron a buscarme.

Ya está, eres la primera persona a quien se lo cuento. Te enviaré más cartas. De momento, un consejo: no te fíes de las apariencias, Noah. Son engañosas. Mira, por ejemplo, ¿estás seguro de que esta historia es realmente la mía? Es más, ¿sabes que estás siendo vigilado?

PD. Te esperan otros regalos, Noah. No dejaré que te aparten del caso. Confía en mí para eso, amigo. Te necesitarán.

Noah vuelve a dejar la carta sobre sus rodillas con manos temblorosas.

«¿Qué quiere decir con “reminiscencia”?», se pregunta.

«¿Esa historia también es la mía?»

«¿Insinúa que es un episodio de mi infancia?»

«¿Quién está vigilándome?»

«Debe de haber tenido acceso a mi historial médico.»

«Sabe que la amnesia que sufro me impide acordarme de mi infancia. ¿Habrás descubierto hechos que yo ignoro?»

«¿Y Maggie?»

«¡No fue culpa mía! ¡Fue un accidente! Lo sé mejor que nadie, por estas piernas que me duelen horrores y este cerebro hecho papilla.»

«Trata de confundirte. Es un narcisista manipulador. Debes pensar como el Otro, Noah. Deshaz los nudos. Reflexiona.»

«... Eras brillante.»

—¡Todavía lo soy!

Noah ha chillado en su apartamento vacío. Las lágrimas le nublan los ojos.

—Todavía lo soy —repite en un murmullo.

No ha de caer en las redes de ese psicópata.

Coge su segundo cuaderno y un boli.

«El asesino ha dejado una carta en el tercer dossier. ¿Hay una relación entre Ted, Iris y Lucas? Mujer beata, casada con el alcalde. ¿Coincidencia? Comprobar. ¿Estado? ¿Vermont?»

Noah reflexiona. Y escribe: «Es difícil de decir, dado que a ese Ted nunca lo han encontrado. Vermont o un estado vecino. ¿El de Nueva York?».

Sonríe. Por fin siente las vibraciones de la investigación. Vuelve a ser un sabueso.

«*Garden party*. Exterior. Estación: ¿verano? Acento británico... Escocés. Deudas de juego. Familia de acogida. Suicidio. “Servicios sociales.” ¿Por qué lo ha escrito entre comillas?», anota.

Un dolor fulgurante le atraviesa los tímpanos.

Seguido de una pulsación lacerante.

Noah se tambalea en la silla y está a punto de caer. Se aferra al borde de la mesa. Se le nubla la vista y unas estrellas centelleantes titilan delante de sus ojos.

Demasiadas preguntas. Demasiados círculos en el agua.

El dolor se desvanece, pero no las pulsaciones, que se amplifican dentro de su cráneo.

—¿Noah?

Se le hiela la sangre. Una voz. Familiar.

Se yergue en la silla. Hay una figura de pie delante de la puerta de la cocina.

Se frota los ojos. No puede ser...

—¿Maggie?

Parpadea. La figura ha desaparecido.

El pitido que oye en los oídos es ahora más intenso.

Noah recorre la cocina con la mirada, jadeante.

No hay nadie. Los medicamentos le juegan malas pasadas.

—Todo irá bien, Noah.

Su mujer está a su lado. Su rostro a pocos centímetros del de él. Guapa. Lívida. Muerta.

Noah suelta el cuaderno de notas y grita, pero la mandíbula se le queda rígida.

—Mag...

Las palabras se niegan a salir. Noah lo comprende: está sufriendo un accidente isquémico transitorio, un miniderrame cerebral.

«El teléfono. Rápido.»

Noah intenta levantarse, pero las piernas le flaquean, se cae de bruces, el bastón rueda por el suelo.

—Au... xi... lio.

Repta, sus uñas rechinan contra las baldosas, sus dedos tratan de rozar la punta del bastón.

Su mujer se inclina sobre él. Noah siente el frío, el vacío.

—Todo irá bien, Noah —oye que le murmura al oído.

Sésamo...

Sophie acerca la cabeza a la pantalla, como hace siempre que la excitación se apodera de ella. Pronto su padre la entenderá, él, que habría querido verla trabajar en el *New York Times*. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a pagarle los estudios en la prestigiosa Universidad de Columbia si no era para llegar a eso al menos? ¿Bloguera a la búsqueda de la verdad? Muy poco para él, que en esa cuestión se mostraba casi tan escéptico como su ex. Sin embargo, esa ocupación reflejaba algunos de los valores éticos que él le había inculcado.

—¡Aparta, que no me dejas ver! —protesta Blake.

Sophie tarda un momento en echarse hacia atrás. La pantalla la tiene hipnotizada.

—Lo siento. Pero ¿crees que podría tratarse de un virus? ¿Y por qué es tan largo?

Blake se encoge de hombros.

—Me sorprendería. Habría entrado con el primer clic. En cuanto a por qué es tan largo, creo que intenta captar direcciones de enlace. Seguro que detrás también hay un encriptado. Me parece un procedimiento muy sofisticado. ¿Por qué tanto misterio?

—Bueno, Blake, ese reportero desapareció sin dejar rastro, y sin que los medios de comunicación se hicieran eco.

—Sí, ese es el problema... Parece peligroso.

Sophie se vuelve hacia él y levanta los brazos.

—No me lo puedo creer... ¡Hablas igual que mi padre!

Blake esboza una sonrisa burlona.

—Un hombre muy sabio, sin duda. Tendrás que presentármelo.

Sophie hace una mueca.

—Sí, un tipo encantador. Le caerías bien... Bueno, si fueras menos negro y más hetero.

Blake se echa a reír, pero acto seguido frunce el ceño.

—No, espera, ¡no irás a decirme que tu padre...!

Sophie levanta el índice para zanjar el tema.

—Chitón. Prefiero no hablar de él. Bastante mala cara me pone porque aso el tofu aparte en la barbacoa...

Blake estira las piernas y sonrío.

—Eso no se lo reprocho. Racista, homófobo... pero carnívoro. No todo es malo en tu viejo.

—Blake, ¿y si volviéramos al archivo? Mira, ya está, ¡disponible! Podremos abrirlo.

La página del navegador acaba de cambiar. «Jenny1973» aparece en el centro, al lado de un nuevo contador.

Blake señala la pantalla con el dedo.

—Hey, anota esto. El tío igual te da una clave para descifrarlo y hace desaparecer la página una vez que haya expirado el tiempo.

Sophie se da un par de golpecitos en la frente con el índice.

—No hace falta anotarlo, tengo bastante memoria para recordarlo.

—Pues abre el archivo...

Sophie navega y selecciona el «.rar» que acaba de descargarse.

Para abrirlo es precisa una contraseña.

—¿Lo ves? Es lo que yo decía —alardea Blake—. Una clave.

Sophie introduce «Jenny1973» y dice:

—Sésamo...

Deja escapar un gemido, y un suspiro hace vibrar sus labios. Decepción. Es un simple archivo de texto titulado lacónicamente «Edgard Trout».

Lo abre con un clic del ratón y lee el contenido en voz alta.

Sophie: La necesito para averiguar qué le ha ocurrido a Edgard Trout. He revisado su blog y, según lo que he leído en él, creo que es usted seria y que cuando se propone algo llega hasta el final. Por otra parte, es posible que sea la única persona que se interesa por él. La foto que le he enviado es la única pista material que poseo, todas las demás se han borrado o han sido destruidas. El caso es que no solo ha desaparecido Trout, también han saqueado su casa.

Por ahora no puedo revelarles mi identidad. Por su bien y por el mío. No avise a la prensa ni a la policía. Y no hable de esto con nadie. He de mantenerme en el anonimato. Si me atrevo a pedirle ayuda es porque a usted aún no la vigilan. Y si es prudente, no llamará su atención. No sé quiénes son, pero son peligrosos. Por eso insisto: si percibe el menor peligro, paralice todo de inmediato.

Ahora voy a revelarles una información a la que, desde mi posición actual, no puedo sacar partido. Edgard Trout investigaba por cuenta de un tal Giovanni Napolitano, pariente del célebre Dominick Napolitano. Todo lo que sé es que participó en la operación Donnie Brasco. Tras abandonar su profesión de reportero, Trout se había convertido en detective y se había especializado en la investigación de personas desaparecidas. Giovanni Napolitano quería encontrar a alguien, y creo que Trout murió por eso. El problema es que Napolitano está ilocalizable. Quizá lo proteja el gobierno.

Tengo la impresión de estar arrojando al mar una botella con un mensaje al escribirle, pero ¿a quién puedo dirigirme sino a usted? Si encuentra a Napolitano tal vez halle una pista que la conduzca hasta Trout.

Sophie suelta aire haciendo vibrar de nuevo los labios.

—¡Uau! ¡Qué fuerte! —exclama por fin al tiempo que deja caer los brazos a ambos lados de la silla.

Blake la mira sacudiendo la cabeza.

—Esto cada vez se pone más chungo... ¿Deep Web, mafia italiana? ¿Qué

será lo siguiente? ¿Un complot de los Illuminati?

Sophie no contesta. Tiene la mirada fija en la pared.

¿Se tratará de una broma? ¿A qué viene tanto trabajo, si así fuera?

No. Detrás de eso hay algo. Un diamante en bruto. O mejor dicho, una bomba. El tipo de investigación que podría...

Blake se acerca las manos a los labios a modo de megáfono.

—Blake llamando a Sophie. Blake llamando a Sophie... Al habla su mejor amigo. Repito: Al habla su mejor amigo.

—Perdona, estaba pensando. Mierda, ¿qué debo hacer?

—Antes que nada, enviar el archivo .onion a mi correo. En cuanto al resto, espero que no te lo tomes en serio... ¡Olvida lo que has visto!

Sophie cierra el navegador con un clic.

—¡Eeeh! Espera, ¿quién es el guaperas este que tienes como fondo de pantalla? —exclama Blake.

—Es mi novio, es Charlie.

—¡Joder! ¿Por qué tiene que ser hetero este adonis? No es justo.

—Y además es vegano —añade Sophie con una sonrisa burlona—. Bueno, ya te he enviado el archivo. Ahora solo me queda hacer una llamada chungu.

Se levanta y echa la silla hacia atrás.

—¿Cómo de chungu?

—Como tener que ver de nuevo a mi ex. Pero creo que puede ayudarme.

Blake hace una mueca de desagrado. En ese momento Grumpy se le sube a las rodillas de un salto y ronronea.

—¿Sabes que eres el único tío al que le hace eso? —dice Sophie.

—Entre carnívoros nos entendemos —contesta Blake acariciando el cuello al gato.

Sophie no contesta.

—Lllamarlo me resulta tan penoso como comerme un filete medio crudo,

pero no tengo más remedio. He de hablar con él.

Blake lanza con la palma de la mano un beso virtual al fondo de pantalla.

—Esta chica se reconciliará con el cabrón de su exnovio y tú serás mío, adorable Charlie.

Sophie le da un pisotón con el tacón.

—En tus sueños, Blake.

—¡Ay! Ni bromear se puede ya. ¡Eres una psicópata! —La mira a los ojos fijamente sin sonreír—. No vas a hacerme caso, ¿verdad? Piensas seguir.

Sophie asiente con la cabeza y coge su móvil de encima de la mesa.

Busca el nombre que todavía no ha borrado de la lista de contactos.

Benedict Owen.

Pulsa la tecla verde y se pregunta hasta qué punto el «favorito» de su padre le guarda todavía rencor por la humillación que le infligió la tarde en que anunciaron su noviazgo.

... ábrete

Blake se ha ido y Sophie continúa delante del ordenador pero sin hacer nada, sin avanzar en su trabajo. Está retrasándose en el artículo dedicado a la proliferación de cucarachas en el barrio de Hell's Kitchen. Mala suerte, será un bodrio. Ni siquiera se ha tomado la molestia de ir allí y preguntar a los vecinos. Patético.

Benedict ya no puede tardar. Sophie dudó entre ir a verlo a su despacho o invitarlo a su casa. Al final optó por la solución que no la obligaba a salir con ese tiempo lluvioso y le permitía seguir trabajando en lo que se traía entre manos. Su ex aceptó enseguida, sin rechistar. Y lo más asombroso es que casi pareció contento de que lo llamase. Sin embargo, la última vez que lo vio fue delante de una veintena de invitados y la cosa no salió bien.

Pero Sophie no adelanta. Hace una hora que está bloqueada en la misma frase. Todos sus pensamientos se centran en el caso Trout y lo que preguntará a su exnovio. Tendrá que mentirle, una vez más.

El sonido del timbre la saca del letargo.

Es Benedict.

Da un respingo en la silla.

Luego se levanta.

Abre la puerta y durante un breve instante cree revivir una escena del

pasado: su chico, con la cara bronceada, sonriente, elegante con su traje sin una sola arruga, le trae la cena.

—Hola, Benedict. Gracias por venir.

Instintivamente, esquiva su mirada. Más de una vez cayó en la trampa de esa mirada penetrante y autoritaria. Benedict levanta los paquetes para mostrárselos y Sophie reconoce el logo de By CHLOE, su restaurante vegano preferido.

—Traigo dos Guac burgers y buñuelos de boniatos. Espero haber acertado.

Pues sí: ha dado en el clavo. Y encima ha tenido que dar un rodeo y pasar por Soho para comprarlos.

Pero Sophie se mantiene imperturbable.

—Gracias, eres muy amable, pero no hacía falta —dice bajando la mirada.

—He pensado que tendrías hambre, son casi las cinco. ¿Me permites entrar?

—Pues claro.

—Huele a beicon, ¿no? ¿Has cambiado de dieta? —pregunta.

—No. Es que Blake ha venido a verme a mediodía.

Benedict baja la cabeza en silencio. Él y Blake nunca se llevaron bien.

Deja las bolsas en la mesa y la americana del traje sobre la cama. Su mirada se posa en la cesta de Beth.

—Veo que te han traído un regalo... Está firmado B & B.

—Beth y Blake.

Benedict no dice nada.

Sophie también calla. Antes de pedirle ese favor que puede ponerlo en una situación delicada ha de enfrentarse a lo que le hizo.

—Lo siento mucho, Benedict. Siento lo que ocurrió en el restaurante.

—Lo pasado, pasado, Sophie. No estabas preparada, y lo entiendo. Te

sentiste presionada por mí y por tu padre. Me enfadé contigo, claro, pero lo he asumido. Por cierto, ¿cómo está Louis-Philippe?

Sophie sonríe.

—Sigue preguntándome por su yerno favorito y suplicándome que vuelva con él.

Se ha precipitado. No debería haber dicho eso.

Benedict esboza una sonrisa amarga. Luego se dirige a la mesa y retira una silla.

—Bueno, no nos andemos por las ramas y vayamos al grano, a esa «cosa urgente que no puede esperar» de la que me has hablado por teléfono. ¿Qué te parece si me lo cuentas mientras comemos?

De acuerdo. Después de todo el tiempo que le ha dedicado al tema con Blake, tiene el estómago vacío; no ha tomado más que un té matcha.

Coge la silla del escritorio y se sienta al lado de Benedict.

—¿Ahora eres vegano? —le pregunta.

—He querido probar. Como de todo, ¿sabes? Bueno, ¿qué es lo que quieres de mí? Me imagino que tiene que ver con tu... blog.

Sophie hace una mueca. Todo iba de maravilla, y ha bastado oírle pronunciar «blog» con esa pizca de condescendencia que ella conoce tan bien para fastidiarla. Lo cual demuestra que el verdadero Benedict sigue ahí.

—Estoy investigando para un trabajo viejos casos criminales de Nueva York —miente—. Y necesito entrevistar a un tío que se movía en esos ambientes en los años setenta.

Benedict da un mordisco a su hamburguesa de aguacate y asiente con la cabeza para invitarla a continuar.

—¿Conoces el caso Donnie Brasco?

Benedict deja de masticar y pone el bocadillo encima de la mesa.

—¿Te refieres a la historia de la familia Bonanno, en la que se infiltró

Joseph D. Pistono, la leyenda del FBI?

Sophie asiente varias veces y coge un buñuelo de boniato del paquete.

—Es una vieja historia, y dicen que fue un caso que llevaba el FBI y no el Departamento de Justicia. ¿Qué quieres exactamente?

Sophie reflexiona. Es el momento más delicado.

—El capo al que asesinaron por haber permitido que un agente del FBI se infiltrase en la familia se llamaba Dominick Napolitano. Según... mis fuentes, al parecer tenía un primo llamado Giovanni Napolitano. Tal vez estaba bajo la protección del gobierno o en un programa de protección de testigos. Necesitaría hablar con él. Es el reportaje de mi vida, Benedict, lo que podría abrirme las puertas del *New York Times* —añade para camelárselo.

Benedict engulle el último bocado y se limpia los labios con una servilleta de papel antes de exclamar:

—¡Vaya! Eso no me lo esperaba.

—Ya. Oye, ¿puedes echarme una mano o no?

—Pero ¿eres consciente de lo que me pides, Sophie? ¡Soy el ayudante del fiscal, no David Copperfield!

Benedict acaba de alzar la voz. Otro de sus defectos, observa Sophie.

—Lo único que te pido es que te informes; sé que conoces a gente importante. ¿Podrías decirme al menos si ese tipo aún vive?

Benedict lanza un suspiro.

—Eso puedo averiguarlo enseguida. ¿Me prestas un momento el ordenador?

—Claro —responde Sophie, y coloca de nuevo la silla delante del escritorio.

Benedict se sienta y abre el MacBook.

Se queda inmóvil un instante, con las manos quietas sobre el teclado.

—¿Quién es este rubiales hippy que tienes como fondo de pantalla?

Sophie baja la cabeza y suelta un «jódete» silencioso.

—Es Charlie. Estuve con él en California el año pasado.

«No hace falta que sepa que seguimos juntos», piensa, un poco avergonzada de manipularlo.

Benedict no hace ningún comentario más y empieza a teclear.

Sophie se sienta a la mesa de nuevo y se come su hamburguesa de aguacate. Ha estado tan ocupada hablando que apenas la ha tocado.

—Ese hombre está vivo, Sophie. Pero tendré que hacer algunas llamadas. Y no te garantizo que obtenga resultados. El tipo estaba amenazado. ¿Tienes carnet de prensa?

—Claro. Soy periodista, aunque no tan conocida como le gustaría a mi padre.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Todavía estás con ese hippy?

«Bueno, era de esperar», piensa Sophie.

Benedict hace una mueca.

—¿Me ayudarás de todas formas? —pregunta Sophie.

Benedict clava sus ojos azules en los de ella.

—Al contrario que tú, Sophie, soy una persona de palabra.

Catarsis

Noah se pasa de una mano a otra su móvil nuevo.

Ese objeto que hasta el momento se ha negado a tener podría salvarle la vida cuando sufra otra crisis. Y además Rachel ha insistido en que se lo comprara. ¿Cómo iba a decirle que no?

—¿Qué te pasa en las piernas?

Noah levanta la cabeza.

La que acaba de hablarle es una niña con unos ojos enormes.

No le contesta enseguida. La observa. Tiene un ligero estrabismo, lleva un muñequito debajo del brazo derecho y se enrolla en el índice de la mano izquierda un mechón de cabello. No, no es ella la que acaba de hablarle. Noah mira a la mujer que está sentada a su lado.

Su madre, seguramente.

Está muy delgada, casi escuálida. Sus manos huesudas no se están quietas; unas veces tamborilea con los dedos sobre la falda de su traje de chaqueta y otras se rasca el lóbulo de la oreja o se pinza la nariz entre el pulgar y el índice.

Es ella quien le ha hablado.

Noah señala el bastón que ha dejado sobre la silla.

—¿Ves esto? —responde—. Es un bastón mágico, gracias a él no siento dolor.

En realidad, es sobre todo gracias a los muchos analgésicos que ingiere continuamente, a riesgo de destrozarse el hígado y los riñones, pero ese «detalle» se lo ahorra.

La niña baja la cabeza y Noah sonrío. Su madre hace caso omiso. Desde que ha llegado no ha dejado de mirar fijamente la pared.

—Qué monos son los niños, ¿verdad? —comenta Rachel.

Noah se vuelve hacia su amiga.

Es lo único positivo del accidente isquémico transitorio que sufrió. Al día siguiente Rachel lo visitó en el hospital. Ese hecho acabó de demostrarle que era algo más que una simple compañera de trabajo. Rachel le tiene afecto. Y hoy lo ha acompañado a su cita con la psiquiatra, al igual que antes también había ido con él al neurólogo. Esa noche cenarán juntos en la Trattoria Delia, su restaurante favorito en Burlington. Noah ha reservado mesa junto a la chimenea. Está impaciente por hacerle descubrir la delicadeza de las *insalate di stagione* y lo tierno que está el *filetto di manzo al barbera*.

Es cierto que no ha sido tan rápido como el Otro, pero el asunto parece bien encarrilado.

De todos modos, una pregunta incómoda flota como un nubarrón en sus pensamientos. Una mancha en ese cuadro casi idílico. ¿Maggie lo aprobaría?

—¿Señor Wallace? —lo llama la secretaria.

Noah coge el bastón. Rachel le hace un gesto de asentimiento con la cabeza.

—No estoy preocupada, seguro que irá bien.

Y mientras entra en el gran despacho piensa: «No será peor que las visitas al neurólogo».

La doctora Elizabeth Hall lo espera de pie, como de costumbre, y avanza hacia él con la mano tendida y una sonrisa que muestra unos dientes perfectos y blancos.

«Lástima del bótox —se dice Noah—. Es una mujer de bandera.»

—Hola, Noah. Me alegra verlo. He sabido lo de su accidente cerebral. Si quiere hablar de ello durante la sesión, hágalo tranquilamente.

—Hola, doctora Hall. No me han quedado secuelas, por suerte. Estoy bien.

Salvo, claro está, el tumorcito que el escáner ha revelado, pero Noah prefiere no mencionarlo.

La psiquiatra lo invita a acomodarse en el diván mientras ella se sienta en el sillón. Coge el cuaderno y cruza las piernas.

Antes de tumbarse, Noah observa a través de la ventana a los tres niños que juegan entre las hojas secas que han caído de los árboles de Pearl Street. El otoño está acabando y el invierno será largo, piensa.

En cuanto se acomoda inicia su monólogo habitual. La persecución del asesino, la captura de Maggie, la carrera en el coche, las vueltas de campana. Como en cada una de las sesiones anteriores, se pregunta qué busca la doctora Hall al hacerle revivir esos recuerdos. ¿Será la mejor manera de tratar su estrés postraumático?

Luego habla ella y retoma su discurso de siempre sobre la fatalidad, la culpabilidad, la necesidad de soltar lastre, la aceptación de uno mismo. Durante diez minutos es Elizabeth la psicóloga quien habla. Elizabeth la psiquiatra se contentará con extenderle otra receta para sus pastillitas al final de la sesión. Para aturdirlo y aliviar sus angustias.

Pero al fin y al cabo él no pide más.

Noah solo oye retazos de lo que la psiquiatra le dice. Su mirada ya se ha deslizado hacia su escote. Se demora en su exuberante pecho, aprisionado en la blusa blanca. «Tetas falsas —piensa—, hinchadas con silicona.» Se pregunta si se le verá la cicatriz.

Aparta la mirada. La dirige primero hacia la robusta librería que ocupa toda la superficie de la pared detrás del escritorio, después hacia el jarrón de

cerámica y las cinco rosas que contiene, y finalmente hacia la fotografía enmarcada que hay al lado de la pantalla del ordenador. A pesar de que la ve de soslayo y del reflejo de luz blanca que le impide apreciarla entera, distingue en ella a la doctora Hall y a su marido.

Un carraspeo lo devuelve a la realidad.

La psiquiatra se ha sonrojado. ¿Se habrá dado cuenta de que no le quitaba ojo a su escote?

—Acabo de anotar que ha hablado de Maggie con más ligereza que en las sesiones anteriores. En mi opinión, se trata de un gran paso.

—¿Usted cree en lo sobrenatural, doctora Hall?

La sonrisa estereotipada de la psiquiatra da paso a una expresión circunspecta.

—Me temo que no le entiendo, señor Wallace.

Noah duda, pero necesita sincerarse con alguien. No con Rachel, aún es demasiado pronto.

—Vi... a mi mujer, a Maggie, justo antes de sufrir el ataque. Tan claramente como estoy viéndola a usted ahora.

Noah imagina los engranajes mentales de Elizabeth Hall poniéndose a funcionar. Y anticipa su contestación racional.

—No sería raro que una situación de gran estrés desencadenara una ilusión óptica como esa. En su caso, podría considerarse una catarsis, en el sentido freudiano de la palabra. Esa manifestación, esa visión de su mujer brotaría de su psique, nacería de la toma de conciencia del trauma que su muerte violenta le causó. ¿Esa... visión le habló?

«Todo irá bien, Noah.»

—No —miente—. Fue solo una imagen, y seguramente está usted en lo cierto.

La psiquiatra asiente. Satisfecha con su interpretación, contenta de que una

contestación racional pueda responder a una pregunta que no lo es del todo.

—Bien, creo que la sesión ha terminado. Nos vemos dentro de tres semanas, señor Wallace.

Noah se dispone a abandonar la calidez del diván, pero no termina de levantarse. Mira fijamente a la psiquiatra.

—Él lo superará —anuncia.

—¿Cómo dice?

—Su marido. Superará el estadio cuatro. No se preocupe, sobrevivirá al cáncer.

Se levanta, coge el bastón y observa la cara de la psiquiatra, que pasa de la incomprensión al asombro. Luego la ve deshacerse en llanto.

—Que tenga un buen día, señora Hall.

Noah sonrío. Acaba de caer en la cuenta de que quizá posee «algo» que el Otro no tenía. Algo que le permite anticipar la llamada telefónica que recibe cuando sale del despacho.

No necesita mirar el nombre que aparece en la pantalla para contestar:

—Hola, Steve. Supongo que pasas a recogerme.

Vesania

El SUV aparca en la zona de estacionamiento situada cerca del club náutico de Lac-Beauport.

Steve acciona la palanca del freno de mano, coge el vaso desechable de Tim Hortons y toma un sorbo de café. Está frío, y sacude su cabeza de morsa con una mueca de disgusto.

—¡Maldito café canadiense...! —exclama.

Aplasta el cartón y lo arroja al asiento de atrás.

Luego se frota los ojos, irritados por la fatiga. Unas ojeras oscuras tiñen sus párpados inferiores y los superiores los tiene hinchados; consecuencias de haber hecho de una tirada el viaje desde Burlington después de pasar la noche en blanco en el despacho.

Se vuelve hacia Noah.

—Bueno, espero que tu estómago aguante. Según Tremblay, el espectáculo es más bien repugnante.

«Como si los otros cadáveres no lo fueran...», piensa Noah.

Y además a él los muertos nunca le han dado miedo. Los vivos sí; sabe interpretar las expresiones de sus caras y también sus gestos, pero se queda en la superficie, nunca llega a los abismos de sus personalidades, allí donde están agazapados los monstruos.

Salen del coche y suenan dos portazos al unísono.

Steve se frota las manos, se las acerca a los labios y sopla para calentárselas.

—Odio el mes de noviembre —masculla—. ¡Maldito otoño canadiense...! Tendría que haber cogido los guantes.

Noah no dice nada. Se apoya en el bastón y avanza hacia los tres Dodge de la Policía de Quebec aparcados en batería en la carretera.

Unas cintas amarillas con la palabra POLICÍA impiden el acceso al club náutico. El edificio principal, una gran casa de campo de madera, está más abajo, a pocos metros de la carretera. Hay dos embarcaciones amarradas a los pantalanés y algunos kayaks sobre la arena mojada. Los agentes de la policía de Quebec y los técnicos del Departamento de Identificaciones de la Policía Judicial se agolpan debajo del balcón del edificio.

Desde donde Noah se encuentra, el lago se ve apacible bajo ese pálido atardecer de otoño. El resplandor del cielo crepuscular que se filtra a través de las hojas de los arces arranca destellos jaspeados rosas y dorados que parecen danzar sobre las aguas cromadas, y sobre la superficie un manto de bruma se desliza como un soplo espectral.

Noah aprieta los dientes cuando ve la alargada figura del inspector, que se recorta a contraluz como una sombra en la claridad vespertina.

El Canoso luce una expresión hosca. Sus ojos de buitre hundidos, con esas imponentes cejas blancas, lo miran fijamente.

—Gracias por venir. Sin embargo, de nuevo llegan tarde. Mi equipo se impacienta. Síganme.

Steve abre la boca para replicar, pero cambia de opinión. Noah lo conoce lo bastante para saber que es como una olla a presión. La próxima observación de Tremblay puede hacerlo estallar.

El inspector descorre la reja de acceso al club náutico.

—Esta vez hay tres cadáveres. Son fáciles de identificar; el asesino ha

dejado a la vista sus ropas y sus pertenencias... afortunadamente para nosotros. Enseguida entenderán por qué.

Luego baja la escalera de madera que conduce a la playa.

—Es su manera de actuar: no encontrarán indicios —interviene Noah—. Solo les muestra lo que desea que vean. Quiere que conozcan la identidad de las víctimas, es importante para él.

—Ya lo veremos —contesta el buitre mientras lo taladra con una mirada oscura.

—No se equivoca —dice Steve—. El otro asesino procedía igual. Ni huellas ni rastro de ADN. Desgraciadamente, los tipos como él son muy astutos. Gente muy competente... en lo suyo.

Tremblay se encoge de hombros y se vuelve hacia ellos. En su mirada acerada brilla una fría determinación.

—Todo rompecabezas tiene su solución, señor Raymond. Y para mí son más que un oficio, son mi pasión.

—Por esa razón me interesa conocer su teoría y saber más sobre lo que ha descubierto. ¿Cuál es el resultado de los análisis que se han llevado a cabo del primer escenario del crimen? ¿Ha descubierto alguna conexión con las víctimas? —pregunta Steve.

—Ya hablaremos, lo tenía previsto —contesta Tremblay—. Por el momento, lo dicho: podrán analizar el escenario del crimen. Después compartiremos nuestras respectivas informaciones. Y esta vez me gustaría que aportasen algo más consistente que un triciclo rojo.

Noah también tiene esa esperanza, sobre todo porque ahora confía más en sí mismo. Desde que sufrió el accidente isquémico transitorio sus temblores han disminuido.

Steve le pone la mano en el hombro y entonces le susurra al oído:

—Tápale la boca a ese capullo pretencioso, Noah; hazlo por mí.

Los tres hombres avanzan ahora hacia el escenario del crimen.

—Según el investigador forense, la muerte se produjo la pasada noche. A las tres víctimas las durmió con un sedante y luego las trasladó hasta la orilla. Las despertó y después les hizo... eso.

—¿No los han descubierto hasta ahora? —pregunta Noah.

—El asesino cubrió los cuerpos con una lona de plástico, un adolescente sintió curiosidad y miró qué había debajo. El pobre chico está traumatizado... Ah, antes de que se me olvide: el asesino también ha dejado una notita. Solo para Noah. Por lo que se ve, a usted no lo aprecia, teniente Raymond.

El inspector tiende a Noah una carta metida en una bolsa estanca de plástico.

—Léala sin abrirla. Así no dejará sus huellas.

Noah retira con la mano unos cuantos granos de arena que hay sobre la bolsa y examina la nota.

Espero que estés mejor, Noah. Es importante que goces de salud. Sin ti, nada de esto tendría sentido. Necesito toda tu atención y confío en que sabrás leer entre líneas. Puedes hacerlo. Hasta pronto.

De alguna manera esa carta confirma lo que Noah ya intuía: fue el asesino quien lo auxilió cuando sufrió el miniataque cerebral. Esa noche estaba vigilándolo.

Noah devuelve la carta al inspector.

—Cuando hablemos después tendrá que contarme algo más acerca de sus intercambios epistolares. No solo le toma el pelo, existe un fuerte vínculo entre ustedes.

Noah niega con la cabeza.

—No intercambiamos cartas, inspector, yo no le he escrito ninguna a él.

Por cierto, antes de empezar a analizar el escenario del crimen, ¿puedo conocer el nombre y la edad de las víctimas?

—Yves Coté, de setenta años; su hijo, Raphaël Coté, de cuarenta y siete; y su nieto, Sylvain Coté, de veinticinco.

—¿Yves no tenía más hijos? —pregunta Steve.

—Habrá que indagar a fondo en los ficheros, pero según se desprende de las primeras investigaciones, Raphaël sería su único hijo. Sylvain tiene una hermana de quince años, Chloé, que vive con su madre. Los padres están divorciados.

Conocer la profesión del anciano sería interesante para Noah, pero ya le facilitarían ese dato después de la inspección. Ahora debe enfrentarse al rompecabezas que ha dejado el asesino.

Mientras Steve y Bernard Tremblay siguen hablando se separa del grupo y se dirige hacia el escenario del crimen.

Nada más ver los cadáveres saca su cuaderno y garabatea: «Vesania».

Hibris

Sí. La locura es la primera impresión que percibe. Casi es palpable y se pega a la piel como una capa fina de pringue. Se advierte en las miradas de los policías y de los técnicos, notas cómo se te infiltra en la carne y en los huesos.

La mano derecha de Noah se crispa sobre la empuñadura del bastón.

Esa vez no tiene derecho a equivocarse. Y si está obligado a tener éxito no es para satisfacer las dudas del Canoso ni para ver de nuevo la admiración en la mirada de Steve. No, es para demostrar al Otro que está a la altura, que es capaz de continuar sin él.

Así que va a ir todo lo lejos que pueda, va a rebuscar en lo que le queda de materia gris, aunque la máquina se embale, aunque...

«Todo irá bien, Noah.»

Cierra los ojos e inspira hondo. Luego espira y abre los párpados. Pasa por detrás de un grupo de policías para tener un mejor ángulo de visión.

Una vez que ha encontrado el sitio, se pinza la nariz con el pulgar y la segunda falange del índice, bloqueando la respiración; eso estimula su concentración.

Lo primero que ve son las dos víctimas arrodilladas. Los cuerpos están desnudos, las cabezas orientadas hacia el cielo de forma que sus cuellos forman un ángulo recto con el eje de sus troncos. Tienen los brazos echados

hacia atrás casi hasta el extremo de dislocar los hombros, las muñecas están clavadas a los tobillos. El vientre del hombre más joven, Sylvain Coté, es como un balón a punto de explotar. Al otro le falta una parte del cráneo; hay trozos de cerebro adheridos al suelo.

¿Predicadores?

No, es demasiado evidente. El asesino le ha dicho que leyera entre líneas; no debe sacar conclusiones precipitadas.

Noah expulsa el aire acumulado en los pulmones y centra la mirada en la tercera víctima.

El cuerpo está atado a un trozo de alambra fijada a la pared de la casa de campo. Tiene la piel de la espalda arrancada y desplegada a modo de alas a lado y lado del tronco, y encima, pegadas, se observan unas plumas de pavo real. Tiene por cabeza la de un caballo, cosida al cuello sobre el esternón con grapas industriales. Le faltan los pies, cortados a la altura de los tobillos. El asesino le ha tallado en punta los peronés y ha fijado unas patas de pollo a sus extremidades. En un pequeño cuenco de latón aún son visibles unos restos de resina de mirra.

Noah presta atención a la piel y concluye que se trata del mayor de los tres, Yves Coté.

Ahora viene el verdadero desafío.

Para entender ese rompecabezas tendrá que sumergirse en los abismos. Deberá ir más allá de las apariencias si quiere descubrir la sombra del asesino en ese mosaico sangriento. El Otro consideraba cualquier escenario de un crimen una sinfonía silenciosa, percibía el ritmo, el tempo y las notas. Podía adivinar la rabia o la ira en la forma de las heridas, la meticulosidad en los cortes o la colocación, la vanidad en la exposición.

Noah ya no ve la partitura, pero tal vez aún pueda oír la música.

Se acerca a los cuerpos arrodillados. Un olor a cieno asalta su nariz. Se

saca una linterna del bolsillo derecho de la cazadora e ilumina el rostro del hombre más joven. La boca abierta está llena de agua hasta los dientes. También constata que le han quitado los globos oculares.

Orienta el haz de luz hacia el segundo cadáver.

Tiene los incisivos rotos; dentro del paladar se ven esquirlas de dientes y manchas negras. Un agujero le perfora el fondo de la garganta y se ensancha en forma de cono detrás del cráneo. El asesino ha debido de ponerle una pistola en la boca y disparar, concluye Noah.

El sudor le perla la frente, y los temblores se apoderan de su mano derecha. Aprieta los dientes. Su corazón se salta un latido, y tiene que apoyarse en el bastón para no caer al suelo. Se enjuga la cara húmeda con la manga.

La pieza fundamental es el padre. La forma elegida es la clave del rompecabezas. Noah cree reconocer una figura bíblica. ¿Acaso un demonio? Y si es así, ¿cuál?

Luego está el nieto, al lado del hijo. Ambos frente al padre. Esa disposición no es casual.

Noah toma el cuaderno y escribe: «Demonio, pavorreal, cabeza de caballo, patas de pollo. ¿Colocado delante de predicadores? ¿Auditorio?».

A continuación rodea con un círculo «Demonio».

En el momento en que guarda sus notas oye un pitido estridente en su oído derecho.

—No, ahora no —murmura.

—¿Todo en orden, Noah?

La voz de Steve procede de detrás, pero la percibe distorsionada.

La intensidad del pitido aumenta en su cabeza, y solo oye su propia respiración y el flujo de su circulación sanguínea. El resto no son más que silbidos y zumbidos inaudibles.

Noah se afloja el cuello de la camisa, que parece haberse endurecido y lo

tiene aprisionado.

«Todo irá bien, Noah.»

Efectúa dos respiraciones abdominales, diafragmáticas, y se aferra al ritmo regular de los latidos de su corazón.

Una vez que se ha calmado, cierra los ojos.

Apenas los ha cerrado cuando un torrente de imágenes y sonidos inunda su mente en forma de flashes.

Hace una mueca al ver el embudo de metal colocado en la boca de Sylvain. Crispa la mano cuando el cañón de la pistola rechina al abrirse camino entre los dientes de Raphaël. Se le encoge el corazón cuando Yves pronuncia «*Oh my God, no*» antes de que la voz acabe estrangulada.

Siente un nudo en el estómago cuando percibe el desgarró de un padre ante una elección imposible: decidir quién de los dos, si su hijo o su nieto, tendrá derecho a una muerte rápida.

Y todo se esfuma cuando el pitido desaparece. Noah coge tanto aire como si saliese de una apnea.

Nota que una mano se posa en su hombro, se vuelve y parpadea.

En la indefinición que rodea su visión distingue el semblante preocupado de Steve.

—No me digas que has visto un triciclo rojo, colega —bromea.

Es mejor que eso, ahora Noah sabe que ese asesino es diferente. Ha sentido la rabia que alimenta su locura.

No hay orgullo, no hay hibris, como en su predecesor. Solo un furor absoluto. Una sed de justicia.

No. Una sed de venganza.

Y además hay otra cosa, que el Otro no habría podido advertir.

Noah desvía la mirada hacia Bernard Tremblay, que lo observa como un halcón a un roedor.

—¿Yves Coté era juez o fiscal? —pregunta Noah.

—Pues no —responde el inspector—. Se dedicaba al negocio inmobiliario. Noah sacude la cabeza.

—Creo que lo había sido; también creo que no era quebequés.

El desprecio tiñe las facciones de Tremblay.

—¿Qué le lleva a decir eso? ¿Los muertos le han hablado? —ironiza.

«Sí, y en inglés», le gustaría responderle.

Entonces se queda inmóvil, como en la consulta de la psiquiatra.

—Lo sé, como también sé que usted nos ha mentado. Tal vez ya es hora de decirnos que ha habido otro asesinato antes de estos, ¿no le parece, inspector Tremblay?

Caquética

Noah se desabrocha el botón del cuello de la camisa. La temperatura es demasiado alta en esa habitación minúscula y con el techo abuhardillado. Y está ese olor a bayeta sucia que lo incomoda. Es, sin duda, la última estancia que los de la limpieza han fregado, piensa imaginando el color negruzco del agua. En la silla de al lado, Steve está a punto de derrumbarse. Ya ha vaciado dos tazas de café, la jarra humeante está delante de él, pero da cabezadas y los párpados se le cierran a intervalos regulares. Noah le da cinco minutos antes de que la cabeza se le vaya hacia atrás, abra la boca y empiece a roncar.

El Canoso está situado en un extremo de la mesa ovalada. Espera de pie a que el técnico termine de conectar la pantalla plana colgada de la pared al ordenador portátil que ha traído a la sala de reuniones. Su expresión facial es de apatía, evita cruzar la mirada con Noah desde el último comentario que le hizo.

Noah sonrío irónicamente.

«Hibris. Es vanidoso, este Tremblay; su carrera depende de este caso y quiere reservarse todos los laureles», piensa.

«¿Y tú, Noah? ¿No es el orgullo lo que te mueve? ¿No lo haces para recuperar el respeto o, mejor dicho, la admiración?»

Acalla su conciencia con un bostezo y desvía la atención hacia otras dos personas que hay en la sala.

A la primera ya la vio en el laberinto de maíz. Es el investigador forense que hizo la descripción del escenario del crimen. A la luz del fluorescente, distingue mejor su rostro lunar y plano, y su nariz recta, que es una prolongación perfecta de su frente. Desde que ha entrado en la sala no ha dejado de pellizcarse el lóbulo de la oreja y de ajustarse las gafas, que se le resbalan del puente. «Analítico, calculador; una máquina», piensa Noah.

A la otra persona no la conoce. Es una chica extraña de la que no puede apartar la vista. Parece una jovencita, con su camiseta de Metallica demasiado grande y su gorro de lana verde que le pega el cabello a las orejas; está muy delgada. ¿Fibrosis quística? Tal vez, o quizá anorexia. Esa chica le intriga: ha alineado una fila de clips delante de ella, y se divierte estirando unas gomas elásticas entre sus dedos esqueléticos.

Se pregunta quién puede ser y qué edad tendrá. Tremblay, por el momento, no hace presentaciones.

Pero Noah ha encontrado un adjetivo para la chica. Saca el cuaderno y garabatea: «Caquética».

Tremblay rompe el silencio cuando el escritorio de Windows aparece en la pantalla plana.

—Bueno, ya podemos empezar —dice el inspector.

Noah palmea el hombro a Steve, que ya tiene la boca abierta, dispuesto a echarse una siesta. Su amigo da un respingo y se sienta bien derecho en la silla.

La chica hace estallar una pompa de chicle, coge un clip y lo desdobra.

Bernard Tremblay se acerca a su ordenador y proyecta la primera imagen del diaporama.

—Primer escenario del crimen. Como demuestra el PowerPoint, yo ya tenía la intención de hablarles de ese primer crimen.

«Evita mi mirada», piensa Noah.

—Aún no lo había mencionado por una buena razón. No había notitas destinadas a nuestros amigos estadounidenses, y tuvo lugar hace dos meses. Una sola víctima en el escenario del crimen, un hombre de unos sesenta años. Leopold Blackburn, un vendedor de seguros. Y ahora cedo la palabra al señor Lafrenière, que nos facilitará todos los detalles.

El investigador forense se levanta y señala la pantalla.

—Como ven, le cortaron los dedos. Cuando se le practicó la autopsia supe que el asesino le había seccionado las falanges. Los trozos estaban en su estómago. El asesino se los había hecho tragar. Le desgarró el recubrimiento fibroso de los dedos; estoy casi seguro de que empleó una sierra de carpintero para practicar la amputación. La foto siguiente confirma esta hipótesis. Bernard, ahora le toca a usted.

Noah y Steve se miran y asienten con la cabeza. El *modus operandi* es exactamente el mismo que en el asesinato de Timothy Carter, cinco años atrás.

Tremblay clicca y la imagen siguiente aparece en la pantalla.

—Aquí se ve claramente que le cercenó el pene y los testículos... o más bien se los serró, a juzgar por la tosquedad del corte.

Noah observa a la chica, que acaba de dejar sobre la mesa un caballito que ha hecho con los clips. No ha dirigido ni una sola mirada a la pantalla desde que la presentación ha empezado.

Steve reprime un bostezo, sacude la cabeza y levanta una mano.

—¿Debemos deducir que, *a priori*, no creen que este asesinato guarde relación con los siguientes?

—Estarán de acuerdo conmigo en que nada justificaba ponerse en contacto con la policía de Vermont. En cambio, sí establecimos rápidamente la relación cuando descubrimos los cadáveres en el campo de maíz.

—¿Y cuál es esa relación? —pregunta de nuevo Steve.

—La mirra, teniente Raymond. También estaba en el primer escenario del crimen. Y además el asesino dejó una breve nota: «Ojalá tu alma se pudra en el infierno».

Las palabras que el inspector pronuncia son círculos que agitan la superficie de la mente de Noah, y siente que puede extraviarse en esos remolinos. ¿Eran dos? ¿Cómo pudo el asesino recrear exactamente las circunstancias del crimen: las falanges, la castración, la nota?

Pero para Carter no hubo mirra, ¿por qué? Y la hipótesis de un segundo asesino no se tomó en consideración en aquella época. No, el Otro lo habría descubierto, no cometía ese tipo de errores. ¿Qué otra explicación había, entonces? ¿Habría dejado un diario? ¿Un testimonio? ¿Un legado?

—¡No, eso es ridículo! —se le escapa, rompiendo el silencio.

—¿Algún problema, señor Wallace? —pregunta Tremblay.

—No, ninguno. Estaba pensando.

La mirada del inspector se desvía hacia la joven.

—Voy a dejar que Clémence Leduc les exponga su teoría sobre este escenario. Y a continuación, si les parece bien, pondremos en común nuestras opiniones.

La joven se incorpora y barre de un manotazo los clips que tiene delante.

—Buenas noches, caballeros. Para mí, no hay duda de que este crimen se distingue de los otros dos. He leído a conciencia el informe de la autopsia efectuada en el cadáver del señor Blackburn. Primer detalle importante: el asesino no utilizó anestésicos. Su objetivo era hacerlo sufrir. Creo incluso que quería hacerlo hablar.

—¿Y qué le habría preguntado, según usted? —interviene Steve.

—¿Y por qué no dónde encontrar a sus próximas víctimas, señor Raymond? También pienso que el asesino quiere que comprendamos esa diferencia, que intenta transmitirnos un mensaje. Y según he podido observar

en esta sala, estoy segura de que se dirige una vez más al señor Wallace y que nuestros colegas estadounidenses nos ocultan algo.

—¿Qué la lleva a afirmar eso, Clémence? —pregunta Tremblay.

—La mirada de complicidad que ambos han intercambiado. Ya han visto antes algo similar.

Clémence clava sus ojos de color verde pálido en Noah y le hace un guiño. Lo desafía.

Noah sonrío. Esa chica está empezando a gustarle.

Tanto va el cántaro a la fuente...

Sophie revisa una por una las preguntas que va a hacer, y para ello nada mejor que el *Concierto n.º 2* de Rachmaninov sonando a tope en sus auriculares. Escucha música clásica cuando quiere calmarse. Pero esta vez no le funciona. Está impaciente, y tamborilea con los pies sobre las baldosas.

Dentro de menos de cinco minutos podrá hablar con Lester Hollins, alias Giovanni Napolitano, un auténtico gángster. Estuvo a punto de derramar el té cuando Benedict le confirmó la cita y le dio la dirección. Luego soltó tres *fucks* sucesivos cuando su ex añadió que solo dispondría de quince minutos y que la visita estaba programada para ese mismo día. Aun así, Sophie no se desmoralizó; salió zumbando hacia la oficina de alquiler de coches más cercana y de allí a la residencia de ancianos Winchester Gardens en Maplewood.

Y ya en la residencia, sentada en una silla de plástico delante de la puerta del apartamento de Napolitano, una pregunta la obsesiona: cómo abordar el asunto de Edgard Trout cuando el tema de la entrevista es «el caso Donnie Brasco». Teme que el viejo mafioso se enfade y la eche. Sabe que de entrada tendrá que recurrir a argumentos sólidos para persuadirlo, para ganarse su confianza. ¿Y si empieza por hablar del pasado? Los buenos viejos tiempos, la camaradería, hasta llegar a la traición de Brasco. Y cuando ya conecten,

¡pum!, le largará la pregunta capciosa: «¿Cuándo conoció usted a Edgard Trout?». Sencillo, ¿no?

La verdad es que no. La pista es tan débil que puede desvanecerse por cualquier tontería.

Se oyen tres golpes seguidos en la puerta del apartamento.

Sophie da un respingo y se le cae el iPhone.

«Bravo, Sophie, si lo rompes ya no tendrás con qué grabar la entrevista», piensa.

Bueno. Es la señal acordada. Napolitano está dispuesto a recibirla.

Expulsa el aire de los pulmones en tres veces, como le han enseñado en las sesiones de sofrología.

Entra, y un olor a ropa vieja y a naftalina invade sus fosas nasales.

—¿Señor Hollins? ¿Está usted ahí?

El sonido del televisor llena la estancia. Sophie reconoce los títulos de crédito de los dibujos animados de Tex Avery. Sonríe; le hace gracia que el gángster los esté mirando. Luego oye una risa ronca y potente seguida de un acceso de tos.

—Puede entrar, señorita.

La tos procede del salón de enfrente. Sophie avanza dejando la cocina a su izquierda. Lo primero que ve de Napolitano son sus pies descalzos apoyados en una mesita baja de cristal y un brazo gordo tatuado sobre el reposabrazos de madera de un sillón de terciopelo beis.

—Puede sentarse en el sillón que tengo delante. Retire la sábana que lo cubre.

Sophie permanece inmóvil un segundo, como si no estuviera segura de haber entendido lo que Lester Hollins le pide, y luego obedece. Una vez sentada, saca el iPhone y mira a su interlocutor. Según las fotos que ha visto en internet, Giovanni Napolitano se parece a su primo, pero es más obeso y

tiene más arrugas. Además de su atuendo —unos calzoncillos de algodón de los de toda la vida y una camiseta imperio también blanca—, lo primero que le llama la atención es su nariz de patata, que emerge de su cara redonda como una enorme seta y casi le cubre el labio superior. Si no tuviera esa mirada de depredador, casi resultaría cómico.

Está preparada para formularle la pregunta inicial, pero el sonido de la tele le explota en el oído izquierdo.

—¿Señor Hollins? ¿Podría quitarle el sonido, por favor?

Él rezonga, pero coge el mando que está en el otro reposabrazos de su sillón, justo al lado de un cuenco lleno de cacahuetes.

Sophie suspira cuando el Pato Lucas por fin se calla.

—De todas formas, no hay nada interesante que ver. Y no me llame señor Hollins. Puede llamarme Giovanni, muñeca.

El mafioso le lanza una mirada lujuriosa que la deja descolocada.

«Espero que no empiece a tocarse...», piensa Sophie mientras él aún la mira.

—Giovanni, según mis fuentes, usted conoció bien a Donnie Brasco cuando trabajaba con su primo Dominick Napoli...

—Sonny.

—¿Sonny? —repite Sophie.

Giovanni se sorbe la nariz, se pone el cuenco de cacahuetes entre los muslos, coge uno y lo aplasta con un chasquido entre las muelas.

—Es usted guapa, pero no se entera, ¿eh? Sonny Black era el apodo de mi primo. Bueno, para que la cosa funcione vamos a usar un código usted y yo. Diremos Donnie, Sonny y Giovanni... *Capisce?* ¿Estamos, muñeca?

Sophie frunce los labios. Siente que está perdiendo el control de la entrevista. El tipo parece divertirse con ella.

—*Capisco* —confirma a la vez que asiente con la cabeza—. Usted trabajó

con Sonny y, por lo tanto, trató a Donnie. Me gustaría que me explicase cómo se conocieron. ¿Qué impresión le causó la primera vez que lo vio?

Antes de responder, Giovanni se mete el índice en la boca para sacarse unos trozos de cacahuete que se le han quedado entre los dientes.

—Al principio no podía verlo. Sí, me dirá que es fácil afirmar eso a toro pasado, pero es la verdad. Cuando nos presentaron me olí que habría problemas. Todo el mundo podía ver que el chico era astuto. Se le notaba en el brillo de la mirada. Siempre estaba dándole vueltas al coco. Yo desconfiaba de los tíos como él, pero a Sonny le había entrado por los ojos, así que tuve que aguantarme.

«Esto marcha», piensa Sophie. Y continúa.

—¿Cómo calificaría su colaboración con Sonny durante las sesiones de trabajo?

—¿Ha dicho «sesiones de trabajo»? ¿Pero qué mierda de pregunta es esa? ¿Acaso es usted periodista? Parece una jodida estudiante. Haga sus preguntas directamente y deje de hablar como una marisabidilla.

Sophie se crispa en la silla. El tipo no para de lanzarle pullas. Lo peor es que a ella su pasado de mafioso le importa un pimiento. «Bueno, guapa, es hora de cambiar de estrategia —se dice—. ¿Qué haría papá en este caso?»

—¿Vio a Donnie matar a alguien? ¿Vio...?

Giovanni la mira fijamente y le dedica una sonrisa burlona mientras machaca con los dientes una cáscara de cacahuete.

—¿Algún problema, señ... Giovanni?

—Guapita..., sepa usted que tengo casi ochenta tacos. Y a lo mejor lo parezco, pero no soy idiota. He tenido muchas entrevistas con periodistas y con gente del FBI. Así que, o es usted la entrevistadora más inútil que he visto en mi vida... o ha venido a otra cosa.

Se inclina hacia delante, escupe la cáscara al suelo y pregunta:

—Vamos a ver, muñeca, ¿a qué has venido?

Sophie lanza un suspiro. Casi se siente aliviada.

—Quiero saber por qué contrató al reportero Edgard Trout.

Giovanni se queda petrificado en su asiento. La mira como si fuese una extraterrestre. Después, sin previo aviso, le tira el mando del televisor a la cara. Ella apenas tiene tiempo de cogerlo al vuelo cuando el mafioso ya se le ha echado encima y le asesta un puñetazo en el vientre.

Sophie quiere chillar, pero el mafioso le planta la palma de la mano en la boca.

—¡Zorra! ¡Dime para quién trabajas!

... que al final se rompe

La presión de la mano es tan fuerte que Sophie nota los labios aplastados contra los dientes. Giovanni tiene la cabeza pegada a su cara y exhala bocanadas calientes sobre su piel. La mira como un depredador a una presa acorralada.

—Escúchame, muñeca... Ahora intercambiaremos los papeles y seré yo quien hace las preguntas. Si las respuestas son correctas, vivirás; si no, te quebraré el cuello como si fuera una galleta seca. *Capisce?* Si lo has entendido, afirma con la cabeza.

Sophie lucha contra las lágrimas que le asoman a los ojos, parpadea y mueve la cabeza de abajo arriba.

Quiere resistirse, pero Giovanni está sentado sobre ella y debe de pesar unos ciento cincuenta kilos.

—Bien. Empezaré con una pregunta fácil. ¿Quién te ha dicho que yo contacté con Trout?

Los ojos de Sophie se abren desmesuradamente. El miedo le retuerce las entrañas. ¿Cómo contestar cuando no conoce al autor de los mensajes que ha recibido?

Giovanni la rodea con el brazo izquierdo de manera que el cuello le queda atrapado en el hueco del codo. Retira la mano con la que le tapaba la boca y

se la pone en la frente. En esa posición, solo necesita una simple torsión para romperle la nuca.

—¡Habla! No dispongo de todo el día.

—Yo... yo... yo...

Giovanni aprieta el brazo y empieza a retorcerle el cuello. La cara del mafioso está deformada por la locura. Un hilillo de baba se desprende de la espuma que tiene en la comisura de la boca y cae en la nariz de Sophie.

«Te mataré si no dices nada —piensa ella—. ¡Reacciona!»

—Un... contacto... por... email.

El pánico le ha vaciado de aire los pulmones, y debe tomar aliento entre cada palabra. Los gruesos labios del mafioso se contraen. Giovanni gruñe, la mira fijamente y aprieta los dientes. Sophie advierte en sus ojos que duda: ¿debe matarla o dejar que viva?

—Espere... Yo... llevo un blog sobre Trout, intento encontrarlo... Un blog es como un...

La mano de la frente baja hasta su mandíbula. El mafioso le pellizca la boca, exprimiéndosela como si fuera un limón.

—Me tomas por un viejo chocho, ¿es eso? ¡Ya sé lo que es un blog! ¡Continúa!

—Investigo a Trout porque era un reportero famoso.

Giovanni levanta la mano y la deja caer sobre la mejilla de Sophie. El chasquido de la bofetada le arranca un gemido.

—¡El motivo me la suda! ¿Qué has descubierto sobre Trout?

Los ojos del mafioso son dos canicas fijas en un remolino de rabia.

Sophie cierra los párpados.

—Le he seguido el rastro hasta una casa que alquiló en los alrededores de Plattsburgh, en Morrisonville, en 1977. No era una pista sólida, pero dejé un artículo en línea. Un tipo contactó conmigo, me envió una foto de Trout

delante de una mansión, me dijo que trataba de averiguar qué había pasado y me dirigió a usted... Usted... es mi única pista. ¡Es la verdad, se lo juro, no me mate!

Silencio.

Sophie abre los ojos. Estaba tan concentrada en su torrente de palabras que no se había dado cuenta de que Giovanni la había soltado. Está sentado a su lado, y la expresión de su cara le indica que se ha apaciguado.

Se queda un momento quieta, dudando.

«Píratelas de aquí, Sophie.»

Se seca las lágrimas y se apoya en las manos para levantarse.

—¡Espera! —dice Giovanni con tono autoritario—. ¿Aún quieres saber por qué contacté con Edgard Trout?

Sophie se sorbe la nariz y se pasa la palma de la mano por el cuello. Su instinto le grita que salga corriendo. Pero una parte de ella la empuja a quedarse.

Apoya la espalda en la pared del salón y suelta un hondo suspiro.

—Sí, claro.

Giovanni sacude la cabeza como un autómata. Recoge del suelo un cacahuete, rompe la cáscara y se apoya en la mesita. Le sonrío.

—Está bien. ¿Sabes por qué voy a contártelo?

—No... Giovanni, ni idea.

El anciano lanza el cacahuete al aire, lo atrapa con la boca y luego se golpea el pecho con el puño.

—Pronto estaré muerto. Mis venas y mis arterias son como papel de fumar. O sea, que no tengo nada que perder.

Suelta una carcajada y resopla como un cerdo.

—Me río porque... fue por culpa de mi polla por lo que Trout desapareció. Es gracioso, ¿verdad?

Sophie asiente con la cabeza y fuerza una sonrisa para animarlo a continuar.

—Bueno, pues en aquella época yo me follaba a cualquier mujer que se me ponía por delante. Guapa, fea, flaca, gorda, me daba lo mismo. Es fácil cuando eres un liberado, cuando no hay nadie para decirte que no. Eso pasó en 1972, unos años antes de toda esa historia con Brasco. Betty era una artista del striptease a la que me tiraba de vez en cuando en los reservados del club nocturno donde trabajaba, y esa puta un día fue a verme para contarme que estaba preñada. Lo hizo delante de mis chicos, la muy zorra. La eché a patadas y le dije que no volviera por allí. Hay que comprenderme, era una yonqui. Por más que el tal Nixon hubiese declarado la droga «enemigo público número uno», en esa época todo el mundo estaba enganchado a la heroína o al hachís. Y además, ¡qué coño!, las putas son para la jodienda y los hijos son para tu mujer. Es una cuestión de respeto, ¿me sigues? En fin, para mí el asunto había quedado zanjado, pero al cabo de dos años la tía se presentó con la cría... Una niña, sí. Mi hija, lo vi enseguida. Y, lo creas o no, bastó una sonrisa... una simple sonrisa de aquel angelito para darme cuenta. Ya me entiendes. Sobre todo porque con Mona, mi mujer, la salsa no cuajaba. Betty me aseguró que estaba *clean*, pero de todas formas la puse de patitas en la calle para no quedar mal delante de los míos. Fue la peor decisión de mi vida. Más tarde la busqué, pero fue en vano. Había abandonado Nueva York con la niña. Yo estaba obsesionado con aquella cría... Mi pequeña, carne de mi carne. Era como si hubiese visto la felicidad por primera vez y la hubiese perdido entre la multitud. Quería más. Por eso contraté a un investigador, para que encontrase a mi hija: Edgard Trout. Y fue justamente en 1977 cuando dio señales de vida por última vez. Había una pista, una familia de acogida que se había quedado con la niña durante dos años. Me sentí como si

fuera Navidad. Estaba loco de alegría. Pero después ya no supe nada más. Trout desapareció.

—No intentó encontrarlo o...

Giovanni se encoge de hombros.

—Envié a dos hombres a la dirección y no regresaron. Al cabo de tres días recibí un aviso, un correo que contenía fotos mías y de Mona. Mierda, me dije. ¿Quién es lo bastante poderoso para amenazar a un liberado, eh? Abandoné, fui débil. Sonny me necesitaba y...

—¿Se acuerda de la dirección, Giovanni? —pregunta Sophie.

El mafioso se echa a reír.

—Coño, los tienes bien puestos, y yo eso lo respeto. Hace un rato has tenido agallas; la mayoría de los tíos a los que he interrogado se habrían meado.

Se sorbe la nariz y continúa.

—Hay cosas que se quedan grabadas en la cabeza de un hombre. La primera chica con la que se acostó, su primera víctima. En mi caso, también esa dirección que siguió siendo un enigma. Es el 235 de Hardscrabble Road, en Cadyville, estado de Nueva York. Pero no tendrás tiempo de ir, lo siento.

—¿Por qué, Giovanni?

El mafioso aplasta un cacahuete con las muelas.

—Porque al venir aquí, muñeca, has firmado tu sentencia de muerte.

Vituperaciones

A Steve ya no se le cierran los párpados; la ira ha sustituido a la fatiga. Noah reconoce las señales: la frente fruncida, el aire expulsado a bufidos por la nariz y los ojos desorbitados. Su amigo se levanta del sillón, se sirve un tercer café y da un golpe con la mano en la mesa ovalada.

—¡Esto es ridículo! No tenemos nada que ocultar. ¿Puede saberse a qué estamos jugando? Todos tenemos el mismo objetivo: ¡atrapar al monstruo!

No hay ninguna reacción. Todos miran a Steve sin decir nada.

Noah no aparta los ojos de Clémence. La joven tiene la cabeza gacha y una sonrisa tensa los labios.

Eso la divierte, aprecia Noah. Para ella es un juego. Un puzle que hay que resolver, nada más; el resto no cuenta, o muy poco. Clémence es como el Otro.

Steve se arrellana de nuevo en el sillón, coge la taza con ambas palmas y se la acerca a la boca.

Noah levanta la mano. Tremblay le da la palabra con un gesto de la cabeza.

—Tuvimos un caso similar hace cinco años. Timothy Carter fue la primera víctima del Demonio de Vermont. Y si afirmo que guarda similitudes con estos asesinatos no exagero. Falanges cortadas y engullidas a la fuerza, castración e incluso una nota dejada en el escenario del crimen. Yo no me encargaba del caso Carter en aquel entonces, aún no se hablaba de un asesino

en serie, y además Carter tenía antecedentes penales y enemigos potenciales. No fue hasta más tarde cuando se añadió como víctima a la lista del Demonio.

El Canoso se sirve un vaso de agua y da un trago.

—Su declaración es turbadora, señor Wallace —afirma—. Oímos hablar del Demonio de Vermont a este lado de la frontera, por supuesto, pero si lo que usted dice es cierto, ¿nos enfrentamos con un imitador? Podría tratarse de alguien próximo al asesino, de un cómplice, o incluso...

—... del mismo asesino —lo ataja Noah—. No, murió. Lo sé, yo estuve en el accidente y también... —Noah se detiene—. ... mi mujer, Maggie. El asesino la tomó conmigo, entró en mi hogar. Volví de la oficina cuando vi la silueta de un hombre corpulento salir de nuestra casa con mi mujer agarrada del brazo. La obligó a subir a un coche. Aceleré, pero no fui lo bastante rápido. Él arrancó y lo perseguí. Después, el agujero negro. Por lo visto tuvimos un accidente en el puente que cruza el río Winooksi; fue un choque violento. Cuando salí del coma me enteré de que el coche del asesino había ardido. Yo era el único superviviente, y no me acordaba de nada.

—¿Ardido? —interviene Clémence—. Es extraño... —Sonríe y ensarta dos clips.

—La identidad del asesino no se reveló nunca. ¿Acaso no se lo identificó? —pregunta Tremblay.

Steve asiente.

—Es un «John Doe», un desconocido. No logramos averiguar nada sobre él. Las pesquisas en los bancos de ADN y de huellas digitales no dieron resultado.

—Vaya por Dios... —dice Clémence—. Entonces ¿cómo pueden estar tan seguros de que se trataba efectivamente del asesino?

—¿Quién si no, joder? ¡Ese tío estaba obsesionado con Noah! ¡Y luego no

hubo ningún crimen durante cinco años! Bueno, de todas formas, les enviaremos el expediente para que lo lean en su totalidad. Pero si no les molesta, me gustaría que nos concentrásemos ahora en los crímenes que han tenido lugar aquí.

—Lo siento, teniente Raymond, pero cualquier información puede ser pertinente en esta fase. Sobre todo si sirve para detener al asesino antes de que mate a más personas. ¿Por qué ha descartado usted la hipótesis de un cómplice?

Steve se dispone a contestar, pero Noah le pone la mano en el hombro.

—El asesino se comunicaba con nosotros dejando indicios en el escenario de cada crimen, incluso a veces mensajes. El... —Noah, a punto de mencionar al Otro, se da cuenta a tiempo de corregirse—. Yo había trazado su perfil criminal. Era metódico, meticoloso, gozaba aterrorizando a sus víctimas y detestaba a la Iglesia. Por otro lado, está el modo en que elegía a sus víctimas. Nunca eran mujeres jóvenes, que es lo habitual en el caso de los asesinos en serie. En el informe que entregué a la policía de Vermont afirmé que actuaba solo y que sus actos eran consecuencia de un trauma vivido en la infancia.

Clémence hace restallar una goma elástica entre los dedos y dice:

—Una última cosa... Si no se trata del mismo asesino, solo hay dos posibilidades: o el perfil que Noah Wallace trazó era erróneo, cosa que dudo, o se ha producido una filtración de su departamento y alguien se ha enterado del *modus operandi* de aquel tipo.

Steve estampa el puño sobre la mesa con tal violencia que la onda expansiva hace que la taza de café del investigador forense se desborde.

—¡Joder! ¿Por qué no se calma la cría esta, con tanta insinuación y tanta arrogancia?

—No es más que una hipótesis, señor Raymond —responde Clémence con

voz pausada.

Steve se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano. Tiene la cara roja como un pimiento y le tiemblan los párpados. Tremblay hace una mueca y luego clica sobre su PowerPoint.

—Bueno, continuemos. Hay mucho que hacer.

El Canoso aborda el segundo caso, pero Noah solo lo escucha a medias. Su mente trata de acceder a esa secuencia que se obstina en permanecer imprecisa en su memoria: la noche del drama. Ve la cara de su mujer pegada al cristal trasero del coche del asesino. El monstruo, por su parte, sigue siendo una figura sin rostro.

El investigador forense retoma su análisis del escenario del crimen del laberinto de maíz, y acto seguido Tremblay detalla las pesquisas efectuadas a partir de los indicios, principalmente sobre las grapas y los anestésicos. Noah sabe que no sirven de nada. Si el asesino es de la misma índole que su antecesor, no cometerá ese tipo de error. No, para descubrirlo habrá que comprenderlo, descifrar su mente.

Noah apenas oye al Canoso explicar que las víctimas no tienen enemigos conocidos y que se ha interrogado a sus familiares.

La tal Clémence ha sembrado la semilla de la duda en Noah. Las preguntas de esa joven son como agujones que se clavan en su ego y tratan de despertar al genio del análisis que él solía ser. ¿El tipo que murió en el coche aquella noche era de verdad el asesino? ¿Por qué la chica ha saltado cuando él ha dicho que el automóvil había ardido?

El inspector Tremblay pasa ahora al tercer crimen.

Noah sigue sin prestarle mucha atención. Clémence tampoco lo escucha. Esos informes, esos preliminares de la investigación... no son lo suyo.

«Su objetivo era hacerlo sufrir —había dicho Clémence, recuerda Noah—. Creo incluso que quería hacerlo hablar.»

Una observación pertinente. ¿Por qué el Otro no lo había tenido en cuenta en el caso de Timothy Carter?

«¿Por qué no dónde encontrar a sus próximas víctimas?», también había dicho la joven.

Y podría tener razón.

La voz de Clémence interrumpe el discurso de Lafrenière.

Noah alza la cabeza. El cadáver de Yves Coté ha irrumpido en la pantalla.

—Es un demonio —informa la chica—. Es Adramelech, el octavo archidiablo, canciller del Orden de la Mosca. El asesino quiere decirnos que su víctima es un juez o un fiscal.

Zetético

El inspector Tremblay mira a Clémence como si acabara de cometer un acto de alta traición.

—¿Usted también? ¿Está conchabada con el señor Wallace? ¡Son las mismas palabras que han salido de su boca hace apenas unas horas!

La joven se vuelve hacia Noah. Su mirada es intensa, casi animal, y hay algo sensual en su forma de sonreírle.

¿Acaso intenta seducirlo?

Luego se dirige al Canoso.

—Sí, creo que el asesino adopta el papel de juez, o que la víctima es un juez o que es percibida como tal. Quizá incluso las dos cosas en este caso concreto.

—¡Por Cristo! ¿No le he dicho ya que no era magistrado? ¡Solo le falta afirmar que no era quebequés!

Clémence exhibe una amplia sonrisa.

—¿De veras ha dicho usted eso? ¡Tengo curiosidad por oír su deducción!

«*Oh, my God!* —piensa Noah—. No.»

Calma un temblor en su mano poniéndosela sobre el muslo y responde:

—Es nada más que... una impresión. Llámelo instinto.

Salvo que es su pista. De hecho, es lo más sólido que tiene por el momento. Es un hilo muy fino que espera que lo conduzca al ovillo. Si no

hubiera tenido esa visión de Maggie la noche que sufrió el accidente isquémico transitorio o intuitivo que el marido de la psiquiatra se curaría, no le habría prestado más atención. Pero empieza a percibir... cosas y no tiene una explicación racional. Muy bien, en tal caso puede elegir: o aceptarlo, y confiar en sí mismo, o admitir que está volviéndose loco. La primera hipótesis le gusta más.

Sacude la mano para deshacerse de la sensación de hormigueo y añade:

—También creo que el asesino puso a Yves Coté ante un dilema. Elegir quién de los dos, si su hijo o su nieto, iba a sufrir.

—Mi deducción coincide con la del señor Wallace —dice Clémence.

Lafrenière aprovecha la ocasión para intervenir.

—Confirmando que su hijo murió de inmediato. El asesino le metió el cañón en la boca y disparó. Las pruebas de balística deberían corroborarlo, pero como he visto muchos, diría que el calibre es de nueve milímetros. También utilizó un silenciador, lo cual es lógico ya que el lago está cerca de las casas.

Tremblay pasa oportunamente a la imagen siguiente: el cadáver del nieto.

Lafrenière continúa:

—El asesino le hizo beber una gran cantidad de agua, procedente del lago, según los análisis realizados *in situ*. La técnica que utilizó se denomina *waterboarding*, un simulacro de ahogo que emplean muchos servicios secretos, empezando por la CIA. Se amordaza a la víctima y luego se le echa agua en la boca. No entraré en detalles, pero existen medios para hacer durar el calvario, incluso a veces se practica una traqueotomía si la tortura provoca espasmos de la laringe. En una primera fase, creo que el asesino evitó la cavidad laríngea para prolongar la agonía. La víctima, evidentemente, acabó muriendo. La autopsia del cadáver nos aportará más información.

El inspector Tremblay se toma otro vaso de agua.

—Así pues, ese monstruo tiene experiencia con técnicas de tortura propias

de los servicios secretos. ¿No podría eso explicar por qué no encontró usted nada sobre el primer asesino hace cinco años, teniente Raymond? Un asesino agente secreto... Sería tan original como terrorífico.

Hay un dejo de ironía en el comentario del Canoso, pero Steve no lo percibe.

—¡No sea usted ridículo! Que no estuviera fichado no implica que fuera agente secreto. ¡No todos los ciudadanos están fichados!

—En Canadá no, desde luego —dice Clémence sin alzar la cabeza.

Tremblay se masajea las sienes y se estira en la silla.

—Hay que joderse. Confieso que me gustan los rompecabezas, pero intuyo que este caso me hará sudar sangre. Lo que no entiendo, más allá del método del asesino, que refleja su obsesión por la religión y el terror, es la elección de las víctimas. Por ahora, no veo ninguna relación. ¿Algo más?

Noah se enjuga la frente y se vuelve hacia el inspector.

—Este asesino es diferente. El anterior era más frío, casi sin emociones. En el escenario de los crímenes recientes he notado ira.

—¿Notado? —pregunta Tremblay—. Ha hablado varias veces de instinto, de sentir, de intuición. Y no he olvidado su numerito del triciclo rojo, señor Wallace.

Se vuelve hacia Steve. Una sonrisa torva deforma su semblante.

—Ahora lo entiendo, teniente Raymond. Noah Wallace no es un perfilador criminal, nunca lo ha sido. Ustedes han contratado a un médium, como en esa serie de Patricia Arquette de la tele.

Solo Lafrenière ríe. Con sacudidas contenidas.

—¿Sabe usted que Allison DuBois, a quien da vida Patricia Arquette en esa serie, existe realmente y que ha colaborado con la policía de Phoenix y el FBI? —observa Clémence ligeramente desafiante.

Steve se levanta, coge la taza medio llena y la estampa contra el suelo. Las

baldosas quedan salpicadas de café.

—¡Es usted un cabronazo de mucho cuidado, Tremblay! Un arrogante de la peor calaña. ¡No sabe nada de este hombre, de lo que ha hecho y de lo que ha sufrido los últimos cinco años!

Silencio. Nadie se atreve a dirigirse a ese toro en plena embestida, espumeante de rabia, dispuesto a todo.

Noah lanza un suspiro. Steve ha terminado estallando. ¿Cuántas veces más podrá hacerlo antes de que la aorta le falle?

Clémence también se levanta de la silla.

—Yo sí lo sé —dice—. Y siento mucho respeto y admiración por el señor Wallace. Perdonen al inspector Tremblay. Es una persona muy inteligente, pero nada que tenga que ver con la intuición tiene cabida en su mundo basado en el cálculo y la lógica.

Steve refunfuña y vuelve a sentarse. Todavía tiene los ojos desorbitados, pero su cara ya no está desencajada.

—No importa. Creo que hemos terminado por hoy. Les enviaré los expedientes, y les agradecería que limitáramos nuestra colaboración a lo imprescindible.

—Yo también lo agradecería, señor Raymond, porque eso implicaría que el asesino ha sido detenido. Si no, me temo que tendremos que seguir viéndonos.

—¿Por qué en Canadá? —pregunta Noah, más para sí mismo que para los demás.

El silencio se impone de nuevo en la habitación.

—El primer asesino actuaba en Vermont, ¿por qué escoger ahora el país vecino como coto de caza? —prosigue.

—¿Para huir de la policía de Vermont? —sugiere Tremblay. Pero sacude la

cabeza y se corrige—: No, de lo contrario no habría procurado implicarlo a usted en el caso y...

—Noah Wallace tiene razón —lo interrumpe Clémence—. Si descubrimos por qué está aquí y su relación con las víctimas, habremos dado un gran paso.

«*Oh my God!* No.»

Noah sonríe. Tienen una pieza del puzle a su alcance.

Chloé Coté y su madre.

Paso siguiente: interrogarlas.

Pero ¿debe hablar de ello con alguien más que con Steve?

Su mirada se desliza a su pesar hacia Clémence.

Ella lo mira fijamente a su vez, y el destello de inteligencia que aprecia en sus pupilas hace comprender a Noah que ha adivinado su próximo movimiento. Así pues, más vale decírselo.

Hibris. De nuevo.

«¿Para que sea mejor que tú? —piensa—. O lo que es peor, ¿para que sea mejor que el Otro?»

Acto seguido se queda inmóvil. Un escalofrío gélido le recorre la espalda y se le eriza el vello.

Alguien va a morir en esa habitación, lo presiente.

Es peligroso...

Blake reprime un bostezo y se frota los ojos. Lo del archivo .onion es un verdadero puzle, pero no es cuestión de rendirse. Encontrará la solución. Siempre la encuentra.

Se quita los auriculares y los deja sobre el escritorio, justo al lado de la figurita de Boba Fett.

¿En qué nuevo follón se habrá metido Sophie? Esa chica lo trae de cabeza. Hace apenas un mes tuvo que montar guardia mientras ella se colaba en el escenario de un crimen en pleno Harlem.

Pero esta vez se ha pasado. Puede que la mafia esté implicada, o algo aún peor. Y Sophie no es consciente del peligro. Esa loca funciona a base de adrenalina y despreocupación. ¿Y quién tendrá que cubrirle las espaldas? Su mejor amigo, como siempre.

Los mensajes en battle.net se suceden desde hace más de media hora en la pantalla para invitarlo a jugar una partida.

«No, no tengo tiempo de jugar con vosotros, amigos. Nada de raids en World of Warcraft esta noche —piensa Blake—. Este paladín tiene una misión mucho más importante: salvar a su mejor amiga de sí misma.»

Aplasta la lata vacía de Diet Coke con la mano izquierda, la lanza a la papelera y abre otra.

En una de las dos pantallas el navegador Tor muestra la página reenviada

por el servicio Onion que el tipo anónimo creó. La página todavía está en línea, aunque la foto ha desaparecido. En su segunda pantalla, Blake ha abierto una consola de comandos y Notepad++.

Esa noche codificará, aunque sea hasta que salga el sol.

Para saber quién se oculta detrás del envío tiene que llegar hasta el primer nodo del circuito a fin de obtener la dirección IP. Pero todos los demás nodos intermedios están encriptados, y una vida entera no bastaría para hallar las claves. No es tan fácil como en las películas, donde los hackers teclean unas líneas de comandos estúpidos y fijan su atención en una bonita barra de progreso inútil.

Le encantaría que fuese así de sencillo.

No, su única oportunidad de éxito sería que el anónimo hubiese cometido el error de abrir un router Tor y su servicio oculto desde la misma conexión. El router tiene un desencriptador público que muestra su dirección IP.

Blake sonrío.

Es bastante corriente, y si resulta ser el caso... basta con sustituir uno de los nodos y abrir un programa de vigilancia para descubrir las IP y los servidores, que se caen simultáneamente si se interrumpe el servicio. Puede ser un método laborioso, pero a lo mejor funciona. Y además es el único medio de que dispone.

Así que esa noche codificará un bonito programa de vigilancia de tráfico de internet, nada más que eso.

Solo de pensarlo sonrío de oreja a oreja.

«¡Joder, Blake, vas a utilizar las mismas técnicas que el FBI sin tener sus medios! ¡No está mal para un joven recién licenciado!»

Pero es un mérito que no podrá poner en su currículum.

Bebe un sorbo de refresco y da unas palmadas para animarse.

Es el momento que Bethany elige para salir del cuarto de aseo. Huele a

vainilla, observa Blake, lo cual significa que ha usado su gel de baño.

Su amiga pasa por detrás de él y apoya la cabeza en su hombro.

—¿Qué haces?

—Es largo de explicar, pero es para ayudar a Sophie. Ya la conoces, siempre está metida en líos.

Bethany se frota la cabeza con la toalla.

—Es un gesto admirable —dice—, lo reconozco. Pero a Ted no va a gustarle, ¡contaba contigo!

—Es lo bastante gracioso para hacer la animación sin mí. Aunque no es tan guapo como yo, la verdad sea dicha. Por cierto, ¿eres tan amable de sacarme una pizza del congelador? La de cuatro quesos, por favor. Me espera una noche muy larga.

—¿En serio, Blake? ¿No puedes hacerlo tú mismo?

—Considéralo una compensación por haber usado mi gel.

Bethany suspira y se dirige a la cocina.

Blake coge los auriculares, se los ajusta a la cabeza y empieza a teclear.

—¡No seguirás mucho tiempo en el anonimato, chaval!



Sophie aún no se hace a la idea de que lleva cinco horas en la carretera conduciendo un Honda Civic de alquiler para dirigirse a una dirección que le ha facilitado un mafioso. ¡Un tipo que ha estado a punto de matarla! Todavía nota su respiración, el olor a cacahuete en su aliento, el contacto de su piel grasienta.

Y luego está su amenaza:

«Porque al venir aquí, muñeca, has firmado tu sentencia de muerte».

El tío podía ser un paranoico, claro, pero parecía sinceramente conmovido

con la historia de su hija. Y también ha de tener en cuenta a ese contacto anónimo y su juego de pistas en Darknet. No, el peligro era real, ¿por qué negarlo?

Y sin embargo, ahí está ella, en la carretera, escuchando a ABBA y Supertramp para ver si así calma sus nervios.

Piensa en su padre, que estaría furioso si se enterase de lo que ha hecho y, sobre todo, de lo que va a hacer.

«No hay humo sin fuego, Sophie —le diría—. Sé prudente, ¿quieres? No sobreviviría si pierdo otro hijo.»

«Lo siento, papá —responde mentalmente Sophie—. Pero si me quedara inmóvil para vivir a la sombra de un hermano muerto no sería yo. Debo seguir adelante.»

Según el GPS, pronto saldrá de dudas. Está a menos de cinco minutos de su destino.

El 235 de Hardscrabble Road, en Cadyville.

¿Qué debió de ocurrir cuarenta años atrás? Un periodista y varios mafiosos habían desaparecido tratando de descubrirlo. ¿Qué misterio podía esconderse detrás de la adopción de la niña? Antes de partir, Sophie ha hecho los deberes. Le ha dado de comer y beber a Grumpy y ha efectuado algunas pesquisas sobre la dirección que Giovanni le ha facilitado. Ha navegado por internet y finalmente ha podido comprar un viejo listín en www.oldphonebooks.com. Cuatro horas más tarde ha obtenido un scan y ha averiguado el nombre del propietario de entonces: Lawrence Cadwell. Es otro Cadwell, Stephen Cadwell, quien actualmente vive allí. Luego lo ha rastreado en Google y lo ha identificado en Facebook. Así se ha enterado de que había trabajado en la Cadyville Elementary School, cerrada en 2007. Le ha telefoneado y se ha hecho pasar por una periodista que investiga el alarmante aumento de cierres de escuelas primarias en Estados Unidos. Stephen se ha

mostrado entusiasta por teléfono; es un tema que a todas luces le importa mucho.

La próxima vez que se envíe un correo a sí misma promete guardarlo en el fichero «Manipuladora».

El GPS le indica que ha llegado a su destino. En el camino asfaltado que conduce al garaje hay aparcado un Toyota Corolla gris.

Reconoce la casa, es la misma que ha visto en Google Maps. Un edificio de una sola planta de madera blanca, perdido en medio de una gran extensión de césped de la que emergen dos abetos raquíticos.

Y no hay vecinos en los alrededores, eso es lo más alucinante. Eso, y que casi es de noche y un espeso manto de niebla tapiza el asfalto y el césped.

Sophie aparca detrás del Toyota y sale del coche.

Y mientras avanza hacia la entrada se pregunta si Stephen Cadwell es, efectivamente, un familiar de Lawrence y si logrará que le hable de una niña que vivió allí cuarenta años atrás.

... abrir la caja de Pandora

Sophie permanece unos segundos con el dedo a escasos milímetros del timbre, como si un último argumento de su conciencia quisiera hacerla retroceder.

Pero hace caso omiso y aplasta el índice sobre el botón blanco.

Suenan unas notas de música dentro de la casa y enseguida se enciende la luz del vestíbulo.

Se tranquiliza; una persona que instala un timbre como ese no puede ser peligrosa, ¿o sí? No más que un mafioso en camiseta y calzoncillos, de todos modos.

Pega la cabeza a la vidriera que adorna la puerta de entrada. Atisba una silueta ancha que emerge de una habitación contigua y avanza hacia la puerta hasta oscurecer su campo de visión.

Retrocede dos pasos cuando oye que una mano se posa en el pomo.

Stephen Cadwell aparece en el vano. Se corresponde con su perfil de Facebook. Tendrá unos cincuenta años, y es alto y corpulento sin ser obeso. Con esa cara sin arrugas y de expresión amable aparentaría diez años menos de no ser por las leves manchas rojizas de sus mejillas y su nariz. Sophie ve en él a un profesor al estilo antiguo, con su flequillo de cabellos rubios platino pegados a la frente, sus gafas cuadradas que le resbalan por la nariz, su camisa a cuadros y encima un chaleco marrón ceñido al cuerpo.

—Buenos días. Es usted muy puntual, señorita Fenwick. Entre de prisa, esta casa no está bien aislada y pago una fortuna en calefacción.

Acompaña la frase con un embrión de sonrisa. Sophie observa su mirada huidiza.

—Gracias, señor Cadwell. Intentaré no robarle demasiado tiempo.

Nadie diría que paga la electricidad, piensa ella cuando el frío la invade. Y la casa huele a humedad y a moho.

—Póngase esas zapatillas de fieltro, he encerado el parquet.

Sophie acusa el golpe y reprime una sonrisa.

La última vez que tuvo que utilizar zapatillas de fieltro fue en casa de su vieja tía Lucette, y tenía seis años.

Mientras se quita las botas de piel echa una rápida ojeada. El vestíbulo le hace pensar en la vivienda de una viejecita. Un papel pintado con flores, de un color verde ligeramente amarillento, despegado en algunas partes; una cómoda antigua con su tapetito blanco sobre el cual reposa un gran cuenco de cerámica; una alfombra roja gastada y un viejo suelo de madera. «A lo mejor aún vive con su madre», piensa.

La imagen del Norman Bates de *Psicosis* asalta su imaginación.

Ahuyenta esa visión con una sonrisa.

«¡No es el momento de pensar en eso, Sophie!»

—He preparado unas galletas y té, té oolong, señorita Fenwick.

«Las galletas llevan leche; o sea, que va a ser que no. He de encontrar una excusa para rechazar el ofrecimiento sin ser maleducada.»

Y la voz de su padre añade: «Sobre todo porque podría haber echado somníferos. No olvides lo que pasó aquí...».

«... hace cuarenta años, papá», concluye Sophie mentalmente.

—Es muy amable por su parte, señor Cadwell, pero sigo una dieta muy estricta. Lo que sí tomaré es una taza de té.

Deja las botas junto a la puerta, avanza patinando hasta un salón que no desentona con el vestíbulo y se queda parada delante de un reloj de cuco.

—Por favor, siéntese. Solo tardo un minuto —dice el hombre señalándole un sillón de terciopelo verde.

Los muelles chirrían cuando Sophie se sienta, y un olor a tela vieja le hace cosquillas en la nariz.

Aprovecha que su anfitrión está preparando el té en la cocina contigua para observar la habitación.

Stephen Cadwell es un gran lector. Una pila de libros ocupa toda la superficie de una mesa de madera, y la librería también está bien cargada. Echa un vistazo a los títulos. Por lo que ve, al señor Cadwell le gustan los clásicos: reconoce *David Copperfield*, así como otros libros de Dickens, y *El gran Gatsby* de Fitzgerald, *El viejo y el mar* de Hemingway...

No hay ninguna obra de Stephen King, ni de Graham Masterton ni de Dan Simmons. Pero se pregunta si eso es tranquilizador, a fin de cuentas.

Cadwell regresa con una tetera humeante y dos tazas de porcelana en una bandeja que deposita en la mesilla.

—Es oolong —repite, acompañando la frase con una escueta sonrisa.

«Chochea», piensa Sophie. Observa que bizquea. Seguramente ella le hace sentirse incómodo.

Se sienta en el sofá y cruza las piernas.

—La escucho. —Y añade al instante—: ¿No toma usted notas?

Sophie reacciona inmediatamente sacando su iPhone del bolsillo.

—Si no le molesta, grabaré la conversación.

El hombre asiente.

—Sabemos que la economía es la principal culpable de que se cierren las escuelas. Primero fue Dannemora, luego Cadyville, y eso solo en el distrito de Plattsburgh. Pero soy periodista, y quiero conocer la opinión de los

profesores. Es importante poner un rostro humano a este desastre que asola Estados Unidos, mostrar a los ciudadanos que el drama va más allá de las cifras y las estadísticas. ¿Podría usted describirme lo que sintió cuando se confirmó el cierre de su escuela?

—Me resulta difícil hablar de ello. Estaba muy implicado con la comunidad y me partió el corazón tener que abandonar mi profesión. Además de dar las clases, organizaba un club de lectura. Me había propuesto la misión de lograr que la gente volviera a leer con gusto los clásicos de la literatura inglesa y estadounidense. Tenía demasiados alumnos a los que solo les interesaba Harry Potter. Era estupendo que leyeran, claro, pero yo quería llevarlos un poco más allá.

—Sí, me he hecho una idea de su pasión —contesta Sophie señalando la biblioteca.

El rostro de Stephen Cadwell se ilumina.

Sophie sonrío. Ya lo tiene en el bolsillo.

Lo deja hablar, y va encadenando las preguntas sobre la literatura y su papel en la escuela. Su anfitrión podría hablar durante horas de ambos temas.

«Eres una manipuladora, Sophie», piensa ella mientras asiente con la cabeza poniendo cara de estar muy interesada.

Pero ya es hora de abordar las verdaderas preguntas.

Stephen calla, coge la tetera y se llena la taza.

—Está tibio. No le molesta que me sirva, ¿verdad? Tengo la garganta seca.

Sophie sacude la cabeza.

El viejo profesor toma unos sorbos y deja la taza.

—¡Qué falta de educación la mía!

Llena también la otra taza y la desliza hacia Sophie.

Ella duda, pero la acepta.

Huele a polvo; el señor Cadwell no debe de usar esas tazas muy a menudo.

Sophie se acerca la suya a los labios. Su contenido está casi frío, pero sabe a té.

Se relaja y toma dos sorbos.

—Tengo otra pregunta... que tal vez le parezca rara. Soy una apasionada de los años setenta y estoy escribiendo un artículo sobre un reportero, Edgard Trout. Parece ser que buscaba a una niña que habría sido acogida en esta casa en aquella época. ¿La conoció usted, por casualidad?

El semblante de Cadwell se ensombrece inmediatamente y su mirada se endurece.

—Lo siento, pero me temo que no puedo ayudarla, señorita Lavallée.

«¡Lavallée!»

Sophie se tensa en el sillón. ¿Cómo puede saber su apellido auténtico?

Jaspeado

El coche se detiene delante del número 4373 de la avenida Westmount, en Montreal.

Steve acciona el freno de mano y clava a Noah una mirada oscura, la última de una larga serie de dardos. No perdona a su amigo que pidiera a Clémence que los acompañara. No porque le caiga mal, que le cae mal, sino más bien porque no es de la «familia»; no es ni estadounidense ni policía.

Pero Noah, en cambio, ha sentido una conexión con esa muchacha. Habla el mismo lenguaje que él, capta las mismas vibraciones. Son de la misma especie, aunque él sea un pájaro con las alas rotas y ella planea a una altitud que él ya no puede alcanzar.

Steve pega un mordisco al cruasán que había dejado en el salpicadero, debajo del parabrisas, se chupa los dedos y se guarda el resto en el bolsillo exterior de su impermeable beis.

Su mirada iracunda pasa de Noah a Clémence, y dice sin dejar de masticar:

—Una precisión: no tengo la intención de pasarme la mañana aquí. Si la poli de Quebec no ha logrado encontrarlos, tenemos pocas posibilidades de que estén en casa. Llamamos al timbre y si no contestan nos vamos. Así de fácil. A decir verdad, si dependiera de mí, ya estaría camino de Burlington. Aquí estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Siempre podemos improvisar una visita a la casa —propone Clémence.

Steve, con los ojos como platos, deja de masticar.

—¡Joder! Soy un teniente estadounidense de la Policía Estatal de Vermont, estoy a cientos de kilómetros de mi jurisdicción. Y de todas formas no se allanan las moradas cuando se es policía, señorita.

Clémence estira la goma elástica que sujeta entre los dedos.

—Perfecto entonces, porque yo soy canadiense y no soy poli. Lo único que tengo que procurar es que no me cojan in fraganti.

Steve se vuelve hacia Noah y le implora con la mirada. Su colega le contesta con una amplia sonrisa.

—Te aviso: si la cosa se pone chungueta, no cuentes conmigo para salvaros el pellejo a ti y a tu amigueta.

—¿Y si empezamos por comprobar si hay alguien? —propone Clémence.

Las tres puertas del coche se abren al unísono. Noah sujeta el bastón entre los muslos, se estira e inspira una gran bocanada de aire fresco. Se fija en un ciclista que arrastra a una niña en un carrito, luego en dos ardillas que bajan por el tronco de un arce y finalmente en la amplia avenida bordeada de grandes mansiones con jardines frondosos y floridos. Se pierde un instante en los matices amarillos y rojos de las hojas que destellan al sol y susurran acariciadas por el viento matutino.

Saca su cuaderno, mira los árboles de nuevo y escribe: «Jaspeado».

—Es un barrio elegante —comenta.

—¿Westmount? Sí, de burgueses, principalmente anglófonos, por cierto...
No offense —responde Clémence.

—No cabe duda, esto huele a pasta —añade Steve señalando la casa de Béatrice Coté.

Es un gran edificio de dos plantas, de ladrillo rojo. La entrada está protegida por una marquesina que se sustenta sobre dos hileras de estilizadas columnas blancas.

Steve presiona el botón del interfono y se sitúa delante del objetivo de la cámara.

Clémence pasa delante de Noah y le dice:

—Ya le he visto tomar notas en varias ocasiones. ¿Puede explicarme por qué lo hace? Siento curiosidad.

Noah suelta una risotada.

—¿Sabe qué es la afasia? —pregunta.

Clémence asiente.

—Una de mis abuelas sufrió afasia de Wernicke. Hablaba y hablaba, pero lo que decía no tenía pies ni cabeza. Es horrible reconocerlo, pero mi primo y yo nos divertíamos haciéndola hablar. Nos reíamos como locos. Es vergonzoso, lo sé. Claro que en esa época tenía cinco años... Espero que eso me disculpe un poco.

Noah sonríe.

—Como consecuencia de mi accidente estuve varios meses en coma. Desperté con secuelas. Amnesia, trastornos motores, pérdida de atención y una forma de afasia llamada «de conducción». Es diferente de la de Wernicke o de la de Broca. Nuestra comprensión no está alterada y somos conscientes de nuestros errores de lenguaje. Cuando sufría parafasias llegaba a colocar en mis frases algunas palabras raras que añadían sentido a lo que decía. Poco a poco, adquirí la costumbre de encontrar un sustituto para nombres, verbos o conceptos utilizando sinónimos menos comunes. Casi estoy curado, pero he mantenido el hábito porque...

—Teme recaer —concluye Clémence—. Lo comprendo.

Noah asiente.

Steve vuelve a pulsar el timbre.

—Bueno, ya está bien de perder el tiempo, está claro que no hay nadie.

Clémence pone la mano en el pomo y lo gira.

La puerta se abre.

—¡O sea, que no era una leyenda! ¡Los canadienses no cierran las puertas!
—exclama Steve en tono burlón.

—Aquí decimos «clausurar». Y sí, tal vez sea habitual en Westmount, pero en otros barrios es poco probable. Los ladrones existen, y no es un mito.

Steve sacude la cabeza y da manotazos al aire como para ahuyentar la mala idea que intuye que Noah y Clémence están teniendo.

—Una última advertencia, por si os queda un mínimo residuo de sentido común en el coco: entrar en casa de la gente sin ser invitado sigue siendo ilegal. Pero bueno, ya que estáis empeñados, yo me voy a dar una vuelta y a preguntar por ahí. Lo que hacéis... Joder, ¡no quiero saberlo!

Steve se aleja en dirección a las casas vecinas.

Noah y Clémence intercambian una sonrisa cómplice y entran en el hogar de los Coté.

Lo primero que Noah percibe en cuanto cruza el umbral es el olor a lejía. Como si acabaran de fregar.

El suelo de damero blanco y negro que ocupa toda la planta baja está reluciente.

—¿Qué espera encontrar, exactamente? —pregunta Clémence—. Los dos sabemos que no son sospechosos, la policía de Quebec solo quería interrogarlos para obtener información. Pero usted no, lo he advertido en su mirada. ¿Es por lo de la nacionalidad?

Noah vacila un momento antes contestar.

—He reflexionado sobre lo que usted dijo durante la reunión, ya sabe, acerca de la primera víctima. Lo de que el asesino quería obtener información torturándola. Estoy seguro... de que es una pista interesante.

Clémence asiente con la cabeza.

—Ha eludido mi pregunta, señor Wallace.

—Hay una relación entre las víctimas. Si descubrimos cuál es sabremos por qué el asesino las persigue y las ejecuta, y tal vez incluso cuáles serán sus próximos objetivos.

—Lo pillo: no quiere usted contestarme.

Noah hace una mueca.

—No son quebequeses. ¿Es lo que quiere oírme decir? Quizá canadienses anglófonos, quizá estadounidenses, aún no lo tengo claro. Pero sí que han ocultado su identidad. ¿Cómo lo sé? No tengo ni idea.

—Yo creo en la intuición. No todo tiene explicación... o todavía no, al menos. Y no sé usted, pero yo llevo aquí menos de un minuto y ya estoy notando que algo no encaja. Y no hablo del olor a limpio.

También Noah percibe cosas. Pero de otra manera.

Siente la desgracia. Siente la muerte.

Clémence saca el móvil.

Noah agita en el aire su cuaderno y un lápiz.

Sonríe. Si esa casa tiene secretos, no tardarán en descubrirlos.

Exánime

Clémence camina con pasos sigilosos hacia el salón. Su figura delgada parece deslizarse sobre el enlosado. Una vez dentro recorre la estancia con la mirada, luego observa por segunda vez el lugar a través de la pantalla de su móvil y toma infinidad de fotos.

Noah no se mueve, cierra los ojos y contiene la respiración. Se conecta con la casa para captar sus vibraciones, su ritmo, sus notas. Ese anclaje es un preámbulo necesario para convertir su mente en un taller y su imaginación en arcilla.

«Deja que vuele este pájaro joven, Noah, no podrás seguirla. Haz lo que mejor se te da; observa y mantente a la escucha de las melodías silenciosas cantadas entre las paredes», se dice.

Libera el aire prisionero de sus pulmones y abre los párpados.

«El armario empotrado de la entrada es un buen sitio para empezar», piensa.

Descorre la puerta y mira el contenido.

Béatrice ocupa mucho sitio, constata. Varios abrigos Rudsak, Desigual, Armani Collezioni. Los hijos tienen reservado solo un rinconcito. Una cazadora Canada Goose, sin duda de Sylvain. Una chaqueta de tweed azul que debe de ser de Chloé.

No ha visto ninguna foto, pero la imagen de una mujer alta y elegante

cobra forma en su mente. Y aunque todavía no distingue su rostro, imagina ya un cuerpo altivo y erguido y unas manos finas y delicadas.

Garabatea: «Fuerte, elegante, egoísta».

Luego cierra la puerta. En ese momento pasa Clémence rozándolo. Se dirige a la cocina con paso ligero y sigue observando la casa a través de la pantalla del móvil. Noah tiene la impresión de ver a una niña deambulando por un parque infantil.

Va hacia el salón y se queda quieto en el centro con la empuñadura del bastón pegada a la barbilla. Tras dar un repaso a la estancia anota: «Sobrio, espacioso, frío». Y añade: «¿Maníaca?». Acto seguido rodea con un círculo el signo final de interrogación.

La cara de Béatrice toma forma en su taller mental. Maquillada, los labios fruncidos en un rostro imperturbable, los músculos de las mejillas tensos.

Alrededor de la gran mesa de madera visualiza las comidas silenciosas, los hijos que se acaban lo que tienen en el plato sin decir palabra. Béatrice que se queda sola, con la mirada fija en un vacío abismal. Va sirviéndose vino hasta acabar la botella; retira platos y cubiertos, limpia la vajilla. Después, cuando todo está impecable, se sienta con la gracia de una gran dama en el sofá de cuero blanco frente a la pantalla plana colgada de la pared de piedra vista.

Luego la ve tumbarse y amodorrarse sobre el gran cojín de seda mientras mira sin ver un programa anodino. Se despierta mucho más tarde en medio de la noche, con los labios apretados y los párpados pegados, y se va a la cama.

Noah escribe en su cuaderno: «Amargura, tristeza, soledad». Duda y acto seguido garabatea: «Cárcel» y «exánime».

Tacha «egoísta» y pone «fuerte» entre signos de interrogación.

«¿Lo ves, Noah? No necesitas al Otro. Las partituras son innecesarias; sientes la música, detectas los surcos que las vidas graban en la existencia.»

La cara de arcilla se transforma en su taller mental.

Los rasgos de Béatrice se marchitan, sus ojos se empañan, el carmín se extiende a las comisuras de los labios y al mentón, el rímel se mezcla con las lágrimas, dos rayas negras cruzan sus mejillas.

Noah da media vuelta y se dirige hacia la cocina.

Clémence está fotografiando el frigorífico. Advierte la presencia de Noah y se vuelve hacia él. La mirada de la muchacha es la de una colegiala que sabe que tiene la respuesta correcta a un problema.

—Y bien, señor Wallace, ¿qué ha descubierto?

—Béatrice es una mujer a punto de desmoronarse. Parece fuerte, pero la soledad y la culpabilidad la corroen. Lleva a la espalda una mochila que se ha vuelto demasiado pesada, ha perdido el control de su vida, que ahora la agobia. De no ser por sus hijos, ya se habría suicidado.

La expresión traviesa de Clémence se ve sustituida por un gesto circunspecto.

—Ahora sí que me deja usted de piedra. Me esperaba... otra cosa..., algo menos...

—¿Intuitivo? ¿Irracional?

—Iba a decir «dramático». En mi opinión, Béatrice es sobre todo una maniática. La simetría la obsesiona. ¿Se ha fijado en que todo está alineado, clasificado, ordenado? Estoy segura de que si medimos la distancia que hay entre cada vaso en esta cocina obtendremos el mismo resultado. Y no hablo ya del frigorífico, que es un modelo de orden; comparado con él, un campamento militar parecería una guardería infantil. Lo que me lleva al punto siguiente: ¿por qué dejaría tirados en la encimera unos folletos de viajes, bien visibles al lado del frutero? No encaja.

Saca el móvil y se acerca a Noah. La fotografía que le enseña muestra el aparador de madera maciza del salón, sobre el que hay cinco marcos.

—Fíjese en esto: la simetría se rompe. Los tres de la izquierda están

perfectamente alineados, y en cambio entre los dos de la derecha hay un espacio. Me apuesto lo que sea a que han quitado uno de los marcos. Es sospechoso.

Se alisa el pelo por debajo del gorro, se pone la goma elástica en la muñeca a modo de pulsera.

—¿Sabe lo que pienso?

Noah niega con la cabeza.

—Han huido a algún lugar, tal vez asustados por el asesino, y con estos folletos de viajes tratan de dejar pistas falsas. O quizá...

—... les ha ocurrido algo y alguien trata de borrar las huellas —concluye Noah.

—Pero ¿quién sería ese «alguien»? Es poco probable que sea el asesino. Visto su *modus operandi*, los habríamos encontrado en el mismo escenario.

—Exacto —coincide Noah.

Clémence se acerca el teléfono a los labios y reflexiona un instante.

—Quedan habitaciones por inspeccionar. Cuarto de baño, dormitorios... —enumera—. Voy a subir a la planta principal.

«Somos complementarios —concluye Noah—; ella descubre las imperfecciones, las marcas en la superficie de la epidermis, y yo sondeo las profundidades.»

Se apoya en el bastón, ahuyenta las hormigas de su mano derecha y se dirige hacia la escalera.

Pone el pie en el primer escalón y se detiene.

¿Son sollozos lo que ha oído?

Sacude la cabeza y se concentra en los ruidos de la casa. Los pasos de Clémence resuenan en el primer piso.

De nuevo los sollozos, más nítidos, más fuertes, los de una cría.

Proceden de detrás de la puerta, la que hay frente a la entrada.

Noah retrocede y se dirige hacia allí.

Pone la mano en el pomo y coge aire antes de girarlo y entreabrir.

Una habitación de adolescente. Pósters de One Direction, una cama individual, un iPad en el escritorio.

Y, junto al radiador, una chica acurrucada con la cabeza entre las rodillas.

—¿Chloé? ¿Eres tú? —pregunta.

No hay respuesta, la joven sigue sollozando.

—Venga, todo...

«Todo irá bien, Noah.»

Noah se queda inmóvil. Se estremece. Acaba de comprender.

La chica separa poco a poco la cabeza de las piernas y la yergue.

Lo mira fijamente, pero sus ojos son inexpresivos. Un agujero rojo le adorna la frente.

Señala la cama con el dedo.

Noah traga saliva, se seca en el pantalón las manos sudorosas y da unos pasos hacia la chica.

El dedo de ella sigue apuntando hacia la cama.

Noah comprende que desea indicarle algo.

Mira debajo de la cama, pero tan solo encuentra pelusa. Retira el cubrecama, luego el edredón. Nada. Tampoco debajo de la almohada. Desliza la mano entre el colchón y el somier.

Roza con la punta de los dedos una superficie rugosa, la palpa y reconoce el objeto: ¡un libro!

Lo saca. La chica se pone el índice sobre la boca cerrada.

Ninguna palabra atraviesa la barrera de sus labios, pero Noah entiende lo que espera de él.

«Quiere que guarde el secreto. Que no se lo diga a nadie.»

El libro tiene un pequeño candado. En la tapa se lee: «Chloé».

Es su diario.

Fue a por lana...

Sophie se pone derecha en el sillón y deja la taza de té en la mesita.

Echa una ojeada hacia el vestíbulo y se apoya en los reposabrazos.

«¡Lárgate de aquí, Sophie! Huye, no te quedes ni un minuto más con ese tío.»

Es verdad que sería fácil levantarse, correr hacia la puerta de entrada y salir pitando hacia el Civic sin darse la vuelta. Incluso es lo más sensato. Pero ¿desde cuándo es una chica sensata? Además, perdería la única pista con la que cuenta si se pirase.

Mira a su anfitrión. Busca en su semblante algo que delate sus intenciones.

Stephen Cadwell la observa; su cara no expresa animosidad, solo tristeza. Sophie ve a un hombre cansado, agotado.

Se relaja un poco, pero se mantiene alerta, dispuesta a reaccionar.

—¿Cómo es que sabe mi apellido?

Stephen parpadea, descruza las piernas y se pone recto en el sofá.

—Es la primera pregunta sincera que me hace desde que ha llegado, señorita Lavallée.

Él se sirve un poco más de té.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Sophie.

—No me perdono haber sido tan ingenuo como para creer que alguien podía interesarse por el cierre de esa escuela o por la vida rota de un maestro.

Aunque debo admitir que cuando hablé con usted por teléfono se mostró muy convincente. La creí.

Sophie continúa con las manos tensas sobre los reposabrazos.

—La he reconocido. Es el problema que tiene la belleza: es un arma de doble filo. Puede despertar admiración y empatía, y también celos y odio. Pero en ninguno de los dos casos pasa desapercibida.

Sophie lo interroga con la mirada.

—Es su blog lo que la ha delatado. Lo leo, ¿sabe? Cuando la he visto en la puerta me he sentido traicionado. Incluso me he planteado despedirla de inmediato, pero antes de darle con la puerta en las narices me he dicho: «Stephen, dejemos entrar a esta joven y veamos qué quiere en realidad», aunque ya me olía algo. Me ha decepcionado usted; se ha aprovechado de una situación trágica y ha jugado con mis sentimientos sin la menor vacilación, sin la menor consideración hacia mi persona. ¡Y pensar que yo quería ayudarla! ¡Si supiera la de veces que he estado a punto de enviarle un mensaje a través de su blog...! ¿Puedo hacerle una pregunta?

Sophie se acurruca en el sillón. Querría hacerse pequeña y que Stephen no la fulminase con la mirada. Vuelve a ser la niña sentada delante del piano, frente a un padre decepcionado por su actuación. Carraspea y responde:

—Sí, señor Cadwell, por supuesto.

—¿Piensa realmente que encontrará la verdad mediante el engaño y la mentira? ¿No se da cuenta de que es una paradoja? Dígame: ¿cómo es capaz de aleccionar sobre la defensa del planeta y de los animales cuando no demuestra miramientos ni respeto por el prójimo?

Sophie guarda silencio. ¿Qué puede contestar? No le ha formulado una pregunta, ha formulado un veredicto.

Se incorpora y se levanta.

—Tiene usted razón, señor Cadwell. Lo siento mucho. Lamento haberle

herido. Me marchó.

Stephen le pide con un gesto que se siente.

—¿Ya no le interesan Edgard Trout y la niña? ¿Le doy un golpecito en los dedos y su ego de cría mimada no puede soportarlo?

—No, simplemente imagino que a sus ojos soy la mala alumna que acaba de merecer que la echen del aula. Pero se equivoca... No soy para nada una cría mimada.

El hombre sacude la cabeza.

—Entonces quizá pueda demostrarme que vale más que el personaje manipulador que se ha construido. ¿Ha hecho alguna vez algo en su vida que no sea en su beneficio? Y no me hable de esas fotos en la granja californiana que llenan su blog. He conocido a muchas personas que se esconden detrás de parapetos como ese para comprarse a buen precio una buena conciencia. Son imágenes, nada más.

Sophie duda, pero luego se sienta. ¿Qué puede perder?

—Le hablaré de David.

—¿Un amigo suyo?

—Mi hermano menor. Yo tenía quince años cuando cayó enfermo. Empezó con fiebre, y pensamos que era un virus. Pero los episodios febriles se hicieron cada vez más frecuentes y se quejaba de dolores articulares. Le diagnosticaron leucemia. En aquella época yo jugaba al tenis, competía. Se me daba muy bien, pero lo dejé para estar con él. Veíamos películas juntos, jugábamos, lo acompañaba a las sesiones de quimio. A pesar de todo, el cáncer fue ganando terreno, hasta que mi hermano no fue más que un esqueleto, un cadáver andante. Aun así, no sé por qué milagro, mi padre consiguió que lo incluyeran en una terapia experimental. Funcionó, y al cabo de tres meses David había recuperado fuerzas. No lamento haber sacrificado esos dos años y mi carrera deportiva a cambio de estar a su lado.

—¿Un final feliz, entonces?

Sophie mira el cerco de té que la taza ha dejado en la mesita. Su mente se colma de imágenes y de sonidos: la risa de David, orgulloso de llevar la gorra de los Lakers, su madre sonriente cargada con las bolsas de la compra, su padre sentado al volante que ha bajado la ventanilla y les dice que se den prisa, luego las detonaciones de tres disparos. Recuerda el miedo, los transeúntes tirándose al suelo, corriendo en todas direcciones o gritando sin moverse. Y luego el estupor cuando ve la mancha de sangre extendiéndose en el pecho de su hermano y empapando su camiseta gris. Recuerda el alarido de dolor de su padre, los sollozos de su madre cuando lo abraza y la incompreensión en la mirada de David justo antes de desplomarse.

Sophie levanta la cabeza. Tiene los ojos anegados en lágrimas. Y contesta con un nudo en la garganta:

—No. Le alcanzó una bala perdida durante una excursión familiar por Estados Unidos. Murió al instante.

—Qué historia tan triste, señorita Lavallée... Como escribía Dickens, «forjamos las cadenas que llevamos durante nuestra vida».

—¿Qué? ¿Usted cree que somos responsables de lo que le ocurrió a mi hermano?

Stephen sacude lentamente la cabeza

—No, ha interpretado mal mis palabras. Quería decir que una de esas pesadas cadenas que usted lleva alrededor del cuello es la culpabilidad. ¿Por qué está viva? ¿Por qué pasó su hermano por esa prueba, y no usted? Tal vez incluso piense que su padre habría preferido que muriera usted en vez de él.

El rostro de Sophie se ensombrece y clava las uñas en el terciopelo del sillón.

—Escuche... Por lo general, me gusta hablar de filosofía, de psicología y de desarrollo personal, se lo aseguro, pero...

—Es que necesito saber con quién estoy tratando, señorita Lavallée —la interrumpe Stephen—. Ahora la conozco un poco.

Le sonrío por primera vez. Parece... liberado.

—Ahora me toca a mí desahogarme. Le hablaré de mí, pero sobre todo le contaré todo lo que sé de la pequeña Amy y de Edgard Trout.

... y salió trasquilada

Stephen se dirige a la cocina y vuelve con una caja de galletas metálica bajo el brazo. La deja sobre la mesita y vuelve a sentarse en el sofá.

—Lo siento, es todo lo que puedo ofrecerle.

—No importa. No tengo hambre.

Una mentira que enseguida lamenta haber pronunciado.

«Sophie, evita mentir a este tío si quieres obtener respuestas», se dice.

Stephen no contesta. Coge una galleta de la caja y se la lleva a la boca. Hace una mueca de disgusto.

—Demasiado horneada, pero me la comeré de todas formas. No me gusta tirar nada.

Sophie esboza una sonrisa forzada.

—Señorita Lavallée, si le digo Nixon Shock, fin de los Acuerdos de Bretton Woods y gran inflación, ¿le suena?

—Claro que sí, he estudiado historia y economía de Estados Unidos en la universidad. El Nixon Shock es de 1971; convirtió el dólar en una moneda fiduciaria al abandonar el patrón oro. La inflación se produjo tras la reelección de Richard Nixon, en 1972.

Stephen sonríe y asiente como haría un profesor satisfecho con la respuesta de su alumno.

—Bien, porque es importante conocer el contexto económico para

entender mejor mi relato.

Se ajusta las gafas presionándolas con el índice y cruza las piernas.

»—Los seis primeros años de mi vida fueron maravillosos. Mi padre dirigía una empresa de importación de productos de lujo, de vinos, perfumes y artículos de piel, procedentes de Francia y de Italia. Mi madre era una mujer fantástica, la mamá con la que todo niño sueña. Imagínese a los Cadwell como el prototipo de la familia estadounidense de los años cincuenta. Un patriarca trabajador que solo está en casa los fines de semana y una mujer abnegada que se ocupa de todas las tareas del hogar. En ese contexto, lo tenía todo para poder realizarme. Unos padres cariñosos que no se peleaban jamás, sábados y domingos compartidos en los estadios; hasta tenía una sala de juegos donde podía recibir a mis amigos y un tren eléctrico gigantesco que había montado con mi padre.

Stephen respira hondo.

»—Pero tuvo que llegar el viejo Richard para mandarlo todo al carajo. Porque si bien su medida estaba pensada principalmente para las importaciones japonesas, todo el mundo se vio afectado. Fue un golpe muy duro para Cadwell Import. Los 1971 y 1972 fueron años terribles para mi familia. Pero la cosa empeoró aún más con la crisis del petróleo de 1973 y la gran inflación. Mi padre tuvo que cerrar la empresa, y encontrar un empleo estable no le resultó fácil. La recesión de 1970 había aumentado la tasa de paro hasta el seis por ciento y no bajaba. Para el pobre Stephen eso significaba menos juguetes y nada de partidos de béisbol. Y lo peor es que el ambiente familiar se resintió. Mi padre estaba amargado. Su papel de patriarca era importante para él.

Stephen calla y mira el techo con expresión pensativa. Sophie está sentada en el borde del sillón. «¿Adónde quieres ir a parar, Stephen?», se pregunta.

Él se yergue y la mira de nuevo.

—Hay una leyenda cherokee que me gusta mucho, la de un abuelo que conversa con su nieto. Dice el anciano:

»—Pequeño, dentro de todos nosotros hay dos lobos que luchan entre sí. Uno es el Mal, es la ira, la envidia, los celos, la codicia, la arrogancia, la culpabilidad, la amargura, el sentimiento de inferioridad, la mentira, el orgullo y el ego. El otro es el Bien, la alegría, la paz, el amor, la esperanza, la serenidad, la humildad, la bondad, la benevolencia, la empatía, la generosidad, la verdad, la compasión y la fe.

»El niño reflexiona y luego pregunta a su abuelo:

»—¿Qué lobo ganará?

»Y el anciano contesta:

»—El que cada cual elija alimentar.

Stephen mira atentamente a Sophie, busca un brillo en su mirada.

Sophie casi lo oye preguntándole: «Y usted, señorita Lavallée, ¿qué lobo ha decidido alimentar?».

Stephen coge otra galleta de la caja y la moja en el té para ablandarla.

—Mi padre eligió alimentar al lobo malo. No soportó la pérdida de control y haber dejado de ser el jefe protector, el que sustenta a la familia y le da cobijo. Me gustaría creer que lo que hizo lo hizo por nosotros. Pero lo movió el ego. Siempre ese maldito ego.

Sophie reprime una mueca. ¿Piensa en ella al decir eso?

Stephen prosigue.

—Fue en 1975. Mi padre volvió más pronto de lo previsto de su trabajo en Tommy's, la tienda de comestibles del barrio. Abrió la puerta y entró corriendo en el salón. Tenía esa mirada alucinada, la mirada que me imagino en la cara de un hombre que acaba de ganar la lotería. Explicó a mi madre que todo lo que había que hacer para obtener veinte mil dólares era acoger a una niña. La pequeña Amy, que entonces tenía tres años, llegó a nuestra casa

dos días después. Nos habíamos convertido en una familia de acogida. Era una niña adorable, una morenita de ojos tristes pero resplandecientes de inteligencia. Visto en retrospectiva, creo que era superdotada. Estuvo dos años con nosotros y devolvió la vida a nuestro hogar. Sus comentarios eran de una madurez increíble y tenía un gran sentido del humor. Enseguida aprendió a leer. Nos entendíamos muy bien y compartíamos la misma afición por la lectura. Pasábamos todas las tardes con un libro en la mano. Yo también había notado que de vez en cuando mi padre se la llevaba aparte y salía con unas hojas. Un día lo sorprendí metiéndolas en un sobre y guardándolas en una cartera de cuero. Supongo que era importante, porque cuando le pregunté al respecto se enfadó conmigo. En octubre de 1977 dos individuos de negro vinieron a buscar a Amy. Lo recuerdo como si fuera ayer: yo estaba ahí, en el sillón donde está usted sentada. Tenía aftas en la boca y mi madre me daba de comer porque tenía fiebre y había perdido el apetito. Aquellos dos tipos llamaron a la puerta y reclamaron a Amy. Mi padre no se opuso. Más tarde supe que aquello formaba parte del *deal*, del trato. Amy no protestó cuando los dos hombres se la llevaron. Solo me dijo: «Adiós, Stephen, y no me olvides. No todo el mundo tiene amigos; es triste olvidar a un amigo». Tardé unos segundos en darme cuenta de lo que pasaba. Me levanté de un salto y corrí detrás del Buick Regal negro que ya se alejaba. Grité su nombre a pesar del dolor que me desgarraba la garganta y me arrodillé en el asfalto. Acababan de raptar a mi hermana pequeña. Un mes más tarde un tipo alto, un afroamericano que se presentó como Edgard Trout, nos mostró la fotografía de una niña de tres años y nos preguntó si éramos la familia que había acogido a la pequeña Sylvia Rizzoni. Mi padre le respondió que se equivocaba, que nosotros habíamos acogido temporalmente a Amy Williams, una niña que no tenía nada que ver con la de la foto. Sin embargo, me di cuenta de que la había reconocido. Trout se fue sin decir palabra. Pero

cuando miré por la ventana vi que se quedaba un buen rato observando la casa antes de meterse en el coche. En cuanto se fue, mi padre descolgó el teléfono. Estaba serio, inquieto. Después de eso, Trout no volvió a aparecer.

Stephen se seca los ojos empañados.

—Mi padre murió al cabo de tres años de un cáncer de hígado fulminante. Creo que el lobo malo terminó comiéndoselo. Sin embargo, no era un mal hombre, y la partida de Amy lo afectó mucho. ¿Sabe, señorita Lavallée? Yo no tengo nada en común con mi padre. Siempre he elegido alimentar al lobo bueno, y por eso voy a ayudarla. Poco antes de fallecer, mi padre me reveló el nombre del tipo que le propuso el negocio y me recomendó que me mantuviera alejado de él, advirtiéndome que seguramente intentaría vigilarnos. Si quiere seguir la pista de Trout, o de Amy, creo que su nombre le será útil. Se llamaba Timothy Carter.

Atrayente

Son las tres de la madrugada y Noah no consigue dormir. Las preguntas que se arremolinan en su mente son espectros que lo atormentan y le arrancan el sueño cada vez que cierra los ojos. Tras algunos vanos ejercicios respiratorios, se incorpora y se sienta al borde la cama. A su lado, Rachel gruñe y se envuelve en el edredón. Un rayo de luna ilumina su melena cobriza sobre la almohada y Noah sonrío. Da gracias a la magia del *filetto di manzo al barbera* y al puñado de ocurrencias graciosas que su cerebro enfermo ha tenido a bien concederle durante la cena. Pero sobre todo se siente feliz por haber estado a la altura. Le preocupaba mucho tener un gatillazo. Ha sabido evitarlo, a pesar de un comienzo lamentable debido al miedo, al tumulto mental que no lo abandona y a la idea obsesiva de que no la merece. Rachel es una gran chica, ha sabido insuflarle confianza y, por primera vez desde hace cinco años, Noah ha podido dejarse ir.

Pero hacer el amor no lo ha apaciguado. Porque una vez pasado el efecto de las endorfinas las preguntas han vuelto a la carga, en olas sucesivas, dejando que sus pensamientos se perdieran de nuevo en la espuma.

En las aguas turbias y arenosas de su mente, la aparición de Chloé es inquietante en su nitidez. Su cara pálida de grandes ojos tristes está impresa en filigrana en cada una de sus imágenes mentales.

Según la doctora Hall, la visión de su mujer fue una manifestación

provocada por una liberación emocional, una catarsis. Es una explicación plausible, y Noah la ha aceptado. Pero ¿qué hay de la adolescente? ¿Qué le diría la psiquiatra botoxada si le hablase de esa muchacha desconocida que lo orienta hacia un indicio?

«Creo que padece usted una psicosis alucinatoria crónica», concluiría sin duda tras un largo silencio. O bien: «Su cerebro lesionado ha encontrado un medio para suplir sus capacidades de deducción y, desde un punto de vista fenomenológico, este cambio se manifiesta en forma de señales visuales y sonoras».

En ambos casos, Noah saldría de su consulta con un montón de pastillas nuevas que añadir a su colección.

Y si la segunda hipótesis podía explicar el descubrimiento del diario, lo que pasó después fue mucho menos fácil de racionalizar.

La chica lo miró y después se acercó el índice a los labios. Noah sintió que debía guardar para sí ese descubrimiento y no compartirlo con nadie.

Y eso hizo: se mantuvo en silencio y esperó a estar solo antes de abrir el cuaderno y leer su contenido. Sintió casi tanta vergüenza como excitación al recorrer cada una de esas páginas manuscritas, salpicadas de dibujos, de poemas, garabateadas, manchadas, perfumadas. Chloé era una adolescente a la vez romántica y triste. Su diario evocaba tanto sus amores como su desdicha familiar. Hablaba de su madre depresiva, de su hermano egoísta y de un padre al que no perdonaba.

Pero lo que Noah había encontrado entre esos jirones de vida lo estremeció.

Se vuelve hacia Rachel para asegurarse de que efectivamente duerme. Luego abre el cajón de la mesilla y saca el diario, que ha puesto entre un viejo ejemplar de *Por el camino de Swann* de Marcel Proust y *Una mirada a*

la oscuridad de Philip K. Dick. Coge la lamparita de lectura, la sujetas a la tapa y buscas la entrada del 15 de julio de 2016.

Hoy acabo de descubrir que vivo en la mentira y que mis abuelos y mi padre no son lo que pretenden hacer creer. Ha sido un shock para mí y no sé a quién contárselo. Lo mejor, sin duda, sería no hablarlo con nadie. Confieso que no me esperaba esa revelación cuando me levanté de la mesa con el pretexto de ir al cuarto de baño. Pero el abuelo Yves puede ser pesadísimo y papá es insoportable con sus chistes, que solo le hacen gracia a él. Y además necesitaba fumar. Me había quedado sin tabaco, y recorrer a pie diez kilómetros para comprar un paquete no me apetecía. Sabía que el abuelo tenía cigarrillos escondidos en su despacho. Y rebuscando en los cajones descubrí unos artículos de periódico recortados. Eran de 1992 y todos hablaban de la muerte de un juez estadounidense y de su familia en un trágico accidente de coche. «La muerte del juez Harris McKenna suscita indignación y muchas preguntas», se leía en la primera página de un diario de la época.

Fue al ver la foto del juez que ilustraba el artículo cuando sufrí el shock. Ese hombre estaba vivo... tanto que incluso había organizado una barbacoa familiar: era mi abuelo.

Noah se siente febril y nota la garganta seca. La sensación que tuvo en el escenario del crimen fue correcta, pero la confirmación le provoca más miedo que satisfacción. El Otro no habría podido deducir eso nunca.

Yves Coté era juez, en efecto. Y no era quebequés, sino estadounidense.

Otra entrada del diario le preocupa, esa en la que Chloé escribió que había hablado de su descubrimiento con su hermano y su madre. No consigue quitarse de la cabeza que esa revelación es la causa de su muerte.

Sí, de su muerte. No de su desaparición ni de su secuestro, como opina Clémence. Chloé tampoco se ha ido de viaje, como cree Steve.

Noah vuelve a dejar el diario en el cajón, y en ese momento vibra el teléfono en el bolsillo de su pantalón, que está en el suelo.

¡Joder, son las tres de la madrugada! ¿Quién puede llamarlo a esa hora?

Noah hace una mueca al poner el pie sobre el parquet. Un dolor punzante

le atraviesa la pierna derecha. Tiene la impresión de que la tibia va a estallarle.

Se estira, y logra introducir la mano en el bolsillo del pantalón para sacar el móvil.

En la pantalla hay un número que no conoce.

Se lleva el teléfono al oído y susurra:

—Noah Wallace.

—Buenas noche, señor Wallace, soy Clémence Leduc.

—¿Sabe qué hora es?

—Lo siento... No podía dormir, tenía que hablar con usted. ¿Por qué susurra, no está solo?

Noah se vuelve hacia Rachel, que no ha cambiado de posición.

—Es una pregunta indiscreta. ¿Por qué me llama?

—La visita que hemos hecho a casa de los Coté me obsesiona. Tenemos que hablar, creo que he descubierto una pista. ¿Puedo ir a su casa?

—¿Ahora?

—Todavía estoy en Montreal. Burlington está a menos de dos horas.

Noah permanece unos segundos en silencio.

—Es este momento... estoy ocupado. Mejor que venga a mediodía. Por la mañana tengo que trabajar en IFG Companies. Pero ¿el Canoso está al corriente?

—¿El Canoso? ¿Así llama usted al inspector Tremblay? Qué gracioso. De hecho, voy a confesarle algo: me ha pedido que lo vigile. De todos modos, no es por eso por lo que quiero verlo. Me cae usted bien, podemos formar un buen equipo... y lo encuentro sexy.

Noah reacciona tapando el altavoz y volviéndose hacia Rachel.

—Mañana a mediodía —dice—. Buenas noches.

Y cuelga.

Luego coge el bastón, sale de la cama apoyándose en él y se dirige al cuarto de baño. Tras avanzar unos pasos por el pasillo se detiene. Abre bien los ojos, pensando que tal vez vuelve a ser víctima de una alucinación.

Pero no es el caso. Efectivamente ve un sobre. Un sobre que alguien ha deslizado por debajo de la puerta.

Taimado

Noah adivina el contenido del sobre mucho antes de tenerlo en las manos. El guion se repite: el asesino le envía un mensaje.

«Se arriesga mucho», constata Noah.

¿Por qué tantas molestias para comunicarse él?

Se dice: «A lo mejor es que lo hemos pillado». A raíz del descubrimiento de la última carta dentro del expediente, hizo instalar cámaras y consiguió que la policía vigilara el sector. Por si ese tipo aparecía de nuevo.

Y así ha sido.

A menos que pague a alguien para hacer de mensajero...

En cualquier caso, reparte su tiempo entre Vermont y Quebec.

«Como yo», se dice Noah.

Se inclina y coge el sobre, se lo acerca a la nariz y lo huele.

La mirra confirma la identidad del remitente: es su firma.

Abre el sobre y saca una carta escrita a máquina.

«Es inútil que la leas sin tomar notas. No te puedes fiar de tu memoria», se dice Noah.

Abre el armario de la entrada y saca del bolsillo de su abrigo el cuaderno y el lápiz. Va cojeando hasta la cocina. Coge la caja de Vicodin que está junto al fregadero; el dolor de la pierna derecha se ha propagado por toda la espalda.

Se traga dos comprimidos, se sienta en una silla y lee:

Noah, amigo:

Espero que estés bien. Adivino el caos de tu mente, todas las preguntas que estarás haciéndote acerca de mí.

Te planteas quién soy, y por qué te hablo a través de mis obras o por qué razón te envío estas cartas aun a riesgo de exponerme.

Has de saber que nada de eso tiene importancia comparado con la única pregunta que cuenta: ¿quién eres, Noah Wallace?

Descubrirlo será un proceso largo, pues la verdad es como el filo de una navaja y manipularla con precaución es una cuestión de supervivencia.

Pero cuenta conmigo para ayudarte, y una vez más a lo mejor encuentras un eco en mi relato.

Voy a hablarte de un profesor que tuve en el instituto. Fue un período bastante penoso y guardo un recuerdo vívido de ese individuo, a quien llamaré señor Hook.

Bajo, flaco y ligeramente encorvado, el señor Hook era un ser medio hombre medio aguilucho, sin un ápice de compasión. Su higiene era deplorable, y dejaba tras de sí una estela maloliente, un tufo a sudor rancio que los litros de colonia que se ponía no lograban disimular.

Era un patán abominable, y todavía me sirve de arquetipo para valorar la mediocridad.

Embutido en su única camisa de cuadros rojos, aquel profesor de matemáticas, convencido de que sus reglas estrictas eran modélicas, inculcaba sus enseñanzas con el tacto de un mercenario y la delicadeza de un boxeador.

El señor Hook adoraba hacer dos cosas como caporal de su milicia de alumnos. La primera era desorientar a su joven auditorio con discursos incomprensibles. Nada lo regocijaba tanto como el espectáculo de unos ojos como platos y unas bocas abiertas.

La segunda era consecuencia de la primera. Formulaba preguntas y saboreaba de antemano la inevitable humillación que iban a provocar.

Una humillación a la que se añadía el dolor, pues el señor Hook manejaba la regla metálica con un raro virtuosismo.

¿Su método? Aumentar la capacidad de aprendizaje con un impacto seco sobre las junturas de los cinco dedos de una mano, persuadido de que, en el recorrido infinitesimal que conecta las terminaciones nerviosas con la red neuronal, el dolor encontraría la respuesta a todas las preguntas planteadas.

En cierto sentido, no se equivocaba. El dolor siempre encuentra respuestas en su camino; créeme, tengo experiencia.

Lo que el señor Hook odiaba más que nada eran las preguntas. Y la idea de que uno de aquellos sucios chavales pudiera dar muestras de inteligencia o de iniciativa lo horripilaba.

Así, si alguna vez surgía de la modorra general una pregunta que venía a estorbar su depredación jubilatoria, su semblante taimado se ensombrecía y dejaba al descubierto la magnitud de su vicio.

Entonces miraba de arriba abajo al infortunado con toda su mediocridad ordinaria y, con la aplastante autoridad que su estatus le confería, lo pulverizaba. En general con un sarcasmo enorme, o con una humillación física, siendo la masticación forzada de un pedazo de tiza una de sus prácticas favoritas. El señor Hook había logrado convertirse en un maestro de ambas disciplinas: burlarse de los débiles y los tímidos y machacar a los espíritus brillantes y originales que cuestionaban su escala de valores.

Yo, evidentemente, formaba parte de sus presas favoritas.

Retraído, con la mirada de una profundidad tal que de inmediato lo remitía a su propia superficialidad, el joven alumno que yo era había llamado su atención.

Por supuesto, a causa de mi apatía, el señor Hook me clasificó al principio entre los idiotas flemáticos. Pero no dejó de acosarme desde el día en que percibió en mis ojos azules pálidos esa fría inteligencia que lo desafiaba a abatirme.

Me había convertido en su musa, una inspiración sin límites para sus inclinaciones más sádicas.

Todavía hoy no he olvidado sus salivazos, su repulsivo olor a transpiración, el sabor de la tiza, las risotadas, las burlas, los golpes con la regla metálica en la punta de los dedos.

Al final, me hice una idea cabal de ese turbio personaje. Un hombre que poseía cierta inteligencia pero que, a partir del día en que descubrió sus limitaciones, se refugió cobardemente en la antesala de su intelecto. Jamás volvió a salir; prefería la comodidad de la certidumbre imbécil al esfuerzo que suponía ponerlo en entredicho.

Los Hook son muchísimos, Noah. Son esas falsas inteligencias que gangrenan nuestras sociedades. Erigen muros de leyes; nos fagocitan en sus dogmas. Ya sean religiosos, fanáticos o políticos, están henchidos de autosuficiencia, cristalizados en sus ideologías, prisioneros en una coraza de ignorancia. Su imbecilidad los hace nocivos.

Tú no eres así, Noah, y sabrás ver más allá del velo calidoscópico que espejea ante tus ojos y te ciega. Estoy seguro de ello.

Volveremos a vernos.

La carta se mueve al compás de los temblores de los dedos de Noah. El pitido que siente en los oídos es un silbido intermitente.

Demasiados círculos en la superficie del agua. Demasiados datos se agolpan en su cabeza.

Noah sacude la mano derecha, apoya la muñeca izquierda en el cuaderno y escribe: «Instituto. ¿Escuela especializada? Ojos azules pálidos. ¿Indicio voluntario? ¿Falsa pista?».

«Tiza.» Sitúa la época.

«El dolor siempre encuentra respuestas», recuerda que el asesino ha escrito. Es una alusión a la tortura de Timothy Carter y Leopold Blackburn.

«Odia la religión y el fanatismo, o más bien odia las reglas y los dogmas», anota en su cuaderno.

El bolígrafo se desliza sobre el papel y traza una raya en la mesa.

Esas cartas... Esas cartas afectan a Noah.

Le falta el aire, se le nubla la vista y la mandíbula se le tensa.

Intenta levantarse, pero está clavado en la silla.

«Es un secreto. Es nuestro secreto», le susurra una voz infantil.

Noah chilla, y nota que una mano se posa en su hombro.

La mano...

Benedict Owen aprovecha la pausa para desperezarse lentamente. Luego se yergue en el asiento de cuero y hace crujir sus articulaciones, una falange tras otra.

Suele ser el momento del día favorito, cuando las luces se van apagando y reina el silencio. Los empleados abandonan los despachos para ir a reunirse con sus familias, o para ir a divertirse a la ciudad, y él inicia el segundo asalto.

Así, encaramado en las alturas silenciosas del edificio, puede dar rienda suelta a sus pensamientos, y la maquinaria bien engrasada de sus meninges puede expresar por fin todo su potencial.

Pero hoy se ha colado en ella un grano de arena que le ha bloqueado los engranajes. Y ni los cafés, ni el silencio ni el polvete en el lavabo con la tontorrón de Betty West han logrado desbloqueárselos.

Ese grano tiene un nombre...

Sophie Lavallée.

¿Cómo puede esa imbécil creer que ha hecho borrón y cuenta nueva después de la humillación que le infligió en el banquete que organizaron para anunciar su noviazgo? ¡Esa idiota ha tenido incluso la jeta de ponerse en contacto con él otra vez, como si no hubiera pasado nada! Es lo que tienen los niños mimados: creen que se les debe todo. Pero si esa niña de papá

piensa irse de rositas con unas sonrisas y su aire cándido está muy equivocada.

La verdad es que ha tenido la tentación de enviarla a la mierda en cuanto le ha pedido ayuda, pero el placer habría durado demasiado poco.

No, no habrá polvete para Sophie. Le reserva un coito largo.

La muy estúpida se le ha puesto otra vez en bandeja, qué inocente. A Benedict le bastará con tener paciencia. Se mostrará educado y amable, pero no demasiado para no levantar sus sospechas. Y quién sabe, a lo mejor logra seducirla. La idea lo entusiasma. No habría amor en sus encuentros de cama, solo sexo, y muy salvaje. Nunca pudo hacer realidad del todo sus fantasías con Sophie. Esta vez no dudará ni un segundo, si es que ella le da ocasión...

El miembro se le pone duro y en su cabeza se suceden las imágenes y las películas. Se abre la bragueta para liberar la erección dolorosa.

Y si no consigue tirársela, siempre encontrará una ocasión para joderla. Ese asunto de *cold case* con los mafiosos parece la trampa perfecta. La conoce, es intrépida y cree que está por encima de las reglas. Puede que infrinja la ley. Si eso ocurre —y en el fondo Benedict lo desea—, estará allí para acabar de hundirla.

—Sophie Lavallée —murmura mientras se mete la mano en el calzoncillo.

El timbre del teléfono de su escritorio lo saca de sus fantasías.

Duda antes de responder. Si es importante, lo llamarán al móvil.

Descuelga al cuarto timbrado.

—Al habla Benedict Owen, ayudante del fiscal.

Pasan unos segundos y una sonrisa malévola deja al descubierto sus colmillos.

—Claro, faltaría más.

Cuelga.

—Sophie Lavallée —dice—, estás de mierda hasta el cuello... y yo me

encargaré de que te hundas aún más en ella. Como habrías dicho tú: «*Karma is a bitch*».

Y deja caer el pantalón a sus pies.



Blake sale de la ducha y se enrolla la toalla alrededor de la cabeza. En los dos días que ha pasado enclaustrado en su habitación trabajando en el programa no ha dormido más que un par de horas, y aún no había tenido tiempo para el agua y el jabón.

Al menos tiene que estar presentable cuando Ted llegue. Ya ha tenido que aguantar la bronca de Beth por haber convertido el piso que tienen alquilado a medias en una pocilga, con cajas de pizza y bolsas de patatas fritas por toda la cocina, y por haber descuidado su propia higiene a tal extremo que toda la casa apesta.

Pero lo importante es que ha conseguido acabar su joya. Es más, esa pequeña maravilla de código ya lleva cuatro horas buscando las direcciones IP. Eso bien merece una celebración y una ducha, ¿no?

Si todo va bien y los resultados son concluyentes, incluso podría considerar la posibilidad de perfeccionarlo y ampliar sus funciones. Una proeza informática como esa puede abrirle las puertas de un gigante de Silicon Valley como Google. ¿Hace mucho tiempo que sueña con la costa Oeste! El FBI es otra opción.

Perseguir a los hackers, los pedófilos, los traficantes y descubrir sus secretos ocultos en las profundidades de Darknet... ¿Por qué no?

Blake se frota la cabeza, coge el cepillo de dientes y, tras estrujar el tubo de dentífrico encima, se lo introduce en la boca.

Se dispone a cepillarse las muelas cuando suena la señal de alerta de su

programa.

«¿Ya?», se pregunta.

No había esperado obtener resultados hasta dentro de unos cuantos días.

«Mierda, seguro que es un error.»

Blake corre hacia el escritorio.

Una vez delante del monitor, sujeta el cepillo entre los dientes y consulta los logs.

Frunce el ceño, se acerca a la pantalla.

En su cara aparece una amplia sonrisa.

—*Yes!* —grita con el cepillo de dientes en la boca.

No importa que haya manchado el teclado de dentífrico. Se enjuaga con un lingotazo de refresco de cola e inserta el cepillo en la ranura de la lata vacía.

Luego se sienta en el sillón sin tomarse la molestia de vestirse.



A pesar del cansancio, la mente de Sophie está hiperactiva. Nunca pensó encontrarse con semejante historia.

¿Y ese Timothy Carter? ¿De qué le suena el nombre? Si grabar la conversación con Cadwell no le hubiese descargado la batería del iPhone estaría enfrascada buscando en internet.

Mala suerte, lo mirará cuando llegue al motel Villa de Keeseville. Seguro que tendrán wifi, y podrán prestarle un cargador, piensa.

Le habría gustado volver a casa de una tirada, pero las cinco o seis horas que la separan de su cama la han disuadido.

Tal vez tendría que haber aceptado cuando Stephen Cadwell le propuso que se quedara en su casa, y añadió que disponía de dos habitaciones para

invitados. Pero a pesar de su amabilidad, a Sophie la imagen de Norman Bates no se le iba de la cabeza. Educado, culto, pero... raro.

«Es té oolong.»

Acaba de pasar con el automóvil por el cruce de Blake Road con Pleasant Street cuando ve en el espejo retrovisor unos faros que se acercan a gran velocidad.

«Otro loco —se dice—. Mira que circular a esa velocidad en plena noche por una carreterita rural... ¡Hay que estar pirado!»

Aprieta las nalgas cuando el coche la adelanta y el rebufo la envía hacia la derecha.

—¡Imbécil! —grita dentro del vehículo.

El coche ha pasado tan rápido que ni siquiera ha podido ver qué modelo era. Mustang o Camaro, difícil de decir.

Afortunadamente ya no falta mucho para Keeseville.

Sophie enciende la radio.

«*You can dance, you can jive...*»

Nada como ABBA para recobrar la calma, piensa.

Dos minutos más tarde las cantantes entonan: «*Dancing Queen, feel the beat from the tambourine...*».

Y revientan las dos ruedas delanteras,

Sophie pierde el control del vehículo...

... y el Honda Civic termina su recorrido en la cuneta.

... en el engranaje

Sophie abre los párpados y suelta un gemido.

Ha notado en la cara el impacto del airbag como si un guante de boxeo se la aplastase. Las partículas de talco y el olor acre del polvo y del gas saturan sus fosas nasales. Durante unos segundos ABBA no es más que un eco lejano que se mezcla con el ruido de las aspas torcidas del ventilador.

Endereza lentamente la cabeza y la despega de la bolsa de poliéster.

Una miríada de estrellitas blancas danza delante de sus ojos, y las piernas le tiemblan.

Lanza un gruñido y emerge del aturdimiento causado por el choque.

Por fin se da cuenta. Ha tenido un accidente, y está viva.

«Pero no fuera de peligro», se dice.

Regresan a su memoria los treinta últimos segundos anteriores al impacto. El ruido de los neumáticos al estallar, el bandazo incontrolado, el chirrido de las llantas sobre el asfalto, el choque y el crujir de la carrocería.

«Ha sido un reventón, un pinchazo... Has tenido suerte, Sophie. Imagínate que hubiese venido de cara un coche», se consuela.

Pero la voz de su padre toma el relevo:

«Joder, Sophie, no ha sido normal... ¿Acaso no has oído cómo estallaban los dos neumáticos?».

Sí, seguramente habrá topado con algo que había en la carretera, piensa.

«¡Muévete, Sophie! ¡El coche puede incendiarse en cualquier momento!
¡Mira, el radiador está echando humo!»

Se desabrocha el cinturón de seguridad con una mueca de dolor. Tiene una herida en la muñeca.

Consigue liberar la mano izquierda y trata de abrir la portezuela. Se entreabre apenas con un chirrido metálico, pero está atascada.

«Mierda.»

La sangre se le hiela: está prisionera dentro del coche.

«La ventanilla», piensa.

Pulsa el interruptor para bajarla, pero no va.

—La puta electrónica... —refunfuña.

Se inclina hacia la derecha para darse impulso y se catapulta hacia la portezuela con el hombro por delante.

El impacto le provoca una onda expansiva en la caja torácica.

Chilla y se le saltan las lágrimas. El dolor es tan intenso que está a punto de desmayarse.

«Joder, igual me he roto una costilla.»

Y la portezuela no se ha movido.

Inspira tres veces y se posiciona en el asiento para empujarla con los pies.

Da una primera patada.

El dolor punzante del tórax le hace saltar las lágrimas de nuevo... pero aprieta los dientes.

La portezuela se abre a la tercera patada.

Sophie suelta un grito de rabia.

Se aferra a la portezuela y sale del Civic, da unos pasos hasta el asfalto.

«Bueno, ahora solo tengo que pedir auxilio.»

«Pero el teléfono no tiene batería, y además está en el bolso que has dejado dentro del coche, querida Sophie. *Fuck!*»

Duda.

Pero no por mucho tiempo.

A una decena de metros en dirección a la próxima ciudad, ve un coche parado entre la calzada y la cuneta. Pese a la oscuridad, distingue una silueta sentada en el lado del conductor.

Sospechoso.

¿Por qué no se mueve ese tío? ¿Por qué no va a ayudarla?

Y entonces lo comprende.

La forma del coche. Un *muscle car*. Esta vez reconoce el modelo: es un Chevrolet Camaro.

Pero ¿qué probabilidades hay de que un imbécil la adelante con el mismo tipo de coche, que los neumáticos le estallen al cabo de unos minutos y que ese vehículo esté aparcado a unos diez metros del siniestro?

«Ninguna probabilidad, Sophie. No seas ingenua, no ha sido un accidente. Así que muévete. Y rápido. Ese tío igual va armado.»

Sus opciones son limitadas. Hay una granja muy cerca; distingue una casa y un granero.

Le bastaría con cruzar corriendo los campos y...

Sophie se acerca despacio al coche, hace ademán de abrirlo.

Luego echa a correr.

Apenas ha alcanzado los campos de cultivo cuando oye cerrarse una portezuela.

«¡Zigzaguea entre los manzanos! —se dice—. ¡No te quedes a descubierto! ¡No te conviertas en una diana fácil!»

Sophie se anega en llanto; cada paso es un suplicio que le arranca un grito de dolor.

Cerca de la granja —una vieja casa victoriana—, la luz exterior que hay

encima de la puerta de entrada y otra más potente junto al granero, a su derecha, la iluminan y revelan su posición.

Mierda, está expuesta.

Recorre los campos con la mirada. No está segura, pero cree reconocer la figura de un hombre apostado detrás de un manzano.

Corre hacia la entrada de la casa.

Y hace sonar la campanilla de hierro que cuelga junto a la puerta.

Un perro se desgañita a ladridos al otro lado.

No es un perrito faldero, constata.

El animal jadea, gruñe y luego vuelve a soltar aullidos roncros.

«¡Debe de ser un perro guardián enorme! —piensa—, un rottweiler o algo así.»

Toca la campana por segunda vez, pero nadie responde.

Echa de nuevo una ojeada en dirección a los campos.

Ya no distingue nada. Normal, ella está a plena luz. Se arrodilla y trata de esconderse detrás de la hilera de macetas colgadas en la barandilla de la entrada.

Desde esa posición llama a la puerta con el puño.

—¡Ábranme! ¡Socorro!

De la puerta acristalada sale un haz de luz amarillenta.

—¡Cállate, Victor! —ordena una voz carrasposa.

Los ladridos cesan.

La llave hurga en la cerradura durante unos segundos que le parecen infinitos.

La puerta se abre y Sophie se precipita al interior.

—¡Por favor...! ¡He tenido un accidente con el coche y un hombre me persigue! Creo que quiere matarme.

Victor gruñe y enseña los colmillos. Efectivamente es un rottweiler.

Sophie repara en la escopeta que empuña el granjero.

Un tipo de unos cincuenta años, flaco y calvo. Lleva un pijama gris de cuadros. Tiene la cara angulosa, como esculpida a hachazos, y los labios gruesos y agrietados.

Primero la mira con desconfianza, como si fuera una loca. Luego asiente con la cabeza.

—Pase, señorita. Iré a echar un vistazo.

Mala idea, piensa Sophie al verlo bajar los escalones de la entrada.

El hombre coge al perro por el collar con una mano y mantiene en alto la escopeta con la otra.

Sophie se queda en la entrada y cierra la puerta cuando el tipo sale.

Espera.

Pasa un minuto.

Nada.

El pulso se le acelera.

Duda.

Pone la mano en el pomo de la puerta.

Se dispone a abrirla.

El rostro del granjero se vislumbra al otro lado del cristal.

Sophie le abre.

—No he visto nada —declara mirándola con cara de desconfianza.

—¿Tiene teléfono? ¿Puedo llamar a la policía? ¡Un tío me persigue!

El hombre lanza un suspiro y señala un aparato que hay encima de la cómoda del recibidor.

La Policía Estatal de Nueva York ha llegado al cabo de unos diez minutos.

Sophie ha relatado todo lo ocurrido al agente, un joven guapo y rubio de

mandíbula cuadrada.

—Efectivamente, los dos neumáticos han estallado, y no es normal. No obstante, no hemos encontrado nada en la calzada.

Otro agente se une a él y le susurra algo al oído.

El semblante del rubio guapo se ensombrece, y la mirada que le dirige no es agradable.

—¿Es usted Sophie Lavallée?

El tono de su voz es glacial.

Ella asiente.

—Señorita Lavallée, hay una orden de busca y captura contra usted emitida por la policía de Nueva York.

Sophie al principio no lo entiende.

—¿Cómo? Espere, ¿quiere decir que...?

—Sí, señorita. Queda usted detenida.

Túrbido

Rachel retira la mano tan deprisa como si la hubiera puesto sobre un fogón encendido.

—Oh, lo siento. No quería asustarte.

Noah da un respingo en la silla y permanece quieto unos segundos. Fija la mirada en un punto invisible. Las manos aún le tiemblan, y un sudor frío le cubre la frente y las sienes.

—No estás bien, voy a llamar a urgencias —dice Rachel, y se dirige hacia el dormitorio.

—¡No! —grita Noah.

Rachel se detiene al oírlo y se vuelve, incrédula.

—Ya estoy mejor. Es por culpa del Vicodin —miente él señalando la caja—. Estoy acostumbrado.

Rachel esboza una sonrisa sin asomo de alegría.

—¿Estás seguro? Algo te pasa... ¿Quieres que hablemos de ello?

Noah niega despacio con la cabeza.

—Vuelve a acostarte. Voy enseguida.

Noah espera que cesen sus temblores para levantarse. Hace una mueca de dolor.

Dobla la carta, la desliza entre dos páginas del cuaderno y se lo guarda en el bolsillo interior del abrigo.

Continuará su análisis más tarde, cuando esté solo.

Ni hablar de implicar a Rachel en sus historias sórdidas y su universo mugriento.

Ella es su luz, su faro, en esa oscuridad brumosa que lo rodea.

Enfrentarse a las tinieblas, a los monstruos repugnantes agazapados en los repliegues de la mente humana, es algo que te consume para siempre. No quiere eso para ella. Quiere preservarla de la negrura.

Noah regresa con Rachel, la besa en el cuello y le acaricia el hombro.

Luego se acuesta boca arriba y se queda mirando el techo.

Sabe que el sueño no lo visitará.

Demasiados círculos en la superficie del agua.



Noah ha mentido a Clémence.

Ya no trabaja en IFG Companies desde que ha vuelto a incorporarse como consultor a la Policía Estatal de Vermont.

El sueldo es suficiente para cubrir todos sus gastos y le permite vivir decentemente, según sus estándares, sin tener que recurrir al pluriempleo.

Cabe la posibilidad de que Clémence se presente antes del mediodía; es de las que llegan antes de la hora, piensa Noah, y debe prepararse.

Si esa chica es como el Otro, no le resultará complicado formarse una idea de quién es Noah echando un par de vistazos a su alrededor. La vacuidad del lugar, las cajas diseminadas: es un libro abierto. Pero no importa.

«Nada de eso tiene importancia comparado con la única pregunta que cuenta: ¿quién eres, Noah Wallace?»

A lo mejor resulta incluso más eficaz que la doctora Elizabeth Hall y sus carísimas sesiones de terapia.

Se ha pasado la mañana ordenando el despacho. Ha colgado la pizarra blanca y ha sacado de las cajas los rotuladores de punta de fieltro. Ha dispuesto algunas notas y unos dossiers antiguos sobre la mesa de caballete que usa para todo. Sin embargo, ha mantenido ocultos cuidadosamente las últimas cartas y el diario de Chloé. Es demasiado pronto para hablar de esas pistas con la joven perfiladora criminal. Le gustaría confiar plenamente en ella. Pero a pesar de su gran complicidad intelectual, no la conoce.

No se equivocaba: a las once y media suena el timbre del apartamento.

Media hora antes de lo acordado.

No importa, Noah está preparado.

Apenas abre la puerta, la joven entra con unas bolsas de papel con comida de China Express en la mano.

Pollo agridulce y arroz cantonés; Noah reconoce el olor al instante.

—Buenos días, señor Wallace. Ya sé que es pronto, pero he traído comida. ¿Tiene un microondas para calentarla?

Se ha maquillado, constata él.

Es más bien guapa. En general, le gustan las mujeres más llenitas, como Rachel. Pero a pesar de su delgadez, esa chica tiene encanto.

—Gracias. Póngalas en la mesa de la cocina —le pide.

—Me he tomado la licencia de llamar a IFG Companies para comunicarles que quería reservar una mesa en un restaurante. Y me he enterado de que ya no trabaja allí. Le gusta el secretismo, señor Wallace. Ah, la mujer que ha contestado lo ha despellejado a gusto.

Noah sonrío.

«Obviamente, Clémence ha llamado a la oficina... Y ha debido de hablar con la Gorgona», piensa.

—Necesitaba tiempo... para preparar los expedientes —se disculpa.

—No hace falta que se excuse, no estoy aquí para juzgarlo, sino para

trabajar. ¿Empezamos?

Noah asiente y la conduce al despacho.

Antes de entrar Clémence se detiene y señala la puerta cerrada.

—¿Es su dormitorio?

Noah se limita a asentir.

—Es bueno saberlo.

Y acompaña el comentario guiñándole un ojo.

—Tenía cosas que decirme, ¿no? Sobre nuestra visita a casa de los Coté — dice Noah.

Clémence examina la habitación y su mirada se detiene en la pizarra blanca colgada en la pared.

—No sé usted, pero el tiempo se detiene para mí cuando analizo el escenario de un crimen. Y en las fotos fijas que desfilan delante de mis ojos observo todas las imperfecciones, todo lo que no cuadra. «La verdad está en el detalle», es lo que dijo usted en una conferencia en Montreal, hace ocho años.

Noah sonríe, pero el recuerdo no aflora a su mente. Es, en efecto, una de sus máximas, pero Montreal no le dice nada.

—Resumiendo, en el capítulo de las anomalías teníamos el suelo recién fregado, los folletos de viajes y los marcos con fotos que habían quitado. Y en el primer piso, lo mismo. La señora Coté es una maniática, obsesionada con el orden. Tras examinar rápidamente su dormitorio reparé en que faltaba una maleta, pero... no había cogido ningún vestido. —Clémence hace una pausa y avanza hacia la pizarra—. La persona que secuestró o mató a los Coté llevó a cabo un trabajo muy chapucero. Si lo que pretendía era hacer creer a todos que se habían ido de viaje, lo primordial era meter ropa en una maleta, ¿no le parece? Más importante que llevarse marcos y fregar el suelo. ¿Puedo explicarle mi teoría..., profesor?

Noah asiente.

—Adelante, siento curiosidad.

—Me tomará por loca, pero tengo la impresión de que alguien no quería que interrogaran a la familia Coté. Alguien que estaba enterado de lo descubierto en el escenario del crimen en Lac-Beauport. Quebec solo está a dos horas y media de Montreal. Por eso había que actuar con rapidez. El secuestrador asesino volvió para borrar las huellas y asegurarse de que nadie hablaría. El suelo fregado sugiere que las cosas para la familia no salieron bien. Mató a los que se hallaban en la casa, hizo creer en un viaje y se llevó algunos objetos comprometedores. Esto se sale del marco de un simple caso de asesino en serie, señor Wallace. —Hace una pausa y mira fijamente a Noah—. Y creo que usted está implicado.

Noah hace ademán de contestar, pero Clémence enseguida lo corta.

—El asesino se dirige a usted, quiere darle a entender algo. Quizá incluso la respuesta se encuentre en su cabeza. Pero el problema es que usted no es de fiar. No ha dicho nada cuando he mencionado esa conferencia en Montreal... que usted jamás impartió. No creo que haya mentido por omisión, lo que pasa es que ya no confía en sí mismo. De manera que me pregunto: ¿quién es usted, Noah Wallace?

No hay respuesta. Noah tiene la boca abierta, pero de sus labios no sale ningún sonido. Clémence lo mira a los ojos.

El silencio se rompe porque la puerta del apartamento se abre y golpea contra la pared.

—¿Estás ahí, Noah? ¡He traído comida!

¡Es Rachel! Mierda, Noah ha calculado mal los tiempos.

Suspira, coge el bastón y va hacia el recibidor.

Demasiado tarde: la monumental pelirroja ya está en la cocina. Se ha

quedado petrificada delante de la mesa con la mirada fija en las cajas de comida.

Noah da unos pasos hacia ella.

—Rachel, te presento a Clémence. Clémence, esta es mi novia, Rachel.

Las dos mujeres se sonríen. Pero se desafían con la mirada.

Luliberina

Rachel deja las bolsas de El Cortijo justo al lado de las que ha traído Clémence.

Se le ensombrece el rostro y se vuelve hacia Noah.

—Al menos, no faltará comida.

Noah no dice nada. Ni siquiera ha reparado en el tono sarcástico de la voz de Rachel. Su mirada se ha perdido en los reflejos cobrizos de su melena rizada.

Rachel hace una mueca y agita la mano delante de sus ojos para sacarlo de su ensoñación.

Es inútil. Noah vaga en una burbuja temporal, piensa en la noche que acaban de pasar, en la curva de sus caderas, en sus labios púrpuras. Clémence esboza una sonrisa cuando ve que la cara de la pelirroja alta pasa de la diversión a la consternación.

Rachel coge una de las bolsas y la agita. El crujido del papel no lo saca de su abstracción.

—Muy bien, me vuelvo al trabajo. Por lo que parece estás muy ocupado, y lo último que querría es molestar. Adiós, Clémence.

La burbuja alrededor de Noah estalla cuando advierte que Rachel se va. Golpea el parquet con el bastón y da un paso hacia ella.

—¡Espera, Rachel! Podemos comer juntos...

Ella le sonríe y le guiña un ojo.

—Hasta la tarde, Noah —dice, y sale dando un portazo.

Noah lanza un suspiro.

—Bueno,  estoy muerta de hambre! —exclama Clémence—.  Qu , comida mexicana o china?

Con la mirada fija en el suelo, Noah piensa si habrá hecho algo mal. « A qué ha venido esa reacción?»

—China —decide Clémence.

Pone las bandejas en el microondas, abre el frigorífico y saca una botella de Apothic Wite empezada.

—Su novia es muy guapa... y se ha mosqueado. Y eso que aún no hemos hecho nada malo.  Tiene vasos?

«Aún», advierte Noah.

—Lo siento, nada de alcohol si quiero tener las ideas claras. Y no tengo mucha hambre —contesta.

Clémence se encoge de hombros, se sirve un vaso de vino blanco y saca las bandejas del microondas.

— Le importa que sigamos? Yo puedo trabajar mientras como.

Noah coge dos sillas de la cocina y se instalan delante de la pizarra.

Una vez sentada, Clémence bebe un sorbo del vaso, lo deja encima de la mesa y saca una caja de clips.

Noah mira a la chica mientras los alinea delante de ella, y se echa a reír.

— Me he perdido algo?  Se ríe de esta manía que tengo?

—No, me preguntaba cómo hemos llegado hasta aquí. Se supone que yo trabajo con Steve y usted con el Ca... el inspector Tremblay. Y aquí estamos los dos, en mi casa, y ni siquiera somos polis.

Clémence coge tres clips y los ensarta formando una cadena.

—La misión de la policía es investigar sobre algo tangible. Ni su intuición

ni mis deducciones basadas en la obsesión compulsiva de Béatrice Coté pueden justificar un gasto presupuestado, sobre todo si es para explorar una pista paralela. El caso de este asesino en serie es importante para mi jefe, por eso va con pies de plomo. Pero espere dos días y verá como empieza a preocuparse cuando advierta que los Coté no regresan. En cuanto a Steve, no lo conozco lo suficiente, pero tampoco parece seguirle a usted por esa vía.

Noah asiente.

—Steve es pragmático, y para él lo del secuestro o asesinato de los Coté por ahora no es más que una hipótesis sin fundamento. Está obsesionado con el asesino. Desde su punto de vista, estamos perdiendo el tiempo, bueno, sobre todo yo. Debería ponerle delante de las narices una pista sólida, no una intuición.

Clémence saca otros dos clips de la caja y los ensarta en los anteriores.

—Los dos sabemos que las técnicas policíacas convencionales no servirán de nada. El asesino no cometerá errores. Investigando las compras de mirra, de plumas de pavorreal, de grapas y demás no lograrán atraparlo. Pero Steve no puede hacer otra cosa, es el protocolo. Además, el asesino psicópata clásico posee un ego sobredimensionado que en ocasiones lo lleva a cometer un error, si lo insultan o lo provocan. No es este el caso. Su obsesión por usted será la clave para encontrarlo. Para mí, está claro que actúa como un gato que conduce al ratón a los pies de su dueño.

—Pero yo no he pedido nada.

—No importa. Él cree que sí. Cuando le he preguntado quién era usted, no era una pregunta retórica. —Clémence pone el índice en la frente de Noah y añade—: En este laberinto de materia gris se encuentran las respuestas.

Noah le sujeta el dedo. Los ojos de la muchacha son dos brasas ardientes.

—Buena suerte entonces, porque tiene usted razón en un punto: me pierdo en este laberinto. No soy de fiar. Por algo lo anoto todo.

Clémence acaba retirando el dedo y roza el muslo de Noah al apartar la mano.

—¿Qué ha anotado sobre mí? Reparé en cómo me miraba la primera vez en la sala de reuniones.

—«Caquética», que quiere decir...

—... que soy de una delgadez enfermiza. Pero para su información, no tengo sida ni cáncer, y como todo lo que quiero sin provocarme vómitos. Y además exagera, ¡hasta tengo algunas curvas! ¿Y para describirse a sí mismo tiene alguna palabra?

Una sonrisa divertida aflora a sus labios.

—«Alirroto.» Se dice de un pájaro que tiene las alas rotas. Mi discapacidad me impide volar como antes. Pero, volviendo al tema que nos ocupa, hace más de cinco años ya rebuscamos en mi pasado cuando el otro asesino se interesó por mí. No dio ningún resultado.

Clémence sonríe.

—Es porque no estaba yo. Miremos sus notas. No soy como el inspector Tremblay, pero se me dan bien los puzles.

Durante más de dos horas repasan los cuadernos de Noah, y también los viejos expedientes.

Clémence deja la hidra de clips que acaba de realizar sobre la mesa y se estira en la silla.

—Okey, voy a resumir. Para mí, Carter y Blackburn fueron obligados a confesar bajo tortura...

—Y dieron una lista de nombres —continúa Noah—. Probablemente las siguientes víctimas, porque el asesino...

—... tendría algo que reprocharles, un motivo para vengarse. Pero ¿cuál? —plantea Clémence—. ¿Usted solamente intervino cuando se produjo el segundo caso?

Noah asiente.

—Se trató de Iris y Lucas Levault.

Clémence coge el dossier y sigue con el índice las líneas impresas.

—Una madre y su hijo. Ella era viuda desde hacía un año, había conservado el apellido del marido. De soltera: Harrington.

—Sí, duro karma para la familia. El padre de Iris estaba consumido por una poliartritis reumatoide. Estaba en el hospital cuando mataron a su hija y a su nieto. Se suicidó al cabo de una semana. Su mujer sufría alzhéimer desde hacía años, y el dolor acabó con ella.

—Es un castigo. Si nos fijamos en los asesinatos en el maizal y en el club náutico, el esquema es el mismo. Alguien sufre la muerte de su hijo, que es ejecutado delante de sus ojos. Pero nunca se trata de niños pequeños, y los padres siempre tienen más de sesenta años. Me da la impresión de que el último asesinato es diferente, hijo y nieto, y el ritual en sí era un mensaje. Adramelech, octavo demonio en la jerarquía infernal.

«Y se ensañó», piensa Noah. Aunque esa reflexión se la guarda para él.

—¿Es posible que haya un orden y que el asesino esté siguiendo la jerarquía de abajo arriba?

La mirada de Clémence se enciende y se pasa la lengua por los labios.

—Esa es la pregunta. Pero la respuesta... después de la pausa. ¿Vamos?

—¿Adónde?

—Al dormitorio.

Y le planta la mano en la entrepierna.

Volutas

Bernard Tremblay pasa el índice por las nervaduras de la madera de la vitrina que contiene su colección de pipas. La yema del dedo se detiene en su recorrido al toparse con una escama de barniz. Hace una mueca y la desprende con la uña.

Entre el centenar de piezas expuestas, elige una de espuma de mar con la cabeza de un marinero tallada. Un recuerdo de Ankara. Un recuerdo de sus cinco años de matrimonio con Joséé.

Bernard abre la puerta de la vitrina, coge la pipa, la olisquea y la sujeta entre las muelas.

El sabor acre y picante de la ceniza y del tabaco frío invade su paladar.

Acto seguido se arrodilla, tira del pomo del último cajón de la vitrina y saca la petaca Vauen de cuero gris de su estuche de terciopelo.

Después retira de la otomana barroca las pelotillas de pelo que ha dejado su gato de angora y se sienta en ella con las piernas estiradas.

Una vez recostado, abre la petaca, coloca en la cazoleta el tabaco —de la variedad latakia ahumado en secaderos de Alepo con madera de pino—, saca el atacador de cristal con la efigie de Sherlock Holmes, presiona la mezcla y la enciende con el mechero. Aspira una vez para que se hinche el tabaco. Las hebras se encienden, las primeras volutas se escapan y el sabor de la turba se expande en su boca. Luego apisona la brasa y vuelve a encenderla.

Sus labios dibujan una sonrisa de satisfacción.

Sentado ante el ventanal que da al jardín, podrá ir soltando la presión, bocanada tras bocanada.

Y tal vez, eso espera, las respuestas irán cobrando forma en las volutas de humo ante sus ojos.

Hay demasiados interrogantes, y siente que la investigación empieza a escapársele de las manos. Está en una encrucijada importante, quizá haya llegado el momento de olvidarse del protocolo. El inspector responsable debe dejar que ocupen su lugar el poli y su instinto.

Su instinto, sí. Ese perfilador criminal estadounidense no es el único que lo tiene. Pero él, Bernard Tremblay, atribuye sus propias deducciones a su capacidad de análisis y observación y no a... ¿A qué exactamente? ¿A visiones? ¿A flashes?

Exhala una bocanada. El olor picante a latakia impregna la habitación.

Demasiadas incoherencias han hecho sonar la alarma en su cabeza: las similitudes de su caso con el del Demonio de Vermont, cinco años atrás; la postal encontrada en el maizal, la notita en Lac-Beauport; el hecho de que al primer asesino no se lo identificara; la presión de la Policía Montada de Canadá para intervenir en el caso, tomar las riendas y devolver la investigación a la poli federal. No, detrás de esos asesinatos hay algo más que el gusto por matar de un asesino psicópata, tanto da que sea un imitador. Pero ¿qué?

En el jardín de los vecinos, el joven Luc y su hermana —¿Emma, se llamaba? Ya no lo recuerda— corren alrededor del columpio, seguidos por el labrador de pelo amarillo.

Tuerce el gesto al imaginar los chillidos de la niña.

Y a ese Noah Wallace no lo traga. Detrás de sus manías, detrás de esa

mirada extraviada, Tremblay ve duplicidad, mentira. Y está seguro de que ya lo ha visto en alguna otra parte.

Y luego está esa relación que mantiene con el asesino, y las frases que suelta entre dos largos silencios, como si las hubiera pescado en las profundidades de su conciencia.

«... También creo que no era quebequés», recuerda que dijo.

¿Que los Coté no eran quebequeses? Al principio la idea le pareció absurda. Pero, mirándolo bien, quizá no sea tan ridícula en realidad.

No tanto, visto el contexto.

En cambio, poder deducirlo del escenario del crimen sí lo era. No tenía ni pizca de lógica.

¿Y qué decir de ese triciclo rojo? ¿Podría ser que el cerebro enfermo de Wallace vomitara restos de un atracón emocional? Y aunque así fuera, ¿qué debía hacer con semejante información?

Conscientemente o no, sin duda guardaba para sí elementos importantes que podrían hacer avanzar la investigación.

Su investigación, de Tremblay.

Aun así, una cosa lo tiene preocupado y no le ve explicación: ¿cómo logró Wallace resolver el primer asesinato en Quebec?

La única hipótesis plausible sería que alguien de su equipo se hubiera ido de la lengua... pero, una vez más, no tiene ningún sentido.

Da una calada. Demasiado fuerte. Tose y escupe la brizna de tabaco frío que acaba de pegársele a la lengua.

Es bonita esa pipa, pero para fumar resulta poco práctica.

El taconeo y el crujir del viejo parquet le anuncian que su té está al llegar.

Josée es una joya... que él no merece.

Su esposa aparece con una bandeja en la mano, con una taza y un sobre.

—Son los resultados del análisis —dice Josée.

—Ponlo todo en la mesita, por favor.

Su esposa obedece y se sitúa detrás de él.

Los vapores del té humeante exhalan el aroma a bergamota característico del Earl Grey.

Josée apoya las manos en los hombros de su marido.

—Estás fumando... ¿Es el caso lo que te tiene preocupado?

—Sí..., el caso —contesta él casi en un murmullo.

Relaja el rictus de los labios y suelta una pequeña voluta.

El caso, sí, y sobre todo... Noah Wallace.

Las manos de su mujer se juntan sobre su cuello e inician un lento masaje en la nuca.

—Ha llamado tu hermana. Quiere saber qué tal se desenvuelve su hija en la oficina.

—Es una de las personas más inteligentes que he conocido. Puedes felicitarla. Vamos, que la genética es un maldito misterio.

—¿Y si se lo dijeras tú en persona? Le darías una alegría.

Sí. Su sobrina es perfecta, al contrario que su hermana. Y le gustaría mucho que fuese su hija, en vez de ese muermo adolescente, ese parásito que está de okupa en el sótano.

No se avergüenza de pensarlo.

¿Qué decir de un inútil que se pasa la vida echado en un sofá jugando con la consola o haciendo partidas de juegos de rol hasta la madrugada? No es que sea tonto, pero es tan...

¿Simple?

Pero ¿acaso no lo son todos, comparados con su sobrina? Clémence tiene un cociente intelectual excepcional.

Y ese cúmulo de inteligencia le será muy útil a Tremblay porque no

dispone de muchos medios para llevar a cabo una investigación clandestina sobre un ciudadano estadounidense.

En el jardín de enfrente, la niña se ha caído y llora. El perro da vueltas a su alrededor y ladra. El niño se ríe de su hermana.

La escena le provoca una sonrisa.

Y si Clémence no descubre nada, aún le queda una carta: su mejor amigo. Por cierto que más valdría contactar con él ya.

Lo que Noah esconde, él, Tremblay, lo encontrará.

Es evidente que oculta un secreto. Todos tenemos cadáveres en el armario, ¿no?

Bernard coge el sobre que contiene los resultados de sus análisis y lo tira a la papelera. Da una calada, y mientras una nube oscurece el cielo y expulsa la pálida luz otoñal del jardín, capta su reflejo en el cristal.

Sí. Todos. Sin excepción.

Dicotomía

Noah coge a Clémence de la muñeca y le aparta la mano.

—Lo siento, pero mi dormitorio permanecerá cerrado.

Sin dejar de sonreír, la joven se saca una goma elástica del bolsillo de los vaqueros y se hace una cola.

—Es una lástima, sobre todo porque su aparato más bien parecía estar de acuerdo con mi proposición.

Noah tarda unos segundos en responder.

—Estoy con alguien... Acaba de ver a Rachel, ¿es que no tiene escrúpulos?

Clémence le dirige una sonrisa burlona.

—No la conozco, pero es fácil darse cuenta de que no viven juntos: su apartamento es el de un soltero, ninguno de los dos lleva alianza. Y, francamente, puede hacerse las ilusiones que quiera, pero usted y ella son demasiado distintos para que la relación dure. Sin ánimo de ofenderle, me pregunto cómo ha podido nacer en ella su amor por usted. En cambio, sé que le gusto, y hasta diría que le fascino.

La mano de Noah se crispa.

—Deberían diseccionarla, Clémence, aunque solo fuera para realizar algún descubrimiento sobre la arrogancia. Admiro su inteligencia, pero nada más.

La joven dice que no moviendo el índice y regresa a la silla.

—No, se equivoca. Esa fascinación no tiene que ver con mi inteligencia, sino con mi libertad y mi confianza. Es lógico, ya que usted es prisionero de su cuerpo, de su espíritu, y además la duda lo corroe.

Noah se limita a sonreír.

—Cada uno tenemos nuestra prisión —replica al cabo—, solo que usted parece estar ciega y aún no ha reparado en la suya.

Clémence se queda desconcertada durante unos segundos, luego aplaude y exhibe una amplia sonrisa.

—Bravo, le sienta bien salir de su apatía glacial. Me gusta lo que veo y lo que oigo. Deberíamos pasar más tiempo juntos; se diría que sus pensamientos y sus palabras se aguzan a mi lado.

«Intenta despertar al Otro», se dice Noah. Es inútil.

—Tal vez, pero me parece que tenemos otra cosa que hacer antes que enzarzarnos en una batalla de ingenios, ¿no cree?

—Tiene razón. Podríamos especular sobre la jerarquía de los asesinatos, por ejemplo. Quizá el asesino quiere indicarnos un orden concreto. O decirnos que existe un vínculo jerárquico, real o simbólico, entre las víctimas. En mi opinión, habrá que esperar a su próximo crimen para saber más cosas. Pero he estado investigando ese tema del juez o el fiscal que Adramalech supuestamente representa.

Noah se endereza en la silla y se masajea el muslo, pues le ha dado un calambre.

—¿Ha descubierto algo?

Los ojos verdes de Clémence se iluminan.

—Me parece que voy a sorprenderle. He partido de su idea, un poco absurda, de que los Coté no son quebequeses. Y me he dicho: «Admitamos que Yves Coté fuera un magistrado estadounidense antes de cambiar de identidad e instalarse en Quebec».

Noah asiente con la cabeza y con la mirada la invita a continuar.

—He hecho pesquisas sobre magistrados desaparecidos o muertos los últimos cuarenta años. He empezado por limitar mi campo de investigación geográfico a los estados limítrofes con Quebec: los de Nueva York, Vermont, New Hampshire y Maine. Y me he concentrado en la profesión de juez, más de acuerdo, en mi opinión, con la imagen que tengo del «canciller del Orden de la Mosca». Tras analizar durante horas, entre otros, los archivos de necrológicas de los diarios, he hecho un descubrimiento fascinante. Por cierto, lo he traído porque tengo que mostrárselo sin falta.

Clémence se saca del bolsillo trasero de los vaqueros una hoja de papel doblada en cuatro y se la tiende a Noah.

—Tome, le gustará. Abra su regalo. He venido para eso fundamentalmente. Lo de tirármelo era un plus.

Noah desdobra la hoja. Es la reproducción de un artículo del *New York Times* de 1992: «Muerte trágica de un juez y su familia». Se ve a Harris McKenna, de cuarenta y seis años. Es justo lo que Chloé había descrito en su diario. Noah intenta fingir sorpresa.

—Uau, es... es él, es Yves Coté.

«Bravo, Noah, has estado convincente», se aplaude.

—¡Ya le he dicho que le sorprendería! ¡Con su familia, además! Todo concuerda: no era quebequés, ¡y su mujer y su hijo tampoco! Pero espere, eso no es todo. ¡Adivine lo que he hecho esta mañana!

—¿Pesquisas sobre Harris McKenna?

Clémence asiente tres veces con la cabeza. Viéndola tan entusiasmada, Noah vuelve a recordarla trotando con su iPhone por la casa de Westmount. Una vez más, parece una niña jugando en el parque.

—Bueno, pues lo raro es que, aparte de la nota de su defunción, no he hallado nada en ninguna parte sobre Harris McKenna. Es como si su rastro se

hubiese borrado. He hecho todo lo que he podido, pero no he tenido mucho tiempo esta mañana. Aun así, he confeccionado una lista de personas que podrían haber estado en contacto con él antes de que desapareciera, teniendo en cuenta las fechas de sus juicios: Kirk Kennedy por un asunto de tráfico de heroína, Debra Logan y Rebecca Law por homicidio voluntario. Los tres fueron declarados culpables y están en la cárcel. A pesar de eso, a lo mejor con un poco de ayuda podríamos hablar con ellos.

Noah tuerce el gesto, sabe lo que le está pidiendo.

—Tal vez Steve podría hacer algo, no estoy seguro... Pero tendría que estar convencido de que existe una conexión con el asesino.

—¡La foto! Steve no tendrá más remedio que admitir que es una pista, ¿no?

Noah asiente lentamente con la cabeza.

Luego se vuelve hacia Clémence.

—Buen trabajo —dice. Y añade—: Voy a mostrarle algo. Creo que una mirada nueva podría ayudarme.

Se levanta, regresa con las dos cartas que el asesino le ha enviado y se las tiende.

—Tome, le gustará. Abra su regalo.

Y es lo que la joven hace. Noah ve sus ojos recorriendo con avidez y fascinación las líneas escritas a máquina. Una vez terminada la lectura, deja las hojas sobre la mesa y se vuelve hacia él. Su cara normalmente tan risueña está seria.

—Esto es una mina de oro.

Noah asiente.

—He tomado unas notas, por si le interesa.

—A propósito, he observado, al estudiar los viejos expedientes, que en aquella época no se tomaron notas.

—No, el Otro nunca las tomaba.

Clémence hace una mueca.

—¿El Otro? Ah, ya entiendo... Usted hace una dicotomía entre el Noah de antes del accidente y el Noah de después, ¿es eso?

Noah asiente.

—El mismo cuerpo, pero distinto espíritu. Soy más lento que él. Siento las cosas de una forma distinta. Bueno, eso creo.

Noah le tiende el cuaderno.

Clémence lee los apuntes y se queda unos segundos inmóvil.

Luego le dirige una mirada interrogativa.

—¿Recuerda lo que escribió cuando leyó las cartas?

Noah se pinza la nariz y contiene la respiración para reflexionar mejor.

—Indicios como: *garden party*, acento británico, tiza o servicios sociales.

No le sabría decir, tengo la mente confusa.

La cara de Clémence se ensombrece.

—Pues no es lo que leo aquí.

Le devuelve el cuaderno.

Noah frunce el ceño cuando lee lo que en realidad escribió. Un escalofrío le recorre la espalda.

En la fecha de su accidente isquémico transitorio, sus notas se limitan a un solo nombre: «Richard».

Y en la página en la que escribió la noche anterior pone únicamente: «Amy».

El cerco...

Una hora.

Es el tiempo que Sophie ha debido de pasar sentada en la silla y jugando con el vaso de plástico vacío que el sargento Lewis ha dejado delante de ella.

Bueno, solo es una impresión. En esa habitación siniestra no hay reloj. Entonces ¿cómo estar segura?

¿Podía acabar peor ese día de locos?

Cuando el agente le ha leído sus derechos Sophie ha alucinado.

Qué fuerte...

Sospechosa de la muerte de Lester Hollins, alias Giovanni Napolitano.

Lo que le faltaba.

El mafioso debió de morir de una crisis cardíaca. Él mismo lo dijo: sus arterias eran de papel.

La herida en la cabeza se la haría al caerse, eso es todo.

«¿En serio crees en el azar, Sophie? ¿Con todo lo que ha ocurrido y las advertencias que has recibido? ¿Cuál es la probabilidad de que ese tipo falleciera unas horas después de que tú abandonaras su casa?»

Pero es inocente. No tiene nada que reprocharse.

Entonces ¿por qué está tan nerviosa?

Es ese maldito interrogatorio. Todo está pensado para que se sienta a disgusto.

Una habitación minúscula sin ventanas ni decoración. Solo tres sillas —a ella le ha tocado la más incómoda, la que tiene el respaldo de plástico— y un espejo de dos caras.

La han situado lejos de los interruptores, las luces y los termostatos, para privarla de cualquier sensación de control.

No es la primera vez que pone los pies en un sitio como ese. Y ha estudiado las nueve etapas de la muy controvertida técnica Reid de entrevista e interrogatorio.

Pero conocerla es una cosa y vivirla es otra.

Ya la han cocinado durante dos horas y ahora la dejan que acabe de cocerse sola. Únicamente piensa en dos cosas: comer y dormir. Primero, recalentarse el plato de dhal que la espera en su congelador y luego cubrirse con el edredón y dejarse acunar por los ronroneos de Grumpy.

Así es como obtienen las confesiones. Cualquiera se derrumbaría para salir de ahí, aunque tuviera que contar trolas.

El guapo sargento Lewis ha sido el encargado de evaluarla. No es extraño que hayan recurrido a él. Es un mulato de ojos azules impresionante, con una dentadura diamantina y un cuerpo que se adivina atlético y musculoso bajo esa camisa azul perfectamente planchada. Lo único que le ha pedido es que hablase, de sus estudios, de su vida, de sus pasatiempos, sin dejar de mostrarle ni un solo instante su magnífica sonrisa. Hasta se ha permitido algunas bromas.

Sophie conoce la técnica. Crear un clima de confianza y, acto seguido, alternar las preguntas que requieren memoria y las que requieren reflexión para fijarse en su actividad ocular. La memoria provoca un movimiento de los ojos hacia la derecha y la reflexión hacia la izquierda o hacia arriba.

El gordo ha entrado en la habitación después. Normal, siempre son dos. Perfecto en el papel de poli malo, aspecto patibulario, de bulldog, con la

cabeza rapada y los antebrazos velludos. Ha dado un portazo, ha gruñido, ha puesto sus nalgas de paquidermo sobre la silla del escritorio —los cilindros neumáticos han soltado un bufido— y se le ha acercado irrumpiendo en su espacio vital. El aliento le apestaba a café frío.

—Está usted metida en un buen lío, señorita Lavallée. Han encontrado sus huellas por todas partes en el apartamento del señor Hollins, hay testigos que la vieron entrar en la habitación... y han declarado que hubo lucha. Y unas horas más tarde encontraron a Hollins muerto de una herida en la cabeza. Más vale que confiese ya, así nos evitamos perder tiempo.

Ridículo. ¿Cómo habría podido enfrentarse ella a un monstruo como Giovanni?

Pero Sophie estaba viva y él muerto.

—No sé qué le pasó. Se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo, pero cuando me fui ese hombre estaba vivo —ha asegurado.

No ha mentado, y sus ojos no se han movido hacia la derecha. El Mulato Guapo ha asentido con la cabeza y ha garabateado unas notas.

La cosa no ha ido tan bien cuando el gordo le ha preguntado:

—¿Cuál fue el motivo de su visita al señor Hollins?

Toda su estrategia se basaba en la mentira, empezando por la verdadera identidad de Hollins. ¿Tendría que haber revelado quién era, aunque eso comprometiera a Benedict? ¿La habrían creído, por otra parte?

Sus titubeos no han pasado desapercibidos, y tampoco el rápido movimiento de sus ojos hacia arriba cuando ha contestado:

—Fui a entrevistarle para mi próximo artículo sobre las condiciones de vida en las residencias de alto standing.

El Mulato Guapo ha asentido otra vez y ha garabateado unas palabras.

Luego ha iniciado la fase dos de la técnica Reid: ha elaborado una tesis y ha buscado las señales que podrían corroborarla. Su conclusión: la entrevista

se torció, se pelearon, ella le golpeó la cabeza contra la mesita, él murió y ella se largó.

Han continuado durante una hora y media, y después la han dejado sola para que se cociera en su salsa.

Sophie aplasta el vaso. Cuanto más lo piensa, más grotesco le parece todo. Es evidente que nada concuerda y que la soltarán. La autopsia determinará la hora del fallecimiento de Hollins y por fuerza indicará que tuvo lugar después de que ella se fuera de la casa. Entonces ¿por qué se ensañan así con ella?

Se pregunta qué fase de la técnica la espera ahora. Ha perdido sus puntos de referencia, han conseguido confundirla.

«En cuanto salgas de esta, te ocuparás de escribir sobre las técnicas de interrogatorio de la policía en Estados Unidos; son para volver loco a cualquiera.»

Tal vez el gordo con las manchas de sudor en la sobaquera le haga el inventario de las penas a las que se expone, mientras el Mulato Guapo baja la cabeza y sigue manteniendo el vínculo empático.

Sophie sabe a lo que se expone. Un asesinato en primer grado en el estado de Nueva York son veinte años de cárcel, como mínimo. Como máximo, la pena de muerte.

Y luego vendrá lo siguiente. El Mulato Guapo le propondrá una alternativa: si Sophie colabora se evitará la pena capital...

«... pero de lo que no te libras es del mono naranja, de la cabeza rapada y de las violaciones en las duchas», se dice.

Sophie se sobresalta al oír que la puerta se abre.

Sonríe a su pesar al ver una cara conocida.

¡Benedict!

Lanza un suspiro de alivio, pero enseguida se tensa. Su ex está serio.

Cierra la puerta y se sienta frente a ella.

—Buenas noches, Sophie. He venido en cuanto he podido.

—¡Oh, Benedict! ¡Qué contenta estoy de verte! Esto es un infierno. ¡Esa historia es ridícula!

Benedict se ajusta la corbata y le sonrío.

—No te preocupes, el fiscal me ha dicho que me encargue del caso Hollins. Tu expediente está en mis manos.

—¿Me ayudarás? ¡Tú sabes que soy inocente! —Y añade en voz baja—: Los dos sabemos quién era ese tío.

Benedict asiente y su cara se ensombrece.

—Claro, pero está muerto, y nada hace pensar que se trate de un accidente.

—Es que yo no tengo nada que ver... ¡La investigación lo demostrará!

Él tiende hacia ella una mano con una manicura perfecta y la pone sobre su muñeca.

—Te creo, Sophie. Sin embargo, sigues siendo un testigo clave del caso. Eres la última persona que vio a la víctima con vida. —Benedict sonrío—. Tengo la impresión de que nos veremos más a menudo.

... se estrecha

Son las tres de la madrugada y Sophie no duerme.

Ni la lluvia fina que golpea los cristales de las ventanas de su apartamento ni la fragancia de las velas de lavanda y valeriana que ha encendido en el escritorio logran calmarla.

El estrés se niega a soltar su presa.

Como si el día no hubiera sido lo bastante agotador, Sophie ha estado a punto de no poder entrar en su casa. Su bolso ha desaparecido —está convencida de que el tipo que la perseguía se lo ha robado—, y contenía entre otras cosas el móvil, las llaves del apartamento y el monedero. Suerte que llevaba el carnet de identidad en el bolsillo del pantalón.

Para poder entrar, ha tenido que despertar a su vecina Becky, que tiene una copia de la llave.

Le ha prometido que, para compensarla, le cocinará un platillo veggie.

Pero no ahora.

Tiene otras cosas de que ocuparse y, ya que su organismo le niega el descanso, mejor ponerse a trabajar.

Hace unos veinte minutos que está encorvada en la silla delante del escritorio con la mirada fija en la pantalla del MacBook. No es más que un sistema nervioso funcionando con el piloto automático: cada vez que bosteza,

la mandíbula se le descuelga, a sus ojos hinchados les cuesta enfocar y se le contraen espasmódicamente los brazos y las piernas.

Pero ella persevera.

Los pensamientos se arremolinan en su cabeza y se disputan el control de su mente: Giovanni, el accidente, su misterioso perseguidor.

Aun así, mantiene el rumbo en medio de la tormenta.

Con un clic tras otro, sigue su única pista: Timothy Carter.

Y ahora se endereza con una sonrisa en los labios.

Al cabo de unas cuantas búsquedas infructuosas —la asociación de «Timothy Carter» con «amigo» y «Lawrence Cadwell» no ha dado resultado—, por fin ha descubierto por qué ese nombre le resultaba familiar.

Y la respuesta se ocultaba en un lugar en el que poca gente se aventura: más allá de la primera página de Google.

Y es que Timothy Carter había muchos. Abogados, músicos, deportistas...

En el estado de Nueva York, ya había menos.

Y víctimas del Demonio de Vermont, solo uno.

Sophie se despereza.

Grumpy va a acurrucarse a sus pies y lame el resto de dhal del fondo del bol de cerámica que su dueña ha dejado debajo del escritorio.

«Pero ¿ese Carter es el bueno?», se pregunta Sophie.

En cierto modo, espera que no. Los muertos no hablan, y si Carter sabía algo de la pequeña Amy Williams ahora solo los gusanos deben de estar al corriente.

Sin embargo, el perfil podría coincidir, a juzgar por lo que en ese momento tiene ante los ojos.

Fecha estimada del fallecimiento: 11 de noviembre de 2010 a la edad de sesenta años. Por lo tanto, en 1975 tenía veinticinco; es decir, casi la misma

edad que Lawrence Cadwell. Era originario del estado de Nueva York y vivía en Vermont cuando murió. Sophie reprime un bostezo.

Vale, es una pista, pero tiene que profundizar más. ¿Y si contacta con el autor del artículo? Sí, es una opción.

O mejor aún, ¿por qué no se pone en contacto con los responsables de la investigación? En el texto se cita al sargento Steve Raymond y al perfilador criminal Noah Wallace.

Le bastaría con decirles que está escribiendo un artículo sobre el Demonio de Vermont para su blog.

«¿Qué lobo vas a alimentar, Sophie? ¿Otra mentira?»

Quizá encuentre pistas en la grabación de Stephen Cadwell.

«¡Stephen!»

Se le hiela la sangre.

Cae en la cuenta. Si han matado a Giovanni es porque había hablado con él.

«Alguien debió de averiguar que estabas investigando sobre Trout, y que fuiste a ver al mafioso a la residencia», se dice.

Pero ¿cómo se enteraría? ¿Quién, además de Benedict, estaba al corriente?

«¿Uno de sus contactos? Y aunque Giovanni no contó nada relevante, el iPhone se quedó en el coche. ¿Y quién se confiesa en esa maldita grabación, Sophie?»

«¡Cadwell!»

Sophie está segura: Stephen Cadwell corre peligro. Tal vez ya esté muerto.

Duda. Es solo una intuición, una deducción, nada concreto, todavía no es más que un pensamiento incordiante.

«No, es pura lógica, Sophie... Deja de esconder la cabeza bajo el ala y actúa, ¡pero ya!»

¿Y si está muerto? Sophie está metida en un buen lío. Giovanni, y ahora

Cadwell. Y el único nexo entre ambos: ella. Lo tiene crudo.

«¿Qué lobo vas a alimentar, Sophie?»

Ha de avisar a la policía...

Pero ya no tiene teléfono, se excusa.

«¿Y por Skype?»

«¡Mejor un email!», decide. Sí, eso es, enviará un mensaje urgente a Benedict.

«Me llevará demasiado tiempo, ¡hay que llamar a la policía!»

«¡Becky!»

Sophie se levanta de un salto y se pone la chaqueta tejana.

Sale del apartamento y corre a casa de su vecina.

Llama al timbre.

No hay respuesta.

«No es momento de hacer preguntas —piensa—. Puede haber una vida en juego.»

Golpea la puerta con los nudillos.

Nada.

La aporrea con el puño y grita:

—¡Becky! ¡Ábreme, es urgente!

La puerta se entreabre.

Aparece Becky envuelta en su bata verde de algodón, con los ojos entornados y el pelo revuelto.

Sophie se cuela en el apartamento.

—¡Joder, Sophie! Antes la llave y ahora... ¡No son ni las cuatro de la madrugada!

—Becky, necesito tu teléfono. ¡Un conocido tal vez esté en peligro! Debo ponerme en contacto con él de inmediato.

Becky bosteza como un hipopótamo y se frota los ojos.

—Ahora vuelvo.

Va al dormitorio y regresa con un móvil.

Sophie cierra los ojos y abre un cajón de su memoria. Recuerda el número de Cadwell.

Lo marca y espera.

Suena una vez.

Nada.

Dos veces.

Nada.

Sophie da saltitos de impaciencia y se muerde el labio inferior.

«¡Contesta, Cadwell!»

El corazón casi se le para cuando el teléfono da señal por tercera vez.

Al final del cuarto tono oye un clic.

—¡Stephen! Soy Sophie...

—Habla con el contestador automático de Stephen Cadwell. Ahora no está aquí. Puede dejar...

Sophie cuelga.

Becky la interroga con la mirada. «¿Y bien?», preguntan sus ojos inquietos.

A Sophie le gustaría contestarle.

Pero no sabe qué decir.

Después de todo, no son ni las cuatro de la madrugada.

Vuelve a marcar el número.

Mismo resultado.

¿A quién llamar? ¿A la policía? ¿Y qué les dice? ¿Que está preocupada por un amigo?

No, solo una persona puede ayudarla. Pero para eso tendrá que contarle la verdad acerca de su visita a casa de Cadwell.

Suelta aire y marca el número de Benedict Owen.

Su ex descuelga al tercer timbrazo.

—Hola, Benedict. Tenemos que hablar.

Amok

Los golpes en la puerta son cada vez más fuertes; va a ceder.

Con cada temblor, el terror le retuerce un poco más las tripas.

—Debes hacerlo tú —dice un chico.

No hay el menor rastro de pánico en su voz, solo una fría determinación.

La madera cruje. La puerta se astilla.

—¡Lo pagaréis! —grita una voz grave.

—Prepárate... ¡Ya viene!

El monstruo desciende la escalera; sus pasos son pesados, como si aplastara los peldaños. Está furioso.

«¿... Noah?»

El miedo le revuelve el estómago. Los ojos se le llenan de lágrimas y la orina le resbala por los muslos.

—¡Noah!

Alguien da una palmada delante de su cara y abre los ojos.

Su visión es confusa, no percibe más que formas indefinidas y destellos.

Poco a poco distingue un rostro rubicundo, más nítido tras cada parpadeo.

—¡Joder, tío, te había perdido! ¿Dónde estabas? —exclama Steve.

Buena pregunta.

A él también le gustaría saberlo. ¿En sus pensamientos? ¿En sus recuerdos? ¿En los de otro?

—En un sueño —responde—. Estaba soñado despierto.

Los ojos globulosos del poli se desorbitan.

—Me gustaría saber qué mierda meten en tus medicamentos. Jodida industria farmacéutica... Somos sus putos cobayas. Me cabrea saber que este mundo está corrompido hasta la médula por esos puercos de mierda.

—Seguro que tienes razón, pero si no los tomo lo paso fatal.

Steve no contesta. Ahora es él quien está perdido en sus pensamientos. Se agarra tan fuerte a la silla que los dedos se le ponen blancos. Tiene la mandíbula tensa. Noah imagina que está pensando en los años que pasó junto a su padre, que luchó contra un cáncer de pulmón y lo superó para sucumbir luego a un cáncer de garganta. Aquellos largos años de radioterapia y de quimio para acabar tan seco como una momia, con un tubo de traqueotomía y voz de robot. Aquellos largos años en que lo apoyó, él solo, Steve, porque su hermano no dio señales de vida.

Steve está agotado.

¿Cuánto tardará en derrumbarse?

Noah observa que lleva la misma camisa manchada en el cuello, que tiene una fina capa de roña detrás de las orejas y las uñas sucias.

Cuando ha ido a buscarlo esa mañana, el aliento ya le apestaba a whisky.

La depresión ronda a Steve... si es que no lo abate ya.

—¿Qué coño hacen? ¡No vamos a estar aquí toda la noche!

Un hombre sentado frente a ellos baja el periódico y los mira descaradamente.

Como si la queja de Steve hubiera sido escuchada, la puerta de la sala de espera se abre.

Aparece una mujer; tiene alrededor de cincuenta años, los cabellos grises recogidos en un moño.

En la bata blanca, una tarjeta de identificación: «Doctora B. Sue». Justo

debajo de «Hutchings Psychiatric Center».

—¿El señor Steve Raymond? —pregunta con voz ronca.

Fumadora o exfumadora, piensa Noah.

No lleva anillo. «¿Divorciada? ¿Soltera?»

El poli se levanta de la silla.

—Ya era hora —masculla.

La doctora Sue los conduce por los pasillos del hospital, por su red venosa.

En esos lugares sumidos en la demencia, la mujer de cabellos grises es un ancla a la que Noah se aferra.

En su travesía, cada queja, cada mirada vacía es un eco de sus propios trastornos y, a sus ojos, los pacientes son espectros que amenazan con precipitarlo a la locura.

—¿Qué le pasa a esa mujer? —pregunta Steve.

La doctora Sue carraspea.

—Su caso es atípico. La paciente muestra varios síntomas de demencia, pero no presenta sus signos clínicos. Los cambios de personalidad, el severo déficit de atención y de función ejecutiva evocan una demencia frontotemporal. No obstante, los exámenes no revelan ninguna atrofia de los lóbulos frontales. Las alucinaciones visuales que padece se atribuyen en general a una demencia con cuerpos de Lewy, si bien en las células del cerebro no hay presencia de depósitos de alfa-sinucleína, que es la proteína responsable de esa degeneración.

—Vale, no lo he entendido del todo, pero resumiendo: está loca, ¿no?

La cara de la doctora Sue se ensombrece.

—No es el término que yo emplearía. La locura y la demencia degenerativa son dos cosas diferentes.

—Lo siento, doctora, pero desde mi punto de vista está tarada —objeta Steve—. ¡Si no le falta un tornillo, uno no se levanta una mañana, agarra un

martillo y le parte el cráneo a su mejor amiga mientras está durmiendo en la cama!

—Si bien después de ese incidente no se manifestó ningún signo de locura durante quince años.

—Hasta que ha decidido darse un pequeño festín con la garganta de su compañera de celda.

La doctora Sue asiente y entorna los ojos.

—Ya hemos llegado. Me quedaré con ustedes. Les concedo diez minutos como máximo. No esperen obtener respuestas, señores. Habla, y a veces tiene fases de lucidez, pero sobre todo para acordarse de su amiga Jenny.

—Aparte de eso, ¿no tenemos nada que temer? ¿No hay riesgo de que despliegue las alas y nos chupe la sangre? —pregunta Steve.

Acompaña su broma con una risita.

Los rasgos de la doctora Sue se endurecen y clava la mirada en el inspector.

—No. Está menos agresiva últimamente. Por eso la hemos trasladado aquí.

La mujer pasa su tarjeta y la puerta se abre.

Es una habitación de hospital típica, salvo que la ventana que da al exterior tiene rejas.

La paciente está sentada en un sillón frente a la cama.

Es delgada, lleva el cráneo rapado y mira el suelo moviendo rítmicamente la cabeza.

Steve se inclina sobre la oreja de Noah.

—Si no te importa, hazle tú las preguntas. Ya sabes... con tu... instinto.

Noah le contesta con una sonrisa torcida.

—El hecho de seguir un tratamiento psiquiátrico no me da ninguna ventaja especial. Los locos no se reconocen entre sí.

Steve retrocede un paso y lo mira como si le hubiese dado un puñetazo.

—Es una broma, Steve.

Noah avanza hacia la mujer y pone una rodilla en el suelo.

—Buenos días, Rebecca. Soy Noah Wallace.

Ella se rasca la cabeza sin despegar la mirada del suelo.

—No te molestaré mucho. Solo quiero hacerte unas preguntas.

Rebecca levanta despacio los ojos, lo mira y sonrío.

Una sonrisa infantil.

Señala la pared de enfrente. Noah se vuelve y no ve nada.

—Es la preferida de Jenny —dice la mujer.

Noah le sonrío, saca del bolsillo el artículo que ha traído y se lo muestra.

—Es el juez Harris McKenna. ¿Lo reconoces?

Rebecca mira con atención la foto durante un microsegundo y de nuevo posa la mirada en el suelo.

—Es amable con nosotros. Da caramelos.

—Perdona, Rebecca. ¿El juez McKenna da caramelos? —pregunta Noah.

Rebecca levanta la cabeza, su mirada es implorante.

—No lo hice adrede... ¡No fue culpa mía!

Balancea la cabeza sin alzar la vista, levanta el brazo y señala con el dedo la mesita de noche.

—Creo que quiere dibujar —dice la doctora Sue—. Es su pasatiempo favorito.

Noah asiente, se pone de pie y coge el cuaderno que hay encima de la mesita.

Lo abre y el corazón le da un vuelco al ver la primera ilustración. Luego vuelve la página, y otra más. Después de pasar todas las páginas se queda un instante quieto, con el cuaderno en la mano.

—¿Qué pasa? ¡Menuda cara pones! —dice Steve.

Noah le muestra el cuaderno y pasa la totalidad de las hojas delante de sus

ojos.

En todas se ve el mismo dibujo.

Un triciclo rojo.

Puzles

—¡Debéis seguir esa pista! —grita Clémence.

Noah cubre el teléfono con la palma de la mano y lanza una mirada furtiva en dirección a la cocina.

Rachel sigue inclinada sobre la sartén, que chisporrotea y exhala un olor de panceta a la plancha que sin querer le hace la boca agua.

—La pista no es buena, Clémence. Ninguno de los dos detenidos ha querido decir nada, y Rebecca...

—... ¡ha dibujado triciclos rojos! —completa Clémence—. Ahí tiene la conexión, señor Wallace. Llámelo «intuición» si la palabra «médium» lo asusta.

Así es, en efecto. Prefiere «intuición»; es un concepto al que su mente puede agarrarse.

—Me habría gustado estar allí, sobre todo para ver la cara de su colega.

A Noah también le habría gustado. Estar al lado de Clémence lo activa, la competición tácita que existe entre ellos hace aflorar lo mejor de él.

—Si le hubiese contado a Steve lo de nuestra reunión, no habría habido visita al hospital.

Clémence se echa a reír.

—Guarda usted secretos, ¿eh? Y estoy segura de que tampoco dirá a

Rachel que está hablando conmigo por teléfono en este momento, ¿me equivoco?

Noah no contesta y da un paso en dirección a la cocina.

Rachel está poniendo la mesa, levanta la cabeza. Sus miradas se cruzan.

—Además, he pensado en el último apunte que escribí en el cuaderno: «Amy». También es un demonio. Es el gran presidente de los infiernos y uno de los príncipes de la monarquía infernal. Aparece bajo la forma de un gran fuego resplandeciente y domina los espíritus coléricos. Tal vez exista alguna relación con el asesinato en el maizal. ¿La purificación por el fuego?

—Es una idea a tener en cuenta —se limita a responder Noah en un tono indiferente.

Clémence suspira.

—Vale, lo capto. Voy a dejarlo, señor Wallace; es evidente que no está en la conversación.

—Es que... no me gusta el teléfono. Ya hablaremos de todo esto cuando nos veamos. Adiós.

Noah cuelga.

No es mentira: odia las comunicaciones a distancia.

De vuelta en la cocina, se dirige cojeando hacia el plato de pasta humeante que hay sobre la encimera.

Rachel lo detiene poniéndole una mano en el pecho.

—¡No, no, no! ¡No se toca! Aunque estemos en tu apartamento, hoy eres mi invitado. Limítate a sentarte y disfrutar de la velada, sobre todo porque... ¡esto solo es el principio!

Acompaña la frase con una sonrisa seductora.

—Lo siento, Rachel, no estoy acostumbrado a tantas atenciones.

Noah se apoya en el bastón —Rachel le saca una cabeza de altura— y deposita un beso en sus labios.

—No te merezco —añade Noah.

Rachel pone morritos.

—No lo repitas más. Cualquiera diría que lo piensas.

Noah le contesta con una sonrisa forzada.

Es la verdad, pero no lo dice.

Se sienta y Rachel le pasa la fuente justo por debajo de la nariz.

—*Paccheri rigati* con espárragos y trozos de panceta. Sé que tienes debilidad por la cocina italiana.

—Tiene un aspecto delicioso.

La monumental pelirroja se sienta enfrente de él, coge la botella de *Ménage à Trois* y llena dos copas.

—Noah, no hace falta que te escondas para hablar por teléfono con tu amiga. Confío en ti.

Noah la mira a la cara. Se ha maquillado... para él. Con ese vestido rojo que moldea sus formas generosas, su larga melena cobriza y ondulada, le parece salida de una película de detectives de los años cincuenta. ¿Cómo puede esa diosa estar interesada en él?

Suena el móvil. Noah suspira y se lo saca del bolsillo trasero.

—Es Steve —se disculpa.

Descuelga.

—¡Buenas noches, guaperas! ¿Me echas de menos? ¡Adivina quién va a ir a buscarte dentro de diez minutos!



Una vista panorámica de la ciudad de Nueva York desde una ventana

fragmentada en treinta y dos mil piezas.

Es el nuevo desafío de Bernard Tremblay. Un puzle de dimensiones impresionantes, de cinco metros por dos.

Contempla el montón enorme de trocitos de cartón diseminados por el suelo. Los ha tirado justo al lado de la tabla que ha mandado construir especialmente para monstruosidades como esa.

¿Cuántas horas necesitará para terminarlo?

El último puzle —una reproducción de *La creación de Adán* de Miguel Ángel— tenía la tercera parte de las piezas que componen ese y tardó unas cien horas en acabarlo. Veinticinco días... Casi un mes de su vida buscando, seleccionando y ensamblando trocitos de cartón.

¡Una experiencia muy gratificante para un apasionado de los rompecabezas como él!

Los puzles lo tranquilizan. No importa el tiempo que tarde en resolverlos. Pieza a pieza, siempre encuentra la solución.

El tiempo y las piezas.

Es exactamente lo que precisa en su investigación. El tiempo, porque si la Policía Montada se encarga del caso lo relegarán a un segundo plano. Las piezas, porque todavía faltan demasiadas para que pueda completar el conjunto.

Bernard anota la fecha del día en su cuaderno, pone en marcha el cronómetro y se sienta delante del montón de piezas.

Examina unos segundos el modelo del puzle pegado a la pared y opta por clasificarlas según el color. Pero tampoco es fácil. Los edificios se parecen. El cielo y las construcciones de ladrillo rojo deberían constituir un buen punto de partida.

Mete las manos en el montón, saca algunas piezas y las pone delante de él.

Hace una mueca. El puzle no consigue liberarlo del yugo de las preguntas

que lo atormentan.

Yves Coté era en realidad Harris McKenna. Un juez. ¡Un puto juez!

Cuando su sobrina le comunicó su descubrimiento se quedó callado y enseguida abrió el dossier relativo a la desaparición de Béatrice y Chloé Coté.

Y ahora, hace apenas cinco minutos, Clémence le cuenta la historia del hospital psiquiátrico y del triciclo rojo.

¿Tiene algún sentido todo eso?

¡Una mujer a quien juzgó la víctima del asesino, que se vuelve loca y se pone a dibujar unos malditos triciclos rojos!

¿Cómo hacer que esas piezas encajen?

Una vez más, el tal Noah Wallace es la fuente de las revelaciones.

¡Que no le hablen de poderes, de médiums y de fenómenos paranormales! ¡Es ridículo! ¿Cómo puede su sobrina creer en semejantes idioteces? Una chica tan lista... Tiene que haber una explicación lógica. Siempre la hay.

Bernard sonríe y dispone en la tabla las dos piezas del puzle que acaba de ensamblar.

Le gustaría ser creyente para ver en ello una señal.

El teléfono vibra en el bolsillo interior de su americana.

Es un SMS de su amigo: «La investigación avanza. Pronto volveré con información».

Perfecto.

Nuevas piezas, es todo lo que pide.

Se dispone a guardar el teléfono, pero el aparato le suena en las manos. Una vez pasado el efecto sorpresa, descuelga y se lo pega a la oreja.

—¿En Vermont, dice? Ahora mismo voy hacia allí.

Bernard se levanta, para el cronómetro y escribe «14' 39"» en su cuaderno.

Sale del garaje con una sonrisa en los labios.

Una nueva víctima, otra pieza.

Y en el jardín del vecino, además.
¿Cómo no sentirse feliz?

En la boca...

Benedict está exultante.

No puede remediarlo.

La sonrisa de su cara bronceada no se borra, como tampoco se desvanece el sentimiento de euforia que lo embarga desde hace unas horas.

A pesar de que una barra de hierro fundido y unas pesas de ciento cincuenta kilos le comprimen los músculos pectorales.

Sabe que es un pecado alegrarse de una noticia tan trágica como la muerte de un hombre, pero ¿cómo no saborear ese instante?

Si es necesario, pasará por el confesionario y confiará su desazón al padre Fernando.

No hay nada como una absolución para limpiarse la conciencia. Hay que ver el poder que tienen unos cuantos avemarías y padrenuestros.

Cuando Sophie lo llamó en plena noche para hablarle del tal Stephen Cadwell y de su investigación sobre ese Edgard Trout, no se esperaba semejante regalo del cielo.

El caso Giovanni ya es pan bendito, pero no podrá alargarlo mucho más. Los informes de la autopsia la libran de toda sospecha. El viejo mafioso murió más de seis horas después de que Sophie abandonara su casa y el golpe fatal en la cabeza le fue asestado con un bate de béisbol. Nada que pueda

sostener por mucho más tiempo la teoría de la pelea y el homicidio involuntario.

Benedict empuja hacia arriba las pesas por última vez; los brazos le tiemblan por el esfuerzo. ¿Se habrá pasado con las repeticiones?

Reclama a sus músculos un último intento y grita para elevar las pesas. El ruido metálico de la barra que cae al suelo le arranca un suspiro de alivio.

Estaba al límite; habría podido quedarse atrapado con ciento cincuenta kilos sobre el pecho.

Se sienta en el banco y se seca la frente.

Es una pena que no pueda estar presente en la detención de Sophie. Aunque solo fuera para ver la cara que pondrá.

«¡Qué boba! ¡Es tan ingenua...!»

Por cierto, ¿qué papel tendrá que desempeñar él a partir de ahora?

¿Debe mostrarse serio y solemne con ella?

«Lo siento, Sophie, pero yo no puedo hacer nada. Dos muertos en dos días y tú como único nexo resulta abrumador. Te aconsejo que negocies con la fiscalía. Quizá el fiscal pueda reducirte la pena a cinco años.»

No, demasiado directo. De momento sería divertido, pero precisa elementos para confundirla. Evidentemente, el suicidio es dudoso y debe confirmarlo la autopsia. Falta saber dónde estaba Sophie mientras el tío (o el asesino) se metía el cañón de su Python 357 en la boca y apretaba el gatillo.

¿Zalamero, entonces?

«Claro que puedo ayudarte, Sophie... Bueno, siempre que te muestres complaciente.»

Tentador, pero no. Si quiere lograr sus fines, no puede desvelarlos de una forma tan grosera.

Mostrarse compasivo sigue siendo lo mejor.

«Estoy contigo, Sophie, y haré todo lo que esté en mi mano para sacarte de

este aprieto. Estoy seguro de que eres inocente.»

Sophie pasará un tiempo atormentándose, los inspectores la interrogarán, y él se impondrá en el papel de caballero andante acudiendo a rescatarla con una coartada falsa. Y entonces ella se lo deberá... todo.

Benedict tiene prisa por asistir al interrogatorio. Al igual que la última vez, se sentará detrás del espejo y la observará mientras se defiende como una tortuga panza arriba. Agitará las patitas, en vano. Solo él podrá darle la vuelta.

Se levanta y se dirige a la ducha.

Todo va lo mejor que puede ir en el mejor de los mundos.

Pase lo que pase, Sophie le pertenece.

Su destino está en sus manos.

Le basta con ejercer una pequeña presión.

Para aplastarla.



Blake abre la puerta del apartamento y suelta un gemido.

Los cinco pisos han podido con sus piernas.

Eso... y los *low kicks*, las patadas bajas que Ted le ha propinado con rabia en las pantorrillas y los muslos. Lo ha castigado a conciencia en el ring.

Una manera demasiado violenta, para su gusto, con la que hacerle entender que aún no había digerido el plantón que le dio hacía dos días.

Es el amor nocivo que se tienen. Sin embargo, tras cuatro años entreverados de separaciones y reconciliaciones, siguen juntos.

El barco cabecea, pero no se hunde.

Tira la bolsa de deporte en la entrada y deja las llaves en la bandeja.

Lo primero que debe hacer es acabarse lo que queda del helado de pistacho

de Il Laboratorio del Gelato antes de que lo haga Beth.

Una delicia carísima —sesenta dólares el medio litro—, pero que está que te mueres.

Segunda prioridad: consultar los datos que el programa ha recopilado.

¿Y por qué no aunar ambos placeres?

Tras hacer una visita al congelador, Blake se instala delante del ordenador.

Su software ya ha podido aislar una lista de direcciones potenciales. Ahora su programa tiene vigiladas y monitorizadas esas IP.

Es hora de ver si Papá Noel ha dejado un regalito en el calcetín.

Blake se mete una cucharada de *gelato* en la boca y clica sobre el icono helicoidal de «D. N. A.»: Dark Net Analyzer. Seguro que no es el nombre definitivo de su criatura, pero por ahora ya le va bien.

Recorre los logs y sonrío al ver en la lista el ganchito rodeado de un círculo.

Clica sobre la línea y parpadea tres veces.

—¡Joder!

No hay duda. Papá Noel ha pasado por la chimenea: ya tiene su IP.

Fase siguiente: tratar de localizar físicamente el servidor.

Blake accede con un clic a otra función del software.

En menos de un minuto, su criatura obtiene el nombre del servidor.

Listo. El paquete está preparado para abrirlo. Para Blake es el mejor momento: la expectación.

Consulta el resultado y abre los ojos desmesuradamente.

—¡Haaala!

Blake retrocede con la silla y se aleja del ordenador como si estuviera contaminado con polonio.

«¡Hay que joderse! ¡Es enorme! Mantén la calma, Blake. Mantén la calma. Cambio de programa.»

Fase tres: hacer inmediatamente una copia de seguridad.

Agarra el primer *pendrive* que ve encima del escritorio y lo inserta en el PC. Empieza a hacer una copia del código fuente y de los logs.

—Venga, ¡date prisa! —grita dirigiéndose a la barra de progresión.

Una vez completada la transferencia, arranca el *pendrive* y se lo mete en el bolsillo.

Fase cuatro: borrar todos los rastros.

Blake abre el cajón inferior de su escritorio. La mano rebusca entre los cables y saca un imán. Desatornilla la caja del PC y retira sin miramientos los discos duros. Los coloca en el suelo y les pasa el imán por encima. Luego los lanza al recibidor. Ya se deshará de ellos más tarde.

Antes queda una última fase: avisar a su mejor amiga.

La pobre Sophie no tiene ni idea del marrón en el que se ha metido. Tiene que poner fin a sus investigaciones y destruir su MacBook lo antes posible.

Blake coge el móvil y marca el número.

Contestador.

Duda un momento, pero acaba dejando un mensaje.

El asunto es demasiado importante.

... del lobo

Arruinada...

O casi.

Sophie lo sabía antes de acceder a su cuenta en línea, pero tener el saldo a la vista le mina la moral, que ya está bastante baja.

Ciento ochenta dólares y cincuenta centavos.

Una miseria, cuando se vive en Manhattan.

Espera un pago por dos trabajos, pero la cantidad apenas bastará para cubrir el alquiler. En cuanto a la franquicia que tendrá que abonar por el accidente, prefiere planteárselo más adelante.

¡Y pensar que llevaba trescientos dólares en metálico en el bolso!

«Ya te dije que no era prudente llevar tanto dinero en el bolso», imagina que le diría su padre. Siempre está ahí, en un rincón de su mente, dispuesto a sermonearla. Como cuando era pequeña y había hecho alguna tontería.

Reconoce que la tienta recurrir a él para salvar la situación. No es que los Lavallée sean pobres precisamente.

Pero Sophie tiene principios, y uno de ellos es no dar el sablazo a un padre posesivo y jubilado. Al patriarca nada le gustaría más que recuperar su posición de autoridad sobre su «princesita».

Ni hablar, ya no es una niña.

Sus problemas son responsabilidad suya.

Sophie cierra la pestaña del Bank of America. No vale la pena obsesionarse con sus dramas financieros.

Esas preocupaciones son *peccata minuta* comparadas con las dificultades reales con las que se enfrenta... y que no han acabado. De eso está segura.

Y además no le falta de nada: los estantes están llenos de pasta de quinoa y tiene par Grumpy algunas bolsas de comida de reserva.

¿Qué le ha pasado a Stephen Cadwell? Esa es la cuestión que importa.

Abre Skype y Facebook esperando encontrar un mensaje de Benedict.

Que sea tranquilizador, por favor.

Del tipo: «Todo va bien, Sophie. Stephen es un hombre encantador, me ha ofrecido un té oolong».

Pero no, no hay nada.

Solo un vacío que deja muchísimo espacio para angustiarse.

Sophie apoya la barbilla en la palma de una mano y sigue clicando con la otra.

Vuelve a las pestañas que ha dejado abiertas con los artículos que hablan de Timothy Carter y del Demonio de Vermont.

Más para tener la mente ocupada que para investigar, debe reconocerlo.

Después de lo ocurrido, está a punto de dejarlo.

«¿Está dispuesta a ayudarme a descubrir la verdad?», le preguntó en uno de sus mensajes el tipo anónimo que la puso sobre la pista de Trout.

Y ha accedido sin reflexionar.

Tendría que haber hecho caso a Blake. El asunto le ha explotado en plena cara y se le ha adherido a la piel.

«Sé razonable, Sophie. Que investigues la desaparición de un reportero tiene un pase, pero ¿la mafia? ¡Alto ahí! ¿Y qué más? ¿Trata de niños?»

Amy Williams. ¿Qué fue de la pequeña después de su estancia en casa de los Cadwell? ¿Prostitución? ¿Red pedófila?

La idea la pone furiosa. Todos los escenarios son posibles, en especial los más pesimistas.

Pero ¿qué relación puede haber entre la trata de niños y el Demonio de Vermont? ¿Seguro que no es casualidad que Timothy Carter sea una de las víctimas del asesino psicópata!

«¡Y dale! ¡Mira que eres tozuda! ¡Te gustan los follones!», imagina que le dice su padre.

«Pues sí, papá. ¿Qué sentido tiene la vida si uno no persigue sus sueños o trata de alcanzar los objetivos que se propone? ¿Debo volver al redil, según tú? ¿Hacer carrera en el ejército, como tú? ¿Ser una dulce esclava del hogar, como mamá? No, gracias.»

Es muy poco para Sophie.

«Reflexiona, ¿qué lobo vas a alimentar, Sophie?»

El bueno.

Si es posible.

Y para ello ha de empezar por obtener más información sobre Carter.

Lo mejor es contactar con las personas que se encargan del caso, el sargento Steve Raymond y el criminólogo Noah Wallace.

Tras unas cuantas búsquedas rápidas en la red averigua que el sargento Raymond ahora es teniente en la Unidad de Delitos Graves de la Policía Estatal de Vermont. Por lo que parece, no tiene cuenta en Facebook ni aficiones que revelen su número de teléfono personal.

No importa. A falta de ventanas para colarse furtivamente, Sophie accederá por la entrada principal, sin que sirva de precedente. Va a la página de la policía de Vermont y apunta el número de contacto en un pósit. Bastará con preguntar por Steve Raymond.

En cuanto a lo que descubre sobre el criminólogo, no cree que pueda sacarle mucho partido: Noah Wallace tuvo un grave accidente de coche que

le costó la vida a su mujer y puso fin a los asesinatos en serie del Demonio de Vermont.

Por lo visto, el tío era un perfilador criminal bastante bueno. Obtuvo su doctorado con veintidós años y, a pesar de ser tan joven, enseñó criminología en la prestigiosa Universidad de Pennsylvania. No hay nada más. Ni rastro de su vida en ninguna parte —no existe en las redes sociales—, y tampoco es posible averiguar lo que ha sido de él después del accidente. Un callejón sin salida.

Bueno. Deberá contentarse con ese Steve Raymond, y esperar que quiera colaborar.

Pega el pósito amarillo.

«Necesitas un teléfono nuevo», se dice.

Se frota los ojos.

Ha pasado la noche en blanco y ahora los párpados le pesan como si fueran de plomo. El reloj del ordenador marca las cuatro de la tarde, pero para su reloj biológico es más de medianoche.

«Venga, solo una ojeada a los emails antes de irte a la cama.»

El primero es un mensaje recordatorio de su proveedor de internet.

No vale la pena consultarlo, sabe que todavía tiene un mes antes de que le corten la conexión.

El segundo email le provoca el efecto de un mazazo. Sophie advierte enseguida la palabra «urgente».

Se queda inmóvil en la silla. Es del contacto anónimo.

El título la deja helada.

«Cuestión de vida o muerte.»

No hay texto, solo un archivo .onion adjunto.

La descarga de adrenalina ha borrado la fatiga y Sophie clica sobre el archivo con un dedo sudoroso.

«Cuestión de vida o muerte.»

Las tres vueltas que da el reloj de arena mientras la página se carga parecen durar horas. El texto aparece por fin, flanqueado por la acostumbrada cuenta atrás.

Ha cometido un error tratando de localizarme. Está en peligro de muerte. Debe desaparecer. No avise a nadie, y menos a la policía. No contacte con su familia ni con sus amigos, podría ponerlos en peligro. Coja dinero y lo imprescindible y desaparezca.

Sophie mira fijamente el mensaje, aturdida.

¿Será una broma de mal gusto?

«No. El accidente de coche que sufriste, el tipo que te siguió hasta la granja, la muerte de Giovanni», se recuerda Sophie.

El corazón está a punto de explotarle.

Debe actuar.

«¡Muévete!»

—¡Joder, joder, joder...!

Sophie cierra el MacBook, pero no consigue despegar las manos de la pantalla.

«¡Ya, Sophie!»

Salta de la silla, corre hasta la cocina, destripa una bolsa de pienso y llena el comedero del gato.

«Date prisa. No te entretengas.»

Corre hasta la habitación, vacía el armario, tira al suelo los cajones de la cómoda, se viste a toda prisa y mete algunas cosas en una bolsa de deportes.

«Coge el ordenador. ¡Nunca se sabe!»

Suena el timbre en el momento en que posa las manos en el MacBook.

«... Está en peligro de muerte», le ha advertido el contacto anónimo.

«Prudencia, Sophie.»

¿Y por qué? A lo mejor solo es un repartidor.

«¡O la policía, o algo peor!»

Otra vez el timbre.

Sophie da un paso hacia la puerta, dispuesta a ceder a la curiosidad, pero coge el ordenador y abre la ventana que da acceso a la escalera metálica de emergencia.

Las baja sin darse la vuelta.



Blake se dirige a toda prisa a su apartamento. El *pendrive* está seguro, ha destruido el móvil y tirado los discos duros en distintos cubos de la basura.

En principio, no ha olvidado nada. No queda el menor rastro de su criatura ni de sus vigilancias de direcciones IP.

Solo queda confiar en que el proxy que paga haga su trabajo y que nadie llegue hasta él.

De todas formas, hará una pausa. No hay más remedio.

Lo dejará unos días, o unas semanas si hace falta. Luego irá a por su código fuente.

Ni hablar de abandonar el proyecto. Podría ganar una pasta.

Lo más jodido son los discos duros. Las fotos subidas de tono con Ted, sus vacaciones en Cancún para celebrar los dos años que llevaban juntos.

Y pensar que dudó si subirlas a la nube. Fue por Ted y su paranoia por lo que no lo hizo.

«¿Y si nuestras fotos se hacen públicas? ¿Y si empiezan a circular por Facebook?», había gritado.

Blake trató de tranquilizarlo, al fin y al cabo él era el informático de la

pareja, pero no hubo manera.

Blake cedió entonces, una vez más.

Y ahora... ya no hay fotos.

Aún le duelen las piernas cuando sube la escalera hasta su apartamento.

Al llegar a su rellano se masajea los muslos para aliviar el dolor.

Luego saca la llave y camina hacia su puerta.

La mete en la cerradura, pero se detiene en el momento de girarla.

No está cerrada con llave. Pero Blake está seguro de que la echó al salir.

«Habría sido Beth —piensa—. Ha regresado antes de lo habitual.»

Empuja la puerta y llama a su amiga.

—¿Beth? Beth, ¿estás ahí?

Caliginoso

Noah observa la lánguida niebla que tiende su manto caliginoso sobre el río Winooski y se desgarran en finos jirones sobre los árboles descarnados que bordean las orillas. Los policías y los especialistas alrededor del cadáver no existen. Solo son vagas siluetas que danzan en un decorado informe y borroso.

Tampoco percibe las conversaciones ni los vehículos que circulan por la carretera que discurre en paralelo a la otra orilla. Tampoco nota en la piel el mordisco helado de la noche otoñal.

Sus ojos, bien abiertos, están fijos en la bruma que flota sobre la superficie de las aguas tranquilas. Los recuerdos aparecen como volutas.

El rostro de Maggie pegado a la ventanilla trasera. La silueta del conductor. El coche que derrapa y cae. Las vueltas de campana en el puente. La oscuridad.

¿Por qué ha elegido el asesino ese río, si no es para refrescarle la memoria?

Una mano firme se posa en su hombro y lo saca de su distracción onírica.

Noah da un respingo y se vuelve.

Steve frunce el ceño.

—Viendo la cara de la víctima, no cabe duda de que se trata del Demonio de Vermont. Los *forensics* han terminado su trabajo, puedes empezar tu show cuando quieras.

Noah esboza una sonrisa burlona.

—¿No esperamos a nuestros amigos?

Steve ríe sin abrir la boca, el sonido recuerda el ronquido de un motor.

—Hace casi dos horas que estamos aquí, ya tendrán el escenario para ellos solos después. ¡El caso es nuestro, joder! Solo la puta mala suerte ha hecho que esta vez ese tipo haya ido a cazar a casa de los vecinos.

—La suerte no tiene nada que ver, Steve. Porque, como sabes, se tarda más de cuatro horas en ir hasta Waterbury desde Quebec, ¿verdad? —Y añade—: Mira, ahí están, han ido rápido.

El vehículo, un Ford Taurus de alquiler, aparca en la tierra y apaga los faros.

El oficial de la Policía Provincial de Quebec sale del coche y avanza hacia ellos, embutido en un traje elegantísimo.

«Ya solo le falta la gorra con doble ala de tweed, la gabardina y la pipa para ser Sherlock Holmes», piensa Noah.

Clémence lo acompaña. Lleva una piruleta en la boca, su cabecita ha desaparecido bajo un gorro de lana, sus ojillos de garduña ya están rastreando el lugar.

A la luz de los focos, a Noah le parece que el Canoso tiene la tez más cérea que de costumbre. También se fija en la tonalidad amarillenta del blanco de sus ojos.

«¿Hígado? ¿Páncreas?»

—Buenas noches, señores. Lo siento, el avión se ha retrasado un poco. Me he tomado la libertad de traerme a Clémence Leduc, espero que no tengan inconveniente.

La joven agita la mano a modo de saludo y hace un guiño a Noah.

Steve se acaricia el bigote.

—Los especialistas han terminado su trabajo —dice—. Justo ahora Noah

iba a inspeccionar el escenario. Si quieren pueden acompañarlo.

—¿Y usted qué va a hacer exactamente, teniente Raymond? —pregunta Clémence.

La cara de Steve se sonroja aún más.

—El trabajo de un policía no se limita a examinar el escenario de un crimen, señorita.

Clémence baja la cabeza sonriendo.

—¿Qué se sabe de las víctimas? —pregunta el Canoso.

—Solo hay una esta vez —responde Steve—. Se trata de Trevor Weinberger. Era psiquiatra en el Vermont Psychiatric Care Hospital y tenía sesenta y dos años. Estaba divorciado. Su exmujer y sus dos hijos viven en Francia, en Lyon.

—Una suerte para ellos... ¿No hay ninguna notita para su amigo?

Steve niega con la cabeza.

—Esta vez no. Pero por lo demás todo concuerda. La mirra y la puesta en escena. Ya lo verá.

El poli invita a Clémence a unirse a Noah con un movimiento del brazo.

Noah la observa avanzar hacia él. La joven se pone la piruleta a un lado de la boca, bajo el carrillo, le tiende la mano y, con un guiño cómplice, acopla su palma a la de él.

—¿Me lleva a dar una vuelta, señor Wallace?

—¿Esta es la idea que tiene usted de un paseo romántico?

—¿Por qué no? Un río, un ambiente brumoso e inquietante, un hombre inteligente, misterioso... y guapetón, lo cual nunca está de más.

Noah no contesta.

—Tiene las manos muy calientes, señor Wallace, es una cualidad que valoro mucho en los hombres.

—Clémence, de una vez por todas, vivo en pareja con Rachel. Y la quiero.

—No, no la quiere, Noah. Quiere que ella le quiera.

Noah lanza un suspiro y está a punto de replicar.

Pero Clémence le suelta la mano y se dirige hacia el escenario del crimen.

—Impresionante. Es Belfegor, uno de los siete príncipes del infierno — sentencia Clémence con una sonrisa en los labios y los ojos chispeantes.

Noah la interroga con la mirada.

—Soy una fan de la demonología, señor Wallace.

—No es eso —dice él—. Es su aplomo. No manifiesta asco, tampoco miedo. Al contrario, incluso está exultante.

El descaro de Clémence desaparece de su rostro.

—¿Sabe de dónde procede el *fun*, señor Wallace? Es una reacción de nuestro cerebro. Cuando estamos frente a un problema que creemos poder resolver nos envía una pequeña descarga de endorfina para recompensarnos, es un atavismo. Para nuestro cerebro, resolver un puzle mejora nuestra supervivencia. Además, cuando solicitamos de él su parte analítica, aquella donde se origina la empatía se apaga. En el contexto de la investigación, no veo a Trevor Weinberger, médico, divorciado y padre de dos hijos, sino que veo un problema por resolver. ¡Y sí, me excita!

—No era un reproche —dice Noah—. Y al Otro usted le habría gustado. Pero yo no soy tan frío. Siento la pena, el dolor, la rabia, los remordimientos.

Acto seguido se pinza la nariz, contiene la respiración y aprieta la empuñadora del bastón.

«¿Belfegor? Tal vez.»

«¿Qué tienes que contarnos, Trevor?»

Han colocado el cadáver desnudo en una silla de ruedas. Los jirones de piel adheridos al cuero de la silla sugieren que lo pegaron encima —con un pegamento instantáneo muy potente— y que se resistió.

—Le ha arrancado todos los dientes. Yo diría que con unas tenazas —

declara Clémence—. Luego le ha ensanchado la sonrisa con un cuchillo, como la del Joker. A Belfegor se lo representa con una boca grande.

Noah calla. No es ese tipo de detalles lo que le interesa. ¿Por qué no ve nada más? ¿Por qué permanece mudo ese cuerpo? ¿Qué ha sido de la música?

—No tocaré el cadáver, pero creo que el asesino ha colocado clavos en la base de los cuernos y que ha utilizado un martillo para fijarlos en el cráneo — prosigue Clémence.

No, en ese momento esa chica no lo activa, lo parasita, piensa Noah. O tal vez es él. ¿Está intentando analizar la escena con los ojos de ella? ¿Con los ojos del Otro?

—En cuanto a los pies alargados, no estoy segura, pero creo que ha utilizado un torno para comprimirlos primero y...

Ya no la oye.

Por fin.

El tiempo se ha ralentizado y los sonidos se distorsionan. El decorado desaparece a su alrededor, solo queda el cadáver.

Trevor abre los ojos.

Dos canicas negras.

Y Noah ve... Noah siente.

Trevor no puede levantarse de la silla. Una mano lo sujeta con firmeza. Es incapaz de resistirse.

Suplica. Las lágrimas le resbalan por las mejillas. Piensa en su exmujer y en sus hijos, que están en Francia.

El asesino le muestra las herramientas. Unas tenazas, un martillo, unos cuantos clavos, un cuchillo.

Quiere debatirse, intenta despegarse del asiento. Grita cuando la piel se le desgarran en jirones.

El asesino se acerca y le inyecta el anestésico. Luego le mete las tenazas en

la boca y las retuerce. El primer diente le duele, el anestésico aún no le ha hecho efecto, pero el último ya no.

Al final de su calvario solo nota las vibraciones y ya no oye más que el chirrido de las tenazas sobre el esmalte. Tampoco siente nada cuando el asesino le coloca la hoja del cuchillo en la comisura de los labios y secciona los músculos cigomáticos con un corte rápido y preciso.

Ni cuando le coloca los cuernos en la frente y los largos clavos se hunden en su cerebro a martillazos.

Intenta sonreír. Es idiota.

Lamenta lo que ha creado.

Lamenta haber faltado al juramento hipocrático.

Noah se tambalea hacia atrás. Ha vuelto.

Clémence sigue hablando. No ha debido de notar su ausencia.

—... Belfegor es el demonio de los inventores. ¿Y si lo hubiera matado por haber inventado algo? —concluye.

Luego se vuelve hacia Noah y lo mira con preocupación.

—Algún problema? —pregunta él.

—Le sangra la nariz, señor Wallace.

Noah sonríe, y acto seguido se desmaya.

Huida

Los copos escupidos por los nubarrones bajos se arremolinan entre los edificios.

El otoño da sus últimas bocanadas. Poets' Walk desplegará pronto sus galas invernales, una alfombra blanca cubrirá el largo camino peatonal. Las últimas hojas rojizas y doradas serán reemplazadas por el hielo y la nieve. Las copas estarán recubiertas de escarcha.

«Cuestión de vida o muerte.»

Quizá sea la última vez que sus pies pisan el suelo de Central Park, piensa Sophie. «Es tu último día en Nueva York, eso seguro. Debes cambiar de estado. Desaparecer, ponerte a salvo, proteger a tus amigos.»

Al menos hasta que las cosas se calmen.

Porque acabarán calmándose, ¿verdad?

Mira con envidia a una pareja que camina de la mano riendo a carcajadas.

¿Cómo reaccionará Charlie? ¿Y su padre?

Sophie abre la palma de la mano y atrapa un copo de nieve.

Lo observa mientras se derrite.

Las lágrimas le empañan los ojos.

«Tu desaparición me matará, querida Sophie. Eres mi única hija ahora, ¿te das cuenta? Lo que le pasó a David me rompió el corazón. ¡No quiero ni pensar que pueda perderte!», casi oye decir a su padre.

Sí, su padre se derrumbará. Y Sophie no puede soportar esa idea. La preocupación lo matará.

¿Y por qué no huir a Canadá? Allí estaría segura, ¿quién se atrevería a tocar a un general retirado?

«Buena idea, cariño, te lo digo desde hace tiempo.»

—Tu conformismo es patético —suelta ella en un murmullo.

La persiguen la policía y también quienes van tras su pellejo. Debe evitar los *checkpoints*; es el primer sitio donde la buscarán. Ir a un puesto fronterizo es lo peor que puede hacer. Y sobre todo sabe que volver a casa equivale a poner una diana en la frente a su familia.

«Si esa gente ha podido acceder a un liberado, ¿en serio crees que tu padre está a salvo?»

Sophie suspira y camina hacia un banco.

Necesita reflexionar unos minutos. Tiene que haber una solución para entrar en contacto con sus seres queridos sin accionar la alarma. Es todo lo que pide, poder calmar sus angustias.

Barre de un manotazo la fina capa de nieve semiderretida y se sienta al lado de un hombre vestido con un traje gris antracita cuya cabeza está oculta tras la última edición del *New York Times*.

Pasa revista a su plan y a los errores que podría cometer.

«No he de coger taxis. Los taxistas y su central conservan un registro de los trayectos. Es un riesgo que no debo correr bajo ningún pretexto.»

Una consigna fácil.

«He de comprar un coche para desplazarme. Nada de motos. Los controles policiales de motoristas son más frecuentes. Debo evitar también hacer autostop; llama demasiado la atención. Ah, y nada de automóviles robados. Es de cajón.»

Sí, pero está casi sin blanca.

Solo puede contar con los ciento ochenta dólares que acaba de sacar, aun a riesgo de que eso la delate.

«No puedo contactar con nadie. Ni amigos ni parientes.»

Y eso es lo malo. Y lo más difícil.

«No se te ocurra volver a los sitios a los que solías ir. Tiendas, supermercados... Ahí es donde te esperarán. Hay que romper con las costumbres. Evitar los restaurantes. Puedes dejar un rastro. Restos de piel, huellas dactilares...»

Sophie aprieta los dientes. Sabe lo que hay que hacer... en teoría. Es espabilada, capaz de mentir con convicción. Puede desaparecer. Pero no se decide.

«... No avise a nadie, y menos a la policía», decía su comunicante anónimo en el último mensaje.

Benedict. Ni siquiera él puede ayudarla. Entonces ¿qué?

«Esto es lo que pasa cuando alimentas al lobo malo, señorita Lavallée.»

¡Anda y que te den, Cadwell! ¡Y a ti también, capullo, con tu investigación sobre Trout!

Sophie estalla en sollozos. El hombre que está a su lado ni siquiera la mira, bien a resguardo de la miseria ajena, detrás de su periódico. Al rato, entre dos gemidos entrecortados, empieza a germinar una idea en la mente de Sophie.

Se levanta y toma la dirección de la estación Grand Central Terminal.



Beth no contesta.

Sin embargo, su bolso está junto al perchero. Tiene que estar en casa.

¿Por qué ha regresado tan pronto? No era lo previsto. Tenía un ensayo importante. Llevaba semanas dando la lata a Blake con eso.

«¡Es el papel de mi vida! ¡Broadway! ¿Te das cuenta, Blake? ¡Broadway!»

¡La de veces que lo ha tenido que oír!

Entonces ¿acaso no se encuentra bien?

—¿Beth? ¿Te pasa algo? ¿Necesitas ayuda?

Sigue sin responder.

No hay ningún bol de cereales en la mesa de la cocina.

Algo le pasa, sin duda.

Tampoco se oye caer el agua de la ducha en el cuarto de baño.

Le falta buscarla en el dormitorio. La puerta está cerrada.

Llama.

—¿Beth? ¿Estás ahí?

No obtiene respuesta.

—Me tienes preocupado. Voy a entrar.

Gira el pomo y entreabre la puerta.

Lanza un suspiro de alivio.

Bethany está acostada en posición fetal. Parece dormida.

Blake estaba en lo cierto: su amiga no se encuentra bien.

¿Qué otra cosa habría podido hacerle abandonar el ensayo de su vida?

En fin, una vez desvelado el misterio, hay otros asuntos de los que Blake debe ocuparse. Tendrá que volver a instalar sus sistemas operativos y reconfigurar su PC.

Se agacha y saca la caja. Por suerte, le quedan algunos discos duros de reserva.

—Pues sí —dice en voz alta—, es dura la vida de un apasionado de la informática que se pasa la vida jugando, programando y cubriendo las espaldas de sus amigos...

Blake se interrumpe.

Una sensación de metal frío detrás del cráneo lo deja petrificado.

No tiene tiempo de comprender.

Ni de oír la detonación.

Y menos de ver la mano temblorosa de Beth soltando la Glock con el cañón humeante.

Y mientras la sangre de Blake se extiende por el suelo, Bethany grita como si la despellejaran.

Tontivano

A Noah no le gusta el doctor Walter Henry.

No es por esos carraspeos que interrumpen todas sus frases, o por esa manía que tiene de pasarse la palma de la mano por la calva mientras rebusca en su cabeza las palabras. Incluso su tono obsequioso le es indiferente.

No, lo que odia de ese reptil de ojos glaciales y aspecto de ternero degollado son las noticias que trae. Invariablemente malas y disimuladas con torpeza por las expresiones que emplea, teñidas de falsa compasión con frecuencia.

Y ahora las está esperando. Teme que, frase tras frase y palabra tras palabra, esas noticias lo dejen clavado en la silla y acaben destrozándolo.

«Nada de cáncer, por favor, doctor Henry. No ahora que estoy reconstruyéndome en torno a Rachel, no ahora que por fin vuelvo a estar activo y mi vida tiene sentido otra vez —piensa Noah—. Y sobre todo nada de malas noticias antes de que lo atrape.»

La mirada del médico está fija en la pantalla de veintisiete pulgadas de su iMac. Los labios fruncidos y la contracción de la frente reflejan la intensidad de su concentración.

Y cuanto más se levanta la nariz aguileña del doctor Henry al ritmo de las muecas que acompañan a sus palabras, más inseguro se siente Noah.

Un último carraspeo señala el final de la lectura.

El médico se yergue en la silla y lo mira durante unos segundos. Esboza una sonrisa, que muere inmediatamente en la comisura de sus labios.

Es la hora del veredicto. Noah contiene la respiración.

—Hummm... ¿Sabe, señor Wallace? Me temo que las noticias que voy a darle no son muy buenas... hummm.

«Lo contrario me habría sorprendido», piensa Noah.

El doctor Henry se pasa la mano por la calva, levanta la vista hacia el techo y vuelve a mirarlo.

—No sabe cuánto lo siento, los escáneres muestran una progresión del tumor.

—¿Es grave? ¿Debo preocuparme? —pregunta Noah al instante.

Traducción: «¿Tengo un puto cáncer en el cerebro?».

—Hummm... Todavía es pronto para pronunciarme sobre la gravedad de la situación, señor Wallace, pero no le ocultaré mi intranquilidad. La primera biopsia no reveló la presencia de ninguna célula cancerosa; sin embargo, afirmar que ese crecimiento no es alarmante sería mentir. El tumor está localizado en la parte posterior del lóbulo occipital y ejerce presión en el córtex estriado. Para ser precisos, se encuentra al nivel de la cisura calcarina: no cabe excluir un riesgo de hemianopsia, con la consiguiente pérdida de la mitad del campo visual. Además, nunca es bueno observar un cambio de tamaño. Hummm... Me temo que habrá que hacer una segunda biopsia.

Noah se estremece al ver el armazón estereotáctico fijado en su cráneo.

—¿No es posible operar el tumor, extirparlo simplemente?

Walter se pasa de nuevo la mano por el cráneo pelado y luego orienta la pantalla del iMac hacia su paciente.

Noah ve las imágenes de su cerebro tomadas con el escáner.

—Hummm... La simplicidad no existe en este campo, señor Wallace. Como puede ver en las imágenes, usted ya tiene algunas lesiones, que son

consecuencia de su accidente. El área visual asociativa está afectada, así como la corteza auditiva primaria. La decisión de volver a abrir la caja craneal y practicar una exéresis no hay que tomarla a la ligera. De todas formas, quédese tranquilo porque estudiaré su caso con la mayor atención. Dentro de poco tendrá noticias mías, señor Wallace.

Noah no replica. ¿Qué hacer, qué decir? Su suerte está en las manos de ese hombre.

El médico se golpea la sien con el índice y añade:

—Hummm... Por otra parte, también me gustaría coordinarme con la doctora Hall. Temo que mi colega no tenga una imagen holística de su perfil médico. Querría estar seguro de que la medicación que le prescribe, antidepresivos y otras sustancias, no agrava la situación. Por cierto, ¿no llevará por casualidad algunos de sus medicamentos encima? Y si es así, ¿me permite echarles una ojeada?

Noah asiente. ¿Por qué iba a negarse?

—Por supuesto.

Noah saca tres frascos de color naranja y se los tiende al doctor Henry.

El médico los manipula y fija en ellos su mirada glacial.

—Zoloft... De acuerdo. En cuanto al Prolixin, la molécula de flufenazina no debería preocuparnos, pero habrá que comprobarlo. En cambio, por lo que respecta al Nembutal no estoy tan seguro. Es un barbitúrico a base de pentobarbital. Ya sé que no es muy ético criticar a una colega, pero debo confesarle que esta prescripción me asombra.

—¿Cuál es el problema con ese medicamento, doctor?

—Es un antidepresivo con efecto sedante, conocido también por sus propiedades hipnóticas. No veo el interés de añadirlo al Zoloft. Pero yo no soy psiquiatra. No se preocupe, hablaré con la doctora Hall. Usted siga con el tratamiento, como indica la posología.

Noah se queda inmóvil en su asiento unos segundos. Una idea ha surgido en su mente.

—¿Usted conoce al doctor Trevor Weinberger? —pregunta.

El doctor Henry se echa hacia atrás en la silla y mira a Noah como si fuera un perro con tres cabezas.

—Hummm... Sí. No sabía que usted también conocía a ese tontivano.

«Caray, este me falta», se dice Noah. Sonríe, saca el cuaderno y apunta: «Tontivano».

—Ese adjetivo no es muy halagador... ¿Puedo saber por qué lo llama así?

En la cara del doctor se dibuja una sonrisa. Una sonrisa de verdad esta vez, no un espasmo muscular.

—Sí, hace unos quince años causó sensación con un supuesto tratamiento experimental contra el cáncer. Se puso en ridículo ante sus colegas. Era psiquiatra en el Vermont State Hospital por aquel entonces.

—¿Podría hablarme de ese tratamiento? Con un lenguaje que me resulte comprensible, por favor.

El doctor Henry se acaricia la calva.

—Investigaba el trastorno de identidad disociativo, lo que vulgarmente se conoce como trastorno de personalidad múltiple.

—No veo la relación con el cáncer —dice Noah.

Walter Henry sonríe de nuevo.

—Ahí está el problema: no la hay. El doctor Weinberger había desarrollado la idea un poco peregrina de forzar el desarrollo de una personalidad positiva en los pacientes que les persuadiera de que no estaban enfermos. Lo cual es ridículo y además muy dudoso desde un punto de vista ético, estará usted de acuerdo. Simplificando, piense en un superplacebo, señor Wallace, imagine que una parte de usted se convence de que las células cancerosas abandonarán su cuerpo y que eso basta para que se cure.

Evidentemente, el estudio no tuvo continuidad. ¡Qué idea tan absurda!
Todavía me río al pensarlo.

«¿Absurda? Podría ser.»

Pero ¿no sería la razón por la cual lo pegaron a una silla y lo asesinaron?
¿No por sus teorías sobre el tratamiento del cáncer, sino por otra cosa?

«Trastorno de identidad disociativo.»

Noah sonrío a su vez. Ya no piensa en el motivo inicial de su visita. Una
idea se ha impuesto en su mente y ya no lo abandona:

Adramalech y Belfegor.

El juez y el inventor.

Rebecca Law y su locura.

Las piezas van encajando.

Ajedrez

Bernard Tremblay deja la taza de té y se seca cuidadosamente con un pañuelo la comisura de los labios.

—Ya basta de hablar de mi hermana y de su tercer enamoramiento en seis meses. ¿Quieres informarme del resultado de tus últimas investigaciones?

Clémence hace chasquear la goma elástica que mantenía tensa entre los dedos.

—Noah Wallace es un tipo simpático, brillante... y un poco pirado — contesta—, pero es parte de su encanto. Seguro que tiene algo que ver con el asesino, aunque estoy convencida de que no ha hecho nada malo. Sin embargo, está totalmente perdido. Y yo diría que de verdad tiene un don... aunque tú no creas en eso.

Bernard se muestra contrariado.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Ya lo sé... Pero quiero insistir porque te conozco, tío. Crees que es culpable y te equivocas. ¿Rey en f7?

Bernard sonrío. ¿Conque desea continuar la partida? Cierra los ojos y reconstruye mentalmente la imagen del tablero. Bueno, tal como estaba previsto, el enroque con la torre en f1 ha hecho huir a su rey.

—Peón en b5. No, yo de lo que quiero hablar es del caso, y sobre todo del

último escenario del crimen. Me gustaría conocer tu opinión. Y saber cómo puede encajar esta nueva pieza en el puzle.

Clémence se levanta de la mesa, abre el frigorífico y coge el brik de leche.

—Belfegor es el demonio que se asocia a los inventos y a los descubrimientos. El asesino se cargó a la víctima por esa razón y quiere que se sepa. No es un psicópata; ese tipo mata a la gente por un motivo especial, una venganza sin duda. Partiendo de esa premisa, tengo dos hipótesis. La primera es que actúa como justiciero. Tal vez para él todas esas personas merecen ser castigadas por actos que cometieron en el pasado. Pero a mí me gusta mucho más la segunda hipótesis, que me parece más plausible. Todas las víctimas están relacionadas entre sí. Lo cual explica que sean de la misma franja de edad, y también la proximidad geográfica. En mi opinión, para saber más del asesino tendremos que descubrir de qué trabajaba Trevor Weinberger y cuáles eran los casos de los que se encargó el juez McKenna. Estoy siguiendo una pista con Noah. Ya te lo dije: pronto sabré algo más.

Clémence vuelve a ocupar su lugar frente a la mesa y se sirve un gran vaso de leche.

—Y si compartes mi punto de vista, a ti te tocará revisar el expediente de todas las víctimas y encontrar una relación. Caballo en a5.

Bernard echa la cabeza hacia atrás. Con el descubrimiento de la doble identidad de Yves Coté, a lo mejor el gasto podría justificarse.

—Sí... De acuerdo. Justamente pensaba profundizar en ese asunto, estudiar el vecindario, analizar las cuentas; en fin, todo. No será fácil justificar un gasto tan astronómico, pero me has convencido. De todas formas, ese incompetente de Raymond no acaba de enviarme los dichos expedientes del Demonio de Vermont y estamos pasando por alto indicios, ¡indicios valiosos!

Rompe una porción de chocolate de la tableta y se la mete en la boca.

¿Habría podido Clémence ponerlo en otro sitio, un caballo en el borde del tablero? La chica no reflexiona. La impetuosidad de la juventud.

Cierra los ojos y saborea el chocolate, que se le derrite en la lengua.

—Reina en d1.

Clémence se queda quieta unos segundos. Al cabo toma un sorbo de leche y pregunta:

—¿Hay noticias de la familia Coté? ¿Y estás seguro de que el chocolate es bueno para lo que tú tienes? Torre en e8.

Bernard visualiza la partida. El rey de Clémence está en f7, tiene un peón en f6... Una sonrisa triunfal le ilumina la cara amarillenta.

—No, ninguna noticia... Me temo lo peor. Si tu teoría es correcta, el asesino los habrá hecho desaparecer para que no divulguen informaciones sobre Yves Coté, pero ¿quién puede tener interés en hacer eso? Caballo en g5... Jaque.

«Y mi salud no es de tu incumbencia, Clémence, es problema mío», piensa Bernard para sus adentros.

—Ese es el tema más importante, si quieres saber mi opinión. Noah no es el asesino, eso no tendría ningún sentido. La verdad, querido tío, es que tengo la impresión de estar asistiendo a una partida de ajedrez entre nuestro asesino y... Peón en g5, captura de caballo.

Bernard suelta una risita.

«La partida ha terminado, querida sobrina. Tienes al rey pillado. Mi alfil en a3 te corta la retirada en f8. Con mi reina que te pondrá en jaque... estás obligada a refugiarte en g8.»

—¿De veras no tienes ni idea de quién podría ser el otro jugador? ¿Y si fuera Wallace? Reina en f3.

Clémence niega con la cabeza y deja el vaso en la mesa.

—Has ganado, tengo que mover mi rey a g8 y tu próximo movimiento es

jaque mate. Sigues siendo igual de bueno, pero un día... ¡te ganaré!

—Eres una chica inteligente, y a pesar de que el ajedrez y los puzles son actividades que practico desde hace años, pronto me superarás, sin duda.

Clémence se levanta de la silla y coge la cazadora de cuero del respaldo.

—Voy a ir a Vermont para ponerme en contacto con Noah. No creo que él sea el otro jugador, sino más bien una clave para descubrir su identidad. Te tendré al corriente, tío.

«Perfecto —se dice Bernard—. Y yo subiré a mi despacho y leeré el expediente que acabo de recibir sobre el señor Wallace.»



—No has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho, Noah. Es difícil obtener respuestas cuando miras al techo.

No hay el menor reproche en el tono de Rachel, solo una leve preocupación.

Noah se vuelve hacia ella y le coge la cara con las manos.

—Todo va bien, te lo aseguro.

No ha sido convincente porque los ojos de Rachel se empañan.

—Solo tengo que repetir una prueba. Y además hay que ser optimista. Cada visita al doctor Henry me permite llenar mi cuaderno de notas con palabras complejas. Cisura calcarina, hemianopsia.... ¡Ese tipo es una mina de oro!

—Qué bobo eres —dice ella con una sonrisa que le dibuja unos hoyuelos adorables.

Luego lo besa.

Noah cierra los ojos y disfruta del momento, de esa luz intensa en medio de su océano de negrura.

¿Cuánto tiempo tardará en sumirse otra vez en las tinieblas de la investigación?

Mañana seguirá buscando.

Hay tantos hilos que conectar... Rebecca Law y el juez, los estudios insólitos de Weinberger. De hecho, hay que releer todos los expedientes, los antiguos y los nuevos, con un enfoque distinto.

¿Cómo pudo el Otro pasar por alto la relación entre las víctimas? Es difícil meterse en su mente porque ya no capta el mundo de la misma manera.

Es casi un extraño.

Noah se separa de los labios de Rachel.

Le brillan los ojos. Ya no hay tristeza en ellos sino deseo.

Rachel lo empuja a un lado y se le sienta encima.

Se inclina para besarle otra vez. Su larga melena le cae en cascada sobre la cara.

Se yergue y echa la pelvis para atrás.

Noah se queda quieto.

Hay una chica con ellos en la habitación.

El agujero que Noah ve en su frente ha desvanecido sus dudas.

Es Chloé Coté.

La chica señala el armario empotrado.

Noah sabe lo que quiere.

Que consulte su diario.

Tabula rasa

Sophie observa el tren que arranca desde el puentecito que cruza las vías.

Por fin puede soltar el aire que ha contenido durante una eternidad con el cuerpo rígido y la cabeza pegada a la ventanilla.

Pero debía correr el riesgo de ir en metro desde Gran Central hasta Brooklyn.

Ha valido la pena. Una vez que haya accedido al apartado de correos que tiene alquilado con Blake podrá dejarle un mensaje... y recuperar algunas pertenencias valiosas.

Ya hace dos años que comparten ese escondrijo. Por supuesto, jamás reciben correo en el apartado, solo lo usan para dejar sus «cositas», principalmente cannabis para Blake, así como algunos componentes electrónicos destinados al hackeo de redes inalámbricas. Sophie, por su parte, guarda allí sus accesorios ilegales: un estuche de herramientas para abrir cerraduras, una placa falsa de policía, material para realizar escuchas... y un revólver.

Los quince dólares que paga al mes una tal Amanda Roy, creada virtualmente por Blake, son una buena inversión.

«¿Lo ves, Cadwell? Admite que el lobo malo puede ser útil de vez en cuando», piensa Sophie.

Pero aprieta los dientes. Dentro de unos minutos tendrá que forzar la

cerradura del casillero, porque la llave se quedó en su bolso.

No es la primera vez que tiene que hacerlo, aunque suele actuar de noche y sin nadie a la vista. De lo contrario, Blake monta guardia.

En Brooklyn, al atardecer, y sin su estuche de herramientas, que está dentro, el desafío es mayor.

«Estás loca, hijita...», le diría su padre.

«Sí, lo sé, papá. Y tú todavía no sabes ni la quinta parte de lo que ha hecho tu princesita.»

Si supiera el número de veces que ha violado la ley para lograr sus fines...

«El lobo malo, señorita Lavallée», le diría Cadwell.

«¡Cállate! Era por una buena causa. Como siempre.»

Ahora está delante del edificio.

Por suerte, Brooklyn no es Times Square. La Sesenta y cinco no está muy frecuentada a esa hora, y solo ve un puñado de clientes de una tienda de comestibles del barrio moviéndose entre los expositores de frutas y hortalizas.

Están rehabilitando la fachada del edificio gris y beis, y Sophie pasa por debajo de los andamios y empuja una puerta azul. Suena la campanilla y la encargada, una mujer de al menos setenta años, la obsequia con un «buenas tardes» meloso.

Momento delicado. Si quiere abrir la caja, primero tiene que comprar clips.

Un objeto insignificante, pero una fuente de angustia muy significativa.

Hay varios artículos colgados en la pared perpendicular al mostrador. Sobres, bolis, timbres, grapas y... ¡bingo!, justo lo que necesita.

Sophie coge un paquete de sobres, un boli y una caja de clips y los deja delante de la vendedora.

—Qué tiempo tan feo, ¿verdad? —dice la anciana.

Sophie duda antes de responder. Tiene prisa, pero no quiere llamar la

atención.

—Sí, el invierno se ha adelantado.

—Yo creo que será largo y frío. Pero hay que ver el lado positivo: ¡tendremos una Navidad blanca! El año pasado eché de menos la nieve, ¿usted no?

—Sí, fue triste.

«Joder, espero que no me describa todos los regalos que había debajo de su árbol y su menú de Nochebuena», piensa Sophie.

Deja un billete de cinco dólares en el mostrador.

—Mi hija vive en Fort Lauderdale... Allí es poco probable que nieve.

«¿Por qué? ¿Por qué tiene que pasarme esto a mí?», casi murmura Sophie.

—Sí, en Florida... hace más calor —dice. Y piensa: «Bravo por ese comentario tan ocurrente»—. ¿Cuánto le debo?

—Cuatro dólares y cincuenta centavos.

«Uf. Final del calvario.»

—Quédese con el cambio. ¡Que tenga un buen día!

El corazón le late tan fuerte que está convencida de que en cualquier momento se le saldrá del pecho.

¿Cómo puede ser tan angustiante una simple conversación con una anciana?

Sophie se dirige hacia la habitación donde están los casilleros y busca el número 504.

Echa un vistazo a su alrededor.

Nadie a la vista.

Saca dos clips de la caja.

Desdobra uno por completo y, ayudándose con la palma de la mano y con el saliente de una pared, convierte uno de los extremos en un gancho.

Acto seguido tuerce el otro clip hasta formar un ángulo recto.

Se seca el sudor de la frente. Entre la capucha y el nerviosismo que se ha apoderado de ella súbitamente, su cuerpo es un horno.

La cabeza le pica bajo la gorra de tela. Le gustaría quitársela y liberar su melena para meter entre ella las uñas y rascarse.

Después. Si lo consigue.

Bien, ya está a punto... y sigue sin haber nadie a la vista.

Sophie inserta el clip doblado como si fuera una llave y luego mete el que tiene la forma de gancho.

«Ojalá no se rompa», piensa mientras con una mano sudada y temblorosa hace presión en el trocito de metal.

«Ahora no me seas torpe, Sophie.»

Contiene la respiración y mueve las muñecas. El gancho empuja el pasador y...

... clic.

«¡Casi!»

Frunce los labios, hace girar el clip doblado y...

... ¡clac! La portezuela se entreabre.

Sophie ahoga un grito de alegría.

«Bueno. Cálmate. Ya no tienes nada que temer. Solo eres una clienta que acaba de abrir su casillero.»

Coge el boli que acaba de comprar y escribe unas palabras en un sobre.

Blake, tengo que desaparecer por un tiempo. Corro peligro. Si oyes cosas sobre mí, que sepas que soy inocente. No puedo ser más explícita, lo siento. No me busques.

PD: Avisa a mi padre y a Charlie, pero a nadie más, es importante. vuestras vidas dependen de ello. Te prometo explicártelo todo.

Ya está. Ya ha hecho algo bueno.

La próxima vez que Blake vaya a revisar el buzón encontrará la nota. Y

ahora, el material.

«Es peligroso... si te detienen.»

Si la detienen, de todas formas estará jodida.

Abre la mochila y guarda las cosas.

Y entonces ve un sobre a su nombre.

Reconoce la letra de Blake.

Lo coge. Un bulto lo deforma.

Lo abre.

Un *pendrive* y una nota garabateada en un pósit: «Por si me pasa algo».

Suelta la nota como si fuera venenosa.

Cometieron un error al tratar de localizar al autor de los mensajes anónimos.

—Oh, Blake... ¿qué has hecho? —murmura.

Cierra el candado y se queda un instante con la cabeza gacha y la mano apoyada en la puerta.

Es arriesgado. Pero no tiene más remedio. Blake está en peligro, y su antiguo apartamento solo se encuentra dos bloques más allá.



Lo primero que ve es el precinto policial amarillo.

CRIME SCENE – DO NOT CROSS, lee en las banderolas que hay a cada lado de la entrada del edificio donde Sophie residió mientras estudiaba en la universidad.

Dos Ford Interceptor blancos y azules de la poli están aparcados en medio de la calzada y bloquean la circulación.

Un agente con un chaleco de la Unidad del Escenario del Crimen CSI del Departamento de Policía de Nueva York mantiene a distancia a los curiosos

que empiezan a congregarse. Entre ellos, algunos reporteros, micro y cámara en mano, dispuesto a accionar el flash.

Sophie se queda sin aliento y de pronto se le doblan las piernas como si el suelo que pisa fuera de arena.

No puede ser una coincidencia.

Avanza unos pasos, atraída por una fuerza invisible.

«Por si me pasa algo.»

Blake.

Vuelve a nevar. Pero la danza de los copos ya no es hermosa, es una lluvia de ceniza helada escupida por un cielo triste.

Cada segundo de más que pase cerca de la policía acrecienta el peligro, pero Sophie tiene que saber.

Agacha la cabeza y se mezcla con el gentío. Las ganas de romper el precinto amarillo y correr hacia su apartamento le retuercen las entrañas.

Un policía se vuelve hacia ella. Sophie mira hacia el suelo.

«No te quedes ahí, princesa —le diría su padre—. De todas formas no puedes hacer nada.»

Una mano se posa sobre su hombro.

Sophie da un respingo y se vuelve, jadeando.

—¿Sophie?

Es la señora Lim, la portera. La anciana, con los ojos enrojecidos por el llanto, levanta la mano temblorosa y abre los brazos para rodearla con ellos.

—Lo siento mucho, Sophie... Es horrible.

Sophie no se mueve.

«¿Qué es horrible?»

Un movimiento entre la gente, un griterío, un destello de flashes.

Bethany acaba de salir, escoltada por dos policías. Su cara es la de un espectro. Un envoltorio corporal sin alma.

«¿Por qué va esposada? ¿Por qué está detenida?»

Sophie se vuelve hacia la señora Lim y busca una respuesta en los ojos entornados de la portera.

La momia de cara apergaminada levanta los brazos y la cabeza le cae sobre el pecho.

—Pobre Blake...

Sophie está tan rígida como una estatua de piedra. Tiene un nudo de tristeza en la garganta, la sensación de culpa la invade.

«Es culpa mía. Yo lo he matado... Me avisó, no le hice caso. ¡Venga, Cadwell, di que es por mi culpa y por culpa del dichoso lobo!»

Y entonces los brazos de la señora Lim la estrechan con más fuerza. El nudo que Sophie sentía en la garganta se disuelve y se deshace en lágrimas.

Maraña

Rachel se ha marchado antes de lo que a Noah le habría gustado, y de nuevo se ha instalado la soledad a su alrededor.

Ya no soporta estar solo. El silencio ya no es ese lago apacible donde su espíritu puede recuperar la calma. Se ha vuelto un terreno fértil donde germinan y crecen sus angustias más negras. Noah tiene miedo.

Miedo de que la masa que se desarrolla en su cabeza le arrebate la cordura, miedo de perder a la gente que ama, miedo a los fantasmas que merodean en torno a él.

Maggie, Chloé Coté. ¿Son apariciones reales o manifestaciones que su cerebro crea?

Mensajes enviados por el Otro, prisionero en la maraña de su córtex enfermo.

¿Qué diría su psiquiatra de rostro céreo?

Noah abandona el calor húmedo de las sábanas, coge el bastón y se dirige hacia el armario.

Aparta los trajes de un manotazo y saca del estante la caja de zapatos.

La abre, retira varios pares de calcetines que hay encima y coge el diario.

Que Chloé sea o no una manifestación del Otro carece de importancia. Algo tiene que haber en el diario. Un indicio que no descubrió la primera vez, o una información que aún no tenía sentido en el momento en que la leyó.

Noah toma su cuaderno, se sienta en el borde de la cama, enciende la lámpara de la mesilla de noche y se sumerge en el pasado de la pequeña Chloé.

Tras una lectura minuciosa, dobla la esquina de tres páginas del diario que le han llamado la atención. Luego lee en voz alta cada una de las entradas.

15 de abril de 2014

Mamá ha vuelto a casa llorando. No hace falta ser adivino para comprender que la visita al médico no ha ido bien. He esperado a que se calmara para hablar con ella. Me ha explicado que el tratamiento con clozapina ha provocado una miocarditis aguda. No sobrevivirá sin un trasplante. Sé que es un pensamiento horrible, pero rezo para que encuentren un donante lo más rápidamente posible, aunque eso signifique que alguien debe morir. ¿Soy mala persona por pensar así?

17 de abril de 2014

Ha venido el abuelo. Es su primera visita en un año. Estaba furioso. Mi padre y él se han encerrado en el despacho. Al principio no he entendido de qué hablaban, pero el tono de la conversación ha ido subiendo. Luego he oído el nombre de mi hermano varias veces. Mi abuelo reprochaba a mi padre algo relativo al tratamiento con clozapina. Él le había sugerido otro enfoque, pero mi padre al parecer se negó a tratar la esquizofrenia de Sylvain con ese método. «Es monstruoso», añadió. Mi hermano sigue en lista de espera y puede morir de un momento a otro. Tengo miedo.

23 de mayo de 2014

Sylvain ha vuelto a casa. Todavía está débil, y tendrá que medicarse durante toda la vida. Pero lo más duro ya ha pasado, la operación ha sido un éxito. Me apena no haberlo visto durante todo el tiempo de la convalecencia. El primo de Élise también se sometió a un trasplante cardíaco, y sin embargo ella sí pudo visitarlo en el hospital. ¿Por qué me lo prohibieron a mí? Después de todo, ¿qué importa?, estoy feliz de volver a verlo. Mi abuelo ha vuelto a hablar del tratamiento experimental; mi padre parecía estar de acuerdo con él.

Noah cierra el diario y suspira. Recuerda el escenario del crimen en Lac-

Beauport. El asesino había forzado a Yves Coté a elegir entre su hijo y su nieto. El uno debía morir rápidamente de un balazo en la garganta, el otro estaba condenado a sufrir el martirio.

El corazón de Sylvain era frágil. No hubo informe del forense, pero cabe la posibilidad de que el corazón le fallara durante la tortura del *waterboarding*. Por eso lo designó el abuelo.

Durante la inspección, Noah sintió rabia en presencia de los cadáveres. ¿Una reacción furiosa del asesino? ¿Esa última bravuconada del juez lo hizo montar en cólera?

Es posible. Noah no había sentido nada parecido en los otros escenarios del crimen.

¿Era eso lo que Chloé quería mostrarle?

No, debe de haber otra cosa oculta en el diario.

«Es monstruoso», dijo el padre.

Noah se obliga a reflexionar.

Hay elementos nuevos en la investigación.

«¿Qué hilos puedes relacionar con Yves Coté, alias Harris McKenna?»

Rebecca Law y su obsesión por el triciclo rojo es uno. Pero no parece relevante en ese caso concreto.

Trevor Weinberger, alias Belfegor, es otro, al menos desde el punto de vista del asesino.

Era psiquiatra. Por lo tanto, *a priori* no hay ninguna relación con un trasplante cardíaco. Pero ¿puede haberla con el tratamiento contra la esquizofrenia? ¿Y si Weinberger era amigo de McKenna?

Son suposiciones, pero la conexión sería esa.

Para descubrir más, Noah debe tener acceso al historial médico de Sylvain. ¿Quizá lo trató Weinberger?

El problema es que se halla al otro lado de la frontera. En el territorio del

Canoso. Como todo lo demás, por cierto: los informes de la autopsia, los expedientes de las víctimas. Ya iba siendo hora de que establecieran una verdadera colaboración y que las informaciones circularan con fluidez entre ambos equipos.

Jodida política. Jodido ego.

Cada parte tiene unas piezas del puzle, y ni Steve ni Tremblay están dispuestos a ponerlas en común.

Mientras tanto, a lo mejor Clémence puede ayudarlo.

Noah abre la boca. Empieza a notar los oídos tapados. El pitido que oye se amplifica hasta saturar todo su cráneo con un silbido agudo.

Se deja caer de espaldas. La cabeza le da vueltas.

No debe pensar en nada. Ha de vaciarse.

Aprieta los dientes y aporrea el colchón con los puños.

«Cerebro de mierda.»

«Malditos círculos en el agua.»

Noah cierra los ojos y se concentra en Rachel.

Su ancla. Se aferra a ella. A su blanca piel, a sus labios carnosos.

La tempestad se calma y el pitido desaparece poco a poco...

... expulsado por el timbre del teléfono.

Noah abre los ojos.

Se incorpora y va cojeando hasta la cocina, donde ha dejado la americana.

Demasiado tarde.

Coge el teléfono.

Una llamada perdida, un mensaje.

Clémence.

Noah marca el número de su buzón de voz. Y oye:

—Buenas noches, señor Wallace, acabo de llegar a Burlington. Estoy en

un hotel. Tengo informaciones que comunicarle. Apuesto a que le gustarán.
Le llamo mañana.

Alógico

Benedict permanece un rato de pie detrás del espejo de dos caras. Busca algún indicio en el rostro de Beth, algún elemento, una respuesta que pueda apaciguar el tumulto de interrogantes que satura su mente.

¿Cómo ha podido esa joven, que es la amabilidad personificada, reventar la cabeza a su mejor amigo?

Una chica con la cual ha reído, ha bebido. Una chica sencilla, pero siempre agradable y dispuesta a hacer un favor. Quizá la única conocida del entorno de Sophie que le caía bien. La única que se interesó por él después de su humillación.

Imposible.

Y sin embargo, no se encuentra uno de un día para otro con una Glock en las manos —con el número de serie borrado y sin licencia de armas, por cierto—, a menos que tenga una idea entre ceja y ceja.

Lo cual significa premeditación. Determinación. Sangre fría. Y por consiguiente... asesinato.

Y eso es lo que no encaja.

Bethany es espontánea. No es de las que planifican, no es calculadora.

E incluso si se hubiera equivocada con respecto a ella, lo cual es posible porque uno nunca conoce del todo a las personas que lo rodean, ¿por qué

llamó asustada a la policía? Eso no encaja con el perfil de alguien que ha actuado con premeditación.

Los policías la encontraron en un estado próximo a la catatonía, tendida junto al cuerpo de Blake. Joder, ¡si hasta tenía trozos de cerebro pegados a su ropa!

Y Blake, pobre chico. Benedict lo odiaba, por supuesto, por su aire de hermano mayor protector y su pretendido sentido del humor. Siempre sospechó que le había comido el tarro a Sophie y había influido en su separación. Pero al ver las fotos...

Por Dios, eso no se lo merecía.

Y la policía se equivoca.

—Es una historia de pareja, como en el noventa por ciento de los casos... Un crimen pasional. Bueno, más bien una venganza fría, vista la forma de ejecución —declaró Lewis antes del interrogatorio.

Pero Blake era gay.

Benedict se ha mantenido en silencio. No ha querido influir en el sargento. Sin embargo, sabe perfectamente que esa pista no conduce a nada.

—Y si no ha sido por sexo o por amor, ha sido por dinero —ha añadido el poli.

No, tampoco eso cuadra. Beth compartía un piso de alquiler en Brooklyn y llevaba una vida bohemia... aparentemente, porque papá y mamá siempre podían echarle una mano. Beth y Sophie van de autónomas e independientes, pero son dos niñas mimadas.

Benedict suspira.

No encuentra nada en esa cara desencajada, en esas facciones devastadas. Ni un asomo de respuestas.

Se aleja del espejo y apoya la espalda en la pared.

Y Sophie está ilocalizable.

Lo cual la hace sospechosa para todo el mundo.

Giovanni, Cadwell, Blake. Todo se ha ido encadenando desde que esa idiota le pidió el favor.

Y entonces se maldice por haber dicho que sí, por haber dejado que su ego —su orgullo, mejor dicho— dictase su decisión. De haberlo sabido, la habría enviado a freír espárragos.

Ese asunto puede estallarle en la cara. Y empeorará si llega hasta el amigo del FBI que le facilitó la dirección de Napolitano.

Pero ¿cómo podía prever que la cosa fuera por esos derroteros? ¡Sobre todo porque esa zorra manipuladora le ocultó su verdadero objetivo, su investigación sobre ese periodista desaparecido en los años setenta!

¿Sophie sospechosa, Sophie asesina?

No. Eso no lo piensa ni borracho.

¿Sophie en un lío del carajo?

Sí. Mayor de lo que a Benedict habría deseado.

¿Sophie muerta?

Ahuyenta ese pensamiento persignándose. Eso sí que no.

¿Sophie en peligro?

Por supuesto. Eso podría explicar su desaparición. Huye de algo.

Pero ¿quién la persigue?

¿Quién ha matado a Giovanni y a Cadwell? ¿Y qué pasa con Blake? ¿Pura coincidencia?

Benedict cierra los puños y golpea la pared.

En ese momento el sargento Lewis abre la puerta y se seca la frente.

—Esa habitación es un horno —exclama—. Para mí que esa chica está loca de atar. Estoy prácticamente seguro de que no miente... o si no, es que es una psicópata. Está convencida de lo que dice. No recuerda nada de lo que ha hecho. Solo que de pronto se ha encontrado con un arma en la mano. Un

duro despertar, si es que es verdad. Pero, joder, yo la creo. Si quiere mi opinión, me temo que acabará, como otras, en un hospital psiquiátrico atiborrada de pastillas.

Sí. Benedict la ha oído chillar y deshacerse en llanto.

—¡No me acuerdo de nada! No sé por qué tenía esa arma. Por nada del mundo lo habría matado... ¡Era mi amigo!

Ha sido convincente. Benedict ha de reconocer que Beth es actriz, pero más bien mediocre, de las que no tienen talento. Si ha mentido en ese interrogatorio, entonces merece un Oscar.

El sargento Lewis debe de tener razón. A lo mejor es que está loca. O drogada hasta las cejas... y la droga le habrá hecho oír voces. No es infrecuente que esos artistas, que son unos vagos, se inyecten o fumen cualquier mierda.

Los informes de los análisis de orina y de sangre pronto aportarán evidencias.

En todo caso, drogada o no, eso no explica lo demás. Los otros muertos, la huida de Sophie.

«¿Y si...?»

Benedict sonrío sin querer y suelta una risita cínica.

—¿Qué es lo que le hace gracia, señor Owen? —pregunta el poli.

—Son los nervios, sargento Lewis.

—Le entiendo, es un asunto feo.

No, si sonrío es por la ironía de la situación.

Acaba de darse cuenta de que para desenmarañar ese caso tendrá que seguir la misma pista que Sophie.

Según ella, y no hay razón para dudarlo, existe una conexión entre el mafioso, el exprofesor y el periodista desaparecido, Edgard Trout.

Retomará el dossier desde el principio. Y más que burlarse del tema y

convertirlo en un pretexto para perseguir a su exnovia, hará su trabajo y se empleará a fondo. Porque por algo ha ascendido hasta ese puesto siendo tan joven.

Lo descubrirá. Es bueno y tiene contactos.

Y, además, ser ayudante del fiscal tiene sus ventajas.

—Sargento Lewis, voy a firmarle una orden de registro. Quiero que examine el apartamento de Sophie Lavallée de arriba abajo. Y que me traiga todo lo que encuentre, apuntes, diarios, todo aquello que haya podido estar investigando. También expediremos una orden de busca y captura. — Reflexiona y añade—: Al mismo tiempo, deseo que busquen en casa de Stephen Cadwell, en el apartamento de Giovanni y en el de Blake. Lo mismo: quiero apuntes, correspondencias, cuadernos, fotografías.

El sargento Lewis lo mira, incrédulo, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa, sargento? ¿Qué hace aquí todavía? Espera las órdenes de su capitán, ¿es eso? Le ahorraré tiempo porque dentro de cinco minutos estaré en su despacho ¡y le diré exactamente lo mismo que acabo de decirle a usted!

«Bien.»

Si, como cree, su amigo del FBI tiene acceso a los casos no resueltos, dispondrá de una baza de la que Sophie carecía.

Y vencerla en su propio juego es en cierta forma una victoria sobre ella, ¿no?

Siempre que esté viva, claro.

Obduración

Noah sonrío. Por fin ha recuperado al Steve de antes, un bulldozer al que nada detiene, un pitbull que no suelta su presa.

Por desgracia, sabe adónde los conduce esa excursión por el valle de Bolton.

Siguen unos raíles que el asesino ha colocado para ellos.

Noah no ha dicho nada, ha dejado que su amigo se reanimase, como si la noticia hubiese insuflado aire en sus pulmones atrofiados.

Lo ha dejado saltarse las limitaciones de velocidad sin protestar, y gritar a los automovilistas demasiado lentos.

Pero cuando se disponen a entrar en esa casa aislada, perdida en los bosques que bordean la carretera de acceso a Bolton Valley, siente la necesidad de desactivar la bomba humana llamada Raymond.

Porque si es un callejón sin salida, su amigo explotará.

—Steve, antes de entrar, debo darte mi opinión. Esa llamada ha sido demasiado oportuna, así que no te hagas demasiadas ilusiones.

El inspector agita la orden de registro delante de sus narices. Sus gruesos dedos arrugan el encabezamiento.

—¡Coño, Noah! Eres desesperante. ¡No me negarás que es una pista! Los testigos existen, ¿sabes? ¡Y la negligencia también! Todos cometemos

errores, ¿verdad? Entonces ¿por qué iban a ser esos tarados una excepción? Y además, esa cabaña constituye un buen escondite, ¿no?

Noah asiente con la cabeza y pone una mano en el hombro de su amigo.

¿Negligencia?

No, en absoluto.

Un testigo ha visto al asesino con el psiquiatra cerca del río. De acuerdo. No es nada excepcional, puede ocurrir. El asesino expone a sus víctimas, con lo cual se arriesga y es muy posible que lo hayan visto.

Pero ¿qué haría un tipo normal?

Llamaría a los polis.

No lo esperaría, lo seguiría en el coche, y no se manifestaría al cabo de unos días para comunicar su posición.

¿Y por qué ha esperado hasta ahora?

Dos coches de policía aparcen al lado del SUV de Raymond.

Steve los invita por señas a acercarse y se vuelve hacia su amigo.

—Noah, me aferro a cualquier indicio, por débil que sea. Sé muy bien que esa llamada es sospechosa. Sí, a lo mejor esa pista no nos lleva a ninguna parte. Pero sabes tan bien como yo que hay tíos que funcionan a base de adrenalina. Quizá el testigo quiso jugar a los detectives, vete tú a saber. A la mierda, ¿crees que tengo dónde escoger? ¡Es a mí a quien salpicará ese marrón! Bueno, de todas formas, estamos aquí, tengo una orden y ese maldito cielo gris aún no nos ha duchado. Así que... ¡preparado!

El sargento Ramirez se ha unido a ellos.

Noah lo observa durante unos segundos. Ese policía es la antítesis de su amigo. La camisa beis de su uniforme está perfectamente planchada, igual que el pantalón caqui con dos tiras amarillas a los lados. Y va bien afeitado.

Atlético y sano, observa Noah. De los que corren cada mañana, haga el tiempo que haga, de los que levantan pesas en el garaje o en el gimnasio.

—Lo siento, señor Wallace —dice—. Por ahora es mejor que no se acerque. Es una operación policial, y podría ser peligroso. Si es necesario, podrá intervenir más tarde.

Steve asiente y le guiña un ojo.

Noah se aferra a la empuñadura del bastón y retrocede unos pasos.

—Los hombres han tomado posiciones en el bosque, la puerta de atrás está cubierta —añade el sargento Ramirez.

Steve aporrea la puerta.

—¡Policía Estatal de Vermont! ¡Abran!

Espera.

—No hay nadie, Ramirez —concluye—. Entremos.

Steve pone la mano en el pomo redondo.

—No está cerrada —comenta.

Desenfunda la Smith & Wesson M&P40. Ramirez hace lo mismo.

Los dos policías entran en la casa.

Noah apoya la espalda en el muro de madera y espera mirando la danza de las hojas muertas al pie de los árboles descarnados.

«El invierno llegará antes de tiempo —se dice—. Incluso puede que nieve a finales de noviembre.»

El teléfono vibra en el bolsillo de su pantalón.

Clémence Leduc. Noah descuelga.

—Buenos días, señor Wallace. Le llamo como habíamos acordado. ¿Le tiente dar una vuelta por el estado de Nueva York? Puedo pasar a recogerlo en coche.

Noah se sujeta el teléfono entre la mejilla y el hombro y cojea hacia el bosque.

—Buenos días, Clémence. Ahora no puedo. Acompaño a Steve en un registro, ya le contaré.

—Estupendo... Pero oiga, creo que tengo una pista sobre Rebecca Law. Una de sus antiguas amigas está dispuesta a hablar. Podría ir sin usted, aunque...

Steve acaba de salir por la puerta de entrada. Lo busca con la mirada.

—No vaya sin mí. Volveré a llamarla.

Cuelga. Steve camina hacia él.

—Bueno, para no gustarte hablar por teléfono... —dice cuando llega a su lado.

—Era Clémence Leduc.

—¡Joder, Noah! ¿Ahora te lo montas con la esmirriada? ¿Qué le ves a esa chinche arrogante?

—No te embales, Steve... Trabajamos juntos.

—¿Trabajáis juntos? Coño, preferiría que te la tirases. ¡Eso es una puñalada por la espalda! ¡El caso es nuestro! ¡Tú y yo lo empezamos y lo acabaremos solos! ¡No con esos cabrones canadienses francófonos! Venga, acompáñame. Lo de ahí dentro es la cueva de Ali Babá.

Steve parece haber recargado las pilas, constata Noah. Hay vida en su cara.

—No hay nada, ni un mueble. Todo limpio, lavado con lejía. Menos un sitio —declara el poli.

Noah entra en la cabaña. En cuanto cruza el umbral tiene la impresión de que una mano invisible tira de él hacia dentro. Conoce ese sitio. La pared de la izquierda está vacía, pero la imagen de una cabeza de alce disecada se imprime en su mente. Raymond camina deprisa y lo conduce a una habitación, un dormitorio improvisado, donde descubre un saco de dormir en el suelo. Hay unas fotografías pegadas con chinchetas en la pared.

Unas fotos de Jean-François y Élise Duval antes de que los asesinasen. La familia Coté al completo, incluidas la madre y la hija. Las fotos fueron tomadas en Montreal y Quebec.

El asesino se proponía ejecutarlos también, se dice Noah. Debió de sentirse frustrado. A Trevor Weinberger también lo retrató.

—Estaba aquí, Noah, ese cabrón ha dormido aquí. ¡Estamos cerca, joder! ¡Es imposible que ese bastardo no haya dejado algún rastro en el saco de dormir o en otro sitio de la casa! He llamado a los *forensics*. Inspeccionarán hasta el último rincón. ¡Con que hallemos un simple pelo de sus huevos lo pillamos!

«Haría falta que tuviéramos registrado su ADN», piensa Noah.

No, todo eso lo ha dejado porque ha querido. Nada es casual, todo tiene un sentido. Pretendía atraerlos hasta ahí.

Pero ¿por qué?

—Esta habitación es cosa tuya, Noah.

Es esa casa, piensa Noah.

—Haznos tu magia, y atrapa a ese cabrón.

¿Qué le recuerda?

«Debes hacerlo tú.»

Su sueño despierto.

El sueño que tuvo en el hospital.

Noah retrocede hasta la puerta junto a la que acaba de pasar. Sí, es ahí.

«¡Lo pagaréis!»

—Pero ¿se puede saber qué coño haces, Noah?

«Estate preparado... ¡Ya llega!»

Noah cierra los ojos y pone la mano en el pomo de la puerta.

Y las sensaciones se precipitan.

El hombre baja la escalera, los tablones tiemblan a su paso.

Corre hacia los dos niños.

Se le engancha el pie en el hilo que han tendido y cae.

Grita con rabia y se apoya en las palmas de las manos, dispuesto a

levantarse.

«¡Venga, golpéalo! ¡Dale fuerte!»

El más pequeño de los niños descarga el martillo sobre su cráneo. Un ruido sordo.

El hombre chilla, se lleva la mano a la cabeza, la sangre se escurre entre sus dedos.

El pequeño continúa, el martillo se abate sobre la mano y de nuevo sobre el cráneo. Lloro desconsolado, pero golpea con más rabia cada vez. Las gotas de sangre caliente le salpican la cara. No se detiene hasta que su amigo le sujeta el antebrazo.

«Ya basta, ya tiene su merecido.»

«¿Está muerto?», dice la voz del más pequeño.

«Sí, y el muy cabrón se lo merecía.»

Noah abre los ojos. Retrocede, se tambalea y cae de espaldas.

Steve corre hacia él.

—¡Eh! ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? ¿Ha sido otra crisis?

Noah niega con la cabeza.

—Creo que el asesino quería que yo estuviera aquí. Desea transmitirme un mensaje.

La cara de Steve se ensombrece.

—Es posible. Seguro que su intención era atraernos hasta aquí. Pero da igual. En esta casa hay un montón de evidencias. Lo encontraremos.

Noah no lo escucha. Vuelve a ver la escena.

—Alguien ha muerto aquí, Steve, y él quiere que lo sepamos.

Agelasta

Samantha Walker se levanta y corre las cortinas.

La desaparición del rayo de luz detrás de los pesados cortinajes sume el salón en la semipenumbra.

La mujer vuelve a sentarse con una mueca de disgusto.

—Espero que no les moleste, el sol me daba en los ojos. Es algo que detesto —dice con voz áspera.

Clémence deja dos gomas elásticas sobre el tapete de algodón que cubre la mesa redonda.

—En absoluto, señora Walker. Lo importante es que esté cómoda.

—Señorita —la corrige la mujer—. Nunca he tenido marido. En mi época el matrimonio entre personas del mismo sexo era imposible. Solo hace cinco años que es legal en el estado de Nueva York, y ahora... no tengo a nadie. Ya me he hecho a la idea. ¡Quién iba a quererme, a mi edad...!

El problema no es la edad, observa Noah. Esa mujer irritable tiene el carácter agriado. Con los rasgos faciales tensos debido al moño, con esos labios fruncidos que jamás dibujan una sonrisa, y esos ojos oscuros y sin brillo. Tiene cincuenta años, pero aparenta diez más. Las luces de su corazón se han apagado, su pecho es un abismo.

Noah garabatea «agelasta» en su cuaderno.

Samantha se acerca el cenicero que hay en el centro de la mesa redonda.

—¿Les molesta que fume?

Y sin esperar respuesta saca un mechero y un paquete de Pall Mall, y enciende un cigarrillo.

Clémence muestra su disgusto con una mueca y hace un guiño a Noah.

Samantha da una calada y deja escapar el humo por la nariz.

—¿Por dónde quieren que empiece? Porque la historia se las trae y puede llevarme un buen rato.

—Por el principio —responde Clémence—. Cuéntenos todo lo que le parezca oportuno sobre Rebecca Law.

Samantha apoya el codo en el filo de la mesa, eleva el antebrazo y se clava los dedos en la mejilla.

La punta candente del cigarrillo le roza el cabello. Noah se imagina el moño ardiendo y esboza una sonrisa.

—Bueno, teníamos veintiún años. Por aquel entonces yo no era muy amiga de Rebecca... A decir verdad, no lo he sido nunca. Pero estaba enamorada de Jenny Williams. Secretamente. No podía confesárselo, compréndanlo. Era la novia de Rebecca. Estábamos en la misma clase en la Universidad Estatal de Plattsburgh State University, bueno, la Universidad Estatal de Nueva York en Plattsburgh, en realidad. Seguíamos los cursos de literatura moderna. Fue una buena época. Las tres en la misma hermandad, Alfa Pi.

Noah repara en que ni siquiera al evocar esos recuerdos la tristeza abandona su rostro.

—Rebecca Law era una chica llena de vida. Muy exuberante..., demasiado incluso. Creo que por eso no me gustaba. Tenía esa facilidad increíble de entablar relación con las personas como si las conociera de toda la vida y fueran sus amigas. La encontraba insolente, casi indecente. Y era malhablada. No era agradable escucharla, todas esas palabras horribles en la boca de una

chica. Pero yo no se lo decía. Ni siquiera a Jenny. A Jenny menos que a nadie.

Samantha se acerca el cigarrillo a los labios con una mano temblorosa y da una larga calada cerrando los párpados. La ceniza cae sobre la mesa. La aparta de un manotazo.

—Pero ¡pobrecilla!, lo que le sucedió la hizo polvo. ¿Quién no se habría derrumbado? Robar una vida. ¡Qué horror!

Su mirada se pierde en la nada.

—Habla usted de la muerte de Jenny, ¿es eso? —pregunta Clémence.

Samantha aplasta el cigarrillo en el cenicero.

—No, hablo de mucho antes. Me refería al niño al que mató. Fue un accidente, un descuido. Volvía a casa de sus padres, que vivían en Perú. No sé exactamente lo que pasó, pero atropelló a aquel niño. Aquello la trastornó. Bueno, ¿quién no se habría trastornado?

Noah y Clémence intercambian una mirada cómplice.

—Resumiendo, después de aquello... hubo un juicio y fue declarada culpable. Jenny estaba destrozada. Me habría gustado consolarla, decirle que yo también existía, pero ella solo pensaba en su Rebecca. ¡Ay! Y bien que se lo pagó, su Rebecca.

—¿En qué año sucedió eso? —pregunta Noah.

—En agosto de 1986. Uno de los peores veranos de mi vida, créanme.

Samantha se levanta, va a la cocina y regresa con una cafetera humeante, tres tazas y un azucarero.

—¿Cómo lo toman?

—Solo, por favor —contesta Noah.

Clémence declina el ofrecimiento con un gesto de la mano y coge las gomas elásticas que tiene delante.

—¿Recuerda por casualidad el nombre del juez? —pregunta Noah.

Su intuición ya le ha ofrecido la respuesta, pero quiere oírla de boca de Samantha.

—¡Cómo no recordarlo! Jenny, a diferencia de Rebecca, casi no decía tacos. Pero oí tantas veces el nombre del juez asociado a palabras malsonantes que pensé que hasta el nombre de ese juez era un insulto. «Malnacido McKenna», «Puto McKenna» y otros por el estilo. Jenny estaba convencida de que ese juez era parcial, de que ocultaba algo. Y se había propuesto descubrir qué era. Tenía una fijación con él.

Clémence hace chasquear una goma en la mano. Su cara chupada exhibe una amplia sonrisa.

—Por lo que nos ha contado, Rebecca parece culpable —comenta Noah—. Entonces ¿por qué Jenny odiaba tanto a ese juez?

—Por la pena que le impuso. Es verdad que Rebecca era depresiva, y hasta intentó suicidarse, pero el juez exigió que se la tratase en un centro psiquiátrico. Internada, como una loca. Bueno, visto lo que ocurrió después, no estaba equivocado. Un poco loca sí estaba. Pobre Jenny...

Samantha se persigna y luego se acerca la taza de café humeante a los labios.

Hace una mueca y la deja.

—Cuidado, quema —avisa.

Clémence se enrolla las gomas elásticas en las muñecas.

—¿Recuerda el nombre de los médicos que la atendieron?

Samantha niega con la cabeza.

—No, fui con Jenny una vez, pero no los vi. Por cierto, me pareció raro que la internaran en el estado vecino. La ingresaron en el Vermont State Hospital, en Waterbury.

Clémence se vuelve hacia Noah y asiente con la cabeza.

Sí, él también ha pensado lo mismo: en Waterbury asesinaron a Trevor

Weinberger. No lejos del hospital psiquiátrico, cerrado desde 2011. La relación ya está clara. Rebecca Law, sin ninguna duda, fue paciente de Trevor.

Samantha se levanta.

—Tengo algunas fotos de Rebecca, de Jenny y mías, si les interesa verlas.

—Claro que sí —responde Noah.

Samantha regresa con un pesado álbum encuadernado en cuero.

En el lomo hay una etiqueta pegada: «1986».

La mujer lo deja encima de la mesa. Las tazas tiemblan sobre los platillos.

Noah se apoya en el bastón para levantarse de la silla y acercarse.

La mujer pasa algunas páginas y luego muestra una polaroid. Se ve a las tres chicas delante de un arce. Ni siquiera en esa época Samantha sonreía, constata Noah.

—Somos nosotras antes del accidente. Un transeúnte nos hizo la foto. Estamos ridículas... con esos cortes de pelo, los vestidos de colores fluorescentes, y miren la chaqueta con charreteras que llevaba yo. ¡La moda de los años ochenta! No la echo de menos.

Pasa varias páginas.

—Esta es de después. Habíamos ido con Jenny a casa de sus padres, en Peru.

A Noah le da un vuelco el corazón.

—¿Quién es el joven que las acompaña?

—Es Antonio Da Silva, un vecino, un buen chico que se ocupó de Rebecca después del accidente.

«Es él», piensa Noah.

Antonio Da Silva. La tercera víctima del Demonio de Vermont.

Sistémico

La paciencia y la perseverancia son dos cualidades que caracterizan a Bernard Tremblay.

Siempre se ha desmarcado de sus colegas por esa facultad de establecer conexiones, de escarbar en profundidad, de descubrir hilos invisibles, de sacar a la luz indicios de donde nadie más los habría buscado.

«Es una cuestión de visión y de capacidad de síntesis», ha dicho siempre.

Y de pasión, de talento y de esfuerzo.

Para encontrar la verdad en ese caso complejo, que supera el simple cuadro de una serie de asesinatos, hay que considerarlo como ese mosaico de cartón fragmentado que está intentando ensamblar en el garaje desde hace una semana.

Aprehenderlo en su conjunto requiere un abordaje sistémico. Organización. Un trabajo meticuloso de selección, de análisis y de clasificación para aislar cada uno de los elementos. Noah Wallace, las víctimas, los sospechosos potenciales, los lugares, las fechas, las instituciones policiales... Es una etapa esencial para no perderse en conjeturas inútiles o en encajes fantasiosos.

Luego viene la interacción. Es una fase delicada. Hay que ser capaz no solo de descubrir correlaciones entre las diferentes agrupaciones, sino

también de ver las sinergias, pues ya se sabe que la suma de las partes es mayor que el todo.

Y por último, la totalidad.

Cuando tiene la nariz pegada a un puzle de esas dimensiones, no distingue más que unos pocos colores o un fragmento de edificio. La estrechez de su campo visual limita su percepción.

Pero basta con retroceder unos pasos para percibir los límites y los contornos de la imagen. Y la vista de Nueva York desde la ventana, aunque incompleta, ya puede empezar a formarse en su mente. Es más, puede restituirla en su contexto. Una bella mañana soleada captada por un fotógrafo.

Lo mismo pasa con la investigación.

En cuanto Bernard Tremblay ha comprendido que el asesino en serie no es más que la parte visible del iceberg, se ha alejado lo suficiente para tener una imagen holística.

Sonríe.

Casi la mitad de la vista panorámica de Nueva York está reconstruida. La parte superior, el cielo, el Empire State Building entero, así como la mayoría de los edificios oscuros de la derecha.

«El resto será más fácil» —se dice Bernard—. Y con el caso pasa lo mismo.»

Para el cronómetro y apunta en su cuaderno: «2 h 35' 12"».

Es un precalentamiento perfecto, un buen ejercicio previo para abordar el otro rompecabezas.

El que lo aguarda en su despacho.

Las treinta y dos mil piezas no son nada al lado de lo que su equipo ha recogido durante la semana anterior. Lo han revisado todo: las cuentas, los historiales médicos, los boletines de notas. Un trabajo de hormigas... Y todo eso gravita alrededor de la pieza maestra.

Noah Wallace.

Bernard sale del garaje y atraviesa el jardín. Pisa el césped helado a paso ligero para huir del frío cortante de la niebla glacial.

Abre la puerta de la cocina que da a la terraza.

Los veintidós grados provocan un efecto de sauna.

Josée está de pie junto a la encimera central batiendo huevos con energía. Levanta la mirada y le sonrío.

—¿Todo bien, cariño?

Por lo que al trabajo se refiere, todo perfecto. La salud ya es harina de otro costal. Pero ¿cómo confesárselo?

—¡Estupendamente! Voy a trabajar una hora más y luego bajaré.

—Perfecto. Estoy preparando una tarta de manzana. Cuando bajes ya estará horneada.

Su mujer es una joya. La persona más maravillosa del mundo.

Bernard suspira y sube los peldaños de la escalera.

Tras encender la pipa contempla la composición que va tomando forma en el tablón de corcho.

Todavía le falta pegar algunos pósites, y de los importantes.

Leopold Blackburn, la primera víctima supuestamente torturada. Ocultaba un secreto, y no un secreto cualquiera: trabajaba para el CSIS, los servicios secretos canadienses. Es todo lo que ha podido averiguar; el resto es *top secret*. Pero no importa. El contexto quizá le permitirá desentrañar lo demás. Anota «Nuevas identidades» en un pósit y lo pega sobre el hilo que lo une a Yves Coté, alias McKenna.

Jean-François Duval, por su parte, colaboró con la CIA. Primero como investigador de psicofenomenología. En los años noventa lo dejó para escribir novelas policíacas con otro nombre, Michel Ballard. No se vendieron mucho; en cualquier caso no lo suficiente para justificar su tren de vida. Casa

grande, vacaciones en México en hoteles de cinco estrellas dos veces al año, un Porsche. Evidentemente, la CIA no ha querido hablar de la relación que tenían.

¿Dos servicios secretos implicados? No es casualidad.

Bernard exhala una bocanada de humo, se sujeta la pipa entre las muelas y escribe «¿CSIS y CIA?» en el posit. Luego lo pega sobre el hilo que une Duval con Blackburn.

Pero eso no es todo. Y ahí es donde las pesquisas más minuciosas han dado sus frutos.

Trevor Weinberger y Jean-François Duval. Se llevan un año, pero lo importante es que en 1965 iban a la misma clase en la Universidad McGill de Montreal. Estudiaron psiquiatría, si bien Jean-François cambió de disciplina cinco años más tarde. Es más, Trevor trabajó en los años setenta en el Allan Memorial Institute, el departamento de psiquiatría del centro universitario McGill.

Según le ha dicho su sobrina, Trevor ideó un tratamiento experimental contra el cáncer basado en la sugestión mental. Bernard pega «¿Proyecto común?» entre Duval y Weinberger. Deja la pipa en el cenicero y se coloca frente al centro de su composición.

Fija la atención en la foto del hombre que más lo preocupa en ese asunto.

Noah Wallace.

Y por fin, el velo del misterio que lo rodea va cayendo poco a poco. Sobre todo la parte que oculta su infancia.

Según su amigo, los Wallace presentaron varias peticiones de adopción en los años ochenta. Después de investigar un poco, ha descubierto que Noah tenía nueve años cuando obtuvieron su custodia. Y es imposible saber dónde estuvo antes. Por otra parte, hecho singular, el niño no tenía ningún recuerdo de sus nueve primeros años. Y lo más suculento de esa historia es que

trataron su amnesia, sin éxito, en el Vermont State Hospital. Su amigo no ha podido acceder al historial médico. Pero en esa época un tal Trevor Weinberger trabajaba allí. Qué casualidad.

La cara de Bernard se relaja y aparece una amplia sonrisa. Escribe «¿Paciente?» y une Noah con Trevor.

Retrocede unos pasos y contempla con satisfacción la composición repleta de fotos y de anotaciones. El mosaico está incompleto, pero su cerebro rellena los blancos. CIA, asesinos, interrogatorios, proyectos científicos.

No, no es un caso corriente.

Un bonito puzle.

El más bonito que jamás haya hecho. Ojalá aguante hasta tenerlo resuelto.

—¡La tarta está lista! —grita su mujer desde la cocina.

Exactamente lo que Bernard necesitaba.

«Al diablo el páncreas que se está muriendo», se dice a sí mismo.

Esa tarta de manzana promete estar sabrosa.

Cauteloso

Hace cinco años que Noah no se ha adentrado en el ambiente rústico y forestal de Muddy Waters.

Su feudo de antaño es, según él, el mejor sitio de Burlington para tomar un café.

Los lugares no han cambiado; se reencuentra con esa atmósfera que es una mezcla de *saloon*, bosque tropical y vieja biblioteca.

Repantingado en un sillón de cuero, con un *latte* encima de la mesa baja, observa a Steve, que se pelea con el paraguas en la entrada.

Noah levanta la mano para captar su atención. Steve le responde con un gesto de la cabeza y se reúne con él.

El poli luce la cara de los días malos.

—Qué tiempo tan asqueroso... Disculpa el retraso, Noah.

Luego se instala en el sillón de enfrente, dobla el impermeable y lo deja en el reposabrazos.

Da pena verlo.

Aún muestra esas ojeras que tiñen sus párpados inferiores. No controla los espasmos nerviosos de su rostro ni el continuo movimiento de sus manos.

—Confieso que tu llamada me ha sorprendido, Steve. Esperaba que vinieras a buscarme para ir al escenario de otro crimen.

Steve esboza una sonrisa carente de alegría.

—Ese es el problema, ¿sabes? Ves mi nombre en la pantalla de tu móvil y no piensas: «¡Mira, el bueno de Steve quiere invitarme a una barbacoa!». En vez de eso, piensas: «Me espera un viaje en coche con destino a la última atrocidad del momento». ¿Y sabes una cosa? Estoy cansado de esta vida de perros.

—Al mismo tiempo... todo ese ritual define bastante bien nuestra relación, incluso antes de mi accidente. Coche, escenario de crímenes, un restaurante de vez en cuando. Y además hace una semana que no tenía noticias tuyas. No me habría extrañado que el asesino hubiese actuado de nuevo. Por otra parte, sigo esperando los expedientes que faltan. Ya me cuesta comprender que retengas información a Tremblay y a su equipo, pero que te comportes así conmigo... me supera.

La cara de Steve se ensombrece.

—¡Coño, Noah! ¿Crees que es culpa mía? ¿Crees que yo controlo la situación? ¿No ves la jeta que tengo? Quiero... Joder, me gustaría cerrar ese maldito caso y que no se hable más de él... ¿No te das cuenta de lo mal que lo estoy pasando?

Sí. Noah lo ve y le preocupa. Las señales se multiplican.

Se incorpora y se dispone a contestar a Steve, pero la llegada de una camarera lo obliga a callar.

—¿Les traigo algo?

Levanta la vista. La joven lleva unos vaqueros que moldean a la perfección el contorno de sus largas piernas y una camisa canadiense de cuadros rojos y negros.

Una belleza natural, piensa Noah.

Steve coge la carta que hay sobre la mesa y pide:

—Un surtido de *bagels* y un *ristretto* doble para mí, gracias.

Noah señala su *latte*.

—Yo ya estoy servido, gracias.

La camarera asiente y vuelve hacia la barra.

—Steve, los necesito para poder avanzar —insiste Noah—. Confía en mí, ¿vale? Y no son solo los expedientes, tampoco he recibido respuesta acerca de la casa. ¿Has investigado? ¿Has tenido confirmación de la muerte de una persona? ¿O de algún suceso?

Steve niega despacio con la cabeza y se mira los pies mientras se acaricia el bigote. Luego se yergue.

—Escucha, Noah... No he querido decírtelo por teléfono; deseaba hacerlo personalmente, porque te lo debo, ¡coño! Por eso te he propuesto tomar un café. No te he dado los expedientes ni te he hablado de la casa por una razón: no puedo hacerlo. —Steve da un puñetazo en el reposabrazos—. Joder... Ya no me permiten que hable contigo del caso. Son órdenes de arriba. Me cortan el presupuesto para consultores, y ahora el FBI quiere meter las narices. Ya está dicho. Es un asco. Yo voy a ayudar al FBI durante un tiempo y tú...

Noah está inmóvil en su asiento, no reacciona. Esas palabras tendrían que haberlo destrozado, pero permanece inerte, apático.

Retirado del caso. Cuando se siente tan cerca de la solución. Esperaba que sucediera, era inevitable. Pero no tan pronto. ¿Es porque ha investigado por su cuenta con Clémence?

Steve sigue hablando, pero Noah ya no oye nada. Los labios del poli se abren y se cierran sin que salga ni un sonido. Sus rasgos se contraen de pura rabia, los ojos se le hinchan.

Noah ya no está con él.

Siente una presión en los hombros, una fuerza que quiere hundirlo en el suelo. También siente una mano gigantesca sobre el pecho.

Le falta el aire. Los pulmones no le caben en la caja torácica.

Y Steve empalidece. Su cara pasa del rojo al blanco. Sus labios se vuelven

azules, su mirada se queda fija y los ojos se le ponen vidriosos. Luego sale una mosca de una de sus fosas nasales, y a continuación otra. Noah quiere gritar. Pero de su boca no brota ningún sonido. La cara de Steve se pone negra, los labios se marchitan.

Los sonidos vuelven bruscamente.

—... Y no me vendría mal salir un poco más. Llevaré a mi padre a pescar. Ven con nosotros, si te apetece.

Noah se rasca la parte de detrás de la cabeza.

«Es el tumor... que está haciendo de las suyas», piensa.

La camarera se acerca con la bandeja.

—Aquí tiene los *bagels* y el *ristretto* doble.

Noah examina sus curvas mientras se inclina hacia Steve.

Una chica guapa, sí.

—Que aproveche —dice la camarera.

Steve mordisquea un *bagel*, lo deja y se limpia con la manga la crema que se le ha adherido al bigote.

—Noah, ¿te encuentras bien? Estás muy pálido... ¡Mierda, qué burro soy! Con lo que tienes, no habría debido... ¿Quieres que te lleve a un médico?

—No puedo retirarme del caso, ahora no. Aunque no me paguen, Steve, pienso continuar, contigo o sin ti.

Steve tuerce el gesto.

—Con la flacucha, me imagino —le espeta.

—O solo. Porque ¿dónde ha quedado aquello de «Empezamos este caso juntos y juntos lo terminaremos, tú y yo» que me has dicho tantas veces?

Steve da un puñetazo en la mesa. Se sale el café y un *bagel* cae al suelo.

—Joder, ya te he dicho que estoy atado de manos. —Reprime una mueca y un golpe en la mesa. Luego expulsa el aire de los pulmones muy despacio—. Oficialmente atado de manos —añade.

—Pero no oficiosamente —replica Noah.

Steve lo mira como si acabara de blasfemar delante de un cura.

—¡Debo de estar soñando! Tengo una espada de Damocles encima... ¿y tú me pides que te ayude a seguir con la investigación?

Noah asiente.

—Solo unas cuantas informaciones. No me dejes de lado, Steve. Este caso es lo que me mantiene.

El policía se enfurruña y mira otra vez al suelo. Una señal que Noah reconoce. Le oculta algo más.

—Steve, ¿cuál es el problema?

—Una de las razones por las que quieren echarme... es que han encontrado otras fotos en la casa. Ese cabrón me ha fotografiado. Estoy en su lista. Y...

De nuevo la mirada huidiza.

—¿Qué, Steve?

—... Rachel. Ella también está en las fotos. Esto ya es un asunto privado, para ti y para mí.

Esta vez Noah acusa el golpe. Está grogui, un derechazo lo ha tumbado en la lona. El mundo se ha convertido en una espiral. Y contesta maquinalmente al teléfono que vibra en su bolsillo.

—Noah Wallace.

—Bernard Tremblay al habla. Me gustaría charlar con usted.

No despiertes...

Al final Sophie solo ha dormido una noche en el albergue para personas sin hogar de Burlington.

Gracias a Brett Walker, un excéntrico militar retirado que trabaja como voluntario allí, ha pasado las cuatro siguientes en un saco de dormir, bastante abrigada, en un semisótano húmedo que el hombre le ha realquilado a cambio de algunos servicios: limpiar, lavar platos y hasta cocinar un poco. La ha acogido sin hacerle preguntas. Y, a la vista de las cosas que había en el sótano, no era la primera vez que ayudaba a refugiados, fugados o marginales. A cambio de cincuenta dólares más, el tío incluso le ha permitido utilizar su viejo Toyota para sus desplazamientos y le ha proporcionado la contraseña del wifi.

Pero apenas ha pegado ojo durante esas cinco noches. Los ha tenido abiertos a menudo, y la pistola al alcance de la mano, debajo de la almohada. Imposible conciliar el sueño entre el miedo constante a que la agredan y la pena que la embarga. Blake, su apoyo, su confidente, el hombre más servicial que jamás ha conocido, ya no está.

A pesar de todo, no va a derrumbarse. Es una superviviente.

En parte se lo debe a su educación militar y a las consignas que su padre le daba a todas horas. Forjó su voluntad con mano de hierro desde que era muy pequeña. Es fuerte, siempre lo ha sentido. Ahora lo sabe.

Llegará hasta el final. Por Blake, por Beth y también por Cadwell.

Para continuar la investigación, solo tiene una pista: Timothy Carter. Pero ¿cómo contactar con Noah Wallace o con Steve Raymond sin estar segura de que no se mete en la boca del lobo?

También debe averiguar por qué han asesinado a Blake. ¿Qué descubriría su amigo para convertirse en un objetivo?

Sophie pone sobre la mesa el ordenador que acaba de adquirir, lo enciende y toma un sorbo de té frío mientras la sesión se inicia.

Echa de menos su MacBook, aunque reconoce que venderlo ha sido lo más prudente. No conoce todos los detalles, pero tiene claro que por algo que le suena a «dirección MAC» podrían haberla localizado. Y además necesitaba dinero. Solo el viaje a Burlington la dejó casi sin blanca.

Sabe exactamente lo que tiene que hacer. Primero, instalar un navegador seguro. Tor servirá. Ni hablar de que la IP local llame la atención. Blake se lo había dicho una infinidad de veces: «¡Escoge una red privada virtual a la que conectarte para tus descargas Torrent, Sophie!».

Toma otro sorbo, inserta el *pendrive* que Blake le dejó y abre el dossier «D.N.A.»

No es la primera vez que lo explora. La diferencia respecto de las anteriores es que ahora es capaz de sacarle más partido.

Internet es una mina. Es posible aprender de todo, incluso rudimentos de programación. Sin llegar a tanto, ahora sabe que puede abrir esos ficheros .log con un simple software como Notepad.

Y ahí está, ya tiene ante los ojos una lista de direcciones IP, una de ellas separada por una línea y acompañada de dos palabras: «Match Found».

O sea, que Blake logró llegar hasta la fuente. Siguió el rastro a su misterioso contacto y obtuvo la dirección.

Pero debieron de descubrirlo y eso le costó la vida.

¿En vano? Porque por el momento Sophie está en un callejón sin salida. Esa dirección IP para ella es chino. Claro que eso tiene solución.

En Darknet uno encuentra prácticamente lo que quiere..., incluso piratas dispuestos a echarte una mano en foros no muy recomendables. Y aunque la mayoría de los *Hackers for hire* le habían pedido cobrar en bitcoins, otros le habían ofrecido sus servicios por la cara, por el desafío, por gusto.

Sophie accede al *hidden service* Hackerbay. Su nueva cueva de Ali Babá.

Una vez identificada, enviará un mensaje privado a BlackSparrow, un criptoanarquista reivindicado.

Escribe: ¿Puedes encontrarme el servidor asociado a esta dirección IP?, y pega la dirección en el mensaje.

Espera unos segundos que le parecen minutos.

BlackSparrow contesta: *Sure!* Voy a chequear. No tardo nada.

Sophie espera de nuevo, varios minutos esta vez.

Luego aparece la línea, como un latigazo: ¿Eres una suicida o qué? ¡Es un puto servidor de la CIA!

... al gigante dormido

Sophie entreabre la ventanilla del viejo Corolla. Prefiere que entre el frío de esa tarde de otoño lluviosa a soportar un minuto más el olor a tabaco que impregna la tapicería de los asientos y que ni los tres abetos colgados del retrovisor interior ni el jabón con el que los ha frotado han podido disipar.

El tiempo le parece eterno, sobre todo porque de momento la escucha no ha dado resultado. Tiene el brazo entumecido a fuerza de aguantar el micro parabólico hacia la ventana.

La próxima vez instalará un trípode. Si es que hay una próxima vez. Nunca le había resultado tan aburrida una sesión de espionaje. En general, siempre hay algún detalle jugoso, una escena conyugal, un coito escandaloso.

Pero ahí, nada. El apartamento de Noah Wallace es tan silencioso que resulta inquietante. Ni televisión ni música. Ni una llamada telefónica que rompa la monotonía de la escucha.

Los únicos sonidos que ha captado son los de un bastón rozando el suelo y algunos ataques de tos. Ese tipo no tiene ni cuarenta años y ya se comporta como un anciano.

Sophie reprime un bostezo. La melodía de las gotas cayendo sobre el parabrisas y el techo del vehículo, armonizada con su aburrimiento, tiene un efecto soporífero.

Abre más la ventanilla, confiando en que el frío la despabile. Deja el

micro, sorbe las últimas gotas del *smoothie* de kiwi y plátano, y se termina de un bocado el burrito vegetariano. Arruga el envoltorio y lo echa en la bolsita de papel de Bueno Y Sano.

«*Sano*», quizá, pero eso de «*Bueno*» no está tan claro, piensa Sophie. No es el mejor que ha comido; claro que Burlington no es Nueva York.^[1]

«En fin, ya es hora de recoger, Sophie; estás perdiendo el tiempo», se dice.

Y ¿por qué no intentar una aproximación más directa? Por lo poco que ha oído, ese Noah Wallace debe de ser amable, tiene algo tranquilizador. Y no es un poli. Quién sabe si podría ayudarla.

«También podría llamar a la policía y hacer que te detengan.»

Pues sí, tendrá que averiguar más antes de darse a conocer.

Sophie cierra la ventanilla. El frío ahora le molesta. Se coloca los cascos en las orejas y, con un suspiro, orienta la parabólica hacia el apartamento.

Nunca se sabe... A lo mejor Noah Wallace pasa el aspirador, para romper la monotonía.

Sophie se yergue en el asiento.

El coche que acaba de aparcar ha llamado su atención. Unos quebequeses, a juzgar por la matrícula blanca y azul. Sophie se acurruca para que no la vean y observa a hurtadillas a las dos personas que bajan del vehículo.

Un tipo de cabellos blancos que parece sacado de una película de detectives y una chica bastante flaca que da la impresión de flotar dentro de una cazadora demasiado larga y con la cabeza completamente cubierta por un gorro de lana.

Con un poco de suerte, irán a casa de Wallace.

Sophie oye en sus cascos el timbre de una puerta. Murmura «*Yes!*» y sonríe como una cría.

«¡Confiemos en que no sean testigos de Jehová!», piensa.

«Buenas tardes, señor Wallace», oye.

«Señor Tremblay, Clémence, pasen», dice Wallace.

La conversación que sigue es casi inaudible. La lluvia causa interferencias. Sophie se ajusta los cascos y mueve el micro parabólico.

«Lamento saberlo, pero no me sorprende. Sigo sin recibir los expedientes de algunas de las víctimas, e imagino por qué.» Esa es la voz del hombre de cabello blanco, observa Sophie. «Le escucho.»

Percibe claramente el ruido del bastón y el de unas sillas al arrastrarlas.

«He hecho descubrimientos perturbadores y no deseo que salgan de un círculo cerrado.»

«Sin embargo, Clémence me ha dado a entender que usted me considera sospechoso.»

Pasa una moto que impide a Sophie oír lo siguiente.

—*Fuck!* —exclama—. ¡Mierda!

Gira otra vez el control de ajuste.

«... En su cabeza. Y creo haber descubierto una relación con esto también.»

«Confieso que mis sesiones en casa de la psiquiatra empiezan a resultarme caras; o sea, que todas las informaciones que pueda proporcionarme me interesan.»

«Usted siguió tratamiento en el Vermont State Hospital, señor Wallace, ¿lo sabía?»

«Yo... No tengo recuerdos de esa época... ¿Adónde quiere ir a parar?»

«Lo trataron por amnesia desde que tenía nueve años y sospecho que Weinberger era uno sus terapeutas. Eso probaría que usted está relacionado con toda esa historia.»

¿Weinberger? Sophie garabatea el nombre y lo enmarca en un círculo.

«Eso no es todo. También he encontrado una relación entre Weinberger y

Jean-François Duval. Los dos estudiaron en McGill y son de la misma promoción. Y lo que aún es más interesante: Duval trabajó para la CIA.»

¡Joder! La CIA... ¡otra vez! ¿Cuál podrá ser el vínculo con Trout, Carter, el Demonio de Vermont... y Noah?

Sophie ha ido a buscar respuestas, y se ha encontrado con más preguntas.

«Así pues, ¿el asesino estaría relacionado con los servicios secretos? ¿La CIA estaría implicada?»

«Sería lógico. Eso explicaría por qué algunos expedientes no llegan y por qué la Policía Montada presiona para retirarme el caso.»

«Es fascinante... y terrorífico.»

«Y eso no es todo, señor Wallace. Escarbando un poco más en los archivos de McGill y la promoción de 1965, he averiguado que los dos formaban parte de un club científico que dirigía la doctora Esther Grady, que se hizo famosa sobre todo por sus estudios sobre el cerebro.»

Unas crepitaciones impiden a Sophie oír la conversación durante un instante.

«¿Por qué no le muestras tus notas? Creo que mi tío puede ayudarte», dice la chica.

Parece que se levantan y cambian de sitio.

«Mierda.» Sophie tendrá que acercarse.

Puede hacerlo, aunque deberá salir del coche o aparcarlo en otro sitio.

Se dispone a mover el vehículo, pero se interrumpe.

Ve a un tipo en un coche aparcado enfrente, de cara a ella.

Y lo que es más extraño: tiene un micro parabólico como el suyo, enfocado también hacia el apartamento de Noah Wallace.

Sophie se queda helada.

Reconoce el vehículo en el que el individuo se oculta.

Es el *muscle car* que la adelantó en la carretera.

Es el coche del hombre que la persiguió hasta la granja.

Industrioso

Noah tiene una mano en el bolsillo interior de la americana, colgada del respaldo de la silla, pero no se decide todavía.

Desde que ha dejado a Steve para volver a su casa, una voz se ha puesto a chillar en los profundos abismos de su mente. No oye ninguna palabra, solo un gemido sofocado y lejano. Sin embargo, siente que hay una profunda angustia en ese grito, como si fuera una llamada de socorro.

¿Acaso es el Otro y está manifestándose? ¿Quiere advertirlo?

Noah tiene la convicción de que el Canoso y Clémence están en posesión de una llave capaz de abrir ciertas puertas selladas de su cerebro, pero tiene miedo de lo que puede encontrar detrás.

¿Acaso teme que el Otro se libere?

—Señor Wallace... —lo llama Clémence con voz preocupada—. ¿Está usted bien?

No. Nota una intensa presión en el pecho, y hay estrellitas danzando en su campo de visión. No obstante, intenta disimularlo con una sonrisa forzada.

—Me parece que el *latte* no me ha sentado bien —miente.

Luego saca sus dos cuadernos, pero los mantiene pegados a su vientre. Aún no está preparado para separarse de esa extensión de su mente.

Bernard Tremblay avanza hacia él con la mano tendida.

—Oiga, ya sé que las cosas no empezaron bien entre nosotros. Pero deseo

que eso cambie. Soy como usted. Quiero resolver este caso. Y los dos sabemos que ya no se trata simplemente de atrapar a un asesino, sino de descubrir la trama que hay detrás de esta serie de crímenes. Créame, podemos continuar la investigación. Por ahora, todavía mantengo el control. Pero le necesito para avanzar. Estoy a punto de descubrir ciertos engranajes de esa mecánica compleja, aunque me faltan algunas piezas del puzle, las que usted tiene. —El Canoso se frota la sien con el índice—. Y para encontrarlas, hay que buscarlas dentro de su cabeza.

Noah sonríe. Clémence le dijo lo mismo. Esos dos están cortados por el mismo patrón.

—Está bien —responde Noah—. Pero con una condición.

Los ojos de rapaz de Bernard Tremblay se entornan.

—¿Cuál?

—Quiero participar en la investigación y que me tengan al corriente de todo lo que descubran. No habrá medias tintas. He de estar implicado por completo...

—Naturalmente que sí.

—No he terminado —continúa Noah—. Eso implica también que no regresaré a IFG Companies para rellenar pólizas de seguros y que necesitaré un sueldo. Quiero que me contrate.

La sorpresa deja al Canoso con la boca abierta.

—Jesús, eso sí que no me lo esperaba. ¿Es solo una cuestión de dinero?

—No se confunda, no soy un interesado. Pero me he reconstruido: tengo un apartamento, una novia, unos gastos de salud que me están dejando sin blanca, y acabo de perder mi trabajo. Supongo que lo comprende, ¿no?

Tremblay asiente.

—Pues tendrá que confiar en mí. Usted no es canadiense. No puedo contratarlo así, sin más. Veré qué puedo hacer...

Noah se apoya en el bastón y mueve el índice.

—No, no necesito un contrato.

—Entiendo. Bueno, no es muy legal, pero encontraré una solución. Estamos de acuerdo, entonces.

Noah le tiende los cuadernos y se va cojeando hasta la cocina.

—Prepararé café.

—Buena idea, lo necesitaremos. ¿Su novia no vendrá? —pregunta el inspector.

Noah abre el grifo y llena la jarra del agua.

—Todavía no vivimos juntos —contesta—. Estoy solo la mitad del tiempo, pero por ahora nos va bien así. Hoy tenemos toda la noche para nosotros, así que voy a pedir unas pizzas.

—Que corran de mi cuenta —dice Tremblay con un guiño.

El inspector ya ha dejado un cuaderno encima de la mesa y ha empezado a leer el otro. Es el de las palabras complejas, observa Noah.

Clémence se ha puesto detrás de su tío y lee por encima de su hombro.

—He investigado sobre Jean-François Duval —dice el Canoso—. Sus trabajos son muy interesantes, mucho más que sus novelas policíacas.

Noah echa el agua de la jarra en la cafetera y la pone en marcha.

—¿Interesantes...? Para serle franco, si hubiese leído ese libro fuera del contexto de la investigación, seguro que habría pensado que el tipo alucinaba y lo habría dejado.

Tremblay echa la silla hacia atrás y señala una palabra en el cuaderno.

—«Canoso»... ¿Se refiere a mí, señor Wallace?

Noah se sienta a la mesa y mueve la cabeza afirmativamente.

—El término le describe bien, ¿no? —confiesa con una sonrisa.

El inspector hace una mueca y sigue hojeando las páginas.

—Pero... leer lo que Duval ha escrito me ha permitido considerar los

asesinatos desde otro punto de vista.

Noah saca la caja de Vicodin del bolsillo y la deja encima de la mesa.

Detrás de él, la cafetera gorgotea y el aroma del café se expande por la cocina.

—La mirra, por ejemplo —prosigue Tremblay—. Hemos admitido que formaba parte del ritual del asesino y le hemos atribuido una connotación religiosa, lo cual parecía lógico a la vista de esas puestas en escena macabras. Aunque, según los escritos de Duval, ciertos olores pueden ser desencadenantes. Como ciertas palabras en la hipnosis.

Tremblay cierra el cuaderno de notas y fija en Noah su mirada de búho.

—Clémence me ha hablado de las notas que el asesino le ha enviado, y sobre todo de su reacción al leerlas. Y cada vez que usted analizaba los cadáveres, observé un comportamiento extraño. Incluso le tomé por un loco en el maizal. En su opinión, ¿cuál es el nexo entre esas cartas que ha recibido y los escenarios de los crímenes?

—La mirra —responde Noah casi en un murmullo.

Tremblay asiente.

—Después me pregunté si esas puestas en escena serían algo más que una simple representación icónica. Ya sabe, Belfegor, los demonios, etcétera. Y si tenían como verdadera finalidad provocar reacciones para despertar recuerdos, por ejemplo.

«Confío en que sabrás leer entre líneas», recuerda Noah que el asesino le decía en la nota que le dejó en Lac-Beauport.

—¿Cree que el asesino trata de enviarme señales olfativas y visuales para hacerme reaccionar? Y en tal caso, ¿por qué?

«¿Para despertar al Otro?», se pregunta Noah.

—Ese individuo habrá tenido acceso a su historial médico de la infancia. Ya sé que puede sonar a pseudociencia, pero Duval habla de eso en su obra...

y ha trabajado con la CIA. Por eso lo tomo en serio. Y luego están las notas que usted ha recibido. Creo que determinadas palabras asociadas con la mirra han podido provocar sus crisis. Por cierto, debería mostrármelas también, señor Wallace.

—Esto no tiene ningún sentido, inspector Tremblay. ¿Todo eso por mí?

—No —interviene Clémence—. Opino que su principal finalidad es castigar, quiere vengarse. Aun así, creo que su espectáculo sí está destinado a usted.

Noah asiente en silencio. Luego se levanta y se dirige hacia la cafetera.

Y entonces toma la jarra humeante con una mueca de disgusto, se queda inmóvil y reprime un escalofrío.

«Todo irá bien, Noah.»

Alea jacta est

Sophie se cala la gorra para que le oculte el rostro y se hunde en el asiento del copiloto. Los latidos de su corazón han recuperado el ritmo normal, pero sigue teniendo las manos sudorosas y la garganta seca. Ha desaparecido el pánico que la sorpresa ha desencadenado en ella, pero no el miedo.

Su agresor, el hombre que provocó su accidente y la persiguió a través de los campos hasta la granja, está ahí, en Burlington. Delante de ella.

Y no más de veinte metros la separan del Chevrolet Camaro negro, lo que es poquísimo.

Es una suerte que llueva y que ese tipo no la haya visto. No ha sido muy discreta que digamos con su micrófono espía equipado con una parabólica enorme. Una sola mirada en su dirección y la habría descubierto. Le ha ido de un pelo.

Se estremece al pensar lo que habría podido ocurrir si la hubiese reconocido.

Duda entre seguir escondida y alejarse de ese individuo.

Si arranca el coche quizá atraiga su atención. Lo más prudente sería dejarlo donde está, irse andando en la dirección opuesta y volver más tarde a buscarlo. Si se queda, las probabilidades de que la descubra aumentarán. Aun así, todavía puede obtener algunas informaciones valiosas.

Y el riesgo de que la descubran tampoco es tanto. Casi es de noche, llueve

y las farolas solo iluminan parcialmente el asiento del conductor.

«Sophie, ya sabes cuál es la decisión correcta, ¿no? Vas a salir del coche, te alejarás de ese loco peligroso y te subirás a un taxi para ir a dormir al sótano de Brett Walker», le diría su padre.

«No, un taxi no, papá. ¿Has olvidado las reglas de supervivencia? Y además, la presencia de ese hombre demuestra que la pista que estoy siguiendo es la buena. ¿Qué probabilidades hay de encontrarte con tu agresor espiando a uno de los principales implicados en el caso del Demonio de Vermont, si no es porque existe alguna relación con su propia investigación?»

Ninguna.

Y si el tipo está ahí, por algo será. Es un profesional.

El sitio que ese hombre ha elegido está menos expuesto, más oscuro. El material que usa es más sofisticado. Está equipado con un largo micro de cañón direccional, un modelo que le proporciona mayor alcance y mejor definición de sonido. Y luego está la pequeña cámara a través de la que mira a intervalos regulares. Debe de ser térmica. ¿Qué interés puede tener observar un muro?

¿Quién le interesa? ¿Noah Wallace? ¿El inspector? ¿Los dos, quizá?

¿Para quién trabaja? ¿Para la CIA?

Sophie tiene que enterarse de más cosas.

Vuelve a ponerse los cascos y levanta discretamente la parabólica de forma que coincida con las sombras proyectadas en el habitáculo.

Un chisporroteo, y luego oye la voz del hombre de cabellos blancos en los auriculares.

«¿Su novia no vendrá?»

«Todavía no vivimos juntos...»

«... voy a pedir unas pizzas.»

No se ha movido ni un centímetro. Una estatua, constata Sophie. Ese tipo debe de ser un robot, una máquina.

«... ciertos olores pueden ser desencadenantes.»

De repente el hombre del Chevrolet aparta la vista de su objetivo, se quita los auriculares y coge un teléfono móvil.

Y vuelve la cabeza en dirección a ella.

Sophie se agacha y se desliza por el asiento. Sus rodillas chocan contra la guantera.

«Por los pelos... Sé más prudente», casi oye que le dice su padre.

¿Prudencia? No, no piensa en eso ahora.

¿Por qué ese tipo llama de repente por teléfono? ¿A quién? ¿Es por lo que ha oído?

«Oh, no, princesa... Ya sé lo que quieres hacer... y no te lo aconsejo.»

Sophie Lavallée, nacida el 12 de abril de 1992, bajo el signo de aries. Curiosa... e impulsiva.

Levanta la cabeza y orienta el micro en dirección al Camaro negro.

«El espía espiado. ¡Chúpate esa!»

«El inspector Tremblay es un problema. Ha averiguado la relación que existe entre Duval y Weinberger.»

La voz del hombre no es clara. Suena como si saliera a través de la abertura de una traqueotomía. Es difícil calcularle la edad. Su tono es glacial. Ahora asiente con la cabeza.

«De acuerdo, entendido, sigo.»

El tipo sujeta el teléfono entre la oreja y el hombro, orienta el micro hacia el apartamento y se pone uno de los auriculares en la otra oreja.

Sophie reorienta la parabólica hacia el edificio.

«... Creo que determinadas palabras asociadas con la mirra han podido provocar sus crisis.»

A continuación la orienta hacia el hombre.

«Confirmado. Ya saben demasiado. Es peligroso.»

Silencio.

«¿Tengo luz verde?»

Otro silencio.

«¿Y Wallace? ¿Qué hago con él?»

El tipo asiente de nuevo.

«¿Y si se resiste?»

«Afirmativo, así se hará.»

Y cuelga.

«Joder... Esto huele que apesta. ¿Qué piensa hacer exactamente?», se pregunta Sophie.

«¿Tú qué crees, princesa? Está claro, ¿no? Los matará a todos, eso es lo que va a hacer.»

No. No se atrevería a atacar a un inspector de policía. Sería demasiado flagrante.

«Pueden encontrar un medio para enmascarar la realidad. La agresión a Giovanni, el suicidio de Cadwell... ¡La muerte de Blake!», oye que le grita en su cabeza su padre.

El hombre deja el micro y la cámara en el asiento del copiloto y se inclina hacia la parte trasera del coche.

«Se prepara —se dice Sophie—. Ya está. Ahora cogerá un arma y los eliminará. No puedes permitirlo.»

«No es tu problema, princesa. Debes pensar en tu supervivencia. Hay un policía ahí dentro, y seguro que va armado; sabrá defenderse.»

El golpe de la portezuela le provoca un sobresalto.

Ahora lo distingue mucho mejor, a pesar de la cortina de lluvia. Vaqueros, cazadora de cuero. Alto, más de un metro ochenta. Corte de pelo militar.

Mira hacia la ventana.

Ahora o nunca.

«¿Qué lobo, señorita Lavallée? Es el momento de escoger.»

—¡Mierda! —exclama.

Después, aún agachada, mete la mano detrás del asiento y coge su bolsa de deportes.

El hombre casi está a la altura de la puerta.

Sophie descorre la cremallera y rebusca en la bolsa. Sus dedos rozan el metal frío de la Glock.

«Reflexiona, Sophie... Por lo que más quieras.»

«Gracias por haberme enseñado a disparar, papá. Por fin me será de utilidad.»

Cierra los ojos y suelta un montón de *fucks*. Luego abre la portezuela del lado del copiloto y camina agachada hasta situarse detrás del coche. Apunta.

El tipo acaba de abrir la puerta y entra en el edificio.

Sophie contiene la respiración y pone el dedo en el gatillo.

Imbroglia

Las palabras escritas en los apuntes de Wallace son para Bernard Tremblay como piezas de un rompecabezas que hay que ensamblar.

Briznas de pensamientos arrancadas a una mente prisionera en un laberinto. Las migas de pan que Pulgarcito iba tirando para encontrar el camino de regreso.

Quizá Noah Wallace solo vea en su ritual de escritura el anclaje de referencias que lo guían por entre sus brumas interiores. Pero el inspector Tremblay advierte otra cosa: una manifestación de su subconsciente, tal como la describe Duval en sus obras.

¿Y si todas esas palabras tuvieran un significado oculto? ¿Y si, mediante el código adecuado, el sentido se le revelara?

Necesita las cartas que el asesino ha enviado a Wallace.

El dolor que siente en el vientre le arranca una mueca.

«Ojalá aguante hasta el final», se dice mientras se aprieta la zona del páncreas.

Solo pide el tiempo necesario para terminar ese caso, para completar el puzle. «Después, seas quien seas, llévame a donde te parezca.»

Noah se vuelve con la jarra en la mano.

—El café está listo. Lo siento, no tengo azúcar. ¿No les importa?

Bernard levanta la cabeza del cuaderno y se dispone a contestar.

La detonación de la pistola se lo impide.

El cristal de la cocina se hace trizas, las esquirlas de vidrio vuelan por la habitación. La bala impacta en el techo y caen unos fragmentos de yeso.

Noah se sobresalta y suelta la cafetera. Clémence lanza un alarido.

—¡Todos al suelo! —grita el inspector.

Se agacha y rodea a su sobrina con los brazos para servirle de escudo.

Noah se desliza a lo largo de la cocina de gas hasta el suelo como una muñeca de trapo.

Tiene el rostro contraído.

—¡Joder, cómo duele!

A Tremblay se le hiela la sangre... Pero lanza un suspiro de alivio al constatar que Wallace se queja porque el café hirviendo le ha caído sobre una pierna.

Fuera suena otro disparo. Y a continuación se oyen en la calle gritos de terror.

—¡Voy a ver qué pasa! Quédense aquí y llamen a la policía. Y sobre todo no se asomen a las ventanas.

—Aunque quisiera, apenas puedo moverme —replica Noah con un gesto de dolor.

Exhibe su palma ensangrentada. Tiene una esquirla de vidrio clavada.

—Clémence, ayuda al señor Wallace y llama al 911.

Su sobrina le pone una mano en el hombro.

—Sé prudente, tío Bernie —le susurra.

«Tío Bernie.» En opinión de Noah, Clémence debe de estar realmente preocupada por el inspector para llamarlo de ese modo.

Tremblay saca la pistola de la funda y avanza agachado hacia la entrada del apartamento.

Un tercer y un cuarto disparo lo obligan a pegarse a la pared.

Son disparos más secos.

«No proceden de la misma arma. Debe de haber dos tiradores —constata—. Joder, ¿qué está pasando? ¿En qué lío te estás metiendo, Tremblay?»

Baja la escalera empuñando la pistola. Cuando llega al vestíbulo apoya la espalda en la pared y se aventura a echar una ojeada fuera.

Nada. Tan solo una cortina de lluvia cayendo sobre el asfalto.

Después oye un rechinar de neumáticos y el estruendo de un motor potente.

El vehículo ruge. El inspector asoma la cabeza por la puerta y da un paso en dirección a la acera. Apenas tiene tiempo de cubrirse la cara cuando un Camaro negro pasa a toda pastilla sobre un gran charco de agua.

La salpicadura lo ha dejado empapado.

Mueve las piernas para escurrir el agua del pantalón y luego avanza, pistola en la mano, hasta el centro de la calle.

Un olor a pólvora impregna el aire.

El inspector evalúa rápidamente la situación.

Nada a la izquierda, nada a la derecha.

El bólido debe de pertenecer a uno de los dos tiradores. Ese ha huido, pero es posible que el otro aún merodee por los alrededores.

«Coño, Tremblay... A lo mejor solo se trata de una riña que ha terminado mal. ¿Qué haces aquí en medio de la calle?»

Algunos curiosos miran por las ventanas del inmueble de ladrillo rojo en el que vive Wallace. Un poco más lejos, en el cruce de College Street con Champlain Street, un *runner* empapado abraza a un perrito envuelto en un chaleco.

El inspector lo invita a largarse con un gesto de la mano. El hombre no se hace de rogar y continúa corriendo.

Tremblay se coloca luego debajo del cristal roto.

«Vista la altura, no debe de tratarse de una bala perdida —concluye—. O eso, o que el tirador era muy malo. No, apuntaba deliberadamente hacia la ventana.»

Y no hace falta ser un experto en balística para adivinar desde dónde ha disparado.

El proyectil se ha incrustado en el techo, del lado de la cocina.

Bernard visualiza mentalmente el ángulo del disparo y retrocede unos pasos.

Ve un casquillo en el suelo. Está junto a una de las ruedas de un viejo Toyota Corolla modelo 1990.

Se arrodilla, lo coge con el índice y el pulgar. Todavía está tibio.

Reconoce el calibre: 9 milímetros. Corresponde al sonido del primer disparo. El tirador debía de estar detrás del coche cuando disparó.

Se agacha detrás del maletero y lo imita apuntando desde ahí con su propia arma.

Sí, podría cuadrar.

Después descubre un segundo casquillo en la cuneta.

Y un fino reguero de sangre sobre las hojas amarillentas cubiertas de gotas de agua.

«Debía de haber más, pero la lluvia se ha llevado la mayor parte, sin duda», se dice Tremblay.

Se levanta. Ve más rastros rojizos flotando en los charcos.

El tirador está herido. Si se da prisa, tal vez pueda atraparlo.

Pero no llega a moverse.

Un ruido sordo le hace darse la vuelta.

Alguien golpea la ventanilla trasera del viejo Corolla desde dentro.

Una chica. Tiene el rostro contraído en una mueca de dolor y se sujeta la oreja con un trozo de tela ensangrentada.

Bernard la apunta.

La chica le muestra la otra mano, vacía, y se pone el índice sobre los labios.

El inspector sigue apuntándola, pero avanza despacio hacia el costado del coche. Ve que hay sangre en la manija.

Saca un pañuelo de tela del bolsillo interior de su americana de tweed para abrirla.

Apenas la ha entreabierto cuando la joven se abalanza sobre él. El pánico se refleja en su cara.

—¡Inspector Tremblay! ¡Necesito su ayuda! Mi nombre es Sophie Lavallée. ¡Puedo explicárselo todo! Pero debe impedir que la policía me ponga las manos encima. ¡Puedo ayudarle!

—Joder, ¿cómo es que sabe mi nombre? ¿Y en qué puede ayudarme?

La chica hace una mueca, la sangre le cae por el cuello.

—Tengo información relacionada con su investigación... y están tratando de matarme por eso. Y a usted también ahora. He disparado contra el cristal para avisarle... Un tipo que ya me agredió ha tratado de eliminarlo. ¡Ayúdeme y se lo contaré todo!



Noah se saca la esquirla de cristal que se le ha clavado en la palma de la mano y se apoya en la otra para levantarse del suelo.

—¿Puede acercarme el bastón, por favor? —pide a Clémence.

La joven guarda el teléfono y corre hacia él con el bastón en la mano.

—La policía está de camino, señor Wallace. ¿Llamo también a una ambulancia o no hace falta?

—Basta con que me ayude a ponerme de pie, gracias. Estoy tan atiborrado

de analgésicos que casi no siento nada. Bueno, el café hirviendo me ha dolido un poco.

Una vez erguido, apoya la espalda en la cocina.

El teléfono le vibra en el bolsillo del pantalón. Lo saca y lo mira.

Steve.

Contesta.

—¿Noah? ¿Estás bien? Me he enterado de que ha habido un tiroteo en tu calle. ¡Llego en unos minutos, compañero!

Trompazos

Noah, con la espalda apoyada en la pared de la cocina, mira la ventana rota.

Steve da vueltas alrededor de la mesa con la cabeza gacha. Masculla algo y se muerde las uñas. Noah cree que de un momento a otro verá salir humo de sus fosas nasales y de sus orejas de tan roja como tiene la cara. Y no por culpa de la ira. Siente que el estrés devora a su amigo desde dentro como un cáncer insaciable. La angustia lo consume, la metástasis ya ha invadido su cuerpo.

No es el teniente Steve Raymond lo que ve, sino una marioneta que maneja el miedo.

El poli se vuelve hacia él.

—Piénsalo bien, Noah. ¿Estás seguro de que no has visto ni oído nada más? Me han dicho que había una chica en la calle. Llevaba un gorro. Unos testigos la vieron disparar.

Steve se seca la frente empapada con la manga.

«¿Por qué le preocupa tanto esta historia?», se pregunta Noah.

—¿Desde cuándo acompañas a tus hombres por un simple tiroteo callejero, Steve? Explícamelo... porque no lo entiendo.

Es como si a un toro herido le hubiesen clavado una banderilla.

—Joder, Noah, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? ¿Un simple tiroteo? ¿Pero en qué mundo vives? ¿Y qué habrías hecho tú en mi lugar si te

hubieras enterado de que justo donde vive un amigo tuyo se ha producido un tiroteo?

Steve señala la ventana y el techo.

—Y por lo que veo, ¡tenía razón al preocuparme!

Noah mantiene la calma frente a ese toro dispuesto a embestir.

—Habría bastado con que me llamas por teléfono. Y como puedes comprobar, estoy bien. Salvo por esta pequeña herida en la mano. Además, ¿a qué vienen tantas preguntas?

El poli abre la boca, pero no emite ningún sonido. Lanza un suspiro.

—No te voy a mentir. Tengo una espada de Damocles encima, ya lo sabes. Estoy un poco cabreado, y al pensar que corrías peligro me he ofuscado.

A Noah esa respuesta no lo convence.

—El Steve que yo conozco no se ofusca tan fácilmente. Cuéntame qué pasa. Y sé sincero.

«Es por la foto que le hizo el asesino», piensa Noah.

—¡Y el Noah que yo conocía no era tan condescendiente y desconfiado con sus amigos!

—¿Sabes una cosa? Te lo estás tomando todo demasiado a pecho. Me parece que necesitas un poco de aire. Si sigues así, acabarás mal. Y no es desconfianza, sino preocupación lo que siento. Veo que te vas consumiendo, apestas a whisky, no te cambias de ropa, te alimentas de comida basura... Reacciona, tío.

Steve retrocede un par de pasos. Su cara pasa del rojo al blanco y se queda mirando a Noah como si este acabara de clavarle un puñal en el vientre.

—¡No te preocupes, ya te daré yo aire! ¡No creas que no sé por qué me hablas así! Estás enfadado porque te han retirado de la investigación. ¡Como si fuese culpa mía! ¿Sabes qué te digo? ¡Que te den! ¡Que os den a todos!

Steve da un puñetazo en la pared y sale del apartamento sin mirar atrás.

Noah no intenta retenerlo. Lo conoce demasiado bien para saber que no se puede parar a ese toro cuando está embistiendo.

Ab ovo

Sophie apoya una mano en la mesa de la cocina.

—Y ya está. Ya lo saben todo. Gracias por escucharme, por ayudarme... Y siento mucho haberles espiado.

Señala el cubrecama colgado de la barra de la cortina y pegado a la pared con cinta adhesiva.

—Y lamento haber roto el cristal, pero de alguna manera tenía que avisarles... Es que no pude disparar contra ese hombre. Soy incapaz de disparar contra nadie.

Alrededor de la mesa reina el silencio.

Tremblay está inclinado hacia atrás en su silla y mira al techo. Noah casi puede ver las conexiones que establece su mente calculadora.

Clémence sonríe y pone la jirafa que acaba de hacer con los clips encima de la mesa. Una manera de canalizar su concentración, ahora Noah ya lo sabe.

Por su parte, entre todas las informaciones que la joven periodista acaba de darles, hay una que le ha llamado especialmente la atención.

Sophie ha mencionado a Amy Williams, la hija del mafioso. Amy, como el nombre que él había escrito en su cuaderno. ¿Es casualidad? ¿Y qué tiene que ver con Timothy Carter?

Sophie levanta los brazos hacia el techo, y rompe el silencio.

—¿Nadie va a decir nada? ¿O es que tienen tantas preguntas que no saben por dónde empezar?

—Deberías cambiarte el vendaje —suelta Clémence—. Vuelves a sangrar. Y alguien tendría que curarte esa oreja... Te falta un trozo.

Sophie coge la venda que Noah le tiende y se la enrolla alrededor de la cabeza.

—No puedo correr el riesgo de ir a un hospital. Ya me las arreglaré. Además, solo es un trocito de oreja.

—Es una marca distintiva que la delata —observa Tremblay, que ha salido de su trance.

—Lo sé, pero no importa. Si han escuchado lo que les he dicho, habrán comprendido que ahora corremos peligro todos. Una organización conectada con la CIA, o tal vez la propia CIA, no quiere que nuestro caso se resuelva. El tirador ha reaccionado cuando han hablado de los trabajos de Duval y de la relación con Weinberger. —Sophie guarda silencio un instante, y al cabo añade—: Hay otra cosa que me ha llamado la atención. Cuando han mencionado a Duval, han hablado de hipnosis...

Tremblay entorna los ojos, y su nariz aguileña parece alargarse cuando mira fijamente a Sophie.

—Yo no he dicho nada de eso —le espeta.

Sophie lo ignora.

—A mi amigo Blake lo mató su compañera de piso. Y eso no tiene ningún sentido. De modo que pensé...

—¿Que alguien la controlaba? ¿Mediante hipnosis? ¿En serio?

Tremblay mira a la chica como un halcón miraría a una musaraña.

—¿Y por qué no? —interviene Clémence—. A lo mejor fue lo que pasó con Rebecca Law. También ella mató a su novia, y sin motivo aparente. Y ya empiezan a ser muchos los casos para hablar de coincidencia, tío Bernie.

—¡Dios mío...! —exclama Sophie—. ¿Hay un antecedente? —Niega con la cabeza y mira al techo mientras se muerde el labio inferior—. No... Es imposible. No puede ser eso...

—¿Sabe usted algo? —pregunta Tremblay.

—Es solo... una teoría. Y al mismo tiempo... todo concuerda. Los servicios secretos de la época también... El escándalo salió a la luz en 1975, durante la presidencia de Nixon.

Todos los ojos están fijos en Sophie.

—¿De qué habla? —pregunta Noah.

—Del proyecto MK-Ultra.

Disciplina y voluntad

Benedict lanza un directo al saco de boxeo en el momento en que por los altavoces Magico se oyen las primeras notas del *Nocturno Op. 9 n.º 2* de Frédéric Chopin.

Esa noche, más que cualquier otra, cada golpe le recuerda que su vida puede resumirse en una sucesión de combates.

Lanza un gruñido, suelta dos ganchos y retrocede unos pasos a saltitos.

Un combate ganado contra la genética que le ha permitido transformarse del joven raquítico que era al guerrero espartano que es.

Da una patada circular tan poderosa que rompe la cadena de hierro y hace temblar la guía de la que cuelga el saco.

Un combate que ha ganado contra los prejuicios de los imbéciles que solo veían en él a un hijo de papá y al heredero de un magnate del negocio inmobiliario en Nueva York.

Sopla, lanza una serie de ganchos y luego se pone en guardia, sin dejar de moverse.

Porque Benedict Owen nunca ha considerado la riqueza de su familia como una ventaja, sino como un obstáculo que debía superar. Ya de adolescente comprendió que tendría que luchar para ganarse el respeto y hacerse merecedor de una posición que todo el mundo creía que le correspondía por nacimiento.

Y en la actualidad tan solo le falta devolver el crédito con el que se financió los estudios y pagar a su padre el espléndido apartamento en Greenwich Village que este le ofreció para conquistar la libertad y reivindicar su independencia.

Todavía le queda camino que recorrer, pero sabe que tiene lo necesario para alcanzar el éxito. Gracias a dos cosas: la voluntad y la disciplina.

Por eso golpea hasta quedar agotado un saco de boxeo a las once de la noche, cuando otros están echados en el sofá vaciándose el cerebro mientras contemplan un alienante *reality show*.

Benedict sujeta el saco y, entre gritos, alterna los golpes con las rodillas.

Por eso hace muecas y suda, mientras otros, con un vaso de cerveza en una mano y un pedazo de pizza en la otra, se parten de risa con los chillidos de un actor de tercera.

Suelta el saco, encadena dos directos, un gancho y una patada de revés.

Disciplina y voluntad.

Las necesitará, pues hay otro combate esperándolo, y contra un adversario tan peligroso como invisible.

—*Jab, jab, cross, hook!* —grita acompañando sus últimos golpes.

Un adversario que ha asustado a su amigo del FBI lo suficiente para detener sus investigaciones.

Benedict agarra el saco de boxeo y lo estabiliza.

Franz Liszt ha sustituido a Chopin. Y el piano de la *Rapsodia húngara* sucede al del *Nocturno*.

Coge la toalla blanca, se enjuga la frente y consulta su reloj. Su ritmo cardíaco está a ciento cuarenta. Perfecto.

Son las once y cuarto, lo cual le da cinco minutos para prepararse un lingotazo de proteínas y enlazar con la musculación.

Desengancha el saco de cuero, lo desliza a lo largo de la guía del techo de

la que cuelga y lo sujeta a la columna de ladrillo mediante un gancho.

Pero Benedict no es como su amigo del FBI. Él no es de los que tiran la toalla. A pesar de los obstáculos, no ve un combate perdido de antemano, sino una oportunidad de superarse.

El desafío será difícil, y lo sabe. Tendrá que actuar con tiento, porque ahora el asunto tiene ramificaciones que llegan hasta el mismísimo corazón de las instituciones estadounidenses.

Pero ¿cuáles? ¿Qué estamentos u organismos han podido presionar a su amigo para que deje de escarbar?

Y Sophie... Sin duda ha huido de su apartamento y ha desaparecido para escapar de ellos.

Benedict echa un poco de suero de leche en polvo en la batidora que tiene en la isla central de la cocina, y agrega un huevo, leche y una cucharada de creatina.

Presiona la tapa de la batidora de vaso para mezclarlo todo, y durante unos segundos la melodía del compositor húngaro deja de oírse.

Está frente a un dilema. ¿Debe comunicar la información que le han facilitado a la policía?

Su cargo lo obligaría a hacerlo; al fin y al cabo, tiene una responsabilidad en el caso y representa a la oficina del fiscal.

Al mismo tiempo, nada de lo que sabe apoya la existencia de una conexión real con la investigación que está llevándose a cabo. ¿De qué serviría informarles de que un experiodista llamado Trout contactó con el FBI en los años setenta para notificar que había unos niños prisioneros en una mansión de Perú? La historia de esa Amy Williams que los Cadwell acogieron durante un tiempo sí podría tener una relación, pero es poco sólida.

Y también están los viejos tests para medir el cociente intelectual

encontrados en casa de los Cadwell. Hay un logo en forma de cabeza de cuervo impreso en cada una de las hojas. Debe seguir esa pista.

Benedict se bebe de un trago el contenido de la batidora y se limpia el bigote de espuma que rodea sus labios.

Es raro que nadie moviera un dedo en aquella época para saber algo de los niños.

Está claro que hay algo que no cuadra.

Y cuanto más lo piensa, menos le apetece compartir sus informaciones con la policía.

Sobre todo después de lo del informe psiquiátrico y médico de Beth, que se traspapeló y apareció tres días más tarde.

Bueno, es la hora. Otra sesión más en el aparato de musculación y se irá a la cama a meditar sobre todo eso. Las cosas hay que consultarlas con la almohada. Y al día siguiente le espera una jornada muy intensa.

Benedict se dispone a regresar al salón cuando suena el timbre.

Apaga el equipo de música, coge una camiseta y, mientras se la pone, se dirige a la entrada.

Al llegar a la puerta acerca un ojo en la mirilla.

Un hombre con cara seria y mandíbula cuadrada. Le muestra una acreditación del FBI.

Qué raro... ¿Qué querrán de él los federales a esas horas?

Abre la puerta, dispuesto a protestar.

No le da tiempo. El hombre ha levantado el brazo derecho, empuña una pistola equipada con un silenciador. El índice aprieta el gatillo, y la disciplina y la voluntad de Benedict se esfuman en un fognazo de sangre.

Monarch

A pesar del granizo y las ráfagas de viento, Clémence pisa el acelerador y se desvía para alcanzar al Chevrolet Silverado rojo que circula tranquilamente por la Theodore Roosevelt Highway.

El motor del Nissan ruge, y Clémence adelanta al imponente vehículo en el momento preciso en que el cielo nocturno se estría de relámpagos.

«Cuidado, esta tía conseguirá que nos pillen», piensa Sophie.

—¡Hey, que el límite son sesenta kilómetros por hora! —le grita—. Estaría bien tratar de pasar desapercibidos. Si nos detienen, lo tengo crudo.

—Ese coche circulaba muy despacio —protesta la conductora—. Lo normal ha sido adelantarlo. Nadie se habría quedado detrás de ese caracol, sobre todo cuando la carretera está desierta.

—Es fácil decirlo, no eres tú la que se arriesga a ir a la cárcel —responde Sophie—. Y además es peligroso con este tiempo, y los baches... Parece que estemos en Quebec.

Sophie mira el espejo retrovisor interior y ve que Clémence se contiene para no responder, que se muerde el labio inferior y frunce el ceño.

«Esta chica tiene casi tanto carácter como yo —piensa—. Esto va a petar de un momento a otro.»

Noah se vuelve hacia el asiento trasero.

—Señorita Lavallée, da la impresión de que sabe mucho del proyecto MK-

Ultra.

Sophie esboza una sonrisa. La pregunta es una forma apenas disimulada de desviar su atención. Pero acepta cambiar de tema para distender el ambiente.

—He investigado mucho sobre ese asunto —confiesa—. Llevaba... llevo un blog que algunos podrían tachar de conspiranoico. Aun así, el proyecto MK-Ultra es una realidad. Bueno, ese era su nombre en los años setenta, pero su origen se remonta a la década anterior.

—Se dice que existe una conexión con los nazis, ¿no? —pregunta Clémence.

—En cierto modo. En 1945 se creó en Estados Unidos la Agencia de Objetivos de Inteligencia para, entre otras cosas, dirigir la operación Paperclip, un programa de la Organización de Servicios Estratégicos que permitió reclutar a científicos nazis delante de las narices de los rusos y a espaldas de Nuremberg.

Clémence asiente.

—He oído hablar de esa operación. Incluso hay rumores de que el mismísimo Josef Mengele figuraba en ese lote, aunque me parece un poco exagerado —observa Clémence.

—Como en todos los asuntos de este tipo, es difícil discernir lo verdadero de lo falso —dice Sophie—. Saber separar el grano de la paja es lo que distingue al periodista del bloguero sensacionalista que solo busca seguidores. Pero la operación Paperclip y el proyecto Artichoke, que más tarde se convertirá en MK-Ultra, son reales. El gobierno de Estados Unidos no lo negó cuando estalló el escándalo. En cuanto a Mengele, por otra parte, no hay pruebas que confirmen que pudiera encontrar asilo en Estados Unidos o en Canadá.

—¿Canadá?

«Pues sí. También en Canadá, y hasta en Quebec, la Bella Provincia,

señorita Leduc», querría responderle Sophie.

—Por supuesto —le contesta, sin embargo—. Y el proyecto MK-Ultra tiene ramificaciones en Quebec. Por ejemplo, el infame doctor Cameron trabajó por cuenta de la CIA en la Universidad McGill de Montreal. Con la excusa de tratar la esquizofrenia, diseñó métodos de programación mental a base de barbitúricos, electrochoques y *brainwashing* con magnetófono.

—Pues qué guay... Yo estudié precisamente en McGill —declara Clémence.

El Nissan dobla a la izquierda y sale de la Theodore Roosevelt Highway para tomar la carretera de acceso a Bolton Valley.

Clémence mira a Sophie a través del retrovisor y dice:

—Confieso que al principio te he tomado por una iluminada cuando has hablado del proyecto MK-Ultra, pero cuanto más te oigo hablar de esa historia tan absurda como terrible, más van encajándose las cosas. Por ejemplo, varias víctimas del asesino formaban parte de los servicios secretos. Y luego están los trabajos de Weinberger y de Duval.

«¿Cómo culparla, quién habría podido adivinarlo?»

—Yo tampoco establecí enseguida la conexión, el proyecto se abandonó oficialmente en 1988. Y hablando de las víctimas, el papel de asesino no está claro.

—Es una historia de venganza —afirma Clémence—. Y esa venganza guarda relación con Noah. ¿Por qué abandonaron el proyecto?

—Por el escándalo del Watergate en 1973. El asunto desató una ola de pánico y el director de la CIA entonces, Richard Helms, ordenó destruir todos los documentos oficiales. Pero es de suponer que eso no bastó, ya que en 1974 el *New York Times* reveló el papel de la CIA y un año más tarde la Comisión Rockefeller expuso el programa a la luz pública.

—¿Y renunciaron a más de veinte años de investigaciones?

—Según confesó el doctor Gottlieb, uno de los responsables del proyecto, nunca lograron crear el asesino perfecto. Esa era la finalidad del proyecto, la programación de un robot humano que de pronto, por una orden, por una palabra que actuase de desencadenante, se convirtiera en asesino. Su principal objetivo en aquella época era Fidel Castro. No se puede decir que fuera un éxito.

—Pues por lo visto la investigación siguió y sí tuvieron éxito en el caso de Rebecca Law y de...

Clémence no termina la frase.

Sophie pega la cabeza al cristal frío.

«Blake, sí —piensa—. Por descabellado que parezca, a Beth la condicionó el asesino. Y visto el *timing*, eso significa que pueden programar a una persona en poco tiempo. No es de extrañar, teniendo en cuenta el gran avance tecnológico y científico de los últimos cuarenta años.»

—No me perdono no haberlo comprendido antes. Debería haber reaccionado cuando Cadwell me contó que unos hombres de negro se llevaron a la pequeña Amy Williams. En lo primero que pensé fue en prostitución pedófila. Y, ¡joder!, si lo que he leído sobre el proyecto Monarch es cierto... casi lamento que no fuera este el caso.

—¿Monarch? Ahora me pierdo —dice Noah saliendo de su burbuja de silencio.

—Lo siento, señor Wallace. MK-Ultra agrupaba varios proyectos. Monarch era uno de ellos. No entraré en detalles, pero digamos que implicaba a niños condicionados muy pronto. Droga, privación sensorial... e incluso violación o asesinato forzado. La primera etapa del control mental es quebrar la voluntad. Eso pasa por experiencias traumáticas.

—Menuda tontería. Estoy dispuesta a creer en experiencias a base de LSD

o hipnosis... y hasta electrochoques —replica Clémence—. Pero ¿violaciones de niños?

—Hay que entenderlo en el contexto de aquella época. Era el comienzo de la Guerra Fría y había empezado la carrera contra reloj entre las dos superpotencias; Estados Unidos tenía que desarrollar las técnicas de control mental antes que los rusos, que ya dominaban el suero de la verdad. Los niños eran sin duda huérfanos o...

—Basta. Me repugna —declara Clémence—. Es indignante.

El coche sube por el camino de tierra y sus faros iluminan la casa aislada.

—¿Es aquí? —pregunta Clémence.

—Es difícil olvidarla, incluso para un amnésico como yo —responde Noah—. Sí, esta es la casa que sirvió de escondite al asesino. —Se vuelve hacia la periodista—. Y gracias, Sophie. Ha hecho un excelente trabajo de investigación. ¡Y en un día! Impresionante.

—De nada, pueden hacerse milagros con internet, cuando uno sabe dónde escarbar. No es la primera vez que lo hago.

«Bien que lo sé, señorita Lavallée...»

—Aun así, sigo sin comprender por qué tenemos que ir —añade Sophie.

Clémence señala a Noah.

—Cuando usted encontró el nombre del propietario fallecido yo hice una mueca, seguro, pero él... él tuvo un flash.

—¿Quién era exactamente ese tipo? —pregunta Sophie.

—El reverendo Terence McKenna. Era el hermano de Harris McKenna, una de las víctimas recientes del asesino.

Afecciones

Bernard se lleva el pedazo de empanada a la boca y da el primero de varios bocados lentos.

Hace varias semanas que ha perdido el apetito y, salvo algunos pasteles, come más por obligación que por placer.

Y no es la reciente noticia que le ha anunciado ese imbécil pedante —más bien, ese puñetero cabrón— de Thierry Simard la que se lo va a devolver.

La Policía Montada retoma la investigación. Él los ayudará unos días para facilitar la transición y después tendrá que abandonar el caso.

En cierto modo se lo esperaba, sobre todo desde el episodio del tiroteo callejero en Burlington.

Vistos los últimos acontecimientos, es más que evidente que la CIA quiere enterrar el asunto. Toman sus precauciones para que un sabueso como él no encuentre elementos que puedan comprometer sus maniobras. Dios sabe con qué medidas de presión cuenta la agencia en las altas esferas, incluso en Canadá. ¿El CSIS, el ejército, el alto mando de la Policía Montada?

Demasiado tarde para eso. Y si querían apartarlo, han fracasado. Continuará solo si hace falta.

Deja el tenedor y coge el vaso; necesita un poco de agua para tragar.

La masa de la empanada está demasiado seca, la prefiere bañada en salsa.

Toma otro mordisco para que su mujer esté contenta. Sabe que su falta de apetito la tiene preocupada.

No tendrá más remedio que confesárselo. Pero la noticia puede destrozarla.

Josée está frente a él, pero apenas la ve. Últimamente sus comidas adoptan la forma de monólogos. Mientras su mujer trata de atraer su atención, él se encierra en el silencio de sus reflexiones.

—¿Has visto, Bernard? Los vecinos ya han instalado sus carpas Tempo para proteger los coches. Tendremos que instalar la nuestra... o hacer sitio en el garaje. ¿Y has pensado en los neumáticos de invierno?

Bernard asiente en silencio y farfulla:

—Hummm.

Bueno, si esos cabrones de la Montada o de los servicios secretos creen que lo dejará y que se quedará sentado y de brazos cruzados en el sofá, están pero que muy equivocados. Sobre todo con la nueva pieza del rompecabezas que esa joven ha aportado.

—Cariño, ¿casi no has tocado la empanada! ¿Habrías preferido que la preparase con carne de caza?

Bernard afirma despacio con la cabeza.

Habría que averiguar para quién trabaja la tal Sophie. A juzgar por lo que ella cuenta, la hipótesis más probable para Bernard es que alguien de la propia CIA quiera descubrir al grupo. A menos que...

«Una persona sensata no apostaría por una joven periodista recién salida de la facultad —se dice—. Pero hay que reconocer que la joven tiene recursos. O también podría ser que la CIA no confíe en los periodistas profesionales. Lo cual es posible... y preocupante.»

—Qué extraño, Bernard, la mujer de la casa de al lado corre desnuda por el jardín con unas ramas de ruibarbo en la mano.

Bernard asiente con la cabeza otra vez y toma un sorbo de agua para poder

tragar el bocado de empanada que se le ha atascado en la garganta.

La verdad es que si le hubiesen hablado de MK-Ultra y de un proyecto *top secret* antes de estar metido en ese caso se habría reído y habría contestado con un sarcasmo como: «¡Venga ya, que esto es la vida real y no *Expediente X!*».

Pero ahora sí se lo cree. Y el guion para él es el siguiente:

Un asesino elimina a los miembros de una organización que seguramente ha reanudado las investigaciones del proyecto MK-Ultra. Tal vez un grupúsculo dentro de la CIA que goza del apoyo de personas ricas y poderosas. Ese grupo tiene ramificaciones en organismos de los gobiernos canadiense y estadounidense. El asesino está entrenado, quizá incluso sea un miembro de las fuerzas especiales. Es inteligente y capaz de eludir la vigilancia tanto de sus enemigos como de la policía. Su móvil es la venganza y al mismo tiempo trata de comunicarse con Wallace, sin duda para reavivar en él unos recuerdos enterrados.

«Alguno de los dos, el asesino o Wallace, debe de ser una víctima de los experimentos de la organización, puede que ambos. Y eso explicaría ese período misterioso de la infancia de Wallace.»

—Sé lo de tu cáncer, Bernard.

Él asiente despacio...

Pero se detiene. Deja el tenedor en el plato y levanta la cabeza.

Su mujer lo mira y le sonrío.

—Joséé...

«Lo sabe... Claro que lo sabe. No es idiota.»

—¿Por fin me haces caso, Bernard? Sé que has intentado ocultármelo y comprendo por qué lo has hecho, pero no soy tonta. Tu tez amarillenta, tu pérdida de apetito, tus picores... Soy tu esposa, ¿de veras creías que no me daría cuenta?

Bernard no logra contener la emoción que lo embarga. Su cuerpo ya no le obedece, se le hace un nudo en la garganta.

Josée lo sabía. Y no decía nada.

¡Qué imbécil ha sido! ¡Qué marido más miserable!

Estalla en sollozos.

—Yo... estoy... No quería que te preocuparas.

Coge la servilleta y se seca las lágrimas que le empañan los ojos.

—Es el páncreas, y ya sabes que...

No llega a decirlo, se le queda en la garganta. ¿Hay alguna forma buena de anunciar a su mujer que solo le quedan unos meses de vida?

Adenocarcinoma del conducto pancreático. Cuatro palabras que matan.

—Lo sé, Bernard. Yo... lo suponía, pero hablé por teléfono con el doctor Lagrange. Él intentó ponerse en contacto contigo, pero no lo consiguió. Al final me llamó a mí. Seguramente no me habría contado nada, no suelen hacerlo, pero le mentí, le dije que ya lo sabía. A raíz de los últimos exámenes, propone que te sometas a una intervención quirúrgica... la operación Whipple, creo que se llama. No te imaginas hasta qué punto estoy...

Josée se tapa la cara con las manos y llora a su vez.

Bernard se queda sentado sin saber qué hacer. ¿Es posible que haya alguna esperanza?

La operación podría extirpar una gran parte del tumor.

Pero las probabilidades son tan pocas...

«Deja de lamentarte, Bernard. Y deja de comportarte como un cobarde — se dice—. Has sido cobarde al dejar a tu mujer en la ignorancia, cobarde al abandonar a tu hijo con la excusa de que no es tan brillante como te habría gustado, cobarde al haber capitulado cuando tu jefe...»

«¡Joder!»

«Y si...»

—Bernard, ¿me escuchas?

No. Ya no puede escucharla. Su mente acaba de cerrarse a cal y canto.

Bernard se levanta de un salto, se precipita hacia Josée y la besa en la frente.

—Eres la mujer más maravillosa del mundo. Te quiero con toda mi alma. Y a Étienne también. Es un inútil, pero lo adoro.

Corre hacia la entrada y descuelga la chaqueta del perchero.

—¿Te vas, Bernard? ¡No entiendo nada!

—Debo ir al despacho. Tengo que consultar un dossier muy importante.

«Desde luego.»

¿Cómo no ha establecido antes esa relación?

Indecible

Noah cierra los ojos.

El decorado ha cambiado, pero no cabe duda: sucedió ahí, en esa habitación. Pasó hace más de treinta años, pero las oleadas de flashes que se han ido sucediendo —un calidoscopio de imágenes— no lo engañaban. Siente lo mismo que experimentó cuando estaba en el hospital con Steve, y más tarde, durante el registro.

Con todo, ahora es más preciso, más intenso, más sombrío.

Fue ahí, en lo que era una cocina, donde empezó el drama.

«Tienen quince minutos.» La voz ronca del hombre resuena en la cabeza de Noah. Su tono es autoritario, amenazador.

Noah respira hondo.

El pitido de sus oídos se acentúa a medida que los sonidos se distorsionan.

—¿Qué hace? —pregunta Sophie.

Noah no oye la respuesta de Clémence. El decorado se nubla ante sus ojos. Los ruidos se apagan como si metiera la cabeza en el agua, son engullidos por la pulsación aguda que se amplifica en su cabeza.

Luego el tiempo se detiene; se solidifica.

En la habitación desangelada y gélida en la que solo hay una lona y algunas cajas en el suelo aparece una mesa redonda, unas sillas de plástico

naranja y una cocina del mismo color. En la estancia flota un intenso olor a café instantáneo.

«Aquí no se tolera el fracaso», sentencia una voz ronca.

Ahora Noah está en el cuerpo del niño, siente su angustia. El Reverendo lo aterroriza. Se le hace un nudo en la garganta, sus intestinos se licúan. Conoce el precio del fracaso.

Otro chico está sentado delante de él. Debe de tener diez años, no más. Le impresionan la frialdad y la inteligencia que refleja su mirada. Aún no está roto, aún no ha sufrido los castigos del Reverendo tanto como él.

Igual que él, está sentado frente a una hoja de papel con un lápiz en la mano.

Son tests. No es la primera vez que los hace.

Siempre las mismas hojas. Y ese símbolo, una cabeza de cuervo, impreso al inicio de la página.

«Haz lo que yo te diga y todo saldrá bien», le dice el Reverendo.

Pero no lo cree, nunca sale bien.

En esa ocasión debe completar una serie de cálculos de integrales. Es demasiado difícil. Solo tiene seis años.

El chico de enfrente orienta la hoja de manera que él pueda verla. La criatura quiere ayudarlo. Le sugiere que copie.

«Quedan diez minutos. Exijo que no haya ni un solo error. Cada equivocación tendrá graves consecuencias...»

Pero él duda. ¿Qué pasará si lo pillan copiando? No, prefiere no pensarlo.

«Solo cinco minutos. Esta vez me han hablado de auténticos niños prodigio... Espero que no me decepcionéis.»

No puede lograrlo sin hacer trampas. ¿Es eso lo que el padre McKenna desea? ¿En eso consiste el test?

Las lágrimas corren por las mejillas del chico.

Si no lo logra... le hará daño. «¡Copia!», le ordena el otro chico.

Pero si hace trampas, le hará daño a él. Y no podrá soportar de nuevo esa pesadilla.

Sacude la cabeza. Las lágrimas corren por sus mejillas enrojecidas.

Siente la mirada del Reverendo. Sabe que está a su lado, al acecho de cualquier desliz.

El chico de enfrente lo acusa con la mirada. Noah tiene ganas de decirle que no es culpa suya. Ante su insistencia, incluso se había decidido a copiar, pero el golpeteo de unos zapatos en el enlosado le indica que el Reverendo se acerca a la mesa.

«¡Ha terminado el tiempo!»

Se acabó. La orina le corre piernas abajo.

«Estoy decepcionado, tendré que castigarte. Ven al sótano.»

La vista se le nubla, y poco a poco la cocina desaparece.

—¿Señor Wallace...?

La voz de Clémence le llega como un eco lejano. Una mano en su hombro lo devuelve a la realidad.

—¿Va todo bien? —pregunta Sophie.

Noah parpadea y sacude la cabeza. Las dos chicas están enfrente de él, una al lado de la otra.

—Aquí el Reverendo proporcionaba los tests a los niños. Creo que... — señala la puerta que conduce al sótano— ... los castigaba ahí. Voy a bajar. Y tenía la impresión de que era yo quien...

—Usted no había nacido cuando el Reverendo murió. No era usted, señor Wallace —afirma Sophie.

Noah asiente con la cabeza.

En cierto sentido, habría preferido que fuesen sus propios recuerdos. ¿Qué significan esas visiones, si no lo son?

Noah coge su linterna y baja la escalera de madera.

La misma que el Reverendo bajó cuarenta años atrás, antes de que los dos chicos lo matasen.

Desciende cojeando, el bastón golpea cada peldaño.

Sus pies se posan por fin en el suelo. Está recubierto de hormigón.

«Era de tierra entonces —observa Noah—. Lo cubrieron después.»

—¿Todo bien ahí abajo? —pregunta Clémence preocupada.

El Reverendo murió a unos pasos de donde Noah se encuentra. Pero no es por eso por lo que está en ese sótano. Percibe otra cosa.

Recorre la estancia con el haz de luz de la linterna. No descubre más que un vacío angustiante, unos muros descarnados, unas cañerías a la vista. La lluvia golpea el ventanuco que da al patio trasero de la casa.

Noah cierra los ojos y deja que las sombras lo posean. Está de nuevo en el cuerpo del niño.

«Ya sabes lo que tienes que hacer», dice el Reverendo sin alterarse.

El crío tiene un martillo en la mano temblorosa. Sabe lo que ese monstruo de McKenna espera de él.

Hay un hombre atado a un poste. Su cara se vislumbra bajo el tenue halo amarillo de una lámpara de baja intensidad que hace bailar las sombras en el suelo. Es un hombre negro, de unos cuarenta años. Tiene los rasgos deformados por culpa de los hematomas.

De un difusor de aroma de terracota que hay encima de un taburete sale humo. Noah reconoce el olor.

«¿Sabes que la mirra representa el lado humano de Cristo, Richard? También es una promesa de resurrección.»

El Reverendo lo coge de la muñeca y coloca un clavo a la altura de la rodilla del hombre.

«Debes hacerlo tú, Richard.»

El hombre tiende hacia él una mano implorante. Solo un estertor se escapa de su boca, sellada por la deshidratación.

«Si no lo haces, sabes lo que pasará, ¿verdad?»

Su mirada se cruza con la del hombre. Levanta el brazo, las lágrimas le inundan la cara.

Chilla.

Deja caer el martillo.

«Bien. Has hecho tu elección, ¡asúmela!»

El Reverendo tira de su brazo, lo arrastra por el suelo y luego lo esposa a un radiador de hierro.

Abre la celda donde una niña está prisionera.

Está delgada, tan abatida, tan... rota.

El Reverendo la guía sin dificultad hacia un yugo y la inmoviliza.

Y sin dejar de mirar al niño, se baja los pantalones.

«¡Que sepas que lo que va a ocurrir es por tu culpa!»

Noah chilla.

Quiere salir de esa pesadilla, escapar, volver a la superficie. La visión se ha congelado en los párpados cerrados y la mueca que deforma las facciones del Reverendo. Esa imagen está impresa en su retina, marcada con hierro candente en su mente. Los círculos en el agua no logran borrarla.

—... Wallace...

—... ¿Usted... bien...?

Las voces de Sophie y de Clémence.

Unas luces que lo guían en las tinieblas.

Pero el horror no ha terminado con él y su mano invisible le presiona el cráneo para mantenerlo en los abismos.

Las imágenes se suceden en flashes. El suelo es de tierra, unos cables eléctricos cuelgan entre las vigas fijadas al techo. Unas herramientas —un

martillo, varias sierras y tijeras de podar— asoman de un fregadero de porcelana suspendido de una pared de ladrillo, unas lonas de plástico cubren el suelo húmedo. Las cañerías gotean.

No hay yugo ni jaula, pero sí dos niños encadenados. «Otros críos, más pequeños.» Se acurrucan, están pegados el uno al otro como siameses. El primero, una niña de cabellos rubios estropajosos con la cara manchada de barro, fija la mirada asustada en la escalera. El otro, un niño moreno con el cráneo mal rasurado, acerca la mejilla a la pared húmeda y hace una mueca de terror.

La visión de Noah queda velada por una especie de destello opaco que desaparece bruscamente. En la oscuridad, oye el rasguño metálico de las cadenas deslizándose por las anillas, los sollozos y los gemidos. Luego unos fluorescentes parpadean e iluminan el sótano con una luz pálida, descubriendo una sombra que se agranda en el suelo.

La pequeña se aferra con todas sus fuerzas al niño. El hombre está allí por ella.

Noah siente que el miedo le disuelve las entrañas. Una bola de tinieblas le obstruye la garganta.

Nuevos flashes, nuevas visiones, nueva estancia. Primero el ruido de un taladro mezclándose con unos gritos estrangulados, después un olor a carne quemada, luego el estruendo de un martillazo que machaca unas falanges.

Las lonas se manchan de sangre, los ojos chorrean lágrimas.

El pecho de Noah se comprime hasta aprisionarle el corazón. Tiene los ojos en blanco. Quiere escapar, pero la mano invisible le aplasta la caja torácica.

Otro flash. Otro sótano.

Ladrillos rojos y suelo de linóleo. Un hombre desnudo está atado a una

gruesa columna en el centro de la habitación. Tiene el cuerpo cubierto de heridas y cosido a cicatrices.

Noah distingue una cabecita morena que observa en silencio al hombre que gime.

Suena una orden autoritaria.

«Hazlo, o le vacío un ojo a tu amigo.»

Una manita, que sujeta un escalpelo, se alza.

Nuevo flash. Otro sótano. «Otros niños, otra vez.»

—... ¡Noah!

Otro sótano.

—¡Noah!

Emerge de la negrura y abre los ojos. Tiene la espalda apoyada contra una pared húmeda. Las dos chicas están arrodilladas delante de él. Sophie le tiende el bastón. Clémence le pasa la mano por la frente cubierta de sudor.

Le tiembla todo el cuerpo. La cabeza está a punto de explotarle.

«¿Otra catarsis, doctora Hall? —piensa Noah—. ¿O es el tumor, doctor Henry?»

—Está usted ardiendo —dice Clémence.

Noah recupera el resuello y engulle la bola de tinieblas que tiene atascada en la garganta.

Poco a poco recupera también la razón. La superficie del agua se alisa.

—El chico se llama Richard... Y creo que Amy estaba aquí, al igual que Trout. Y, ¡Dios mío!, es horrible... Hay otros niños, existen otros lugares como este. Otros sótanos. El programa no se interrumpió nunca.

Ironías del destino

Bernard cierra la puerta y suspira.

Echará de menos el despacho.

Hace cinco años que comparte la estrechez de esa habitación con un cactus cirio de Perú que su esposa le regaló cuando lo ascendieron a inspector.

Josée insistió mucho para que pusiera la planta cerca del ordenador.

«Pasarás menos tiempo en la calle y más delante de la pantalla. Es sabido que esta planta absorbe las ondas —le dijo—. Y las ondas pueden ser peligrosas para la salud», añadió depositando un beso en su frente.

El recuerdo le arranca una sonrisa amarga.

Se diría que el cactus no ha logrado detener las suficientes ondas.

Bernard se toma todo su tiempo; quizá sea la última vez que pone los pies en ese suelo de parquet encerado y se instala frente a la pantalla de las «ondas mortales».

Después de lo que se dispone a hacer, mucho será que no vaya a la cárcel.

Pasa la palma de la mano por el cuadrado de cristal pulido que hay encima de su escritorio de nogal y se sienta en la silla de cuero.

La vida y sus ironías.

Primero se entera de su futuro ascenso a inspector jefe previsto para el año siguiente, y unos meses después le diagnostican un cáncer y esa porquería de enfermedad le barre toda perspectiva de futuro.

Abre el cajón de los expedientes. Saca su cafetera de émbolo y un sobrecito de café molido.

Cuando le cayó encima ese caso de asesinato le pareció que era el medio perfecto para acabar a lo grande, para hacer que el nombre de Bernard Tremblay quedase registrado en los anales de la Policía Provincial de Quebec.

Era su último cartucho, en cierto modo.

Y sin embargo, precisamente por culpa de ese caso, tal vez lo expulsen del Cuerpo.

Es lo peor que puede pasarle a un hombre que siempre se ha sentido orgulloso de su uniforme verde y amarillo y de las dos banderas que presiden una esquina de su despacho. La de la Policía Provincial y la de Quebec.

Bernard enchufa el hervidor de agua y echa dos cucharadas de Moka Sidamo al fondo de la cafetera de émbolo.

Por primera vez en treinta años de servicio desobedecerá a sus superiores y violará la ley. Traicionará al Cuerpo, su familia.

Y si la Unidad Permanente Anticorrupción no está podrida, caerán otras cabezas además de la suya. Sonríe al imaginarse la cara rubicunda de Simard palideciendo cuando lo detengan.

Bernard se inclina, pone en marcha la torre del ordenador y coge la caja de caramelos Tic Tac que guarda en el primer cajón de su mesa, al lado de las chinchetas multicolores.

Se pone dos en la palma de la mano y se los mete en la boca de un manotazo.

«Sí..., la vida y sus ironías.»

Lo tenía delante de los ojos. Todo el tiempo.

Como esa mosquita que está inmóvil en tu pantalla y solo la ves cuando apartas la vista.

Su atención estaba tan focalizada en Noah Wallace y en buscar al asesino que no estableció la conexión.

Pero ahora todo está claro para Bernard. Y lo mejor es que tal vez consiga poner el punto final a un caso no resuelto.

«*One stone, two birds*», como dicen los anglófonos.

Bernard aplasta un Tic Tac con las muelas.

Hace dos años la Policía Montada presionó para que abandonara la investigación. Entonces él eligió la lealtad, obedeció las órdenes de Thierry Simard y no siguió con las pesquisas.

La vida y sus ironías.

Si su intuición es acertada, ahora podrá relacionar aquel caso antiguo con Trevor Weinberger, y esta vez ni la CIA, ni la Policía Montada ni ese imbécil de Simard podrán impedirlo.

Y cuando el viejo ordenador haya terminado de rascar y hacer gemir a su disco duro, tendrá lo necesario para asestar su golpe.

Un chasquido seco le anuncia que el agua ya está hirviendo.

Weinberger, Duval, Simard, la Policía Montada. ¿Y si todos esos elitistas estuvieran relacionados con el proyecto MK-Ultra?

Bernard echa el agua en la cafetera, y el aroma a moka llena la habitación.

De ser así, eso significará que la joven Sophie tiene razón y que el proyecto continúa. Y que algunas personas influyentes y con cargos importantes en Estados Unidos y en Canadá encubren sus actividades ilegales.

Al fin y al cabo, ¿cuál es la hipótesis más lógica? ¿Que más de veinte años de investigaciones en diversos campos de la medicina, incluso las más discutibles, hayan sido descartadas como respuesta a un escándalo destapado por los medios? ¿O, por el contrario, que esos conocimientos se hayan recuperado, vendido y aprovechado?

No, Bernard ya no tiene dudas sobre la conexión entre ese caso y el proyecto MK-Ultra. Incluso el asesino le había proporcionado un indicio sutil, aunque imposible de comprender en aquella época: el mapa del Château Frontenac. Un guiño a la Segunda Guerra Mundial y a las conferencias de 1943 y 1944 que habían reunido a Churchill, Roosevelt y Mackenzie King en Quebec, entre las paredes del castillo. Estados Unidos, Canadá e Inglaterra: tres países que habían sido los impulsores de un proyecto que los científicos nazis habían iniciado.

«Los puñeteros nazis.»

Bernard presiona despacio el émbolo.

Bien. El cacharro que tiene por ordenador está listo. Y lo espera una larga noche.

«Sí..., la vida y sus ironías.»

Jamás habría pensado que ese voluminoso fichero aletargado en su ordenador le serviría para aclarar una serie de asesinatos varios años más tarde.

Se llena de café la taza de cerámica en la que pone «Papá». Un regalo del día del padre que Étienne le hizo con sus manos mucho antes de convertirse en ese vegetal eternamente plantado en el sofá.

La verdad es que está buscando una aguja en un pajar. Testimonios, confesiones, informes psiquiátricos. Va a revisar todo lo que pudo reunir antes de que lo apartaran del caso.

Pero seleccionar, encontrar, ensamblar... es lo que mejor sabe hacer.

Y esta vez no necesita cronómetro ni cuaderno.

Solamente café... mucho café.

Catarsis

Noah se arrepiente de no haber aceptado la invitación de Clémence. El riesgo de que se lo llevara a la cama era grande, sin duda, pero al menos habría estado en buena compañía.

Cierra la puerta con aprensión, y su mano permanece unos segundos aferrada al pomo metálico.

Soltarlo es afrontar sus miedos, pues sabe que no encontrará consuelo en su apartamento vacío.

La soledad, esa falsa amiga, lo espera en el corazón de la oscuridad con su batallón de preguntas. Más que nunca, es un espejo en el que Noah teme verse reflejado.

Estar en compañía le ha impedido hundir la mirada hasta lo más hondo de los abismos, pero ahora está solo.

La bala incrustada en el techo, el asesino que se coló en su casa, o su amigo Steve, cuyo corazón puede fallar en cualquier momento. Todo eso no es nada, comparado con lo que teme encontrar en los recovecos oscuros del silencio.

Noah da unos pasos hacia la cocina, y un chapoteo lo arranca momentáneamente de sus pensamientos. Se da cuenta de que está pisando agua. La ventana. Observa el reguero que desciende pared abajo y forma un charco que se extiende hasta el fregadero. Con la tormenta y las ráfagas de

viento lateral, los cubrecamas se han empapado y han transformado su cocina en una piscina.

Noah no tiene fuerzas para pasar la bayeta. No después de lo que ha ocurrido esa tarde. No después de lo que ha visto en ese sótano.

Un bostezo reprimido le tensa las mandíbulas y el cuello.

«Hora de acostarse, Noah —se dice—. Y quién sabe, tal vez esta noche el sueño te acoja por fin sin que te asalten los espectros.»

Se dirige al dormitorio apoyándose en las paredes.

En realidad, no es tanto el aluvión de preguntas lo que lo asusta, sino la creciente presencia del Otro en su mente.

Está más vivo que nunca, su voz se va haciendo más fuerte. Noah sabe que ya solo una tenue membrana separa sus dos mundos, que su eclosión es inminente.

Pero pese a haber deseado tanto que el hombre de su pasado se liberase de las trampas mentales que lo tienen preso, ahora teme encontrarse con él. Y lo que es peor, sabe que el encuentro es inevitable, y la verdad desnuda, sin ambages, lo asusta. Se teme a sí mismo, a lo que ha vivido, a lo que podría haber hecho, a lo que podría hacer.

«¿Quién eres, Noah Wallace?», piensa.

Esa extraña pregunta que Clémence y el Canoso le formularon también es la llave que abre un mundo desconocido. Un mundo en el cual se le revelarán los secretos de su infancia.

Todo lo que ha sentido en la casa, con tanta intensidad, lo ha conmocionado y ha hecho añicos las pocas certidumbres que tenía sobre su vida.

El asesino le había advertido que algo olía a podrido en su pasado y que si trataba de descubrirlo haría salir su hedor. El horror, la atrocidad; en el sótano había tenido una muestra de ambos.

«¿Es otra catarsis, señora “labios de mero y pechos de silicona”? ¿Por qué no ha encontrado usted nada de todo eso en mi cabeza? ¿Lo ha intentado al menos? ¿Por qué me ha hecho revivir sin cesar mi accidente en vez de evocar mi pasado para liberarme de su hiel?»

—Aparte de entontecerme con sus medicamentos, no me ayuda en nada, doctora Hall —murmura mientras busca a tientas el interruptor del dormitorio.

Su infancia, las cartas del asesino, su amnesia, el hecho de haber sido el juguete de Trevor Weinberger en un asilo psiquiátrico. Intuye que pronto tendrá respuestas. La costra opaca hecha de mentiras y apariencias engañosas está agrietándose.

Noah pulsa el interruptor. La bombilla ilumina un segundo el espacio y se funde.

Lanza un suspiro y camina en dirección a la cama.

Se sienta en el borde del somier, se inclina y extiende el brazo para encender la lámpara de la mesilla de noche.

Pero se detiene... y olisquea.

Huele a mirra.

Noah se frota los ojos y sacude la cabeza. Probablemente es otra invención de su cerebro enfermo.

El olor persiste.

Pulsa el interruptor de la lámpara y ve el sobre que asoma del cajón de la mesilla.

Lo coge con la punta de los dedos y lo abre con cuidado.

Es una carta escrita a máquina, como las anteriores.

Noah:

Esta es mi última carta, será breve. Solo quiero decirte que todo lo que he hecho y

todo lo que me dispongo a hacer tiene una única finalidad: cumplir una promesa que te hice hace mucho tiempo. Creo que has sabido leer entre líneas y has visto florecer la verdad como una rosa sobre un montón de estiércol. Tienes dudas sobre ti y temes recuperar tus recuerdos. No voy a mentirte, esta confrontación contigo mismo te dolerá. Pero ya estás preparado para plantarle cara y pronto estarás a mi lado. Y cuando llegue el momento todo se aclarará. No he podido precipitar este encuentro, Noah. No lo habrías aceptado. Tu cerebro estaba sembrado de candados y de minas; casi todos están desbloqueados. Pero no soy yo quien debe abrirlos, tendrás que hacerlo tú solo.

Hasta pronto.

Noah deja la carta.

¿Cómo puede saber el asesino lo que está pasando en su cabeza? ¿Sus temores, sus dudas? ¿Y cómo puede colarse tan fácilmente en su casa?

«¿Y si...?»

«No, Noah, es imposible... ¿Con tu bastón, tu discapacidad? Tú no podrías hacerle daño a una mosca. ¡Pero el Otro sería capaz de ignorar el dolor! ¿Quién sabe lo que me ha hecho Weinberger, ese especialista en el trastorno de identidad disociativo? ¿Cuántas personas viven en mi cabeza? ¿Estoy loco?»

Noah apoya la frente en las palmas de las manos.

El ruido de una cacerola que se cae en el fregadero lo hace erguirse de un brinco.

No está solo.

—¿Quién hay ahí? —grita con voz sofocada.

No obtiene respuesta.

Se levanta de la cama y avanza a tientas hacia la puerta del dormitorio.

—¿Quién hay ahí?

Al llegar a la cocina distingue en la semipenumbra una figura junto al fregadero.

Una figura familiar.

—¿Rachel? ¿Eres tú?

La espectacular pelirroja se da la vuelta.

—Lo siento, no quería asustarte. Tenía que verte.

«Está seria», se dice Noah.

—No te he oído entrar. Es tan tarde... Ya no te esperaba.

Rachel esboza una sonrisa.

—Eres un buen hombre. Te echaré de menos.

A Noah se le hace un nudo en la garganta. ¿Por qué lo echará de menos?

—¿De qué estás hablando, Rachel? ¿Por qué ibas a echarme de menos? No te entiendo. Me asustas.

Rachel avanza hacia él.

—Lo siento, Noah, perdóname... Quiero que sepas que mi amor era sincero.

Noah se tambalea, una mano invisible le retuerce las entrañas.

Rachel lo abandona.

¿Por qué?

No tiene sentido...

Rachel lo mira y le sonrío.

—Todo irá bien, Noah.

Su corazón se detiene un segundo. Abre la boca y un grito muere en su garganta.

Porque recuerda...

que ha dejado la lleva puesta en la cerradura.

Y se da cuenta...

de que Rachel no ha hecho ruido al caminar sobre el agua.

Noah se apoya en la pared y se deja caer resbalando, con los ojos fijos en la pelirroja y la mano tendida hacia ella.

No. Ella no.

No. Rachel no.

No.

Y mientras Rachel desaparece ante sus ojos y el miedo lo mantiene clavado en el suelo, no oye la vibración del móvil en su chaqueta.

Gambito

Hace cinco minutos que Bernard ha aparcado, pero no sale del coche. Contempla los copos que caen y la nieve que va cubriendo el césped y el camino de gravilla de su casa.

Su mujer tenía razón, debería haber sacado la carpa Tempo y pedido cita en el taller para poner los neumáticos de contacto. El invierno se ha invitado a su casa, sin avisar, mientras él se pasaba la noche de guardia, con la nariz pegada a su «generador de ondas mortales».

Desvía la mirada hacia la leña apilada debajo de la lona azul, almacenada al lado del garaje.

Sonríe.

A José le encanta mirar las llamas en la chimenea del salón. Puede quedarse tumbada durante horas con un libro en la mano, gozando del calor mientras el paisaje se cubre de blanco, sumida en un silencio que solo perturba el crepitar de los leños. Y el olor...

Él también tendría que haberlo disfrutado más, pero nunca tuvo tiempo. O mejor dicho, nunca se lo tomó.

El trabajo. La carrera. Los puzzles.

Siempre les dio prioridad. Los ha puesto por delante de su mujer, y hasta de su hijo.

Casi no ha visto crecer a Étienne. Mientras fue pequeño sí estuvo un poco

presente, por supuesto. La novedad, el orgullo de haber transmitido sus genes a la generación siguiente. Cuando era un bebé imaginó que llegaría a ser un buen sabueso y un campeón de ajedrez, pero luego se convirtió en un el crío difícil y gritón, y finalmente en ese adolescente que vive bajo su mismo techo. Ha sido cobarde, y lo sabe. Lo abandonó en cuanto comprendió que Étienne no tenía... la chispa. Una decepción. Y ahora lo lamenta, pero ya es tarde.

Quizá, al fin y al cabo, es culpa suya, de Bernard, que se aísla, si su hijo se atiborra de comida basura y sus conversaciones se limitan a los «buenos días» apenas mascullados que ambos intercambian por las mañanas.

¿Qué modelo de padre le ha ofrecido? Un fantasma obsesionado por perseguir monstruos, un hombre cerebral, cínico y ajeno a nada que nos sean sus rompecabezas irresolubles. Suerte que estaba Josée para dar amor al chico. Una madre adorable. Una mujer maravillosa, que Bernard no merece.

Mira la taza de cerámica; la ha dejado en el asiento del copiloto, encima de la pila de hojas impresas que ha traído de su despacho.

¿Étienne estará a la altura, sabrá estar al frente del hogar y prestar apoyo a su madre? Lo espera de todo corazón.

Se frota los ojos, sorbe las últimas gotas de café y deja el termo. Luego coge la taza y el expediente, y saca la llave del contacto.

Son las siete y media de la mañana. Su hijo seguramente está roncando debajo del edredón y Josée debe de aguardarlo en la cocina. No habrá dormido en toda la noche. La conoce.

Sale del coche y atraviesa el patio ya cubierto de nieve. Se hunde hasta los tobillos en ella, y nota su beso húmedo y helado en los pies.

Observa la corona de acebo colgada en la puerta de entrada. Josée la habrá puesto esa mañana. Una decoración muy sobria comparada con la de los vecinos, que rivalizan en mal gusto. Cada año, su calle es el teatro de una

lucha para determinar qué casa será la más *kitsch*. Sin duda la de los Larouche. Siempre se llevan la palma, con sus muñecos de nieve gigantes rodeados de guirnaldas, sus ciervos y sus trineos de tamaño natural y su factura de la compañía eléctrica de cuatro dígitos.

«Gracias, Josée. Una simple corona de acebo. Es perfecto.»

Bernard abre la puerta. Lo recibe un olor a pan tostado y a tortitas. Su mujer, en bata, sale corriendo de la cocina.

—¿Bernard? ¿Eres tú? Estaba preocupada. Tendrías que haberme avisado de que dormirías en la oficina. No he podido conciliar el sueño.

Tiene los ojos enrojecidos. Ha llorado, observa Bernard.

«Eres un maldito egoísta, Tremblay...»

—Lo siento, cariño. He tenido mucho trabajo y... Escucha...

Su mujer niega con la cabeza. Bernard reconoce esa mirada y ese semblante serio. Es la cara de una Josée que no quiere saber. Nada. Se refugia en su cascarón de certidumbres, oculta la cabeza bajo el ala.

—Bernard, por favor, ven a desayunar, quédate conmigo. ¿Has visto qué tiempo tan bonito? Nos sentaremos delante del ventanal. Por una vez, quédate con tu mujer. Tengo...

Se le hace un nudo en la garganta y solloza. Ya no puede seguir disimulando.

El rostro de Bernard se ensombrece. Odia verla en ese estado. Y lo que es peor: nunca ha tenido tantas ganas de estar con Josée como ahora. Pero tiene la cabeza en otra parte, y se conoce demasiado bien. Aunque se siente a su lado mientras ella le habla de los vecinos, de su hermana o de cualquier otra cosa, no estará ahí. Una parte de él se ha quedado en la oficina, con MK-Monarch y los experimentos inhumanos perpetrados en niños con el consentimiento de los gobiernos. De su gobierno. De su ejército. Y se habla de experimentos realizados por los nazis... ¡De los puñeteros nazis!

Pues no, no puede hablar de los Larouche y de su decoración navideña, ni de su cuñada, que sufre estrés laboral y compensa la depresión que le provoca enlazando un amante con otro, ni de su marido, que tiene gota. Que haga deporte, ese barrigón, y que deje de atiborrarse de alas de pollo del KFC y de esas enormes raciones de patatas fritas con queso y salsa de tomate de Chez Ashton.

«Coño, Bernard, tu mujer está triste —se dice, no obstante—. Y es posible que no vuelvas a verla. Haz un esfuerzo, joder. Se lo debes, sobre todo por lo que te dispones a hacer. Actúa como tu sobrina. Finge... Haz como si. Solo por hoy. Solo por Josée.»

Deja las cosas en el suelo, la abraza y le da un beso en la frente.

—¿Queda mantequilla de cacahuetes? ¡Tengo un hambre...!

Josée le sonrío. Una de las sonrisas más hermosas que le ha dedicado desde hace años. Y se abrazan otra vez.

Ella apoya su mejilla contra el pecho de Bernard y él le acaricia el pelo. Las lágrimas empañan sus ojos.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Pasa algo malo?

Étienne está al pie de la escalera, en pijama. Tiene los ojos entornados y el pelo revuelto.

Bernard se sorbe la nariz y se seca la cara de un manotazo.

—Buenos días, no... Solo que estoy contento de estar otra vez en casa; he pasado una noche difícil. Y mira, estaba en el trabajo y...

Se agacha y coge la taza.

—He encontrado esto, he pensado que... Ya sabes, la nostalgia. Tomas café, ¿no?

Étienne hace una mueca. El mohín de un adolescente que se siente incómodo.

—Papá... Ahora en serio, ¿de qué vas? Ya no soy ningún niño, ¿no te

habías dado cuenta?

Bernard ignora la puya. Visualiza al niño pecoso con los incisivos separados que fue su hijo.

—Tenías ocho años cuando la hiciste... Eras adorable. Te parecías a Ron Howard, ¿sabes?

Al instante se da cuenta de que seguramente su hijo no sabe de quién le habla.

Étienne se encoge de hombros y alza la mirada al cielo.

—*Whatever*... —suelta.

Y se dirige a la cocina.

Bernard lo detiene poniéndole una mano en el hombro.

—Perdóname, Étienne. Por todo. Debí haber estado más por ti...

—¿De qué hablas, papá? No pasa nada, no eres tan chungo. No eres violento, ni desagradable ni pesado... Solo eres un padre ausente.

Bernard no le presta atención.

—Que no haya sido un mal padre no significa que haya sido un buen padre.

—*So what?* ¿Y a qué viene ese humor deprimente de buena mañana?

—No, no es depresión, solo un poco de nostalgia.

Bernard estrecha a su hijo contra su pecho y le revuelve el pelo.

Josée lo mira como si fuera un extraño, y su cara se ensombrece.

Pese al cansancio, Bernard aprecia ese momento en familia, saborea cada segundo y desayuna como si fuera su última comida.

—¡Venga, un poco más de jarabe de arce! ¡Estas tortitas están deliciosas, Josée!

Étienne lo observa con los ojos como platos mientras se sirve el sirope.

—Uau, hacía tiempo que no te veía comer así... ¡Eh, para! ¡Vas a vaciar la botella!

Étienne ríe.

«¡Dios, qué bien le sienta ese estallido de felicidad!»

Pero no a José. No ha dejado de mirarlo a hurtadillas durante el desayuno. Ha tratado de averiguar lo que oculta. Bernard se ha dado cuenta. Su mujer no se deja engañar.

—Bueno, debo prepararme; el autobús pasará dentro de quince minutos. Nos vemos. Ah, papá, se me olvidaba contarte que me he apuntado a un club de ajedrez en la escuela. Como no soy muy bueno, he pensado que a lo mejor...

El corazón de Bernard brinca.

—Es... estupendo. Bravo. Te daré algunos consejos, ya verás.

—Sabía que te alegrarías.

Más que eso: se enorgullece.

—Ah, Étienne, ¿me harás un favor? El puzle que hay en el garaje... Faltan menos de mil piezas para terminarlo. Me gustaría mucho que tú lo completaras.

Su hijo frunce las cejas y se rasca la cabeza.

—El ajedrez me parece *cool*, pero los puzles...

—Solo por esta vez. Por favor... Lo más difícil ya está hecho.

Étienne asiente.

—Vale, lo intentaré.

Luego se levanta, quita la mesa y sube la escalera de cuatro en cuatro.

José sacude despacio la cabeza y lo interroga con la mirada.

—¿Qué? ¿Tengo sirope en la mejilla? ¿Una miga pegada a los pelos de la nariz?

—¿Qué pasa, Bernard? ¿La taza, tus palabras, el desayuno... y hasta el

puzle? No te comportas como de costumbre. Me ocultas algo, otra vez.

Bernard se limpia los labios con la servilleta.

—Debo irme para una misión muy importante, a Estados Unidos. Voy a ducharme, dormiré una hora o dos y tendré que volver a dejarte. Es indispensable que vaya, Josée. Es un deber, ¿comprendes? Hay vidas en juego.

—¿No será demasiado peligroso?

—No —miente él—. Pero puede que esté fuera varios días.

—Está bien, Bernard, te creo.

Él se da cuenta de que Josée miente. Su mirada huidiza y su sonrisa sin alegría indican que piensa lo contrario de lo que dice. Su mujer ha vuelto a ocultar la cabeza bajo el ala.

—Voy a ducharme.

Pero Josée ya no lo escucha; se dirige hacia el fregadero y abre el grifo.

Bernard suspira mientras sube la escalera. Todo a punto, o casi. Y dentro de unas horas estará en la carretera, camino de Burlington.

Quizá por última vez.

Pero antes le quedan unas cuantas cosas por hacer.

La más importante: enviar un mensaje y unos documentos escaneados al foro privado que la joven Sophie Lavallée ha creado en Darknet. Ella será la encargada de destapar el caso.

Luego irá a echar al correo el expediente para la Unidad Permanente Anticorrupción de Canadá.

Si la UPAC hace bien su trabajo, rodarán cabezas.

Después del puzle viene el ajedrez. El final de la partida se acerca y quedan algunas jugadas maestras que realizar.

Pero tanto si gana como si pierde, sabe que tiene pocas probabilidades de salir airoso.

La CIA o el cáncer lo esperan a la vuelta de la esquina.

Lánguido

Noah avanza por el largo pasillo subterráneo iluminado apenas por la luz mortecina y errática de un fluorescente que parpadea. Su bastón golpea el enlosado al ritmo de sus pasos, y el eco resuena entre las paredes sin vida de la morgue.

Steve está apostado delante de la puerta. Lo espera, inmóvil.

Noah aprieta los dientes y camina más aprisa, pese al dolor punzante de su pierna.

Se detiene delante de su amigo y se poya en el bastón.

Steve no le ha parecido nunca tan débil como ese día. Esa fuerza de la naturaleza con cuello de toro es solo un animal herido ahora.

Sus ojos enrojecidos le indican que ha llorado. La piel de su cara refleja fatiga. El cansancio y el dolor han dejado en ella sus marcas.

Pero Noah no siente compasión por él. Esa ira sorda que agita su pecho no se ha calmado desde que se ha subido en el taxi. Está enfadado con él. Hallaron fotos de Rachel en casa del asesino, la tenía en su punto de mira. Steve tendría que haberla protegido. La policía tendría que haberse ocupado de ella. Y si no lo hubiesen apartado del caso, tal vez él mismo habría podido hacer algo para impedir ese drama.

Noah sigue sin moverse. Echa fuego por los ojos.

Steve levanta los brazos con la intención de abrazarlo. Pero Noah no se

inmota y mantiene las distancias. Entonces Steve se reprime y se bate en retirada.

—Hola, Noah. Lo siento, compañero, yo...

Tiene la culpabilidad impresa en la cara; su mirada es huidiza y le tiemblan los músculos alrededor de los labios.

—¿Cuándo ocurrió, Steve? —lo ataja Noah con la voz estrangulada por la emoción.

Steve se frota la mejilla con la palma de la mano, como si su incomodidad fuese una urticaria que puede calmar.

—Joder, he intentado avisarte, Noah, varias veces... No has contestado a mis llamadas —se disculpa.

Es posible. Había dejado el teléfono móvil, como Sophie le sugirió, para hacer creer que no estaba, para no atraer la atención sobre su escapada.

—¿Cuándo, Steve? —repite.

El poli se acaricia el bigote.

—Según un examen preliminar del forense, las mató ayer al atardecer.

Si es así, entonces Rachel ya había caído en la trampa del asesino cuando él revivió los horrores en la casa del Reverendo.

—Las dejó delante de una escuela primaria, Edmunds Elementary School, en Main Street. Un grupo de adolescentes descubrió los cuerpos.

«Una escuela... ¿Por qué eligió una escuela?», se pregunta Noah.

—Necesito verla. Ahora.

Steve pone la mano en el pomo y empieza a girarlo. Pero se detiene.

—Sé lo que hay detrás de esta puerta, Noah. Y no es agradable de ver, te lo aseguro. No esperes encontrar respuestas ahí... solo dolor y pena. Si quieres conservar una imagen bella de Rachel, no entres. Así que piénsalo, Noah, ¿estás seguro?

Sí, está seguro. Desea saber, comprender. Eso debe tener por fuerza un

sentido.

Dirige a Steve una mirada glacial.

—No es lógico que atacara a Rachel... ni a la otra. ¿Por qué razón lo ha hecho? ¿Qué tenían ellas que ver con...?

Noah se interrumpe. Steve no está al corriente de sus descubrimientos, y menos de sus investigaciones clandestinas.

—¿Con qué tenían que ver?

Noah podría explicárselo. Es más, tiene ganas de explicárselo. Steve es un buen poli. Entonces ¿por qué no lo hace?

Por ese destello que ha advertido en su mirada. No de curiosidad, sino de desconfianza. No, de miedo, se diría. Steve le oculta algo.

—Con las otras víctimas —miente—. ¿Puedes abrir, por favor?

El poli baja la cabeza y gira el pomo.

—Bueno, te dejo, Noah. Tienes diez minutos. Suerte que el forense te aprecia, porque no deberías estar aquí. El encargado ha dejado guantes y mascarillas. Pero no toques nada. Joder, si el FBI se entera de que has entrado... ¿Seguro que quieres estar solo?

Los labios de Noah dibujan una sonrisa triste.

¿Solo? Ya lo está, y para siempre.

Acaba de perder su única luz. El faro que lo iluminaba se ha apagado, y está condenado a navegar sin guía por las aguas turbias, un ciego en las tinieblas. Se ha convertido definitivamente en una criatura de las sombras, errará para siempre en esos abismos viscosos. Los espectros han ganado. La soledad será su tumba.

En cuanto al FBI, a Noah le importan un pito las consecuencias. ¿Qué ha de temer? ¿Que lo detengan? Qué más da, ya está en una cárcel: en su propio cuerpo. Añadir una capa de hormigón y unos barrotes a su celda de carne no cambiará nada.

—Necesito soledad para concentrarme, Steve. No es nada personal — responde al final tras un largo silencio.

Lo cual es una verdad a medias.

La puerta se cierra tras él y se queda solo frente a la muerte, en una habitación que visitó muchas veces hace cinco años. El lugar ha cambiado, se ha modernizado.

Las antiguas mesas de porcelana han sido reemplazadas por otras de acero inoxidable.

La iluminación es más viva, más intensa, ligeramente azulada.

Pero las sensaciones son las mismas: el frío, el olor a desinfectante y a antiséptico, el zumbido de los compartimentos refrigerados. Y, sobre todo, la misma impresión de ser un intruso, el vivo que visita una antesala del más allá. El que perturba la quietud de los muertos.

Y sus dos anfitrionas lo esperan, tendidas en el acero inoxidable, cubiertas por un sudario blanco. Dos cuerpos que aún no han sido profanados por los instrumentos del forense, aunque ya han sufrido los ultrajes del asesino.

Rachel es la que primero le llama la atención. Unos largos mechones pelirrojos con reflejos cobrizos asoman por debajo del sudario.

Unos cabellos que él deslizaba entre sus dedos, que se acercaba a la nariz, que caían en cascada sobre su rostro cuando ella cabalgaba sobre él.

Elizabeth Hall, la psiquiatra, está tendida a su lado, a menos de un metro de distancia.

Noah aprieta los puños.

El asesino lo pagará. La compasión que había sentido por él se ha desvanecido. Sí, intentaba vengarse de las atrocidades cometidas por todas esas personas implicadas en el proyecto MK-Ultra. Y seguro que él mismo es una víctima. Pero ¿por qué tenía que matar a Rachel? Era todo dulzura y amabilidad.

Rachel... Su Rachel.

Está inmóvil. Se ha ido. Perdida en el gran vacío de la eternidad. Y él, privado por siempre jamás de su sonrisa al despertar, de la sensación apaciguadora de sus manos sobre sus hombros. De sus risas discretas.

Y lo que es peor, pronto será una muñeca de carne entre las manos del forense.

Noah se estremece al pensar que bajo la luz de una lámpara cialítica Rachel será diseccionada, su tórax abierto por un costotomo, sus órganos extraídos y puestos en una balanza. Que el escalpelo hurgará en sus carnes, que las tijeras...

«Basta, Noah.»

Debe reaccionar, y lo sabe. El profesional debe entrar de nuevo en escena, y el hombre del corazón triste debe despedirse y mantenerse al margen porque lo único que haría sería interferir.

Hay respuestas a sus preguntas detrás de esa sábana blanca.

Noah toma la mascarilla de la morgue y se enfunda los guantes de látex, se los ajusta con un par de chasquidos y luego avanza hacia la mesa de acero inoxidable.

Pone una mano temblorosa sobre la sábana, duda un instante y descubre el rostro.

Por espacio de un milisegundo el horror se imprime en sus retinas.

Al contemplar las cuencas de los ojos vacías, la imagen de una Rachel radiante se materializa en su mente como para compensar esa parodia de cara que tiene delante.

«Sus bellos ojos almendrados, que se entornaban cada vez que sonreía...»

¿Cuál es el significado de ese acto de barbarie? Baja los párpados. Querría entrar en contacto con Rachel, que se manifestara de nuevo como lo ha hecho en su apartamento. Desearía comprender por qué el asesino se ha ensañado

con ella. Pero no ocurre nada, nada viene a romper el silencio sepulcral de la sala de autopsias.

Noah aprieta los dientes, cierra la mano con fuerza sobre la empuñadura del bastón y continúa el análisis. Recorre con el índice enguantado la piel azulada, se demora en la mejilla y se para al llegar a la boca.

El asesino le ha cosido los labios, se los ha suturado con un hilo de nailon negro.

«... Su sonrisa, sus dientes blancos, el resplandor de su risa...»

¿Qué quiere darle a entender?

Nada malo había salido jamás de esos labios. Ni una palabra envenenada, ni un reproche airado. Solo consuelo. ¿Cuál es el sentido de ese castigo?

¿Y por qué el asesino ha alterado su manera de actuar? No hay mirra, no hay mensaje. ¿Acaso el asesino ha cambiado? ¿Quizá pretende hacerle daño?

En las cartas le decía que era su amigo. Le prestó auxilio cuando sufrió el accidente isquémico transitorio, lo...

«Reflexiona, Noah. ¿Qué esperabas, exactamente? ¿Escrúpulos, compasión? Tal vez se haya vengado de antiguos verdugos, pero ¿qué culpa tenían sus hijos? ¿El hijo y el nieto de McKenna? ¿Élise? ¿Iris y Lucas? Está manipulándote y tú se lo permites.»

Unos espasmos convulsionan sus piernas y la garganta se le cierra al reprimir un sollozo.

«Todo irá bien, Noah.»

No. Nada irá bien nunca más. Maggie, y ahora Rachel. El destino se ensaña con Noah, es un gato cruel que ha hecho de él su ratón.

Retira un poco más la sábana y deja al descubierto el pecho y el vientre de Rachel.

Hace una mueca de rabia. El cuerpo de Rachel ha sido profanado. La hoja

de un cuchillo ha desgarrado su piel blanca, se ha hundido en la carne para grabar unos símbolos que van del pubis al esternón.

«Esta piel tan suave..., tan sensible a mis caricias...»

Noah inclina la cabeza. En un abrir y cerrar de ojos, las hinchazones rosadas y los cortes de color carmín forman una palabra en su mente.

בְּלִיעֵל

—Belial —murmura rompiendo el pesado silencio.

El sonido de su voz le produce el efecto de un latigazo.

¿Cómo puede leer esos caracteres? ¿Acaso el Otro está manifestándose?

«Belial.»

Noah retrocede un paso y se aparta del cuerpo como si estuviera ante una serpiente venenosa a punto de morder.

Belial.

Otro demonio.

Y esa lengua... Sin duda tiene una connotación bíblica.

«Reflexiona, Noah —se dice—. La Biblia fue escrita en hebreo, en arameo y en griego.»

Noah saca el teléfono. No hay mucha cobertura, pero sí la suficiente.

Se quita el guante de látex, accede al traductor de Google y teclea.

Escribe «Belial» y escoge el hebreo como lengua de destino.

La verdad glacial aparece ante sus ojos en forma de caracteres: בְּלִיעֵל

«¿Quién eres, Noah Wallace?»

Escribe de nuevo «Belial» en el buscador.

La repuesta no tarda, y Noah consulta algunos enlaces.

Averigua así que en la Biblia el término significa «depravado» y califica a los ídólatras; pero Belial es conocido sobre todo por ser el demonio de la mentira.

El corazón le da un vuelco. Siente una opresión en el pecho.

Un demonio asociado a la mentira.

«Mentira», oye en su cabeza Noah.

«Lo siento, Noah, perdóname...», le dijo Rachel cuando se le apareció.

¿Qué haría ella? ¿En qué y por qué podría haberle mentido?

Se vuelve hacia el segundo cadáver. Elizabeth Hall.

«Mentira.»

«¿Y si...?»

Noah se acerca cojeando a la segunda mesa de acero inoxidable y pone la mano sobre la sábana, casi seguro de lo que descubrirá debajo.

Destapa la cara de Elizabeth.

Su psiquiatra ha sufrido la misma tortura. Ojos sacados de las órbitas y labios cosidos.

Lo que ve a continuación tampoco lo sorprende.

Tiene los mismos símbolos grabados en el vientre.

Así pues, según el asesino, ¿también su psiquiatra le habría mentido? ¿Con qué fin?

Lo acosan tantas preguntas que se tambalea. Las palabras entrechocan en la niebla de su mente.

Se le nubla la vista, sus manos se cubren de sudor, las piernas le flaquean y amenazan con ceder bajo su peso, se le seca la garganta y apenas puede tragar.

Pierde el equilibrio y tiene que apoyarse en la mesa de metal para mantenerse más o menos erguido.

Se estremece cuando el familiar pitido se inicia en sus oídos con un silbido estridente y los latidos le resuenan en la cabeza.

«El Otro trata de abrirse camino...»

«El Otro debe de saber... Quiere hacerte entender.»

Aparecen algunas imágenes, unos flashes luminosos.

Un libro. Ilustraciones de demonios. Belial, Belfegor, Belcebú.

Varias personas con hábitos reunidas alrededor de un hombre atado a una cruz invertida. El hombre grita cuando un niño le clava un gancho en el abdomen.

Noah se aferra al borde de la mesa.

El pitido le resulta doloroso ahora, y la presión que nota en las sienes es tal que tiene la impresión de que el cerebro le resquebrajará el cráneo. El ojo izquierdo se le nubla de negro. Le falta el aire y se desabrocha un botón de la camisa.

La piel le arde. El pulso se le acelera, los latidos tamborilean a un ritmo frenético. La cara se le contrae.

Noah cae al suelo y se aovilla sobre el frío enlosado.

Un olor a mirra surge de la nada e inunda sus fosas nasales.

Luego vienen los sonidos, más fuertes, más reales.

Los gritos de agonía. Los gemidos orgiásticos. El eco de numerosas voces.

Las palabras susurradas a sus oídos. Palabras complejas, en diferentes lenguas, fórmulas matemáticas.

Los ojos se le quedan en blanco. Ya no está allí.

La morgue desaparece, aspirada por un calidoscopio luminoso.

Noah abre los párpados, tiene la mejilla pegada al cristal de la portezuela trasera de un coche. El vehículo acaba de abandonar la carretera y entra en un camino de grava. Ve una mansión victoriana que domina un enorme parterre de césped perfectamente cuidado.

Echa una ojeada al retrovisor e identifica al chófer. Es Antonio Da Silva, pero más joven.

El copiloto se inclina hacia la radio, saca una casete y le da la vuelta.

Lo reconoce. Es Timothy Carter, joven también.

Las primeras notas de música sintética que escupen los altavoces le

resultan familiares.

Timothy se vuelve hacia él.

«Hemos llegado, chico. Esta es la nueva escuela.»

«*Just a steel town girl on Saturday night...*»

Reconoce ese tema.

—Noah...

Es *Maniac*. Un hit de los años ochenta.

—Noah...

Se despierta temblando.

—¿Estás bien, Noah? Te he oído gritar.

Steve está de pie y le tiende una mano.

—¿Has visto algo? Has sufrido una de tus crisis, ¿no?

Noah sacude la cabeza.

—No, es la emoción. Tenías razón, Steve... No tendría que haber venido.

Su amigo no tiene por qué saber...

... que ha recuperado parte de su memoria.

Y que recuerda el instituto de Peru.

Shock

A pesar de que está en contra de malgastar el agua, a Sophie le encantaría darse un baño. Ha pasado dos días más en la humedad de su escondite y empieza a sentir la incomodidad. Y el cansancio. No hay forma de pegar ojo, y aún le queda mucho que indagar. Sobre todo desde que Tremblay le ha dejado su expediente en el foro privado que tienen en Darknet.

No solo no da crédito a lo que acaba de descubrir, sino que su desconfianza ha aumentado.

Pero ya es hora de hacer una pausa; el hambre la obnubila, no la deja pensar con claridad. Sophie se dispone a levantarse cuando la puerta se abre con un chirrido.

Inconscientemente, cierra la pantalla del ordenador portátil y tiende la mano hacia la pistola que tiene justo al lado.

Alguien baja los escalones. Los pasos son ligeros, precipitados.

Sophie sujeta la culata y pone el dedo en el gatillo.

Una figura delgada emerge de la oscuridad. El rostro de Clémence aparece bajo la débil luz de la bombilla.

Sophie lanza un suspiro y deja la pistola.

—¿Estás bien? ¡Se diría que has visto un fantasma!

—Es... este sótano. Estoy nerviosa... y no te esperaba tan pronto, la verdad.

Clémence se recoge el pelo y se hace una coleta con una goma elástica.

—¿Pronto? ¡Pero si casi son las once de la noche! —Entonces olisquea y añade—: ¿Solo me lo parece... o huele a quemado?

Sophie asiente con la cabeza.

—Es este radiador. Es tan antiguo que podría usarlo como tostadora. Aunque de no ser por este cacharro ya me habría convertido en un témpano. ¿A qué has venido exactamente?

—Debía hablar contigo. Creo que tengo algo sobre el símbolo que Noah ha visto en los tests para medir el cociente intelectual. Quería decírselo, pero no hay forma de contactar con él. ¿Te molesta si me quedo un rato y te lo explico? Y no te preocupes, que no me ha seguido nadie.

¿Compañía? ¿Cómo rechazarla? Estar en ese cuartucho a solas con un ordenador acabará volviéndola loca. Unos días más, y lo llamará Toshiba y le contará su vida.

Y tampoco está Grumpy para acurrucarse en sus muslos o dibujar ojos alrededor de sus pantorrillas.

—No me molesta. Además, llegas en el momento justo. Yo también tengo algo que enseñarte, algo realmente sospechoso.

Sophie señala una silla de camping.

Clémence la coge por el respaldo, la arrastra sobre el suelo de hormigón y se sienta a su lado.

—¿Cómo lo llevas? ¿No es demasiado duro eso de andar huyendo?

—Un lujo, como ves. Una mesa de camping coja, unas cuantas sillas, un radiador de los años cincuenta que amenaza con hacer saltar los plomos, un sótano húmedo... Y te confieso que también me gustaría darme una ducha. Pero no me quejo, y gracias por la ayuda.

Sophie señala las raciones de ensalada y los platos a base de tofu amontonados en una alacena de madera cubierta de polvo.

Clémence se encoge de hombros y la mira.

—De nada. ¿Puedo serte sincera?

Sophie asiente.

—La primera impresión que das es la de una niña de papá. Ya sabes, de esas que se rebelan y juegan a ponerse en peligro, pero que cuentan con un paracaídas dorado para aterrizar suavemente. Ahora, sin embargo, comienzas a desmentir esa imagen; tienes agallas. Si te ayudo es porque te aprecio y porque pienso que puedes ser útil.

Sophie no dice nada. Otra que la ha juzgado precipitadamente porque tiene aspecto de niña buena o porque su padre es un general del ejército. Lo ignoran todo de ella, de su infancia, de lo que ha pasado con su hermano. Pero aprecia la franqueza.

—Como has podido comprobar, el paracaídas Lavallée no se ha abierto y he estado a punto de estrellarme.

Clémence no contesta y sonrío.

—Bueno, ¿quién empieza? —le dice con un brillo desafiante en la mirada.

Sophie abre el ordenador.

—Empieza tú. Eso que dices del símbolo me interesa. Yo he hecho algunas pesquisas por mi cuenta; tengo curiosidad por saber qué has encontrado.

Clémence se saca del bolsillo de los vaqueros una goma elástica.

—Vale, he partido del logo que figura en los tests de CI. El cuervo. Es un animal que simboliza la magia, el poder, pero también la inteligencia. Personalmente, habría optado por un ojo o un triángulo, pero dejémoslo correr. Varias empresas usan el cuervo como logo. Raven Software, por ejemplo, o también Raven Industries. Para encontrar una relacionada con el CI, he tenido que indagar un poco y he dado con el rastro de una empresa especializada en la detección y el acompañamiento de niños superdotados: Raven School. Proponen un programa para los padres y un seguimiento

psicológico para esos críos. Habría podido detenerme ahí; sin embargo, he escarbado un poco más. Y no te lo pierdas, Raven School la fundó a principios de los años setenta Esther Grady.

—¡La profe de Duval y Weinberger en McGill! —exclama Sophie. Y añade—: ¡Stephen Cadwell sospechaba que Amy Williams era superdotada! Y, según Noah, también estaba en el sótano del Reverendo. Tal vez también hizo esos tests en casa de los Cadwell.

Clémence asiente y hace chasquear la goma elástica.

—Sí, concuerda. La niña pudo hacer esos tests y quizá la seleccionaron por sus resultados....

—Y la llevaron a casa del Reverendo con otros niños para incorporarse a su programa —concluye Sophie.

—Pero hay algo que no me cuadra —dice Clémence—. No soy una entendida, pero el proyecto Monarch más bien iba destinado a individuos débiles y maleables. ¿Por qué buscarían superdotados si pretendían convertirlos en robots?

—No tengo todas las respuestas. Quizá se trate de otro proyecto... Es difícil decir de cuántos subproyectos constaba MK-Ultra. Más de ciento cincuenta, se supone, aunque la CIA destruyó la mayor parte de los documentos. Por cierto, hablando de esto, supongo que no has visto el mensaje que ha dejado tu tío en nuestro foro privado...

Por la mirada que Clémence le dirige, Sophie comprende que no.

En unos clics, accede al foro.

Bernard Tremblay ha colgado centenares de páginas, nombres y fotos.

—Mira, tu tío sospecha que sus superiores están implicados en un asunto que cree que puede relacionar con MK-Ultra y ha reunido todo un dossier. Quiere que yo lo difunda cuando llegue el momento, pero eso no es todo.

Mira lo que ha encontrado también. Una foto tomada por un transeúnte, un poco antes del asesinato de un periodista canadiense en Quebec.

Sophie clica sobre una foto adjunta. Se ve a un hombre que en medio del gentío empuña una pistola y apunta a otro.

—Fíjate bien. Ahí, entre toda esa gente.

Un hombre vestido con un traje observa la escena.

Los ojos de Clémence se salen de las órbitas y su boca se abre como la de un pez a punto de tragarse una mosca.

—Joder... —masculla.

Execración

Noah no le ha disparado a nadie nunca.

Aborrece la violencia en todas sus formas, pero la comprende.

Y no podría ser de otro modo, porque a lo largo de su carrera se ha topado con ella a menudo y la ha visto manifestarse. Su día a día consiste en estudiar sus síntomas, en descifrar sus heridas, en advertirla en los rostros y descubrirla en las miradas.

Sin embargo, todavía le resulta ajena, como si se tratara de una vecina con la que se cruzara todos los días, de la que conociese todas las costumbres y manías, pero con la que jamás hubiera hablado. Por eso siempre se ha preguntado qué podía sentir Steve cuando se ponía furioso por cualquier comentario. Lo que pasaba en su cuerpo cuando hacía temblar las tazas o arrugaba las latas y las lanzaba contra las paredes. ¿Cuál era el origen de esa conmoción, de ese tsunami que podía barrer y acabar de golpe con todo lo que la razón era capaz de construir?

Salvo en sus crisis, que él atribuye a la medicación o al tumor, Noah siempre ha sabido controlar sus emociones.

Ninguna salida de tono. Ninguna manifestación de odio.

Hasta hoy.

Su mente está lejos de ser un lago apacible y hay muchos más círculos en

la superficie del agua. Unas burbujas estallan y, en las profundidades, el suelo se resquebraja y un volcán amenaza con entrar en erupción.

¿Por qué ahora? ¿Por qué siente esas ganas de matar? ¿Esa rabia sorda que lo consume poco a poco, esa sed de venganza? Lo único que le produciría satisfacción sería quitarle la vida a ese monstruo. Hacerle pagar por haberle arrebatado dos veces su luz.

¿Es el Otro el que lo empuja? ¿Será así como saldrá de su crisálida, desgarrándola?

¿Y era preciso que se viera privado de su luz para que las tinieblas lo alumbrasen?

Noah saca de la funda el arma de fuego que descansa sobre la mesa de la cocina.

No, Noah no ha disparado a nadie nunca.

Ni siquiera a una diana de entrenamiento.

Y sin embargo, gracias a la flexibilidad de la legislación del estado de Vermont, dispone de una pistola, una Beretta. Y está decidido a usarla.

Un modelo fiable, le aseguró el vendedor, un gran tipo con traje de faena militar y una camiseta de tirantes caqui que seguramente abusaba de los esteroides.

«A muchos solo les gustan las Glock. Pero yo le aconsejo la 92FS», había añadido, acompañando la frase con un guiño de complicidad.

Quizá aquel tipo ya había matado. Animales, tal vez incluso a un hombre que intentó agredirlo.

Noah coge un puñado de balas y las mete una a una en el cargador. Una vez lleno, lo desliza dentro de la culata y lo cierra dando un golpe con la palma de la mano.

Apunta en dirección a la puerta de entrada. El brazo le tiembla, pero logra estabilizarse ayudándose con el otro brazo.

Noah repite el movimiento dos veces, y luego guarda el arma cargada en su funda.

«¿Qué esperas, Noah? ¿Eliminar al asesino? ¿En tu estado?»

A distancia, no.

Pero a bocajarro ya es harina de otro costal.

Basta que se acerque a pocos metros. Eso, y el elemento sorpresa.

«¿Pretendes ser mi amigo? ¿Crees que me conoces? Ya lo veremos, cabrón.»

Noah consulta una última vez la dirección en la pantalla.

15 Howard Drive, Peru.

El instituto, mejor dicho, lo que queda de él, está a una hora y media de su casa.

No tiene ningún motivo para ignorar el mensaje del asesino.

«Mentira.»

No sabe qué le espera allí con exactitud. Pero sabe que debe ir solo.

Esta vez no embarcará a nadie con él. Ya no se fía de sí mismo.

No importa lo que le ocurra.

Ya no tiene nada que perder.

Noah marca el número del taxi.

Encuentros

Bernard Tremblay avanza sobre la arena que la escarcha ha endurecido; las estrellas que titilan en el cielo negro como la pez se reflejan en las aguas cromadas del lago agitado por el viento.

Las ráfagas heladas que le flagelan las mejillas y la nariz le arrancan una mueca.

Steve está esperándolo. El poli mastodonte tiene los codos apoyados en una silla roja de socorrista y lucha contra la tormenta para encender un pitillo con el mechero.

Mientras avanza hacia la orilla el teniente lo ve y levanta la mano para captar su atención.

Bernard sonrío.

Un gesto inútil, piensa. El estadounidense no es el tipo de persona que pase desapercibida, ni siquiera en plena noche.

—Hola, inspector Tremblay. ¡Qué puntual!

—Bunas noches, teniente Raymond. Explíqueme por qué ha elegido una playa como punto de encuentro.

Steve levanta el índice para pedirle paciencia, luego lucha otra vez con el mechero. Hace pantalla con la palma de la mano para protegerse del viento, acciona varias veces la rueda y el pulsador, pero renuncia al cabo de varios intentos.

—Ya no queda gas. Debí coger un Zippo, pero ¡joder!, no tenía previsto fumar, esa es la verdad.

Bernard permanece impasible, analiza a su interlocutor. Se fija en su mirada huidiza, en esos pies que golpean el suelo, en sus gestos bruscos.

¿Por qué está tan nervioso?

—¿Por qué a orillas de un lago? ¿Por qué no en la comisaría o en un bar?

—Oh, no es un lago cualquiera. Es el lago Champlain. Y aquí pasé toda mi infancia.

Señala la hilera de árboles que se interpone entre la playa y la zona de aparcamiento.

—Mire, aquí fue donde me cepillé a la primera tía. Tracy Mason. No es para presumir; ella estaba cachonda y ya había desvirgado a la mayoría de mis colegas, y encima era la novia oficial de mi mejor amigo de entonces. Pero bueno, después de unas cuantas cervezas, ese tipo de consideraciones desaparecía con facilidad. Y coño, ¿cómo voy a olvidarlo? Era mi primer coito, y va y ¡paf!, mala leche, el frenillo se rompe. No sé, igual es que ella no estaba lo bastante lubricada o que un grano de arena me lo arañó. Pero ¡hostia!, lo recuerdo como si fuera ayer, unos cuantos mete y saca y una sensación húmeda. Había que ver la decepción en su cara; creyó que ya me había corrido. Cuando me retiré, la sangre salpicó la arena y le roció la camiseta. Una carnicería del copón, y Tracy chilló asustada. Joder, creyó que la punta de mi aparato se le había quedado entre los muslos.

Ríe y se pone el cigarrillo en la comisura de los labios.

Bernard esboza educadamente una sonrisa y saca el mechero y la pipa. Steve tiende el cigarrillo y entorna los ojos.

—Gracias.

Mira triunfalmente el objeto de su deseo, luego da una calada, echa la cabeza hacia atrás cerrando los párpados y expelle el humo por la nariz.

—Joder, hacía cinco años que no fumaba. Ya no recordaba lo asquerosa que es la primera calada. Y lo peor es que con un padre que tiene un agujero en la garganta eso debería haberme disuadido, pero no. Es el estrés, Tremblay. El jodido estrés. No tengo ni cincuenta años y estoy a punto de espicharla.

Nervios, agitación... ¿A qué viene que Steve le hable tanto de su vida?, se pregunta Bernard.

—Sé lo que es, conozco el oficio, teniente Raymond. Pero no ha contestado a mi pregunta. ¿Por qué hemos quedado aquí?

Steve se encoge de hombros.

—Como medida de precaución, Tremblay. Para estar aislados, para hablar libremente. Su mensaje, su tono... Me ha asustado usted con sus historias. Aquí estamos tranquilos, ¿no cree?

«¿Tranquilos? Realmente no. Aislados, por supuesto», piensa Tremblay.

—Mierda, me ha dicho que no lo comentase con nadie, ni siquiera con la policía. Coño, yo soy la policía, Tremblay. ¿Qué tengo que entender? ¿Que hay soplos? Bueno, pues aquí puede hablarme, puede chillar si quiere. En esta época ni siquiera hay gaviotas que puedan oírnos, y los jóvenes de hoy son demasiado frioleros para venir a celebrar fiestas en la playa.

Bernard mete las manos en la cazadora. Pone la derecha sobre la Glock, la izquierda sobre el teléfono.

—Bien, no tengo intención de extenderme. Y sí, soy desconfiado, y no quería hablar por teléfono. Créame que habría preferido prescindir de esta cita nocturna. No nos ocultemos la verdad: no nos caemos bien, reconozcámoslo. Pero aunque hayamos empezado con mal pie, tenemos un objetivo común. Resolver este caso. Encontrar al asesino... —«Y detener a los que usan como marionetas a personas inocentes», querría añadir—. Sé que le han relegado a usted a una segunda fila y que el FBI ha cogido el caso

al vuelo. Pues conmigo pasa tres cuartos de lo mismo: la Policía Montada ha metido las narices y ahora quiere estar al mando. Pero esta vez no he soltado prenda. Es más, he podido conectar esta historia con uno de mis antiguos casos, que no llegó a resolverse porque en aquella época me hicieron cerrar la boca.

Steve da una calada larga y expulsa el humo tosiendo.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

Bernard hace una pausa. Ahí es donde se la juega. Se supone que Raymond no está al corriente del proyecto MK-Ultra, y menos de las «infidelidades» de Noah.

—Hace ocho años yo llevaba un caso. La víctima era un periodista, un chico de Ottawa. Lo mató un tarado armado con una pipa en el barrio de Petit Champlain de Quebec; fue en pleno verano, en plena temporada turística. Habría podido ser un simple caso de homicidio, pero todo se complicó. El tipo era un turista estadounidense, de Vermont. Y se empeñó en negarlo todo; repetía que no comprendía por qué había disparado, que ni siquiera tenía un arma. Evidentemente, la cosa no podía ser más ridícula; teníamos testigos a punta de pala, huellas y hasta fotos que habían tomado los transeúntes.

—Joder, recuerdo ese caso. El chico fue condenado en nuestro país y, si no me equivoco, aún está en chirona.

Bernard se lo confirma con un gesto de la cabeza y continúa. Debe elevar el tono de voz a causa de las fuertes ráfagas de viento.

—Y mientras se ponía en marcha la extradición, seguí investigando. El tipo tenía antecedentes psiquiátricos y había sido tratado en el Vermont State Hospital en 2007. Y luego estaba la víctima, Michael Briggs, un periodista de investigación, de esos que no se muerden la lengua. Yo iba a seguir investigando sobre Briggs, sus contactos y las amenazas que quizá hubiera

recibido, pero me apartaron del caso. La Montada y el director de la policía de Quebec presionaron. En aquel entonces callé. Por mi carrera.

—Lo entiendo, es triste para usted, Tremblay, pero repito: ¿qué coño tiene eso que ver conmigo y con nuestro caso que, se lo recuerdo por si lo ha olvidado, ya no está en nuestras manos?

El teléfono de Tremblay vibra y suena dentro de su bolsillo.

—¿No va a contestar?

Bernard no hace caso de la pregunta. Tampoco del teléfono, que suena con insistencia.

—Necesito saber quién recuperó aquel caso por parte de Estados Unidos, quién podía estar implicado, quién...

—Alto ahí, Tremblay. ¿Por qué iba yo a darle esa información? Se lo repito, ya que es usted tan obtuso: ¿qué coño tiene eso que ver con nuestra investigación?

Bernard sonrío. Al fin y al cabo, la reacción de Raymond es previsible.

Saca la copia de la foto que ha impreso y se la tiende.

Steve la coge y da una calada al cigarrillo. Su cara se contrae en una mueca bajo el resplandor rojizo.

—Mierda —suelta.

El teléfono vuelve a vibrar.

Esta vez Tremblay contesta.

Revelaciones

Sophie espera que Clémence diga algo, pero sigue con la mirada fija en la imagen; casi puede oírla reflexionar. Sus dedos esqueléticos juegan con las gomas elásticas, se muerde el labio superior.

—Noah Wallace —dice por fin casi en un murmullo.

Sophie asiente despacio con la cabeza.

—Sí, es él, más joven, más serio y con otro corte de pelo, pero no cabe duda de que es él.

—Pero ¿cómo? —susurra Clémence.

La pregunta va dirigida en primer lugar a sí misma. Sus ojos siguen clavados en la fotografía. Hace aspavientos con las manos, los músculos de las mejillas se le tensan.

—Yo también me he preguntado por qué —contesta Sophie—. No puede ser casualidad. No con lo que sabemos de él y de su relación con el asesino.

—Para mí hay dos escenarios posibles. El primero es que Noah nos haya mentido desde el principio. Trabaja en conexión con la CIA y está involucrado también en el proyecto MK-Ultra. El segundo, el más probable, es que lo estén manipulando, que lo tengan bajo control. Pero eso no cuadra con lo que estoy viendo ahora, porque él no es el que dispara. Tiene que haber una lógica, hay que estudiar el dossier que mi tío ha enviado para saber más.

—A eso he dedicado mi tiempo, Clémence. El dossier que tu tío ha confeccionado es sólido. Puede establecerse fácilmente una conexión con MK-Ultra. Es la típica historia de un pobre hombre utilizado para cometer un crimen. Un peón. Según consta escrito en el dossier, el asesino era un turista estadounidense que padecía esquizofrenia. A tu tío lo retiraron del caso, pero a pesar de todo logró recabar informaciones sobre él. Y entre las más perturbadoras, descubrió que el tipo había estado internado en el Vermont State Hospital en 2007. Y, más suculento aún, que Weinberger seguía ejerciendo allí en esa época.

—Estamos de nuevo ante la misma pandilla. Weinberger, Duval. ¿Y la víctima? Debían de tener un motivo para eliminarla.

—Tu tío también ha investigado sobre ese tipo. Pero solo ha podido formular hipótesis. No lo he leído todo, porque son demasiados los datos que hay que analizar. Pero lo que sí sé es que vivía en Ottawa y que la víspera de su muerte entraron en su casa a robar. En mi opinión, debía de poseer información comprometedoras y por eso se lo cargaron.

—El esquizofrénico como asesino manipulado, el periodista como víctima. ¿Y qué papel desempeña Noah en todo esto?

—Es un misterio, justamente. Yo ya hice mis indagaciones sobre Noah Wallace antes de tener que emprender la huida. No hay nada sobre él, solo cosas banales. Doctorado a los veintidós años, da clases en la Universidad de Pennsylvania, algunas obras sobre el *profiling*, pero nada más. Ni siquiera una foto en un trombinoscopio. Es más fácil cuando alguien tiene una cuenta en Facebook o en Twitter. Pero no me desanimé. Lo enfoqué desde otro ángulo: Margaret Connelly. Y ahí la cosa se puso interesante.

Clémence deja la fotografía. Entorna los ojos y en sus labios finos florece una sonrisa.

Sophie ha logrado captar su atención.

—Primer hecho perturbador: Maggie fue enfermera en el Vermont State Hospital. Pero ya no trabajaba allí cuando tuvo el accidente. Había renunciado a su puesto tres meses antes. Ningún rastro de matrimonio; o sea, que era más bien la novia de Noah que su mujer. Y es difícil decir cuánto tiempo hacía que eran pareja, porque la cuenta de Facebook de Maggie fue suprimida. He dado con algunas de sus amigas y he podido acceder a su perfil público. Hay varias alusiones a su encuentro con Noah, y naturalmente mensajes de pésame tras el accidente. Lo ideal sería buscar entre la familia y los amigos más íntimos. He hecho una lista... ¿Puedes encargarte tú?

Clémence tiene los ojos fijos en Sophie pero no la mira. Guarda silencio. Hace chasquear una goma elástica y la deja encima de la mesa de camping.

—Si Noah está controlado por alguien, me cuesta imaginar que pueda llevar una vida normal. Por fuerza alguien ha debido de protegerlo, de vigilarlo. Por otra parte, el propio Noah cree que es una persona distinta de la que era antes del accidente. La llama el Otro.

—A propósito, hablemos de ese accidente —prosigue Sophie.

La sonrisa dibujada en la cara de Clémence crece por momentos.

—Si lo que querías era impresionarme, lo has conseguido. ¿Has encontrado algo raro?

—No sé qué pensar... Tiene que ver con Steve Raymond. Ya sabes que es corpulento, por no decir «gordo», con la cabeza redonda y la cara colorada. Pues bien, hace cinco años, antes del accidente, era más bien un tipo atlético. Tenía el mismo cuello de toro y la misma cabeza de búfalo, pero era más un *bodybuilder* que un luchador de sumo.

Clémence se encoge de hombros.

—Bueno, no es extraño. Teniendo a su amigo entre la vida y la muerte quizá se deprimió. Es frecuente engordar en esos casos.

—Es probable, y sin duda hay algo de verdad en lo que dices. Pero me

inclino a pensar que se debió a las secuelas, pues por lo visto él también se vio afectado.

—Espera, Sophie, ahora no te sigo. ¿Estás hablando de Steve?

—Sí, de su accidente. Steve y Noah fueron los únicos supervivientes y...

Clémence levanta el índice y lo mueve como si golpeará una pared invisible.

—No, no, no. Steve no estaba en el accidente. Eso no cuadra —dice Clémence.

—¿Cómo que no?

—Noah nos contó lo del accidente durante una reunión que mantuvimos en Lac-Beauport. Recuerda que el asesino se había llevado a su mujer, a Maggie, y que salió tras ellos. Durante la persecución, ella y el asesino murieron y Noah resultó gravemente herido. No mencionó a Steve, quien, por cierto, estaba presente cuando Noah nos contó la historia... Y no abrió la boca. ¿Por qué mentiría?

—Mira.

Sophie navega hasta un artículo y lo señala con el dedo.

—Este artículo, por ejemplo, menciona a cuatro personas. ¿Lo ves? Dos muertos y dos supervivientes. Y espera, esto no es todo.

Con varios clics, va a la página de Facebook de un compañero de Steve. Se remonta hasta 2011.

—«Recupérate pronto, amigo. Ánimo, te echamos de menos...», y blablablá. Bueno, es uno de los pocos que he podido encontrar, y me extraña que en periódicos como el *Vermont Daily News* o el *Burlington Free Press* no apareciera nada. Solo hablan de la muerte del Demonio de Vermont durante una persecución, pero no dan detalles del accidente.

—Es raro que no haya ni una mención en los archivos de la prensa, a menos que...

—... se quiera ocultar la verdad. Pero ¿por qué? Me refiero al hecho de que Steve...

Las dos chicas se observan en silencio.

—¿Y si...? —suelta Clémence.

—¿... quisieran mantener a Noah engañado, impedir que se acordara de lo que sucedió en realidad aquella noche? Eso cuadra con la teoría del control, ¿no? —Sophie asiente y añade—: De ser así, significa también que Steve es cómplice. Si no, ¿por qué no le revela la verdad?

Sophie palidece, abre los ojos como platos.

—¿Algún problema? —pregunta Clémence.

—Tu tío. Ha quedado con Steve. Ha dejado un mensaje en el foro: se supone que lo verá y luego se reunirá con nosotras. También te menciona a ti en el mensaje, ¿no te has enterado?

—Me he dejado el móvil en el coche, está aparcado a unos quince minutos de aquí. Si lo que dices es cierto, hay que avisarlo enseguida.

Sophie considera sus opciones. Tiene un teléfono nuevo, sí, pero si Bernard Tremblay está vigilado, una llamada puede atraer la atención sobre su aparato.

«¿Qué lobo va usted a alimentar, señorita Lavallée?»

«Joder, Cadwell —responde para sí Sophie—. ¡No para usted de darme lecciones morales!»

—Clémence, ¿te sabes de memoria el número de tu tío?

Maggie

Bernard cuelga el teléfono y se lo guarda muy despacio.

Pronto será el momento de la verdad, su partida con Steve podrá empezar.

Aprieta la mandíbula, mete la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta y aferra la culata de la pistola.

Sabe que todo puede torcerse en cualquier momento ante una fiera como Raymond.

A pocos metros de él, el poli sigue con los ojos clavados en la fotografía. La sostiene delante de él, con las dos manos. La hoja de papel en la que está impresa se dobla y se desdobla a merced de las ráfagas de viento. No advierte nada en su cara, ni sorpresa ni enfado. Ninguna emoción.

Bernard camina hacia el teniente, que le tiende la foto.

—¿Qué piensa hacer con esto, inspector Tremblay? —le pregunta Steve.

—Es a usted a quien hay que hacer esa pregunta. Usted es el poli de Vermont, no yo. Y el de la foto es amigo suyo, no mío.

Los rasgos de Steve se contraen en su cara llena de rojeces. Hasta entonces había permanecido tranquilo, pero Bernard percibe los primeros síntomas de ira en su agitación.

—¿Qué es lo que quiere exactamente, Tremblay? Viene pidiendo que lo ayude y me saca una imagen de Noah Wallace. ¿A qué fecha se remonta su caso? ¿Hace ocho años? Estaríamos en 2008. Yo en esa época no lo conocía.

—¿Y no le intriga siquiera un poco saber que su excompañero estaba presente justo en ese lugar en el preciso instante en que el periodista recibió un balazo en la cabeza, fue abatido por un tipo al que le habían lavado el cerebro?

Steve sigue con el brazo extendido y la foto entre los dedos. Bernard no hace ningún gesto para cogerla. Su mano sigue aferrada a la culata de la pistola.

En su opinión, ha llegado el momento de adelantar sus peones.

—No sé si está al corriente de que Noah cree que no es realmente él mismo, que hay una segunda personalidad metida en su cabeza. La llama el Otro.

Los ojos de Steve se agrandan, aprieta los dientes.

—Pasó casi un año en el hospital. Cuando volví a verlo por primera vez balbuceaba y eructaba palabras, frases sin sentido, meaba en una cuña de metal, chillaba y babeaba, ¡joder! ¡Tenía el cerebro hecho polvo! Claro que no es el mismo. Pero, coño, lo he visto erguirse, ponerse de pie, y aunque no es el hombre que yo conocía, sigue siendo muy inteligente. Más que yo... ¡Más que usted!

«Ya falta poco. Pronto estará a punto», observa Bernard.

Niega con la cabeza.

—He tenido ocasión de hablar con él, ¿sabe? Va recuperando la memoria poco a poco. Recuerda que cuando era un crío lo trató el doctor Weinberger. ¿Se acuerda usted de él? Una de las víctimas que encontramos.

—¿Trevor Weinberger? ¿La víctima del Demonio? Francamente, no sé de qué me habla, Tremblay. De hecho, cualquiera diría que sabe más sobre Noah que yo.

Parece sincero, constata Bernard. Pero la tensión arterial le ha subido.

Tal vez sea el momento de echarse el farol y de lanzar lo que Sophie acaba

de explicarle.

—Y también... sabe... lo del accidente. Lo de Maggie. Y... lo de usted.

Steve abre la boca. Un destello fugaz, una duda, atraviesa sus ojos.

Suelta la hoja, que sale volando, barrida por el viento.

Luego se echa a reír. Una risa burlona, pero seca, nerviosa.

—Debe de tomarme usted por imbécil, Tremblay. Oh, no lo niegue, lo veo en su mirada. Ya imagino lo que piensa de mí. Me considera colérico, testarudo, imbécil... y se pregunta cómo he podido llegar a teniente.

Bernard guarda silencio. Lo mira de arriba abajo, trata de descifrar su semblante, de anticipar cualquier reacción.

—Y está diciéndose: «Vamos a tomar una vez más a ese pobre Steve por el idiota que es. Un estadounidense además, capullo por definición, por esencia incluso. Su cultura debe de limitarse a cuatro episodios de *Los Simpson* o de *American Dad!*, y seguro que se atiborra de hamburguesas y de pizzas mientras los mira. De esos tíos que empiezan la mañana con Budweiser y ahogan las penas por la noche con un bourbon barato. Tan perdido que debe de llorar su soledad a lágrima viva porque ese cerdo asqueroso seguro que no es capaz de tener una jodida vida de pareja». ¡Puto canadiense condescendiente!

Bernard sigue sin moverse. Deja que el absceso se vacíe de pus.

—Tengo un notición. El idiota es usted, Tremblay. ¿Supone que no le veo venir? ¡Si con la mano está agarrando la pipa! Sus jodidos tejemanejes para hacerme hablar. ¿Cree que es el único poli aquí? ¿El único capaz de pensar? ¿De observar? Se tiene por inteligente, y sin duda lo es, pero también es un puto libro abierto. ¿Qué quiere hacerme decir? ¿Por qué no me lo pregunta directamente? Déjese de llaves de kung fu mentales, con sus aires de superioridad. ¡No es más que un jodido hipócrita!

—Lo único que quiero es deshacer los nudos, señor Raymond. Y se

equivoca usted, porque no lo tomo por un imbécil, aunque confieso que esa fue la impresión que me dio cuando nos conocimos. No, pienso más bien que utiliza y mantiene esa imagen para engañar a cuantos lo rodean. Por eso estoy apuntándole con un arma, sí, porque no confío en usted.

—Reflexione, Tremblay, soy teniente de policía. Está amenazándome. Usted...

—No tengo nada que perder —lo interrumpe Bernard—. ¿Se ha fijado en mi cara? Parezco una estatua del Museo de Cera. Mi mujer cree que me salvaré con una operación milagrosa, pero ya tengo un pie en la tumba. Así pues, como creo que usted no es inocente, no tendré el menor escrúpulo para disparar. Y no es un farol.

La rabia abandona poco a poco el rostro de Steve; ahora lo que refleja es amargura.

—Lo siento, inspector. Un cáncer, supongo. Jodida enfermedad... Piense de mí lo que quiera, Tremblay, pero no soy el cabrón que usted cree. Cuanto he hecho... lo he hecho por mi padre. Un hombre a quien se lo debo todo, que nos crió solo, pluriempleado para poder ponernos algo que comer en el plato, a mí y al ingrato de mi hermano. Un hombre a quien esa maldita enfermedad lo atacó, pero que se defendió y luchó contra ella durante años... con la única ayuda del tonto de Steve, que se arruinó para que su padre sobreviviera, mientras el parásito de su hermano dilapidaba su fortuna mal conseguida. Y mientras esnifaba cocaína entre las tetas de sus fulanas, yo estaba en el retrete aguantando la cabeza a mi padre cuando vomitaba la quimio. Al final lo venció, pero entonces ese bicho del cáncer se alojó en su garganta. Y yo ya estaba seco, estaba sin blanca. De modo que cuando un tipo de la CIA contactó conmigo y me propuso un trato lo vi como una señal de la providencia, y acepté sin saber que... —Steve hace una pausa—. Sin saber que tendría que pagar un precio.

«Ya está. Ahora está a punto», piensa Bernard.

—¿Qué trato, Steve? Ya veo que no es usted una mala persona. Alivie su conciencia, suelte ese lastre.

El teniente ya no lo escucha. Las lágrimas empañan sus ojos hinchados, mira fijamente la arena endurecida.

—Sabía que Wallace era distinto. Ya lo habían lanzado en paracaídas dentro de mi servicio, y mi contacto de la CIA me encargó que le pasara informes sobre la totalidad de sus actividades y sobre el acoso al Demonio de Vermont. Pero eso no era todo. En su presencia, uno se sentía pequeño, miserable. Tenía la impresión de estar al lado de un extraterrestre, capaz de descifrar lo que fuera. Y luego, al pasar de una víctima a otra, fui viéndolo cambiar, dudar, desmoronarse. A medida que la investigación progresaba, los escenarios de los crímenes lo afectaban, cada vez lo conmovían más. Naturalmente, yo mencionaba todo eso en los informes que entregaba a la CIA. Visto en perspectiva, debí haber cerrado mi boca. Al mismo tiempo, me hice amigo suyo. Si prescindías de su lado robot, era un tipo divertido, con mucho sentido del humor. Pasamos buenos ratos juntos. La última víctima del asesino es lo que hizo que todo se viniera abajo. Tras la inspección del escenario de ese crimen Noah se encerró en sí mismo y dejó de colaborar. Lo vi apagarse, algo en él murió ese día. Poco después la CIA me dijo que se había vuelto peligroso y que había que proteger a su mujer. Me enviaron a buscarla. En ese momento no hice preguntas. Algo no estaba claro, vale, pero ¡joder!, con la CIA poca broma, ¿no?

—Fue la noche del accidente, ¿verdad?

Steve Raymond asiente con la cabeza y se seca los ojos con la manga.

—No sé qué pasó realmente. Me llevé a Maggie. Ella estaba aterrada y tuve que arrastrarla hasta mi coche, pero no hizo nada para impedírmelo.

Creo que incluso intuía que algo fuera de lo común había ocurrido. Lo demás...

Steve saca otro cigarrillo y pide fuego a Bernard con un gesto de la cabeza. Bernard duda, pero suelta la culata y le tiende el mechero.

Raymond da una calada.

—Noah me vio meter a Maggie en el coche. Al principio no me di cuenta de que había alguien con él. Joder, debería haber... parado. Pero seguí las consignas. Hui. El accidente... fue una puta pérdida de control. No sé cómo me salvé. Estaba hecho trizas, fracturas múltiples, hemorragia, tuvieron que sacarme del coche con una cizalla. La muerte de Maggie fue instantánea. No supe hasta más tarde que Noah también había tenido un accidente, provocado por el mío, y que no estaba solo en el coche. El asesino estaba con él. Yo ignoraba lo que había pasado. Durante todos los años que siguieron pensé que Noah debía de estar bajo la amenaza de ese tarado. Pero ahora ya no estoy seguro.

—Supongo que la CIA haría desaparecer las pruebas.

Steve asiente y expulsa el humo por la nariz.

—No se reveló la identidad del asesino; se falsificaron los informes de la autopsia. Me ascendieron a teniente por haber logrado atrapar al Demonio de Vermont. Y durante meses tuve que ir a rehabilitación.

—¿Por qué ocultó la verdad a Noah y por qué no le contó lo de su accidente?

Steve está a punto de contestar, pero algo le hace abrir desmesuradamente los ojos.

—¡Tremblay, al suelo! —grita.

Y acto seguido se lanza a la arena.

Bernard frunce el ceño pero no reacciona de inmediato.

Pierde el equilibrio cuando una bala se incrusta en su omóplato izquierdo.

El dolor, atroz, no llega a su cerebro hasta medio segundo más tarde.

Tiene la impresión de que la piel le arde y luego de que una descarga le paraliza el brazo.

Coge la pistola, se vuelve y busca con la mirada a su agresor. Una segunda bala impacta en su vientre.

Retrocede un paso.

El ritmo de su corazón se acelera.

Acaba de comprenderlo. Le han dado. Tal vez esté herido de gravedad.

Antes de caer de rodillas, Tremblay tiene tiempo de ver una silueta junto a los árboles.

«Lleva silenciador», constata.

Se pasa la mano por el costado y se la mira. Está pegajosa de sangre.

«Coño, ¿por qué será que no siento nada? La adrenalina... El shock.»

Sonríe serenamente: es la primera vez que le disparan en casi treinta años de servicio.

El mundo gira a su alrededor. La vista se le nubla. El sonido de los latidos de su corazón le llena todo el cráneo.

«¡Tremblay..., al suelo...!»

La voz de Steve le parece lejana. Un eco.

Una bala levanta la arena a pocos centímetros de él. Recibe unos granos en los ojos y en la boca. Parpadea.

Y por fin llega el dolor, agudo, en el bajo vientre, como si miles de cuchillos le perforasen los intestinos.

«*Fuck*... Estoy muerto... Estoy...»

—¡Tremblay, mueva el culo, joder!

Steve está tumbado, estira los brazos, apunta en dirección al bosque y dispara dos veces.

Bernard está inmóvil, siente que las últimas energías abandonan su cuerpo,

se tambalea y cae hacia delante. Da de cabeza contra el suelo; la nariz se le incrusta en la arena húmeda y helada.

«No... Tengo que...»

El teléfono. La grabación. Quiere sacar el aparato, pero el brazo izquierdo no le responde.

El dolor del omóplato se extiende a todo el cuerpo.

—¡Repte hacia la silla! —grita Steve.

El poli retrocede arrastrándose —una serpiente obesa— y dispara otra vez. Una bala silba muy cerca de sus oídos y levanta un chorro de arena.

Tremblay se vuelve jadeando, se apoya en el codo derecho y trata de acercarse al poli. El dolor del vientre le arranca una mueca.

«No lo eches todo a perder...»

Steve ha llegado hasta la silla, pero no es suficiente protección. Se acurruca, apenas oculto detrás de las finas patas de metal, y busca a su objetivo. El brazo se mueve en el aire.

—¿Dónde estás, cabrón?

Bernard logra por fin agarrar el teléfono. Debe descargar la grabación. Cueste lo que cueste. Le da al icono de la aplicación Red Onion y luego entra en el foro privado.

Una bala le alcanza el muslo, le desgarrar el tejido muscular.

Suelta un grito con los dientes apretados.

«Venga, Bernard, haz un último esfuerzo», se dice.

El sudor frío le cubre la frente. El ritmo cardíaco se le ha disparado.

«Hemorragia. Estoy perdiendo sangre, no tardaré en palmarla.»

Steve dispara otra vez.

Tremblay publica la grabación en el foro. Una gota de sudor cae sobre la pantalla.

Luego reptar hacia el teniente, babeando, apoyándose en el codo. Es

incapaz de levantarse, el dolor es demasiado intenso.

Una bala impacta en la silla. En la oscuridad saltan chispas, el tintineo del metal resuena en la noche.

Disparan otro proyectil, pero esta vez el ruido es sordo, sofocado.

Bernard alza la cabeza y ve a Steve, que suelta la pistola y se lleva las dos manos a la garganta, oye un gorgoteo y al instante ve que la sangre le gotea por los dedos y le sale por la boca. El poli lo mira, incrédulo, y se desploma.

Bernard consulta la pantalla. La grabación se ha descargado.

Bien.

Hace acopio de sus últimas fuerzas y lanza el teléfono hacia el lago.

Exhausto, se derrumba. Tiene la oreja pegada a la arena fría. Se siente en paz, dispuesto a dormir. Ya ni siquiera nota el dolor.

El suelo tiembla. Capta las vibraciones. Alguien corre hacia él.

Oye ruido de pasos que se acercan.

Mientras él se aleja ya.

Las imágenes se suceden. Como flashes.

Josée sonriéndole mientras corta una porción de tarta.

Étienne sonriéndole y prometiéndole terminar el puzle.

Clémence, inquieta, que lo llama «tío Bernie». Y hasta su hermana a los once años, cuando la salvó de morir ahogada.

El tipo que ha disparado está ahí. Bernard podría volver la cabeza. Ver el rostro de su verdugo, mirar a la parca a la cara, pero está demasiado cansado y se le cierran los párpados. La vista se le nubla.

Y luego una última sonrisa nace en sus labios cuando ve a Steve tendido, con la cara mofletuda aplastada contra la arena y la mirada perdida.

Lo curioso es que en su mente se impone la imagen del teniente cuando era joven, gesticulante, con la mano en la polla que gotea sangre y salpica la camiseta de una chica.

Da un par de bocanadas estertóreas y la boca se le queda abierta.
Nota en la espalda la presión de un pie. Y oye la culata de una pistola.
Pero muere antes de que el asesino dispare.
Con una sonrisa congelada en la cara.

Desamparo

Ya hace unos minutos que el taxi se ha ido.

Noah observa a su alrededor, inmóvil. Intenta cuadrar lo que tiene ante los ojos con las visiones y los flashes que tuvo la noche anterior.

No hay duda: ese sitio era el que vio cuando estaba en la morgue.

Con los años, la finca ha perdido su esplendor, claro. La pesada puerta con la reja negra y el panel donde ponía «Raven Institute» han desaparecido, y los muros que la rodeaban ya no están en pie. Tampoco queda rastro del camino de grava que serpenteaba unos cincuenta metros hasta llegar a al porche sustentado por columnas que antecedió a unas puertas dobles. El césped segado y los parterres de flores han dado paso a hierbajos, altos y rebeldes. Los columpios, los areneros y los tiovivos ya solo son un recuerdo.

Pero los arcos aún están, y el sauce llorón, despojado de su vestidura, parece una hidra descarnada de formas tortuosas.

El edificio, una enorme mansión victoriana de madera, todavía preside esas tierras despellejadas, si bien su fachada está descuidada, y todas las ventanas están condenadas con tablones.

El instituto ya no es más que una construcción en ruinas, abandonada. Sin embargo, a su sombra, Noah distingue aún las raíces ennegrecidas cebándose con las vidas que ha roto.

Una ráfaga de viento, húmedo y gélido, lo azota de costado. Lo hiela hasta

los huesos.

Se estremece, y lamenta no ir más abrigado; la chaqueta impermeable de cuello abierto y la camisa de algodón que lleva son una pobre protección contra ese frío invernal.

La temperatura debe de rondar los cero grados; las hierbas cubiertas de escarcha brillan a la luz de una luna casi llena.

Noah relaja la mano derecha entumecida, cierra el puño y se lo acerca a la boca. Sopla tres veces para calentarlo.

La otra mano ya se ha refugiado en la tibieza acogedora del bolsillo.

Luego, apoyándose en el bastón, se dirige a la casa.

Sabe que el asesino lo espera dentro.

En los hierbajos ha quedado marcado un surco.

Alguien ha trazado un camino.

Cuando Noah avanza los recuerdos lo asaltan a retazos.

Las risas de los niños en las zonas de juego, el tintineo de la campana que anuncia el final del recreo, el olor a hierba recién cortada.

Y también los llantos. Los sollozos de los críos castigados.

El instituto era un monstruo de dos cabezas. Noah siente tanto la alegría como el dolor.

Las imágenes y los sonidos siguen afluyendo a su mente, algunos recuerdos fragmentarios afloran a la superficie.

El corazón se le encoge cuando llega a la entrada.

«¿Qué me sucedió aquí?»

¿Por qué siente esa negrura abismal absorbiéndolo como un agujero negro?

La puerta está entornada, trabada mediante una pesada cadena enrollada alrededor de los pomos.

Pero el candado está abierto.

Cerca del vano de la puerta hay cartones húmedos esparcidos, unas cuantas

latas de cerveza y varias bolsas de patatas fritas vacías.

«La casa debe de estar ocupada ilegalmente —se dice Noah—. ¿Cuánto tiempo hace que está abandonada?»

Desenrolla la cadena, que cae al suelo con un ruido metálico, empuja la puerta de doble batiente y se adentra en las entrañas de la mansión.

Los goznes chirrían.

Percibe un olor intenso a madera carcomida y a moho.

Se saca la linterna del bolsillo del impermeable y barre la estancia con su haz.

El vestíbulo. Nuevas imágenes le vienen a la memoria.

Antes ese espacio era lujoso. Ahora es un espectro despellejado, con las paredes despojadas de su papel pintado y sus cuadros. La araña de cristal aún cuelga del techo, pero sin bombillas, y se ven los cables eléctricos.

El parquet está destrozado, hay pedazos de cartón y lonas manchadas de barro por todo el suelo.

Era un lugar de paso, recuerda, por el que se accedía a las aulas.

La amplia escalera en forma de T que conduce a la primera planta debe de ser peligrosa. Pero también lo era entonces, recuerda Noah. La alfombra roja que cubría los escalones podía ser una verdadera trampa si se iba deprisa.

A la derecha, reconoce un pasillo que conducía a las aulas.

Se detiene al cabo de unos pasos. El haz de luz de la linterna acaba de revelar algo extraño que llama su atención.

Una flecha roja, bien visible, dibujada en la pared, aprecia Noah después de parpadear y avanzar hacia ella.

La han pintado, constata. Enfoca con la linterna la puerta de enfrente.

La pintura está seca, pero...

Acerca la nariz.

El olor penetrante no deja lugar a duda.

La han pintado hace poco. ¿Para él? Sí, seguro.

«Está jugando contigo, Noah... No entres en su juego.»

Pero ¿qué otra cosa puede hacer?

No puede volver atrás. Está ahí para acabar de una vez.

Se mete la mano en el bolsillo para asegurarse de que la pistola sigue donde debe estar y reemprende la marcha; se detiene un instante delante de cada nueva flecha pintada.

El camino lo lleva por las arterias y las venas del instituto, por sus corredores espectrales, a lo más profundo del desamparo. Una vez más, las imágenes se superponen a su visión, algunos ecos y voces se mezclan con los aullidos del viento que se cuelan por los pasillos, al igual que los crujidos y los chirridos de los tablones de madera. Recuerda un salón, la chimenea, el comedor.

El haz de luz de la linterna revela una última flecha.

Apunta al final del pasillo. Detrás del marco de una puerta, Noah distingue un resplandor amarillento y vacilante que hace bailar las sombras sobre las paredes desnudas.

Traga saliva.

Allí hay alguien. Esa puesta en escena es para él.

Enfoca el marco de la puerta y avanza despacio, procurando no golpear el suelo con la punta del bastón.

El pasillo desemboca en un cuartucho. No tarda en descubrir la fuente luminosa, unos cirios colocados sobre una mesa de camping.

«Me esperaba. Debe de estar en alguna parte observándome, espiándome. Todo esto lo ha hecho para mí.»

Junto a una caja de cartón dispuesta en el centro de la mesa hay un incensario que desprende perfume.

Un aroma que él conoce demasiado bien.

Es mirra.

En la tapa de la caja ve una etiqueta pegada.

«Noah.»

Secretos

Sophie gira una última vez el clip que ha introducido en la cerradura. Se oye un tintineo metálico y la puerta se entreabre.

Clémence le pone una mano en el hombro.

—¡Uau, muy bien! La verdad es que no era esa la imagen que tenía de ti.

«Y dale...», piensa Sophie.

—Pues, como ves, los clips no solo sirven para hacer animalitos.

Clémence no contesta y se limita a ajustarse el gorrito.

Sophie apoya la mano enguantada en la puerta y ejerce una ligera presión hasta dejarla entreabierta, luego echa una ojeada al interior.

—La chaqueta y el bastón no están en el perchero —comenta—. O ha salido, o...

—Y eso explica por qué no nos ha abierto y nos hemos visto obligadas a cometer el allanamiento de morada —ironiza Clémence.

Las dos chicas entran en la casa y Sophie cierra cuidadosamente la puerta.

El apartamento está sumido en la oscuridad; la luz de las farolas de la calle queda bloqueada por los cubrecamas que hay delante de la ventana, y solo un hilillo ilumina el suelo.

Clémence se dispone a pulsar el interruptor, pero Sophie se lo impide poniéndole una mano en el antebrazo.

Niega con la cabeza.

—No debemos llamar la atención —susurra—. Seguro que hay alguna lamparita o algún foco.

—Tengo una idea —replica Clémence.

Avanza hacia la cocina y abre de par en par la puerta del frigorífico.

La luz revela una mesa con un plato de pasta a medio comer encima.

—No hay gran cosa ahí dentro, tan solo unos cuantos huevos y una botella de vino tinto. ¿Quieres un vaso?

Sophie niega con la cabeza.

—Lo siento, lo único que quiero es terminar con esta historia. Ni siquiera estoy segura de que sea buena idea estar aquí.

Clémence saca el vino, coge un vaso del escurridor y se lo llena.

—Personalmente, necesito saber. Ya no eres tú sola la que está metida en este asunto hasta el cuello. Yo...

Clémence se interrumpe y toma un sorbo.

Sophie enciende la luz del baño y vuelve a la cocina.

—¿Ibas a decirme algo?

—Nada importante.

Deja el vaso en la mesa.

—Okey, voy a registrar el dormitorio. El resto te lo dejo a ti, ¿de acuerdo?
—propone Sophie.

—Empiezo por esa puerta, la de enfrente. Es su despacho, ya he estado en él.

Sophie abre la puerta del dormitorio. Como el resto del apartamento, está en penumbra. Sophie pulsa el interruptor de la lámpara de la mesilla de noche.

A la tenue luz de la pantalla aparece el universo nocturno de Noah.

La cama está deshecha.

Las sábanas están húmedas, la bajera ya no está remetida en el colchón, y

la mayor parte de la colcha está en el suelo.

«Debe de sudar mucho y pasar unas noches agitadas», deduce Sophie.

En la habitación apenas hay muebles.

Un armario, una cómoda y varias cajas.

Noah vive de una forma muy sobria. No se demorarán mucho.

Sophie empieza registrando la mesilla de noche, un modelo clásico negro de madera contrachapada.

Abre un cajón y encuentra varias hojas y unos libros.

Coge uno y lo expone a la luz. *Por el camino de Swann*, de Marcel Proust.

Una edición en francés, de Gallimard.

«¿Noah sabe leer en francés? —se pregunta—. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, también yo.»

«Normal, tú has vivido en Quebec, princesa», imagina que le diría su padre.

Deja el libro y coge otro.

Un registro totalmente distinto: *Una mirada a la oscuridad*, de Philip K. Dick. Conoce al autor; ha visto varias películas basadas en obras suyas, aunque ese título no le suena.

Sophie lee la contraportada y esboza una sonrisa amarga. Es el relato de un tipo que investiga sobre sí mismo, una historia de drogas que destruyen la identidad.

«Qué casualidad», se dice.

Hace una mueca al ver la tapa de un tercer libro. *El perfume*.

Das Parfum, die Geschichte eines Mörders, de Patrick Süskind.

«¿También sabe alemán? ¿Cuántos idiomas habla este tío?»

Sophie revisa a continuación el resto de la habitación, empezando por la cómoda.

En los cajones hay varios pares de calcetines grises, todos iguales, así

como varios calzoncillos negros lisos idénticos.

Noah es tan multicolor como la tapa de una biblia. La fantasía no es lo suyo.

Sophie acaba con el armario.

Pantalones negros, camisas blancas, chaquetas oscuras.

Desliza las perchas de los trajes por la barra e inspecciona las cajas de zapatos. Nada.

Se dispone a cerrar la puerta corredera, pero se detiene a la mitad.

Debajo de una pila de camisas, un bulto llama su atención. Mete la mano y saca otro libro. Lo inspecciona.

Hay una etiqueta pegada a la cubierta: «Chloé». Es un diario.

«¿Por qué lo habrá escondido Noah?»

—¡Sophie, ven a ver esto! —grita Clémence.

Reprime una mueca. Podría ser más discreta.

Sophie abandona el dormitorio con el diario en la mano.

Cuando entra en el despacho, Clémence está delante de un ordenador portátil.

—Había una nota escrita a máquina justo al lado.

Le tiende la hoja.

«Es triste olvidar a un amigo. No todo el mundo tiene un amigo.»

Sophie se pone tensa.

Ya lo ha leído u oído antes. Pero ¿dónde? ¿Cuándo?

—He hecho una búsqueda rápida. Está sacado de *El Principito* de Saint-Exupéry. Creo que es una nota que el asesino ha dejado. Ah, y he mirado lo que Noah ha consultado en el navegador y creo que sé adónde ha ido. Hace un rato, en el sótano, te he hablado de Raven School, ¿recuerdas?

—Sí, claro, no soy tan tonta.

Clémence no hace caso y continúa.

—Ha buscado en Google Maps el número 15 de Howard Drive, en Peru. Lo he comprobado, y por lo visto era un instituto para niños superdotados que cerró en 1986. No he encontrado nada más, pero no me sorprendería que tuviera relación con Raven School y con los tests de CI. En todo caso, no creo que sea una simple coincidencia. Ah, y no sé qué se propone hacer, pero va armado.

Clémence señala la caja de municiones que hay encima del escritorio.

Sophie asiente. Es el mismo tipo de caja que ella tenía en su casa y el que utilizaba en las galerías de tiro con su padre.

—Nueve milímetros. Debe de haberse comprado una pistola —concluye.

—Ya... En vuestro país es tan fácil como comprar una hamburguesa.

—Depende de los estados, pero en Vermont sí, es bastante fácil. ¿Qué crees que ha ido a hacer allí?

Clémence se vuelve hacia ella.

—Cerrar el círculo. Me parece que ha ido a matar al asesino. Y luego está esta fecha, 1986. El año en que Rebecca Law mató al chico que iba en el triciclo.

—¿Qué historia es esa?

—Te la contaré por el camino. A menos que decidas no venir... Pero creo que empiezo a conocerte.

Sophie sonríe.

—¡Por supuesto que voy a ir!

Se acerca a la caja de municiones y se mete unas cuantas balas en el bolsillo.

Clémence cierra el ordenador.

—¿Y tú? ¿Has encontrado algo en la habitación? —pregunta a Sophie.

—Libros en versión original. Noah habla varios idiomas. Francés, alemán... Y también he descubierto esto.

Le tiende el diario.

—Chloé. Es... ¡Ostras!, debió de hallarlo en casa de la familia Coté, y no me dijo nada. ¿Por qué me lo ocultó?

Sophie se encoge de hombros.

—Lo conoces mejor que yo.

—Ya me gustaría... La verdad es que ni él se conoce.

Baja la cabeza.

—Por eso ha ido a Peru.

—Y por eso lo encontraremos allí —concluye Clémence.

Desmentido

Noah levanta la tapa y la deja a un lado con delicadeza.

Sopesa la caja.

Es gruesa y pesada.

Saca las carpetas, las fotografías, algunas hojas de papel. Y las dispone sobre la mesa.

A la luz de las llamas vacilantes examina el contenido. Informes de actividades, exámenes médicos, documentación militar. Una parte de su vida está al alcance de su mano, una parte de la que no recuerda nada.

Noah duda. El misterio acerca de su identidad está a punto de desvelarse, y su curiosidad lo empuja a leer todos esos documentos, a adentrarse en el camino de su pasado; sin embargo, algo en su interior lo impele a resistirse y se aferra a esa realidad ficticia en la que está anclado, en torno a la cual se ha construido.

¿Por eso el asesino ha elegido a Rachel? ¿Para negarle la posibilidad de desistir? ¿La tentación de abandonar?

—Pues lo ha conseguido —murmura al tiempo que coge las fotos que ha reunido para él.

La primera es antigua, y los colores están desvaídos. En ella se ve a un niño, de unos cinco años, vestido con uniforme de colegial. Unos ojos verdes grandes y tristes en un rostro impasible.

A su lado hay una niña que debe de tener unos trece años y un muchacho de más edad. Y de rodillas delante de él se ve otro niño pequeño, pelirrojo, con las mejillas llenas de pecas.

Reconoce a los mayores. Son los que visualizó en el sótano de la casa del Reverendo. Tienen algunos años más, pero no cabe ninguna duda: Noah tiene esas caras grabadas en la memoria.

El chico de ojos verdes es él. También en eso es imposible equivocarse.

Da la vuelta a la foto.

Hay algo escrito con tinta azul en el reverso:

Richard, Amy, Liam, Noah. 1985. Raven Institute, Peru.

Proyecto: MK-Prodigy.

Y un sello: «*Top secret*».

«O sea, que yo estaba aquí, estos recuerdos son los míos. Yo conocía a Amy Williams.»

¿Cómo ha podido el asesino obtener esa foto?

Una ráfaga de aire gélido hace vacilar las llamas, pero no se apagan.

Otra foto.

Un joven en la jungla, con uniforme militar, un fusil M16 en la mano, una rodilla apoyada en el tronco de un árbol caído.

También es él, pero no se reconoce enseguida. La expresión del rostro de ese hombre no es la suya; está serio y mira al fotógrafo con desprecio.

«¿Soy yo ese hombre?»

Noah mira las otras fotos, con impaciencia, cada vez más deprisa. Aparece en todas, en diferentes situaciones y con atuendos variados. De soldado en el desierto iraquí, con esmoquin en una fiesta de etiqueta en Europa del Este. Cortes de pelo distintos, barba de vez en cuando. En algunas parece alegre. En otras da miedo mirarlo.

Le tiemblan las manos. Las imágenes que pasan entre sus dedos son a la vez hipnóticas y terroríficas. Ninguno de sus recuerdos corrobora lo que desfila ante sus ojos. Esos momentos no son los suyos. Es como si mirara instantes de vida de perfectos desconocidos, con la salvedad de que el rostro que aparece en todas esas fotografías es el suyo.

Se le hace un nudo en la garganta.

«¿Quién eres, Noah Wallace?»

¿Quién es el Otro?

No, ¿quiénes son los Otros?

Noah guarda las fotos en la caja y se enjuga la frente, que ahora le arde.

Coge un fajo grueso de hojas. Son informes. Lo primero que ve es una firma conocida. La que figuraba en todas las recetas.

Es la de su antigua psiquiatra, la doctora Elizabeth Hall.

«Mentira.»

Todas las sesiones están descritas minuciosamente.

Noah recorre algunas líneas con el índice.

Lo que lee lo deja helado.

... Los recuerdos del accidente están sólidamente enterrados. La medicación a base de Nembutal asociada al resto del tratamiento parece eficaz, el paciente no ha recuperado la memoria...

«¿A quién se refiere? ¿Al asesino sin rostro?», se pregunta Noah.

... El recuerdo de Maggie regresa con fuerza. Pero el paciente sigue sin tener idea de lo que realmente ocurrió aquella noche. En cada sesión, rememora el suceso y nunca incluye al pasajero. Puedo afirmar que el paciente está controlado...

Noah continúa pasando las hojas y leyendo.

«¿Qué pasajero?» Se concentra y recurre a su memoria, pero los recuerdos

que afluyen no han variado. El asesino es una sombra, nada más.

... El paciente ha relatado hoy unos hechos perturbadores. Maggie se le ha aparecido en forma de visión. Lo atribuye a una manifestación paranormal, o a otra actividad de tipo médium. He respondido lo mejor que he podido, pero me ha dejado perpleja. Estoy tentada de revisar la posología...

«Pretendía convencerme de que era una catarsis, doctora Hall, pero ni siquiera usted se lo creía.»

... Tal como el doctor Weinberger señaló, el paciente conserva íntegra la memoria muscular y todas las habilidades adquiridas, como el lenguaje. Su discapacidad sigue siendo el único factor limitador, pero los tests efectuados a modo de exámenes rutinarios han sido concluyentes...

«Por eso entendí aquella palabra en hebreo... ¿Qué más sé hacer?»

... Tras varias sesiones, estoy en disposición de confirmar que las lesiones provocadas por el accidente impiden todo reacondicionamiento, así como un nuevo implante. El paciente permanecerá, pues, configurado en torno a la personalidad de Noah Wallace. Por otro lado, hago constar que el doctor Henry se ha puesto en contacto conmigo. No es una amenaza, por el momento; solo quería hablarme de la posibilidad de tratar el tumor del paciente. Ha expresado su desacuerdo en cuanto a la utilización de barbitúricos, pero no ha insistido ni ha contradicho mi prescripción. Les tendré informados si en adelante supone un problema.

«Reacondicionamiento. Implante. Configurado.»

De pronto las hojas parecen pesarle demasiado en las manos.

«Entonces ¿quién... soy? ¿Un envoltorio de carne? ¿Un juguete en manos de la CIA?»

Noah aprieta la mandíbula. Pero Tremblay ya se lo había dicho: fue paciente de Weinberger.

«Personalidades múltiples...»

¿Cuántos Otros habitan en el laberinto de su córtex? ¿Quién es el verdadero Noah Wallace?

Pone las hojas en la caja, justo encima de las fotografías.

Se le despierta el dolor de la pierna; no ha tomado el Vicodin. Sabe que cada vez será más intenso.

Le quedan algunas hojas guardadas en una funda de plástico transparente.
Emails impresos.

... he podido contactar con Noah. Parece frío y distante, pero creo que no me costará seducirlo. Me he fijado en la forma en que me mira. No precipitaré las cosas; dejaré que sigan su curso natural. Le tendré informado de la evolución de nuestra relación...

Una mano helada le oprime el corazón y los pulmones.

«Rachel, ¿tú también?»

Decenas y decenas de emails, todos ellos destinados a
KarlBarns@gmail.com.

Sin duda, una dirección pantalla utilizada por un tipo de la CIA.

Las líneas siguientes son como agujas candentes que se le clavan en el corazón.

... He logrado acercarme a él. Ahora somos pareja...

Imágenes de Rachel coqueteando con él desfilan por su cabeza a la velocidad de un estroboscopio. Sus sonrisas, el modo en que se mordía labio inferior cuando lo miraba.

¿Simulaba? ¿Cuánto cobraba?

Aprieta la empuñadora del bastón.

«Belial.»

... Noah es inestable. Se levanta por la noche, escribe en su cuaderno como un sonámbulo. Habla en sueños, a veces en idiomas que no entiendo...

«Lo siento, Noah, perdóname... —recuerda que le dije cuando se le apareció—. Quiero que sepas que mi amor era sincero.»

... Ha entablado amistad con una chica canadiense. No creo que represente un peligro. Noah está enamorado de mí...

Así pues, Clémence tenía razón cuando le dijo: «Y, francamente, puede hacerse las ilusiones que quiera, pero usted y ella son demasiado distintos para que la relación dure».

Se dejó deslumbrar.

Rachel nunca fue el faro que lo guiaba en medio de la niebla.

Estaba, como él, sumida en las tinieblas desde el principio. Su luz era solo la de un pez abisal. Una trampa destinada a atraparlo.

¿También Maggie?

¿Quién sabe?

Noah se pasa la palma de la mano por la cara, se apoya en la pared y se deja caer hasta el suelo.

«¿Quién eres, Noah Wallace?»

Suelta una risa nerviosa.

—¿Quién eres? —grita con los ojos nublados por las lágrimas.

El viento que se ensaña con los muros de la casa le contesta.

«Una corriente de aire, eso es lo que eres.»

Podría quedarse ahí. Dejarse ir, dormirse. Permitir que el frío lo envolviera en su mortaja.

Incluso lo desearía.

Hacer callar a los espectros de una vez por todas.

Noah se dispone a cerrar los ojos.

Pero cuando los tiene entornados...

... percibe la luz de una linterna que lo enfoca.

El asesino. Está ahí.

El haz cambia de dirección.

Noah distingue una silueta. Una sombra en la oscuridad.

Inmóvil, a la espera.

Se levanta esbozando una mueca; el muslo le lanza un aviso en forma de intensos pinchazos.

Duda. La silueta está a menos de diez metros. En un gran pasillo, a su merced.

Podría dispararle. Lo único que ha de hacer es levantar la pistola y apretar el gatillo. Acabar de una vez, y luego, ¡por qué no!, usar el arma contra sí mismo.

Sabe que podría darle.

«Conserva íntegra la memoria muscular...»

Si hace falta, el soldado que habita en él podría hacerlo fácilmente, ¿no? Solo tendría que apuntar y disparar. ¿Cuántas veces su brazo habrá realizado ese gesto? ¿Cuántas veces su índice habrá ejercido presión en un gatillo, incluso en el de un arma más mortífera todavía, a pesar de que Noah siempre ha odiado la violencia?

¿Por qué no lo hace?

Porque necesita comprender. Quiere más respuestas.

Así que decide encararse con él.

El Principito

«Es triste olvidar a un amigo.»

Los faros engullen la carretera, y el Dodge Dart mantiene el rumbo a pesar de las ráfagas de viento que atacan sus flancos. Clémence está concentrada en la conducción y no ha pronunciado una sola palabra desde que han salido.

Sophie sacude la cabeza en silencio mientras recorre con el índice las líneas escritas en el diario de Chloé.

Una parte de su mente navega por otros derroteros, en busca de respuestas.

La frase que alguien —sin duda, el asesino—ha dejado escrita para Noah continúa rondándole la cabeza. ¿Dónde la ha oído?

Ha leído *El Principito*, claro, pero eso fue hace años, cuando era niña.

No, ha sido en otra parte.

Clémence rompe el silencio.

—Avísame si encuentras algo interesante en el diario. Noah no lo ha guardado porque sí.

Por el momento, no hay nada donde hincar el diente; es un diario de adolescente, de lo más banal. Amor, enfados, protestas.

Pero Clémence tiene razón. Noah no lo habría escondido si no hubiera un motivo; hay que seguir indagando.

El coche da un bandazo. Sophie suelta un grito agudo.

—No te preocupes, controlo.

Sophie se esfuerza en sonreír y continúa explorando el pasado de la joven.

—Mira, aquí a lo mejor hay algo. Chloé ha descubierto que su padre era Harris McKenna. ¿Crees que era esto lo que Noah quería ocultar?

Clémence se pega al respaldo del asiento, como si acabase de recibir un golpe.

—¿De veras? Entonces ¡Noah lo sabía! Me dejó creer que lo había descubierto yo. ¿Por qué? No tiene sentido.

—Salvo que tuviera motivos para no revelarlo...

Casi puede oír a Clémence diciendo: «¿Qué motivos?».

Pero Clémence no dice nada.

Sophie reprime un bostezo y parpadea. La conducción de noche, el vaivén de los limpiaparabrisas, el ronroneo del motor, la carretera desierta; el cúmulo perfecto de condiciones para quedarse dormida.

Según lo que ha leído en el diario, McKenna habría organizado su desaparición.

Lo cual prueba que tenía los contactos necesarios para hacerlo. La CIA en Estados Unidos y, sin duda, también el CSIS al otro lado de la frontera para reinventarle una vida canadiense.

Pero ¿por qué en 1992, si los asesinatos han empezado hace cinco años? ¿Qué motivaría esa decisión?

Clémence quita la calefacción y abre un poco la ventanilla.

Una vaharada gélida penetra en el habitáculo y la cala hasta los huesos.

—Te ronda el sueño, Sophie. Debes mantenerte despierta; el Demonio de Vermont estará ahí, y no creo que le guste que nos autoinvitemos a su pequeña reunión.

«Tiene razón, princesa.»

Sophie cierra el diario y lo deja en su regazo.

—Por cierto —continúa Clémence—, ¿puedes llamar otra vez a mi tío?

Estaría bien tenerlo a nuestro lado.

Sophie saca el móvil y llama al número que había marcado en el sótano.

—Salta el buzón de voz.

Clémence pone cara de preocupación.

—Espero que le vaya bien.

Sophie permanece en silencio. Podría tranquilizarla, pero sabe que sus palabras no tendrían ningún efecto. Y sobre todo, sabe que no es verdad.

«No todo el mundo tiene un amigo.»

—¿Dispararás?

—¿Cómo dices?

—Lo pregunto porque la última vez te cargaste una ventana... y el que te perseguía se fue de rositas al volante de su Camaro.

—Disparo desde que tengo edad para sostener una carabina, solo lo dejé cuando empecé a estudiar periodismo. Pero es como ir en bici. Y si el tipo del Camaro todavía puede conducir es porque yo quise. Lo siento, no soy capaz de quitar la vida a un ser humano.

Clémence se vuelve hacia Sophie y le dirige una mirada glacial.

—¿Que te disparase no fue suficiente motivo? Tuviste suerte con la oreja; unos centímetros más y estarías muerta. Espero sinceramente que no tengas que lamentar tu acto de «caridad» y que tu compasión no cause la muerte de alguien a quien quiero.

A Sophie le gustaría responderle que ese tipo estaba de espaldas en el momento en que lo tenía en el punto de mira, pero no lo comprendería.

«No siempre es fácil distinguir al lobo bueno del lobo malo, señorita Lavallée.»

Sí, ¿cómo saberlo?

¿Hay que causar el mal a veces para hacer el bien? ¿Debería haber traicionado sus principios?

«¿Qué dice, Cadwell? El especialista es usted.»

«Es triste olvidar a un amigo. No todo el mundo ha tenido un amigo.»

¡Ya está!

Por fin recuerda dónde ha oído esa frase.

Y no puede ser una simple casualidad.

De hecho, es una evidencia.

—Yes! —exclama.

—Da gusto ver a alguien feliz aquí. ¿Hay algún motivo?

Sophie sonrío.

—Sé quién es el asesino —declara—. Conozco la identidad del Demonio de Vermont.

Ilotismo

Noah no ha dicho nada.

Ha permanecido encerrado en su burbuja de silencio y ha seguido a la figura sin inmutarse.

No ha sacado la mano del bolsillo; está dispuesto a intervenir si las cosas se tuercen.

El asesino tampoco ha hablado. Se ha contentado con caminar sin intentar agredirlo ni protegerse.

A la luz de su linterna, lo ha guiado por las entrañas del instituto hasta llevarlo al sótano, donde los recuerdos de Noah son más claros, más vívidos, más dolorosos.

Y mientras camina a un metro de él, por el suelo inundado, recorriendo los pasillos de un complejo subterráneo abandonado, las imágenes se reconstruyen en su mente.

Ese laberinto sombrío de hormigón encharcado por las filtraciones de lluvia por el que deambula ahora era un laboratorio, instalado debajo de la escuela.

Ahí, lejos de la luz del día, era donde pasaba la mayor parte del tiempo. En compañía de médicos con bata blanca y de otros niños.

El asesino se detiene, en medio de un charco, y dirige el haz de la linterna

hacia un espacio vacío. En el suelo resquebrajado se van las marcas de los antiguos tabiques.

—Ya no queda ningún rastro de aquella habitación; se tiraron las paredes, pero fue aquí donde nos vimos por primera vez, Noah. Acababas de llegar, tenías cinco años. ¿Te acuerdas?

Noah se estremece.

Es la voz de una mujer. Tendrá alrededor de cincuenta años, se diría por el timbre ligeramente áspero. Un tono autoritario, decidido; el de alguien que no duda.

Sí. Noah se acuerda. Una imagen se forma en su mente, la de tres niños y un médico, una mujer vestida de blanco, con los labios finos y el pelo gris recogido en un moño.

En cuanto a la voz, ahora sabe a quién pertenece. Y ya no es una figura lo que tiene delante de los ojos, sino una chica. La que vio en el sótano del Reverendo, la de la fotografía.

La mira un instante y parpadea antes de salir de su ensimismamiento.

—¿Amy?

La forma se vuelve y lo mira cara a cara.

—Sí, soy yo.

Amy Williams.

Las preguntas se agolpan en la cabeza de Noah, todas quieren cruzar al mismo tiempo el umbral de sus labios, pero estos permanecen sellados.

Se queda un rato pensativo, sin saber por dónde empezar.

Y todo lo que se le ocurre decir es:

—¿Por qué?

Amy dirige el haz luminoso hacia él, le enfoca el rostro.

Noah se protege los ojos con el dorso de la mano.

—Te lo explicaré todo, desde el principio. Sígueme.

La linterna enfoca en otra dirección, y durante un instante fugaz Noah vislumbra los rasgos de su cara.

Distingue sus grandes ojos alucinados, demasiado tiempo abiertos viendo el horror. Braseros ardientes, donde el odio es un carbón que alimenta continuamente las llamas negras que inflaman sus pupilas.

Está loca, constata. Su rabia la ha consumido por entero.

Noah acerca más la mano a la pistola.

—Unos años antes de que tú te incorporases al proyecto MK-Prodigy, Liam, Richard y yo ya habíamos salido de un infierno, el sótano del Reverendo, para entrar en otro que era aún peor. Jamás habría imaginado que pudieran existir seres más viles que el Reverendo... y sin embargo...

La imagen de la niña aprisionada por el yugo aflora a la memoria de Noah. Vuelve la cabeza para repeler el ataque de las imágenes.

Amy da unos pasos más y señala con el dedo una pared, luego se da la vuelta y lo mira.

—Matar al Reverendo no hizo más que reforzar su interés por nosotros, pero aunque tú te incorporaste más tarde, pronto fuiste su juguete favorito..., lo cual no era buena cosa para ti: pasabas más tiempo en sus manos. Los tanques de aislamiento estaban justo aquí, cerca de la pared. Aún recuerdo el olor a sal, y sin embargo las primeras inmersiones no eran desagradables. ¿Sabes que se utilizan contra el estrés, para reducir la tensión o mejorar las capacidades cognitivas? Esos artilugios se los debemos a John Cunningham Lilly, que fue quien los desarrolló en los años cincuenta. Pero en este laboratorio se usaban de una forma muy distinta. Nos metían en ellos durante horas, sin darnos de comer, atiborrándonos de drogas, sobre todo LSD.

Afloran nuevos recuerdos.

El miedo, la pérdida de control, el abandono. Y también los sonidos, las palabras repetidas una y otra vez.

Fórmulas matemáticas, físicas, lenguas extranjeras, expresiones complejas. Amy lo enfoca con la linterna y, como si hubiera adivinado sus pensamientos, le explica:

—Los usaban para lavarnos el cerebro y hacernos aprender a la fuerza, una idea peculiar de lo que ha de ser la educación, muy distinta de los algodones entre los que los padres crían hoy a sus hijos, muy distinta del refugio confortable que hace de ellos las ovejas consumistas y egoístas de esta generación. —Amy se arrodilla y acaricia la frente a un niño imaginario al tiempo que dice—: Ay, cariño, tú eres especial. Estás destinado a hacer grandes cosas, dejarás tu huella en el mundo, mi pequeño genio adorado.

Ríe, y el eco de su voz trastornada resuena entre las paredes. Se incorpora y se dirige de nuevo a Noah.

—Sí, nosotros también estábamos destinados a ser especiales... Aunque nos hicieron añicos y sacrificaron nuestra infancia para lograr sus fines. Y los tanques, la droga, el atracón de conocimientos no es nada comparado con todo lo que nos infligieron para aniquilar nuestra voluntad. Te debemos mucho, ¿sabes? Sin ti, ¿qué habría sido de nosotros?

«¿Nosotros?»

Noah sale de su mutismo.

—No lo entiendo. Recuerdo las cámaras de aislamiento, las grabaciones de audio, los sonidos, las ondas binaurales, creo.

Cierra los ojos, como para invocar mejor los recuerdos que va extirpando de las brumas tejidas en su mente.

Se ve delante de un hombre. Lo reconoce, es Trevor Weinberger, que se ha impuesto la misión de hacerle aprender todas las palabras del diccionario y le pregunta las definiciones.

Cada vez que Noah se equivoca, Weinberger le pega con la regla de hierro en las articulaciones de los dedos. Oye gritos y llantos de niños en el aula de

al lado. Detrás de él, apoyada en la pared pintada de blanco, la médico del moño toma notas con los labios apretados.

Noah abre los ojos.

—Recuerdo a Weinberger y a una mujer, de más edad.

Los rasgos de Amy se retuercen de rabia.

—Era esa zorra de Grady. Nos la cargamos, ¿sabes?, poco antes de que...

—Calla, hace una pausa y continúa—: Te acordarás de todo, Noah. No sé exactamente a qué te han sometido durante estos últimos años. Lo que sé es que, de alguna manera, sigues prisionero en tu cabeza; estás dormido y engullido por un cúmulo de mentiras. Pero hace cinco años te liberaste. Nosotros lo conseguimos.

«Nosotros...»

—¿Nosotros... quiénes?

Amy clava su mirada en él unos segundos.

—Pronto llegaremos a eso. Pero antes debo mostrarte algo. Prepárate, porque lo que te espera te podría resultar doloroso. Esos recuerdos duermen en lo más profundo de ti, en una antesala de tu inconsciente.

Instintivamente, Noah sabe de qué le está hablando. Le ha venido en forma de oleadas, de flashes. Los hombres con hábitos, la cruz invertida. La infancia sacrificada, la infancia pervertida.

Por eso ya teme lo que su memoria se dispone a regurgitar.



—¿Amy Williams? ¿La de las visiones de Noah? ¿La de la pista que tú estabas siguiendo?

Sophie asiente.

—Sí. La nota que hemos encontrado junto al ordenador de Noah me ha

indicado el camino. Esa cita de *El Principito* ya la conocía, pero no conseguía acordarme dónde había vuelto a oírla. Luego me vino a la memoria. Fue en casa de Stephen Cadwell, durante la conversación que mantuve con él. Me contó que la pequeña Amy era una lectora compulsiva. Y lo que encontramos impreso en casa de Noah es, literalmente, lo que ella le dijo antes de que los esbirros de la CIA se la llevaran.

—Hay pocas probabilidades de que sea una casualidad, tienes razón — opina Clémence—. Eso significaría que la pequeña sobrevivió al infierno del sótano. Noah habló de unos niños que habían acabado matando al reverendo McKenna. Amy debía de estar con ellos. Me pregunto qué pasó después.

—Las fechas concuerdan. En 1977 Amy salió del hogar de los Cadwell. Tenía cinco años entonces. El Reverendo murió en 1980. Es plausible que permaneciera en su casa durante esos tres años.

—De todas formas, me cuesta imaginar a tres niños matando a un hombre y logrando escapar, y sobre todo sobrevivir. Y luego está la conexión con el instituto. No, en esta historia hay algo que no cuadra.

—Sí, algunas partes aún están poco definidas. Pero el resto va encajando. La niña se vengó.

Clémence sacude la cabeza.

—¿Y la relación con Noah? No son de la misma generación. Amy debería tener... ¿Cuántos, cuarenta y cuatro años? Noah tiene casi diez años menos. Y también está el accidente, en el cual se supone que el Demonio de Vermont murió. ¿Y por qué esperar tanto para vengarse?

—Vale, vale, lo pillo —salta Sophie—. No tengo todas las respuestas.

«Reflexiona, Sophie...»

—Ya falta poco para llegar a Perú. Pronto será el momento de la verdad, ¡quién sabe!

Sophie no contesta, sigue leyendo el diario.

Protervo

Noah querría que aquello se detuviese.

Pero las compuertas de su memoria se han abierto y no puede contener la oleada de imágenes y sonidos que invaden su cabeza.

La capilla.

Los rituales.

El horror.

Lo recuerda todo.

Amy está en el centro de la habitación. En el lugar exacto donde las indescriptibles monstruosidades se repetían varias veces por semana.

Noah apenas repara en ella. Está en otra parte, prisionero del torrente que lo lleva; el suelo húmedo y las paredes derruidas han dado paso a la luz tamizada, los cirios, el papel pintado de color carmín. Visualiza la cruz instalada para la ceremonia. De nuevo percibe el olor de las volutas de humo que salen de los incensarios donde arde la resina de mirra.

Oye también las salmodias de los discípulos, con vestiduras rojas y negras, esos depredadores silenciosos consumidos por la depravación.

Ahí se profanaba la infancia. Ahí fue donde muy pronto le arrebatarían la inocencia.

La voz de Amy lo devuelve al sótano húmedo.

—La capilla. Ahí nos echaban a esos perversos, que se transformaban en

verdugos y luego se entregaban a satisfacer sus apetitos sexuales con nosotros, cuando no éramos más que unos niños. Algunos han pagado, otros aún están en mi lista. Timothy Carter fue el primero, hace cinco años. Estoy segura de que lo recuerdas, era un numerario. Esa basura no se contentaba con recorrer los orfanatos, los hospitales o las familias en apuros en busca de nuevos sujetos de estudio para Grady y Weinberger. No, también participaba, bien protegido por su máscara, un personaje sin rostro oculto bajo aquellos hábitos rojos y negros. Pero de mí no podía esconderse. ¡Cómo iba a olvidarlo! Por su culpa me encontré aquí, ejecutora, torturadora y muñeca de carne sometida a los caprichos de esos cerdos hambrientos. El olor de su loción para el afeitado y el sonido de su respiración jadeante tan cerca de mi cara están grabados con hierro candente en mi memoria.

Se da un golpe en la cabeza con la palma de la mano, como si quisiera expulsar de ella esos recuerdos.

Amy sigue hablando, pero Noah vuelve a sumirse en el río de sus recuerdos y ya no la oye.

Se ha formado un círculo a su alrededor. Ve a los hombres con hábitos que lo animan, al maestro de ceremonias que está a su lado y lo conmina a degollar a un individuo que lo mira con expresión suplicante y a destripar a otro esa misma tarde con unas tijeras de podar.

Recuerda que se pronunciaban los nombres de determinados demonios mientras lo obligaban a torturar a las víctimas atadas a la cruz. Y cuanto más gritaban, más fuerte sonaban las salmodias entre los congregados.

En ocasiones, consumían carne humana.

Y luego, cuando la víctima era retirada de la cruz y su sangre todavía manchaba el suelo, empezaban las orgías y los murmullos, y los gruñidos sustituían a los cánticos.

Noah nota unas manos que lo sujetan y su cuerpo se convierte en un

juguete, una marioneta deslavazada...

—¡No! —chilla.

Las piernas se le doblan. La bilis le sube por el esófago. Siente. Primero el miedo y la conmoción. Y lo que es peor, la indiferencia, la voluntad que se le escapa, drenada poco a poco de su cuerpo mientras su alma de niño se habitúa al horror como los ojos sumidos en la noche se acostumbran a la oscuridad.

La voz de Amy vuelve a ser audible.

—... Acabó pagando. «Ojalá tu alma se pudra en el infierno...» Fui yo quien le amputó el sexo y se lo hice comer, y fue Richard quien lo hizo hablar. Así obtuvimos nombres, direcciones... y pudimos perseguir a los otros. Lo demás ya lo conoces. El Demonio de Vermont, nos llamaban. Los demonios eran ellos, no nosotros.

¿Richard? ¿El chico del sótano? ¿El que se negó a torturar a Trout? ¿El chico de la foto? Entonces eran dos.

—No nos costó dar con Antonio Da Silva. Era el chófer del instituto y también hacía de guarda. Trabajaba unos días en la fábrica, una tapadera. Y al igual que Carter participaba en las ceremonias.

Noah reprime una mueca. Se acuerda de Antonio, de la manera que tenía de apoyarse en sus hombros, de sus risotadas y de su mano revolviéndole el pelo.

—Pero lo transformamos y revelamos al mundo su verdadera naturaleza de demonio; matamos a su hija delante de sus ojos antes de mandarlo de nuevo al infierno, de donde venía.

Da Silva. Su segunda investigación sobre el caso. Pero ¿cómo estar seguro ahora?, se pregunta Noah.

¿Era esa su verdadera identidad, es perfilador criminal o lo han creado de la nada?

—Por desgracia no pudimos pillar a Harrington. Ese monstruo ya estaba moribundo. Un viejecito tan normal, tan servicial con los vecinos... y un pedófilo de la peor calaña.

Al evocar a Harrington, un escalofrío recorre el cuerpo de Noah.

A ese tipo le gustaba hacer daño, pegar, retorcer los brazos. Los llantos y las lágrimas lo excitaban.

—No sentí placer al matar a Iris y a Lucas, ¿sabes? —continúa Amy—. Pero era preciso, era importante que sintiera el dolor antes de irse al infierno.

¿El infierno? Estaba ahí. Noah tiene que apoyarse en el bastón para no caerse. Se ahoga.

Amy se le acerca. Está a menos de un metro.

Su cara no tiene vida, solo la iluminan dos canicas ardientes. El odio es lo que la mantiene, le proporciona un objetivo.

«A esa distancia podría matarla —piensa Noah—. A pesar de lo que ha sufrido, hay que detenerla.»

En cierto sentido, la comprende. Perseguir a los culpables, hacer que paguen, sí... pero ¿asesinar a sus hijos? Eran inocentes y no tenían por qué morir.

Y su psiquiatra... y Rachel. ¿Hasta qué punto estaban implicadas en todo aquello para merecer semejante castigo?

—Y eso es todo, Noah. Espero que lo hayas comprendido, como hace cinco años. Tal vez habríamos podido perdonar las cubas, los experimentos, la droga. Pero no lo que sufrimos en la capilla. Nos rompieron, nos extirparon el alma para convertirnos en soldados obedientes. Debíamos ser capaces de interpretar varios papeles para infiltrarnos y ejecutar sus misiones perversas, y volver a ellos como perros dóciles... dispuestos a recomenzar.

Amy retrocede unos pasos y suelta una carcajada sin alegría, teñida de amargura.

—Y lo peor es que funcionó. Al cabo de unos pocos años yo hablaba quince idiomas, dominaba varias técnicas de interrogatorio, sabía disparar un fusil de precisión. Nos habían seleccionado por nuestras capacidades excepcionales, las habían sublimado despojándonos de nuestra humanidad. Poco antes del incidente me enviaron en una misión de prueba para ejecutar a un hombre de negocios influyente. ¿Quién desconfiaría de una chiquilla de trece años? Todavía recuerdo el asombro en sus ojos cuando le puse el silenciador debajo del mentón.

«Una máquina de matar. El asesino perfecto. Por eso ha sabido desactivar las cámaras y sortear la vigilancia policial —piensa Noah—. ¿También es mi caso? ¿Cuántas vidas he segado?»

—Y sin duda aún estaríamos a su servicio si no hubieras intervenido tú. ¡Te debemos tanto, Noah...!

Amy avanza hacia él y, por primera vez, lo toca poniéndole la mano en el hombro.

Noah no intenta apartarse.

—Gracias a ti pudimos salir. Gracias a tu descubrimiento... A nuestro pequeño secreto.

«Es un secreto. Es nuestro secreto», recuerda Noah.

Los murmullos infantiles que percibió en el laberinto del maizal, el triciclo rojo.

Ahora comprende su significado.



Sophie cierra el diario y permanece un instante inmóvil.

—¿Estás bien? —pregunta Clémence—. Tengo la impresión de llevar una estatua en el asiento del copiloto.

—Es por lo que acabo de leer al final del diario. Chloé lo vio.

—¿A quién?

—Al asesino del Camaro. Dice que vio a «un hombre siniestro de unos cincuenta años sentado al volante de un Camaro negro, estacionado a pocos metros de la casa», y luego siguió su camino.

—¿Cuándo?

—El 3 de noviembre de 2016.

—El día antes de que registráramos la vivienda de los Coté —concluye Clémence—. Debió de matarlos durante la noche.

Otra víctima más. Tuvo suerte de escapar de él. Fue un milagro. Ese tipo es un asesino a sueldo, un exterminador.

—Estamos llegando a la casa. Sophie, ¿aún quieres que juguemos a ser heroínas?

Sophie echa la cabeza hacia atrás.

—Sí, para mí ahora es un asunto personal. Pero a ti nada te obliga a seguirme. Puedes esperarme en el coche.

—¿Estás loca? No pienso perderme el final de la historia. Y sabré ser útil, todavía no me conoces.

—¿Ah, sí? ¿Sabes disparar?

Clémence exhibe una amplia sonrisa.

—Pues sí, no sería la primera vez que utilizo una pistola. Pero dejaré que tú te ocupes, solo porque tengo curiosidad por saber si eres capaz de cargarte algo más que una ventana. Tengo otras muchas habilidades muy útiles; es la ventaja de tener una inteligencia excepcional.

Le guiña un ojo.

«La modestia no es su principal virtud, desde luego», se dice Sophie.

—¿Me equivoco o te lo estás pasando en grande?

Clémence no contesta; esboza una sonrisa pícaro y pisa a fondo el

acelerador.

Vulnerario

El secreto.

¿Un don? ¿Una habilidad?

Noah recuerda su primera manifestación con una nitidez asombrosa, casi como si fuera ayer. Sin embargo, fue hace tres décadas, en 1986.

Tenía seis años y ya llevaba casi uno en el infierno del sótano del instituto.

Aquel día acababa de salir del tanque y hacía una serie de tests con la doctora Grady.

Mientras ella tomaba notas en el cuartucho y él rellenaba un cuestionario de selección múltiple, la miró a los ojos y le dijo con tono indiferente:

—Usted morirá pronto, doctora, lo he visto en la cuba.

Una vez pasada la sorpresa que por un instante se dibujó en su rostro viperino, la mujer no trató de saber más y recobró su expresión imperturbable; volvió a centrar en él su mirada de reptil. Seguramente atribuyó esa observación a las diez horas que Noah acababa de pasar inmerso en sal de Epsom, bajo los efectos del LSD. Un delirio provocado por los psicótopos.

Al cabo de una semana los niños del proyecto se reunieron en un espacio en el que realizaban sus trabajos personales. Una habitación de quince metros cuadrados sin ventanas, con las paredes blancas, iluminada con fluorescentes. Allí podían dedicarse a dibujar, a esculpir o a resolver rompecabezas.

Pasaban la mayor parte del tiempo juntos en esa habitación cuando no estaban metidos en las cubas, sometidos a aprendizajes forzados o practicando artes marciales.

En cuanto a las sesiones en la capilla, se habían espaciado. Para algunos, como Liam, ya no eran necesarias.

Todos, salvo Noah, se habían convertido ya en meros envoltorios maleables, en arcilla entre las manos de los responsables del proyecto.

Además, aunque se hallaran juntos en el mismo espacio, raras veces abandonaban su apatía: estaban clavados en sus pupitres y no se relacionaban entre sí salvo para hacerse algún gesto o susurrarse un par de palabras.

Ese día, sin embargo, Noah recuerda que, mientras dibujaba, notó unas sensaciones que no supo explicarse. Unas visiones, unas voces, unos olores. Casi podía oír retazos de pensamientos. Emanaban de Richard.

Se levantó y poco a poco se acercó a él. Ricahard estaba haciendo un puzle, y Noah le puso la mano en el hombro.

Ese simple contacto fue una revelación. Allí vio al reverendo McKenna por primera vez, a través de los pensamientos de Richard. Liam incitándolo a imitarlo, Trout atado al poste, y Amy inmovilizada y violada.

Por un instante, pudo establecer una conexión y sentir las emociones de otra persona. Había abierto una ventana a su pasado y vio a través de ella.

Richard lo notó. Y las lágrimas, durante mucho tiempo reprimidas y prisioneras de su costra de negrura, empezaron a rodar por sus mejillas.

Noah abre los ojos. De nuevo está con Amy. Con los pies en el agua y en la oscuridad del sótano.

—Richard... —murmura.

Amy baja la cabeza.

—Desde el día que lo tocaste las cosas cambiaron en el instituto. Abriste una brecha y la luz penetró en la oscuridad. Supiste encontrar el camino en nuestras tinieblas interiores y deshacer poco a poco el peso de negrura que nos lastraba el corazón. Y cuanto más nos reuníamos, más se ensanchaba la brecha y más fluía la hiel. Durante un mes nos citamos en la sala para hablar. Fue allí donde oíste nuestras historias, lo que habíamos vivido antes de llegar aquí. Las cartas que recibiste reflejan una parte de eso. Para nosotros, esos momentos eran... mágicos. Sobre todo para Richard y para mí. Liam era más hermético. Se contentaba con observar. En cierto sentido, ya estaba perdido.

Sí, Liam era el mayor, y Noah recuerda que estaba fuera de su alcance; se había envuelto en las sombras.

—Juramos no contárselo a nadie. Liam también, a pesar de que se había mantenido al margen de nuestras reuniones. Era nuestro secreto.

Amy hace una pausa, y Noah advierte amargura en su rostro.

—Pero la luz no tenía cabida en el sótano del instituto. Entonces, al cabo de un mes, las tinieblas reclamaron su lugar.

Sí, todo empeoró cuando las facultades de Noah se descubrieron. Ya no era solo un asesino programado por y para la CIA. Era... otra cosa. Una anomalía que debía ser estudiada, una y otra vez. Los médicos querían comprender. ¿Por qué era capaz de manifestar esas habilidades? ¿Tenían que ver con las inmersiones bajo los efectos del LSD? Acudieron a estudiarlo varios especialistas. Videntes, médiums, neurólogos...

Para Noah, las cosas eran más simples: en su mente infantil había florecido una rosa blanca sobre un montón de estiércol.

—Las sesiones de la capilla se reanudaron. Salvo para Liam. Yo creo que al final nos traicionó. Los responsables del instituto estaban preocupados al ver que escapábamos a su control. Durante un mes se desencadenó el infierno sobre nosotros. ¿Recuerdas lo que pasó en agosto, cuando todo se tambaleó?

—Sí —contesta Noah—. Lo recuerdo.

Extenuado

La predicción de Noah finalmente se cumplió, y Esther Grady falleció una mañana de agosto de 1986.

Regresan a su memoria las circunstancias de su muerte y la sucesión de acontecimientos que provocó.

Y mientras visualiza el instante en que los guardas lo sacan brutalmente de la caba y lo arrastran hacia la sala de juegos, se pregunta cuál habría sido su destino si Liam hubiese estado presente y no lo hubieran enviado a una misión, si Amy no hubiese intervenido o, simplemente, si Grady no hubiese ordenado el castigo.

Pero en cierto sentido, ahora que Noah lo piensa, reconoce que ella no podía hacer otra cosa. Como responsable del proyecto MK-Prodigy, tenía que dar cuenta a sus superiores. Y Noah no solo seguía siendo un enigma irresoluble, sino que representaba un peligro para los otros niños del proyecto.

Grady tenía que actuar.

Esos recuerdos son fragmentarios, confusos. Aún estaba bajo los efectos de la droga, y las imágenes y los sonidos son filamentos de bruma para él.

Pero la frase que la doctora Grady pronunció mientras dos guardas lo tenían inmovilizado, con la cabeza aplastada contra la mesa y los brazos separados, todavía resuena en su mente.

«Córtale un dedo, empezaremos por el meñique», dijo ella sin rastro de afectación en la voz.

Noah recuerda haber gruñido y alzar la vista. Amy estaba entre la doctora Grady y él, con un cuchillo enorme en su manita temblorosa. En su cara había lágrimas y una mueca de pena. Detrás de Grady, junto a la puerta, dos hombres de negro sujetaban a Richard. Uno de los esbirros le había puesto una pistola en la sien.

«Si no lo haces, Richard morirá y será culpa tuya», añadió la doctora en el mismo tono neutro.

Era un farol, naturalmente, Noah tiene la certeza ahora, pero en aquella época no podía saberlo. Y tampoco Amy, que se lo tomó en serio.

Noah abre los ojos. Se da cuenta de que acaba de hablar en voz alta. Amy sigue con la mano en su hombro. Se lo aprieta con fuerza.

—Recuerdo que en aquel momento me miraste a los ojos —dice él—. Me hiciste un guiño y me dijiste, casi susurrando...

—... Todo irá bien, Noah —añade ella.

Amy esboza una sonrisa; su cara es ahora más apacible y el incendio que iluminaba sus ojos casi se ha extinguido.

«Todo irá bien, Noah.»

Pero no para Esther Grady.

En los segundos que siguieron aprendió de la forma más brutal que un arma siempre es de doble filo. Porque si el instituto había fabricado máquinas de matar, había cometido el error de quitarles las correas.

Amy dio un primer paso hacia Noah, luego se volvió hacia la doctora Grady y, sin vacilar, le clavó la hoja del cuchillo en el vientre y luego debajo del mentón.

Al mismo tiempo, Richard aprovechó la sorpresa para librarse de uno de

los hombres de negro, el que lo apuntaba, y con una llave le arrebató el arma. Se oyeron dos disparos y los esbirros se desplomaron.

Los dos guardas que sujetaban a Noah, que sin duda no estaban preparados para controlar semejante situación, tardaron en reaccionar. Y cuando lograron empuñar sus armas reglamentarias Richard ya les había metido una bala en la frente.

La visión de Noah se hallaba alterada y los sonidos distorsionados, de pronto estridentes, luego sordos y sofocados como si aún estuviera dentro de la caba. Todo lo que veía era una niña de trece años ensañándose con una mujer con una bata blanca tendida en el suelo. Su brazo subiendo y bajando sin cesar y unos chorros rojos brotando.

La mano de Amy abandona su hombro para secarse una lágrima en la mejilla.

—Después todo fue rapidísimo —dice—. Se disparó la alarma y tuvimos que matar a más personas para abrirnos camino y salir del sótano. Y tú estabas muy débil. Apenas habías comido y seguías bajo los efectos del LSD. Tuvimos que arrastrarte. Tal vez de haber estado en plenas facultades...

Sus recuerdos son vagos y confusos, recuerda tiros, gritos.

—Conseguimos llegar a la entrada principal —prosigue Amy—. Fuera reinaba el caos. Había alumnos corriendo por el jardín en dirección a la reja abierta de par en par. Algunos pasaron por nuestro lado sin vernos. —Amy hace una pausa y se humedece los labios—. Fue entonces cuando me dispararon. Me dieron en el hombro, justo aquí. Una herida superficial, pero lo bastante dolorosa para que te soltase y cayeras. Rodaste por la escalera y luego, como si te hubiera picado un tábano, te levantaste y echaste a correr sin mirar atrás. Te pedí a gritos que regresaras. En vano: ya estabas en otra parte.

Sí, aún puede oír la voz de Amy, otros disparos y a Richard gritando:

«¡Amy, ven, Amy...! ¡Ya volveremos a por él, ahora debemos huir!».

—Es la última imagen que tuve de ti —continúa ella—. Jamás te encontraron. Hubo que esperar casi treinta años para que nuestros caminos se cruzasen de nuevo.

A pesar del frío y de la humedad, Noah se ahoga, el cuello de la camisa le aprieta como un collarín. Su subconsciente se libera de un peso, pero su cuerpo lucha contra el aluvión de recuerdos.

Da unos pasos en dirección a la pared. Y se queda paralizado.

La escena largo tiempo reprimida en los recovecos de su cerebro de repente aflora. Las imágenes explotan en su retina, los sonidos llenan sus oídos.

Corre entre los columpios y los areneros. Nadie le presta atención. Cualquier otro día el espectáculo insólito de un niño de seis años desnudo y a la carrera por los jardines de la escuela no habría pasado desapercibido, pero ese día reina el pánico.

El sol de agosto pega fuerte, incluso a esa hora. Ya nota el calor abrasador en la frente.

Suenan disparos, y Noah sigue corriendo.

Delante de él, a unos metros de la entrada, junto a uno de los bancos que bordean la alameda, ve dos triciclos.

Sin pensarlo, acelera el paso, se monta en el más cercano y empieza a pedalear hacia la verja.

Sus piernecitas se mueven sobre los pequeños pedales, todo da vueltas a su alrededor, los rayos luminosos del sol le hacen entornar los ojos, está sin aliento.

No importa, quiere abandonar ese infierno, huir de los monstruos de la capilla, y esa es su única posibilidad de lograrlo. Así que saca fuerzas de flaqueza, aprieta la mandíbula y pedalea.

Desciende por Howard Drive, pasa junto a las casas, los aspersores automáticos giran, sus poderosos chorros de agua humedecen la hierba de los jardines.

Se concentra en la carretera. Su mundo se resume en los rayos del sol que, velados por el follaje de los árboles, laceran intermitentemente su cara, y en las ruedas de plástico rascando el asfalto.

Ahora va por Haynes Terrace, el triciclo se embala, la calle hace bajada, la pendiente cada vez es más abrupta, ya no necesita pedalear, coge velocidad.

Noah alcanza el límite de sus fuerzas, está a punto de desmayarse, le cuesta mantener el rumbo, el triciclo zigzaguea. Sus manitas aferradas al manillar se sueltan poco a poco, tiene los ojos entornados. La cabeza ladeada.

La trayectoria del triciclo es oblicua y...

Un ruido de chapa. El chirrido de los neumáticos. La sensación de elevarse sobre el suelo, el impacto cuando cae sobre el asfalto, el chasquido de sus dientes contra el suelo, el dolor que se irradia desde su pecho, el sabor metálico de la sangre en la boca.

Ve escaparse un hilillo rojo de su cuerpo. La portezuela de un coche se cierra de golpe. Un grito arrancado a la garganta de una muchacha. Los «Oh, Dios mío» que se multiplican a su alrededor, antes de bajar de volumen.

Y después nada. La oscuridad.

Noah da unos pasos y apoya la palma de la mano en la pared. Se arrodilla y se seca un hilillo de baba que le brota de los labios.

«El triciclo rojo...»

—Pensaron que habías fallecido. Es lo que contó la prensa local. «Un trágico accidente causa la muerte de un niño.» Tendríamos que haber supuesto que les convenía hacer creer a todos que estabas muerto. Esos monstruos aún no habían terminado contigo; eras demasiado especial. En cuanto a nuestra evasión y al caos que provocó, dijeron que a uno de los

guardas se le habían cruzado los cables, había disparado contra sus colegas y luego se había suicidado. Fin de la historia. El instituto Raven School cerró sus puertas, pero no se realizó ninguna investigación para esclarecer lo que realmente había ocurrido.

«Yo era el niño del triciclo rojo... —se dice Noah—. El niño que Rebecca Law atropelló.»

—Richard y yo huimos. Unos niños normales no habrían sobrevivido a semejante huida, sobre todo sin levantar sospechas. Pero nosotros éramos cualquier cosa menos normales. Estábamos entrenados y teníamos una dirección, un refugio que Trout me había indicado poco antes de morir en el sótano del Reverendo. Nunca lo había comentado con los demás. ¿Para qué, qué posibilidades teníamos de escapar? Intentamos reconstruirnos, ¿sabes? Llevar una vida como la de cualquier crío, dejar atrás aquellos horrores. Permanecimos juntos, nos hicimos amantes. Nos integramos en la sociedad como pudimos. Por una parte, fue fácil, pues teníamos habilidades, conocimientos; por otra, ya no sentíamos nada. Es difícil integrarse cuando no sabes cuándo reír o emocionarte. Aprendimos a fingir. Pero no pudimos tener hijos. Esos cerdos de la capilla me habían destrozado por dentro.

«¿Y yo? —se pregunta Noah—. ¿Qué fue de mí durante todos esos años?»

—Habríamos podido morir de viejos en nuestra casa de Ohio. Pero un día te vimos. Fue en 2009, una simple foto en el *Vermont Daily News*, junto a Jim Douglas, el gobernador de entonces. Richard te reconoció. Al principio le dije que se equivocaba, que habías muerto. Pero no sé por qué, se obsesionó con esa idea. No debíamos quedarnos en Vermont, pero tomamos una habitación en un hotel. Richard tenía razón. Te encontramos y te seguimos varios días; no nos hizo falta más para comprender. El programa había continuado y tú te habías convertido en uno de sus juguetes. Richard había prometido volver para rescatarte treinta años antes, y había llegado la hora de

pagar nuestra deuda y, al mismo tiempo, de ajustar cuentas. Estábamos convencidos de que, si se sentían en peligro, jugarían su mejor baza: tú. Y no nos equivocamos. Empecé por Timothy Carter... Lo demás ya lo sabes.

«En parte», piensa Noah. Esos últimos cinco años son menos nítidos que las imágenes de su infancia que han aflorado a su mente.

—Nosotros ejecutábamos, tú nos perseguías; intentábamos desprogramarte. La mirra, los demonios de la capilla. Habíamos leído las obras científicas de Weinberger y Duval, incluso asistimos a algunos de sus coloquios. Y la ventaja de ser pequeños genios y de tener una memoria fotográfica es que el aprendizaje es rápido. Tuvimos éxito, y al final despertaste, como hoy. Y te recuperamos.

—No lo recuerdo —dice Noah.

Amy obvia su respuesta y continúa.

—Nos dijiste que te vigilaban e insististe en ir a buscar a tu amiga... Maggie.

—Mi mujer —la corrige Noah—. Era mi mujer.

—Richard te acompañó. Aquel día lo perdí todo. A Richard, a ti... Me encontré sola.

No.

Imposible.

—Te equivocas... Richard se llevaba a Maggie por la fuerza. Aún estoy viéndola...

—Richard estaba a tu lado. ¿De veras no lo recuerdas?

Noah se pasa la palma de la mano por la cara. Cierra los ojos y trata de invocar los recuerdos de aquella noche.

En vano.

Esa parte de su memoria permanece inaccesible.

La figura de ese hombre sigue sin tener rostro. Solo emerge el de su mujer,

implorándole.

Amy lo mira fijamente; sus ojos son brasas.

—A pesar de la muerte de Richard, yo no podía parar. Estaba loca de dolor. Quería que el mundo ardiera ya.

«Vesania...»

—Pero esperé —prosigue con más calma en la voz—. Y continué con las indagaciones. El Demonio de Vermont estaba oficialmente desactivado; o sea, que ya no me perseguían ni la policía, ni los federales ni la CIA. Blackburn me permitió dar con el rastro de esa escoria de McKenna; Duval y Weinberger eran fáciles de encontrar, pero el trabajo no estaba terminado y...

—Amy le pone la mano en la espalda y le susurra al oído—: Sígueme, no estamos solos.

Antorchas

Sophie no logra apartar la vista del Chevrolet Camaro aparcado en la hierba.

—Cambio de planes —sentencia Clémence—. Se diría que tu piloto del *muscle car* te la pega con alguien.

Sophie le echa una mirada envenenada.

¿Cómo puede tomarse la situación tan a la ligera? Los ojos de esa chica brillan con malicia y la sonrisa pícaro no se le ha borrado de los labios.

—En mi opinión, ha seguido a Noah —continúa Clémence—. Lo cual significa que en este preciso momento nuestro amigo está atrapado entre dos tarados. Es posible que ya lleguemos tarde.

Sophie no responde y acelera el paso en dirección a la casa.

«Ten cuidado, princesa. Esa gente es peligrosa... y está entrenada», le susurra en su mente la voz de su padre.

«No tengo intención de meterme en la boca del lobo sin reflexionar, papá.»

Cruza el umbral sujetando la culata de la Glock con las dos manos. Detrás de ella, Clémence enfoca con la linterna.

—Espero que esta vez no dudes en disparar.

Sophie no contesta. La idea de matar le repugna. Solo usará la pistola como último recurso.

Desea no tener que hacerlo.

—Ellos no dudarán —añade Clémence.



Noah avanza como puede. Pero para seguir el paso impuesto por Amy se apoya en su hombro; no puede forzar demasiado la pierna derecha. Se mueven en la oscuridad, y no tiene la menor idea de adónde van.

—Seguro que te han seguido. Era previsible, la CIA te tiene en el punto de mira, Noah. Para ellos sigues siendo su mejor baza para pillarme. Por eso he puesto sensores en la casa, conectados a mi teléfono. Sospechaba que esto podía ocurrir. Una de las alarmas se ha activado. Hay alguien en el sótano. Debemos ir más deprisa.

Noah desearía poder acelerar, pero cada vez que se apoya en la pierna una descarga eléctrica le recorre todo el cuerpo.

Amy le pasa el brazo por la espalda y lo sujeta del hombro. Su puño es firme. Tira de él y aprieta el paso. Noah tiene la impresión de ser un peso muerto, un muñeco de trapo.

¿Acaso la vida es un bucle?

Ahí están, treinta años más tarde, en la misma situación. Él, impedido, y Amy intentando sacarlo de las entrañas del caserón, pistola en mano.

Pero esta vez está sola, un asesino experimentado la persigue y se mueve en la más absoluta oscuridad.

—No te preocupes, Noah, conozco este sitio. Hay varios accesos y debemos subir al primer piso. Tú sígueme y confía en mí.

¿Acaso puede hacer otra cosa? Utilizar la linterna los convertiría en un objetivo fácil, y sin Amy no tiene ninguna posibilidad de salir de ahí. De todos modos, ¿cómo puede estar seguro de que los persiguen realmente? Trata de aislar los ruidos y concentra su atención en el entorno. No percibe

más que sus jadeos, el chapoteo de sus pasos en los charcos y el sonido del bastón, que golpea y rasca el hormigón.

Así que se deja guiar, y hace una mueca para contener el dolor. Aprieta la mandíbula y aguanta.

Amy lo arrastra durante unos minutos por ese laberinto oscuro, luego se detiene y lo obliga a apoyarse en la pared.

Dos metros más arriba, Noah distingue una luz débil.

—Es un antiguo montacargas. Estaba conectado al almacén del instituto. Allí guardaban comida y material médico para el laboratorio. He colgado una cuerda en el piso. Quédate abajo, regreso enseguida.

Noah se masajea la pierna para calmar el dolor.

«Una cuerda... ¿Cómo voy a poder trepar hasta allí arriba?», se pregunta.

Amy baja deslizándose por la soga al cabo de unos segundos.

—Venga —murmura—, dame el bastón y agárrate a la cuerda. ¿Te ves capaz de apoyar al menos una pierna contra la pared?

—No lo sé, probaré.

—Coloca los muslos sobre mis hombros. Te impulsaré. Seguro que puedes, Noah.

El soldado Wallace que ha visto en las fotos, tan a sus anchas en la jungla y en el desierto, claro que podría. Pero ¿el inválido?

—No te preocupes, la cuerda es resistente. Ahora, apóyate en mis hombros.

Noah sujeta con fuerza la soga de nailon, pone la pierna izquierda en la pared y tensa los brazos.

Amy empuja al mismo tiempo. A Noah le resbala el pie a causa de la humedad, pero logra estabilizarse. Suelta el aire que retenía en los pulmones.

—Venga, Noah, lo lograremos —dice Amy jadeando.

Y lanza un gruñido.

Noah resopla, con la cara desencajada por el esfuerzo. Pero paso a paso, con la ayuda de Amy, consigue escalar la pared.

Al llegar al primer piso apoya el codo en el borde del hueco del montacargas y, con un último esfuerzo, se impulsa para salir. Repta por el suelo y se sienta contra la pared, sin resuello.

Amy emerge a su vez y se arrodilla a su lado.

En esa semipenumbra Noah la distingue mejor.

La cara demacrada y arrugada, un aire espartano acentuado por el atuendo militar y la cabeza casi rapada. Es una combatiente, una máquina de matar.

Le tiende el bastón.

—Vamos, Noah. Aún no hemos terminado. Hay que salir de la casa.

¿Y después qué? ¿Le pedirá que se vaya con ella? ¿Para terminar esa cruzada insensata? Y él ¿le disparará y pondrá fin a su locura asesina?

«Rachel...» No merecía morir. Aunque lo hubiese traicionado.

«Amy está loca, sí. Pero para ella soy importante. A lo mejor es la única persona a la que le importo, la única que me es fiel.»

Noah coge el bastón y se agarra al brazo que Amy le ofrece. Se levanta.

Una vez de pie, asiente con la cabeza para indicarle que está preparado para continuar.

Y en ese preciso momento ve el punto rojo oscilando en la frente de Amy.



Sophie se queda inmóvil.

—Nada de luz, Clémence —ordena en voz baja.

—¿Qué pasa? ¿Algún problema?

—Una figura, al fondo del pasillo. Juraría que ha doblado a la izquierda.
¿No has visto nada?

Clémence apaga la linterna y se le acerca sin hacer ruido.

—No, estaba concentrada memorizando el trayecto y la topografía del lugar. No he prestado atención.

—¿Y eso...?

—Reflexiona... Estamos a oscuras y no podemos usar linternas; esto es una especie de laberinto. Por eso trato de retener en la cabeza el máximo de información.

Se golpea la sien con el índice.

—Hasta he memorizado los agujeros del suelo, los montones de grava... por si acaso.

—¡Uau...!

¿Es posible hacer eso?, se pregunta Sophie. Si aún estuviera en su apartamento, leyendo los correos electrónicos que le envían, seguro que la habría clasificado en la categoría «*Geeks & Freaks*». Si no fuera tan arrogante, a Blake le habría gustado.

Al pensar en su amigo, aprieta la culata con más fuerza.

—Si de veras he visto a alguien al final del pasillo, habrá que cortar la luz y ser lo más discretas que podamos.

—Y tener mucho cuidado, porque si esa persona no llevaba linterna es que es capaz de moverse en la oscuridad sin problemas.

—Eso mismo he pensado yo.

Coerción

Amy baja lentamente la cabeza. No necesita ver a quien la apunta para comprender la situación. Sin embargo, no cede al pánico, su rostro permanece marmóreo. Noah se dispone a reaccionar, pero una mano se posa en su antebrazo.

—No hagas nada, ya estaríamos muertos si hubiese querido matarnos. —
Luego le dice al oído—: Esperemos a que se presente una oportunidad.

Noah deja caer el brazo junto a la pierna, sube discretamente la mano y la desliza dentro del bolsillo de la chaqueta.

La pistola sigue allí.

Una voz ronca surge de la oscuridad a pocos metros de ellos, a su espalda.

—Vamos, Amy, ¿en serio creías que podrías despistarme aquí?

Los ojos oscuros de Amy se abren desmesuradamente; despega los labios y suelta un suspiro de sorpresa.

«Lo conoce...»

—Y tú, Noah, no hagas gestos bruscos si no quieres acabar con el cerebro de tu amiga pegado a la cara. Saca la mano del bolsillo para que pueda verla.

La voz es más sonora. Se ha acercado. Dos metros, tal vez menos.

El punto rojo no se ha movido de sitio. Sigue apuntándola.

—Liam —murmura Amy.

Y el rostro se le demuda.

—Lástima que Richard ya no esté en este mundo. Me habría gustado ver a los cuatro prodigios reunidos treinta años más tarde —dice con sarcasmo; su tono es el de un robot, maquinal.

Una nube de ira cruza la cara de Amy. Aprieta los labios para contenerla. Noah ve cómo el fuego inflama sus iris.

Liam se acerca más, ahora está a menos de un metro.

—Bien. Tenemos poco tiempo. Así que voy a explicaros lo que pasará en los próximos minutos. Amy, tú me tenderás el brazo. Antes de que mueras, necesito obtener respuestas y, dado que no soy tan cruel como tú, solo recurriré a una buena dosis de tiopental sódico. Si decides cometer una estupidez, la que sea, le meteré una bala en la cabeza a nuestro amigo, por supuesto.

—No lo escuches, Amy —dice Noah—. Ya nada me retiene aquí.

Liam lo ignora y se sitúa a su izquierda. Apunta hacia la cabeza de Amy con ambos brazos, la boquilla del silenciador está a pocos centímetros de su frente. Por fin el asesino es visible bajo los tenues rayos de luna que se filtran entre los tablones que cubren las ventanas, pero Noah solo distingue su mandíbula cuadrada. El resto de la cara está oculta bajo un casco infrarrojo.

—Ahora la pelota está en tu tejado, Amy. Puedes escuchar a Noah y te mato aquí mismo y a él después, o puedes cooperar. Lo mataré únicamente si es necesario. Sabes que tengo interés en llevármelo. Para ti es demasiado tarde, eso también lo sabes.

Amy se mantiene impasible, pero le dirige una mirada asesina.

—¿Cómo eres capaz...? ¿Después de todo lo que te han hecho? Con lo...

Liam le calva el silenciador en la sien.

—Chist. Dame el brazo. No estoy aquí para debatir contigo acerca del bien y el mal. Pero, piensa un poco, ¿te parezco un hombre a quien manipulan? Éramos la élite, Amy, nos eligieron para estar arriba de la pirámide. No para

ser zombis, como esos pobres infelices del proyecto Monarch. He trabajado en todo el mundo, tengo una nutrida cuenta bancaria y no soy una marioneta, sino quien maneja los hilos.

Amy le tiende el brazo y lo desafía con la mirada.

—Y a todos esos cerdos de la capilla les perdonas, les...

—Eran un mal necesario —la ataja Liam—. Conocimos lo peor que puede ocurrirle a un niño, nos rompieron, nos arrebataron la inocencia y la compasión. Pero había que tirar esos tabiques para reconstruirnos, para que el cordero muriera y naciera el lobo. Además, el proyecto necesitaba financiación. ¿Crees que toda la CIA estaba detrás? No. Era una operación clandestina y la financiación era privada. Por eso algunos hombres de negocios ricos y algunos políticos influyentes inyectaron dinero a cambio de satisfacer sus bajos instintos en el anonimato más absoluto, detrás de una máscara. *Win-Win*; ya sabes: ganar para ganar. Pero ya basta de hablar de eso. Tú no puedes entender lo que está en juego y lo que se trama en las altas esferas. Seguimos en la Guerra Fría, y tú solo piensas egoístamente en la historia trágica de cuatro niños de la calle, escoria que tal vez habría acabado en la delincuencia. Mírate. ¿Qué te ha reportado tu exilio? Un lobo nunca encuentra su lugar entre los corderos. Has desperdiciado tu vida. Habrías podido estar del lado bueno del espejo, ser más rica de lo que jamás habrías podido imaginar, servir a tu país y hacer aquello para lo que te instruyeron... Qué desperdicio.

Liam saca una jeringuilla e inyecta el contenido en el brazo de Amy. Ella no pestañea cuando le clava la aguja. Su mirada no se aparta de él.

«Haz algo —se dice Noah—. No puedes dejar que siga con esto. No puedes permitir que gane. Seguro que se presentará una ocasión, aprovéchala.»

Pero tiene que esperar. Observar.

Liam retira la aguja y se guarda la jeringuilla en el bolsillo del uniforme.

—Bien. Noah, ahora cogerás el arma que guardas en el bolsillo y harás que se deslice por el suelo hasta mí. Amy, tú harás lo mismo y después te pondrás con la espalda pegada a la pared.

Noah podría disparar; el arma de Liam sigue apuntando a Amy. Todo podría decidirse en unas centésimas de segundo.

«Conserva íntegra la memoria muscular.»

No. Demasiado arriesgado. Ese tipo es como Amy, quizá más temible aún. Un veterano. Un asesino consumado. ¿A cuántos hombres habrá matado?

Noah pone la pistola en el suelo y la envía de una patada hasta Liam. Amy hace lo mismo; luego, como Liam le ha ordenado, se sienta en el suelo y apoya la espalda en la pared.

Liam se vuelve hacia Noah; ha bajado la pistola pero la mantiene a la altura de la pelvis, con el brazo extendido.

—El suero pronto surtirá efecto, y podré empezar el interrogatorio. No estés celoso, Noah, también tengo algo para ti.

—No lo toques... Te juro... te juro... que... —musita Amy.

Está empezando a irse, constata Noah. La droga está haciendo efecto.»

—¿Lo ves? Si hubiese continuado en el programa habría resistido a ese tipo de inyección. En cierto modo, es culpa tuya, Noah. Tú la has hecho débil.

Liam saca otra jeringuilla y se la coloca debajo de la nariz.

—Esta pequeña maravilla es el fruto de largos años de investigación. Cuando la inyecte en tus venas te hablaré y tú te acostumbrarás al sonido de mi voz. Eso se llama «el calibrado». Luego te daré una serie de órdenes y las asociaré a palabras. Cuando pronuncie la adecuada tú ejecutarás la orden, sea cual sea. Y lo curioso de esta historia es que pudieron desarrollarla en parte gracias a ti.

—Te mataré —dice Noah—. No te saldrás con la tuya, te lo prometo.

Una sonrisa torcida tensa los finos labios de Liam.

—Matarás a alguien, sí, pero no a mí.

Vuelve la cabeza hacia Amy, que tiene espuma de baba en la comisura de los labios.

—Una vez que acabe con ella, tú la matarás por mí. Un final perfecto para el Demonio de Vermont y su perseguidor. Luego te meterán en un hospital psiquiátrico, y quizá serás vecino de habitación de Rebecca Law, ¡quién sabe!

Noah podría resistirse. Intentar algo, negarse a obedecer. ¿Qué tiene que perder? Sin embargo, tiende el brazo y lo mira fijamente, a los ojos, con una sonrisa triunfal en los labios.



—Hay tres personas. Es difícil distinguirlas, solo hay un débil haz de luz. Están cerca de un montacargas, ¿las ves? Seguro que Noah está ahí, Clémence, pero ¿cómo saber dónde?

Sophie se vuelve hacia ella, y casi se le escapa un grito de sorpresa.

Clémence está sacando un micrófono de cañón de un bolígrafo que acaba de desenroscar y lo conecta al teléfono.

—¿Qué es... eso? ¿Y por qué lo llevas encima? Tengo la impresión de ser una aficionada en comparación contigo.

—Ya te he dicho que soy una chica de recursos, ¿no? Y te gustaría saber qué dicen, ¿verdad? ¿No te interesa grabarlos?

Claro que le gustaría. Pero algo no cuadra. Ese tipo de material no se compra en cualquier tienda.

«Esa joven no es lo que dice ser, Sophie, desconfía de ella.»

—Okey, pero después tú y yo tendremos una pequeña conversación,

Clémence.

«Si salimos con vida», añade para sus adentros.

—Vale, pero solo porque me caes bien. Por ahora me gustaría que te concentrases. Apunta con la pistola y prepárate para intervenir si es necesario.



El mundo se ha convertido en un tiiovivo.

Noah está en otra parte, en una antesala de sus pensamientos, allí donde el tiempo se va desgranando lentamente en un reloj de arena invisible. Su realidad ya se ha disuelto y no ha dejado más que un rastro vago al borde de sus iris. Retazos de palabras y murmullos se entrechocan dentro de su cabeza.

La voz de Liam parece proceder de todas las direcciones al mismo tiempo. Susurros, gritos, chillidos agudos, sentencias severas. Los sonidos se superponen, se encabalgan y llenan su mente de palabras. Cada sílaba pronunciada martillea y se imprime con hierro candente en su memoria. Siente sus vibraciones en todo el cuerpo.

Unas imágenes desfilan con la cadencia de un estroboscopio y resuenan al unísono con las frases que el asesino pronuncia.

Amy ensañándose con los ojos de Rachel, una y otra vez. Él empuñando una pistola y disparando, una y otra vez. Las secuencias se repiten en bucle.

«Mata a Amy.» «Venga a Rachel.»

Pero en medio de la marea aparecen otros sonidos y otras imágenes en forma de flashes. Señales subliminales que Noah consigue comprender.

Ve a Steve llevándose a Maggie en el coche. Más tarde, la visibilidad es mala y Richard, a su lado, le pide que mantenga la calma mientras pisa el acelerador y va sorteando los automóviles. Ve a Maggie con las manos

pegadas al cristal trasero, siente el horror cuando Raymond pierde el control del SUV y este vuelca en la cuneta. El tiempo se detiene, su corazón también. Hay un segundo de distracción antes del estruendo, luego el roce de la chapa y la oscuridad total.

Cambio de decorado: se ve a sí mismo bajo un sol de verano en las calles atestadas del viejo Quebec. El gentío es compacto. Se oye dando la orden a un hombre de disparar contra otro. La ejecución por bala, los gritos de horror y de pánico.

Decenas de otros flashes se suceden. La jungla, el desierto, las ciudades orientales. Ecos de su pasado.

Es demasiado para el cerebro de Noah.

El pitido. Comienza siendo un ligero silbido y acaba en una cacofonía que colma sus oídos. Chilla, pero de su garganta no sale ningún sonido, las sienas están a punto de estallarle. Luego, nada.

Retorno a la casa. Tiene los miembros entumecidos y el corazón en la boca. Las voces siguen pasando en bucle por su cabeza, un ruido de fondo que no puede acallar.

Parpadea y vuelve la cabeza. Liam se encara con Amy.

Noah quiere hablar, pero los músculos de su mandíbula no le obedecen.

—Será breve —dice Liam—. Solo quiero asegurarme de algunas cosas. — Y pregunta a Amy—: ¿Conservas algún documento que detalle nuestra actividad?

—Sí —dice ella.

—¿Dónde?

—Aquí, en la casa.

—¿En las cajas que has dejado para Noah?

Amy asiente con la cabeza.

—Sí.

—Aparte de Noah, ¿has contactado con otras personas para hablarles del instituto y del programa MK-Prodigy?

—No.

—Última pregunta: ¿piensas seguir persiguiendo y matando a los que están relacionados directa o indirectamente con las actividades del instituto y del programa?

—Sí. —Amy deja escapar una risa entrecortada—. Más que nunca —añade.

Liam permanece en silencio unos segundos, y después se incorpora y se vuelve hacia Noah.

—Ahora te toca a ti.



Clémence baja el micro y se vuelve hacia Sophie.

—Dispara, es el momento.

—Es demasiado peligroso. No veo nada, podría herir a Noah. Ilumíname.

Clémence duda, pero de inmediato sacude la cabeza.

—No, está de espaldas, verá el resplandor. Perderíamos el efecto sorpresa. Escucha, tengo una idea. Haz lo que mejor sabes hacer: dispara al aire y prepárate para disparar de nuevo cuando yo te dé la señal.

Sophie apunta al techo y aprieta el gatillo.

Atolladero

El eco de la detonación se oye en todo el almacén, interrumpiendo la marea de murmullos que todavía confunde los pensamientos de Noah.

Liam se vuelve con un gesto brusco, se lanza al suelo y estira los brazos para apuntar.

En ese preciso momento la potente luz de una linterna desgarrar la oscuridad y enfoca al asesino, capturándolo en la trampa de su haz.

Liam suelta un grito de rabia y se lleva una mano a la cara, cegado.

«Bien jugado... Su casco se ha vuelto contra él», se dice Noah.

—¡Ahora! —grita alguien.

Noah reconoce esa voz.

«Es Clémence... Y Sophie.» Lo han encontrado.

Se oye otra detonación, y Noah vislumbra la cara de Sophie durante el fogonazo.

El impacto de la bala produce un ruido metálico y arranca a Liam un grito de dolor. Rueda de costado para ponerse a cubierto detrás de un saliente de ladrillo. Una vez apoyado, se arranca la máscara, ahora rota. Lo hace con una mano, la otra parece que está herida.

«Ha soltado la pistola. Ahí tienes tu oportunidad», se dice Noah.

Intenta levantarse, pero las piernas le flaquean. Hace una mueca, se apoya en las manos, vuelve a caer.

El haz luminoso barre el espacio intermitentemente.

«Las chicas se mueven... Bien.»

La linterna se enciende...

Noah ve a Amy reptando en dirección a las pistolas.

... Y después se apaga.

Noah se apoya en las palmas para despegarse del suelo. Los músculos le responden por fin y logra levantarse unos centímetros.

La linterna se enciende...

Liam ya tiene el arma en la mano y dispara en dirección a la linterna. No se oye la detonación. Solo un sonido seco sofocado por el silenciador... y acompañado de un grito.

Un grito de dolor. Ha alcanzado a una de las chicas.

La linterna cae al suelo y rueda medio palmo. Las sombras bailan en el haz luminoso. Acaba el recorrido enfocándolos a ellos.

En el cono de luz, Noah ve que Amy se apodera de la pistola y mueve el brazo en dirección a Liam.

Noah está agachado, dispuesto a saltar. Soporta las descargas que le envía la pierna mordiéndose el labio inferior.

Sophie dispara. El proyectil arranca esquirlas de ladrillo encima de la cabeza de Liam. A Noah le cae polvo en la frente y en el cabello.

Amy tiene el brazo extendido, apunta a Liam con mano temblorosa.

Demasiado lenta...

Liam ya ha vuelto su arma hacia ella y dispara tres tiros.

Tres detonaciones.

Bang. Bang. Bang.

Seguidas de tres ruidos sordos, y tres sobresaltos.

Amy se desploma de bruces en el suelo y suelta la pistola.

—¡No! —grita Noah.

Se da impulso y alarga la mano hacia el arma.

«Memoria muscular...»

Liam dispara otra vez.

La bala le da en las nalgas y le perfora los músculos. Noah siente un dolor atroz.

«Memoria muscular...»

Rueda hacia un lado sin soltar la pistola.

«Memoria muscular...»

Liam aprieta de nuevo el gatillo.

La segunda bala le acierta en el vientre, en el lado izquierdo.

Sophie dispara a su vez y hiere al asesino en la mano. Este suelta el arma, que tras dar varios giros en el aire choca contra el muro.

Noah apunta.

«Escoria...»

Noah dispara.



Clémence lanza un gruñido.

—Vamos a ver qué pasa.

—Llamaré a una ambulancia —dice Sophie—. ¿Y tú cómo estás?

—Me ha dado en el brazo... Pero la bala no lo ha atravesado —la tranquiliza.

—Yo me encargo de llamar a los de emergencias médicas, tú ve a ver si puedes ayudarlos. En mi estado, yo no sería capaz.

Clémence saca el móvil y Sophie corre hacia Noah.

El olor a pólvora satura el almacén. En medio del humo, la escena se

materializa bajo la luz blanca y cruda de la linterna que ha quedado en el suelo.

El haz capta primero el cuerpo tendido sobre el vientre, inmóvil, en medio de un charco de sangre que se extiende.

Amy.

Sophie reconoce al hombre apoyado en el saliente de ladrillo. Parece un muñeco roto. Tiene la cabeza inclinada hacia delante, la mandíbula cuadrada abierta sobre el pecho, los grandes ojos claros fijos en ninguna parte. Un agujero le adorna la frente. Sus manos, con las palmas vueltas, tocan el suelo.

Luego ve a Noah.

Tendido de espaldas. Con una mano en el costado. Su vientre se eleva al ritmo de sus respiraciones rápidas.

Sophie se arrodilla junto a su cabeza.

Noah tiene los ojos abiertos y, a pesar del dolor que le deforma las facciones, le sonrío.

—Una bala me ha dado en la nalga. Nunca pensé que podía doler tanto.

Sophie le devuelve la sonrisa.

—Ya terminó todo. Aguante. La ambulancia está en camino.

Le pone el índice y el corazón en la carótida.

El pulso es rápido... y un sudor frío le perla la frente.

Hemorragia, por lo que sabe. Mala cosa.

Clémence aparece en la luz. Con el brazo izquierdo colgando. La mano le chorrea sangre.

Tiende el teléfono a Sophie.

—Toma, ahí tienes la grabación de esta noche... y más cosas. Si mi tío aún vive... dile que lo siento muchísimo.

—¿De qué hablas? ¿Y por qué no se lo dices tú?

—Es una larga historia. Hace dos años que trabajo para el CSIS. Me

asignaron a él y debía redactar informes sobre cómo iba la investigación. Acerca de Noah, del asesino... Los servicios secretos canadienses estaban muy interesados en el caso, y francamente yo ya no quiero tener nada que ver. Lo que estoy haciendo se llama alta traición, pero no me arrepiento. Solo exijo una cosa a cambio: haz que rueden cabezas. Pon el foco mediático sobre toda esa porquería. Y en cuanto estés segura de que ha llegado la ambulancia, registra el Camaro. Me huelo que encontrarás material para engrosar tu dossier.

—Puedo ayudarte... a desaparecer —dice Sophie.

—Lo sé.

Noah suelta un gemido.

Clémence se arrodilla y le coge la mano.

—Siento haberle mentido a usted también. De haberlo sabido...

—No pasa nada —musita Noah.

Los ojos se le cierran y la mano se le queda laxa.

—Todo irá bien, Clémence...

Epílogo

La luz es cegadora.

Noah se pone la mano sobre los ojos para protegérselos de los rayos del sol que se han abierto camino entre el follaje de los árboles arqueados.

Su mente se pierde un momento en la inmensa bóveda frondosa que lo domina, hasta que una risa infantil interrumpe su meditación silenciosa. Baja la cabeza y ve a una niña, una pelirroja de cabellos rizados embutida en una camiseta de Dora la Exploradora. La cría le sonrío.

Noah la saluda con un movimiento de la cabeza y luego la observa correr por la gran alameda bordeada de olmos americanos.

Sophie vuelve, se sienta y le tiende una bolsa de patatas fritas, que él rechaza negando con la cabeza.

—Parece que va mejorando —le dice ella—. Acabo de verlo inclinarse sin hacer ni una mueca de dolor.

—Los analgésicos hacen milagros, y según los médicos todavía puedo atiborrarme sin fastidiarme los riñones. Por cierto, ¿has podido ver a tu misterioso contacto?

Sophie mete la mano en la bolsa de patatas y saca una. La mordisquea. La deja y se limpia los dedos con una servilleta de papel.

—Está demasiado caliente... Sí, nos vimos ayer. Fue un encuentro emotivo, ella se echó a llorar cuando le conté nuestra historia.

—¿Ella?

—La hija de Trout. Lo único que quería era descubrir la verdad sobre su padre. Torturado hasta la muerte por unos niños. Creo que se esperaba cualquier cosa menos eso. También trabaja para la CIA. Sospechaba de una vieja operación clandestina que aún está vigente, pero...

—¿Pero...? —repite Noah.

—No podía hacer nada para averiguarlo sin arriesgarse a que la descubrieran.

Sophie coge otra patata, sopla y se la zampa.

—Entonces me metió en la boca del lobo... ¿Está seguro de que no tiene hambre? Hay para los dos.

Noah sonríe y coge unas cuantas patatas.

—¿Hay noticias de Clémence? —pregunta.

—Sí, he viajado hasta Fort Lauderdale y me he acercado a verla. En cierto sentido, la comprendo: puestos a esconderse, mejor hacerlo al sol. Por cierto, me ha dado una cosa para usted.

Sophie se saca del bolsillo interior de la chaqueta tejana un pequeño objeto metálico, un pájaro que ha fabricado con clips.

Noah lo coge y una sonrisa le ilumina la cara.

—Encierra un significado, ¿no?

—Sí. Tiene dos alas. Es la forma de Clémence de decirme que estoy curado.

Sophie se encoge de hombros.

—Todavía no ha asimilado la muerte de su tío —añade.

—He ido a Quebec —explica Noah—. He visto a su familia... Su hijo se le parece, y me ha preguntado por su prima. La próxima vez que la veas, dile que el chaval ha terminado el puzle y que quiere desafiarla al ajedrez.

—Lo que le ocurre no es justo. Ni siquiera puede ver a su familia. Ha

tenido que huir, y nosotros en cambio...

—Sí. En esta historia, yo soy el perfilador criminal que ha acabado con el Demonio de Vermont y tú la valiente reportera que ha desvelado el complot. Ella, en cambio, es una fugitiva buscada por traicionar a su gobierno. Y mientras tanto los verdaderos responsables están tan tranquilos en su torre de marfil, se dan la gran vida y siguen jugando a ser la policía del mundo.

—Por eso también quería que nos viéramos.

—¿Ah, sí? ¡Qué decepción...! Creía que me habías hecho venir a Nueva York para enseñarme la ciudad.

Sophie elude el comentario y deja la bolsa de patatas en el banco.

—No, en serio. Le necesito, Noah. Mi trabajo aún no ha terminado, ni muchísimo menos. A pesar de las detenciones a ambos lados de la frontera, solo le hemos hecho cosquillas en los pies a un gigante. La documentación de Tremblay, su grabación, la de Clémence, las cajas y lo que encontramos dentro del Camaro, todo eso no ha sido suficiente para que rodasen cabezas.

—Has hecho lo que has podido —la interrumpe Noah—. Y ha sido un buen trabajo, Sophie. He leído tu último artículo, ese en el que pones al descubierto el pasado del juez McKenna.

—Sí, por fin pude descubrir por qué fingió su muerte y huyó del país. Ese malnacido tenía varias denuncias por pedofilia. El muy cabrón movió sus hilos para escapar de la justicia y construirse una vida nueva en Canadá. Pero quedan más misterios por descubrir, Noah. Los tratamientos «milagrosos» de Weinberger, los otros sótanos, ¡y sin duda otros institutos!

Noah coge unas cuantas patatas más de la bolsa.

—Te has creado muchos enemigos, Sophie. Me parece que deberías soltar lastre. Tómate unas vacaciones, piensa en otra cosa. Francamente, has tenido mucha suerte... Deja de tirar de la cuerda.

—No puedo. Sé que es peligroso y que mi padre acabará muriendo de un

ataque al corazón, pero debo hacerlo. Por Blake y Benedict... y por los demás. Por el inspector Tremblay.

—Y por Maggie, y por Rachel... Sí, la lista es larga. Víctimas directas e indirectas. No hace falta añadir una Sophie. Y no solo debes pensar en tu padre. También en Charlie... y hasta en Grumpy.

Sophie no le hace mucho caso. Tiene la mirada fija en la alameda.

—Mi gato pasó tanto tiempo con la vecina que no le alegró volver a casa. Supongo que es porque ella le daba trozos de carne en vez de pienso. En cuanto a Charlie... No sé. Es un chico genial, pero ahora me doy cuenta de que somos distintos. Pronto me iré a Los Ángeles, supongo que entonces ya veré si...

Noah ya no la oye. La voz de Sophie no es más que un ruido de fondo, un parloteo que se confunde con la algarabía de Central Park. Ha puesto su atención en un niño con un casco azul, vestido con una camiseta blanca y un peto vaquero. El crío sigue a su padre, un tipo alto con el pelo rubio y corto, impecable con su traje gris, que circula en patinete por Poets' Walk. El pequeño, que tendrá tres o cuatro años, pedalea detrás de él en un triciclo rojo.

Noah lo ve zigzaguear y sonrío. Echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos, deja que el sol le caliente los párpados y se imagina cómo será la vida de ese niño.

Lo ve bajando por el tobogán en el parque, cayéndose en el arenero, jugando con las construcciones mientras su padre lo mira atento y cariñoso, las risas, la complicidad y las preguntas, y ve al padre arropándolo, mimándolo y contándole un cuento antes de dormir. Imagina su manita acariciando la cara rasposa del padre, sus grandes ojos de largas pestañas muy abiertos. Los restos de chocolate en las mejillas, los dientecitos que una amplia sonrisa descubre.

Percibe una infancia ya arraigada en el amor que sienten por él y que florece alrededor de sólidos pilares. Una madre, un padre que darían la vida para protegerlo, para que conservase lo más precioso que tiene: su inocencia.

Ese tesoro, esa joya tan brillante como un faro capaz de guiar a los que se han extraviado, tan codiciada que atrae a los que la han perdido y querrían robarla.

Se aferra a esas imágenes de felicidad, le gustaría retenerlas, capturar siquiera un rastro, mantener esa luz en su pecho. Sin embargo, acaban desvaneciéndose cuando unas nubes grises ocultan el sol y ya no percibe su calor en los párpados cerrados.

Y sus pensamientos se ensombrecen.

Vuelve a ver al niño de ojos tristes sumergido en una cuba, siente su angustia cuando las puertas de doble batiente se abren y su mirada temerosa se posa en la cruz que hay en medio de la capilla. Revive el dolor, los gritos, y siente la mordedura de las sombras hambrientas que, sin descanso, con la esperanza vana de colmar las profundidades de sus abismos, lo profanaron y lo despojaron de lo más precioso que tenía.

Amy, Richard, él e incluso Liam. Cuatro proyectos de vida, cuatro destinos rotos.

Noah abre los ojos.

Sophie sigue hablando, mueve los labios, gesticula con las manos. La pasión anima sus facciones.

Es una buena chica. Y fuerte. A pesar de la negrura en la que se ha sumergido, ha sabido mantener la joya resguardada en su joyero.

«¿Qué lobo va a alimentar usted, señor Wallace?», le preguntó Sophie después de contarle la leyenda cherokee.

Le gustaría contestar que el bueno, claro.

Pero la respuesta es mucho más evidente.

El que tiene hambre.

Y Noah tiene hambre de justicia y de verdad.

Hay otros niños que todavía son víctimas. ¿Dónde encontrarlos? ¿Quiénes dirigen el programa que aún está vigente?

Entre la profusión de preguntas, la única que ya no tiene interés para él es la que, sin embargo, lo ha obsesionado esos últimos meses: «¿Quién eres, Noah Wallace?».

También en este caso la respuesta es sencilla: el que decida ser.

Sophie ha terminado su monólogo.

Se levanta y lo invita a imitarla tendiéndole la mano.

Noah aguarda un instante y baja la cabeza. Luego acepta la mano de Sophie y se levanta del banco, casi sin dolor.

Sí, la ayudará.

El combate está lejos de haber acabado. Como Sophie, siente la necesidad de que los culpables paguen.

Es el único motivo por el que se ha negado a que el doctor Henry le extirpe el tumor.

Su don, esa manera suya de percibir las cosas, no se ha manifestado desde que los disparos lo obligaron a permanecer tumbado en una cama de hospital. Pero teme que la operación le quite cualquier esperanza de recuperar sus facultades.

Hay otros niños cautivos. No tiene derecho a fallarles.

Las nubes son más espesas, el sol ha desaparecido y Poets' Walk se difumina entre matices de gris.

Noah camina al lado de Sophie, que sigue hablando sin que él la escuche realmente. Noah piensa en los lobos, en los monstruos agazapados en los

recovecos de todo ser humano. Se pregunta en qué momento puede uno convertirse en un Carter, un Harrington o un Da Silva. ¿Está uno programado para ello? ¿Cuándo se opera el cambio?

Y mientras se pierde en sus reflexiones, pasa junto al carrito ambulante verde y blanco de Central Park Snack Stop.

Y porque está en otra parte, en una burbuja opaca de pensamientos, no ve al padre del niño del triciclo sacando un billete de la cartera y señalando un artículo en el panel amarillo. Tampoco ve iluminarse la sonrisa del crío cuando el viejo vendedor le tiende un helado.

Y mientras asiente maquinalmente a las palabras de Sophie sin prestarles atención, no se fija en el cartel pegado al carrito donde se lee: «*Missing Person*: Lisa Clark, cinco años, desaparecida desde el 11 de enero de 2016».

De haberlo visto, habría reconocido a la niña de la foto.

Es la misma que, hace solo unos minutos, le ha sonreído antes de desvanecerse en un rayo de luz.

Esa niña invisible a los ojos de todos, salvo a los de él.

Agradecimientos

A mi mujer, Anne-Sophie, por su amor, su apoyo incondicional y su aliento constante.

A mis dos hijos, Clément y Noah, que dan sentido a mi vida.

A mi madre, a quien debo la pasión por la lectura y el descubrimiento de Stephen King.

A mi prima Sophie Leduc, por revisar mis escritos de manera tan minuciosa.

A todos los miembros del jurado del Premio al Mejor Thriller Francés, y especialmente a Michel Bussi, por haber confiado en mí al elegir mi novela.

A mi editor, Bertrand Pirel, por nuestros intercambios, tanto profesionales como humanos.

A todos los lectores de la plataforma literaria Fyctia que me han leído antes que muchos, y me han seguido, animado y transmitido sus impresiones.

Premio Michel Bussi al mejor *thriller* francés de 2017.

Con un ritmo impecable y una intriga sagaz y envolvente, *El triciclo rojo* es una ambiciosa novela policíaca con ecos de Stephen King que ha entusiasmado a la crítica europea.

Mientras, una joven periodista y bloguera, aficionada a los misterios sin resolver y a las organizaciones secretas, recibe un correo que la invita a acceder a la Darknet para seguir la pista de un reportero desaparecido en los años setenta.

¿Y si ambos casos estuvieran vinculados por un sórdido secreto?

***El triciclo rojo* es mucho más que un *thriller*, es el sorprendente debut de un gran narrador, que nos habla de la imposibilidad de enterrar el pasado, un pasado terrible que saldrá a la luz inexorablemente.**

Vincent Hauuy vive en Canadá con su familia. Se reconoce fan absoluto de Stephen King, Tolkien y George R. R. Martin y, como creador de videojuegos, le gusta fabricar rompecabezas, idear intrigas y dar vida a los personajes de su mundo ficticio. Su primera novela, *El triciclo rojo*, ha sido galardonada con el premio Michel Bussi al mejor *thriller* francés de 2017.

Título original: *Le tricycle rouge*

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2017, Hugo et Compagnie

Edición publicada por acuerdo con Hugo Publishing y sus agentes, L'Autre agence (París, Francia) y The Ella Sher Literary Agency (Barcelona, España). Todos los derechos reservados.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Núria Petit i Fontserè, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Wendy Stevenson / Arcangel Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5671-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Las palabras en cursiva están en español en el original (*N. de la T.*)

Índice

El triciclo rojo

Triciclo rojo

Calipigia

Canoso

Afrenta

Un simple email...

... puede cambiar una vida

Hedor

Achacoso

Sésamo...

... ábrete

Catarsis

Vesania

Hibris

Caquética

Tanto va el cántaro a la fuente...

... que al final se rompe

Vituperaciones

Zetético

Es peligroso...

... abrir la caja de Pandora

Jaspeado

Exánime

Fue a por lana...

... y salió trasquilada

Atrayente

Taimado

La mano...

... en el engranaje

Túrbido

Luliberina

Volutas

Dicotomía

El cerco...

... se estrecha

Amok

Puzles

En la boca...

... del lobo

Caliginoso

Huida

Tontivano

Ajedrez

Tabula rasa

Maraña

Alógico

Obduración

Agelasta

Sistémico

Cauteloso

No despiertes...

... al gigante dormido

Industrioso

Alea jacta est

Imbroglío

Trompazos

Ab ovo

Disciplina y voluntad

Monarch

Afecciones

Indecible

Ironías del destino

Catarsis

Gambito

Lánguido

Shock

Execración

Encuentros

Revelaciones

Maggie

Desamparo

Secretos

Desmentido

El Principito

Ilotismo

Protervo

Vulnerable

Extenuado

Antorchas

Coerción

Atolladero

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Vincent Hauuy

Créditos

Nota